

CAMINO
EQUIVOCADO

K.A. MERIKAN

Camino Equivocado

K.A. MERIKAN

UN GIRO EQUIVOCADO; HACIA EL HOMBRE CORRECTO.

Colin: sigue las normas, futuro médico, testigo de asesinato, cautivo.

Taron: superviviente, mudo, asesino, captor.

Un fin de semana como otro cualquiera, cuando Colin volvía a casa al salir de la universidad, le dio por pensar que nunca corría ningún riesgo, que siempre iba a lo seguro. Así que, en un arrebato, decidió ir por otro camino. Solo por una vez. Lo que él no sabía era que esa era la última vez que tendría la opción de elegir. Porque el desvío en cuestión terminaría con él en un lugar oscuro y terrorífico donde sería secuestrado por un hombre silencioso e imponente con un hacha ensangrentada en la mano.

Pero la que parecía ser la peor de sus pesadillas iba a terminar siendo el camino correcto que lo llevaría directo a una libertad que nunca imaginó que existiera.

Taron lleva años viviendo solo. Sus tierras, sus normas. Hace mucho que renunció a cualquier tipo de compañía; al fin y al cabo, apegarse a alguien es una debilidad y a él le gusta resolver los problemas a su manera. Pero una noche, cuando se disponía a deshacerse del cadáver de un enemigo, un testigo lo descubre.

A Taron no le viene especialmente bien tener que secuestrar a Colin, pero no cree que merezca la muerte solo por haber llegado a sus tierras por error. Claro, que quedárselo tampoco es la mejor solución. Hasta que descubre que el chico es gay; ahí se le abre una nueva posibilidad, que tampoco es que sea la más acertada pero sí muy tentadora, sobre todo, cada vez que Colin lo fulmina con esos preciosos ojos desde la jaula en la que lo tiene encerrado.

«Cuando Taron le colocó el pesado collar metálico y aseguró el cierre alrededor del esbelto cuello de Colin, una ola de excitación lo recorrió entero al saberse su dueño.

¿Estaba mal pensar algo así? Sí, por supuesto.

Pero también estaba tan tan bien...».



Temas: estilos de vida alternativos (preparacionismo), discapacidad, crimen, soledad, enemies-to-lovers, proximidad forzada, como pez fuera del agua, polos opuestos, secuestro, síndrome de Estocolmo, problemas familiares.

Género: romance oscuro (Dark Romance), thriller romántico M/M.

Extensión: unas 80.000 palabras (novela independiente).

Advertencia: este libro es un Dark Romance M/M (romance oscuro chico-chico) y está destinado a un público adulto que disfruta de historias en las que las líneas entre el bien y el mal se tornan borrosas. Tiene mucha carga erótica, es retorcido, provocador y no apto para cardíacos.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido de los personajes con personas reales —vivas, muertas o no muertas—, hechos, lugares o nombres es mera coincidencia.

Este libro no se puede reproducir ni transferir de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso expreso de sus autoras. Subirlo y compartirlo en internet o distribuirlo de cualquier otra forma sin tener los derechos de autoría es ilegal y está penado por ley.

Copyright © 2019 KA Merikan

Todos los derechos reservados

<http://kamerikan.com>

Título original: SWrong Way Home

Traducción del inglés al español: Virginia Cavanillas

Corrección: Pilar Medrano

Diseño de portada:

Natasha Snow

<http://natashasnow.com/>

Índice

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Prefacio

Este libro contiene escenas en las que algunos de los personajes utilizan la lengua de signos americana (ASL), que es un idioma distinto con sintaxis propia y no simplemente otra forma de hablar inglés. Las palabras y sus modificadores se pueden expresar con las manos, pero también con lenguaje corporal, poniendo mayor o menor intensidad en los movimientos y expresiones faciales. Sin embargo, para facilitar la lectura y claridad de este libro, las oraciones en lengua de signos se traducirán a nuestra lengua y se acotarán con <...>.

Capítulo 1

COLIN

COLIN NO ERA MUY de cáncer; claro que quién lo era. Bueno, quizá esos frikis que encontraban el tema fascinante y estaban haciendo la clase eterna con su interminable avalancha de preguntas.

Se hundió más en el incómodo asiento y volvió a mirar el reloj. Entendía lo importante que era el tema para cualquier futuro médico; y él se empollaría lo que hiciera falta, memorizaría todo lo que había que saber y bordaría el siguiente examen. Pero preferiría estar tratando temas más inmediatos como lesiones, quemaduras o huesos rotos; eso era lo que a él le interesaba. Cosas mucho más prácticas. Más funcionales.

Si de verdad tenía que hacer de la medicina su carrera, quizá debería ser personal de emergencias sanitarias.

O quizá no; primero, porque era un trabajo que requería aún más don de gentes que el de médico; y segundo, porque sus padres le dirían que eso no era ser «médico de verdad» y no le ayudarían a pagar la carrera. Además, ya estaba a punto de terminar la primera parte del grado de Medicina y en breve entraría en la facultad para poder especializarse.

Vamos, que el futuro de su salud mental estaba condenado al fracaso.

Cuando terminó la clase, el alivio fue tan enorme que, en lugar de salir disparado hacia la puerta como de costumbre, se limitó a quedarse allí sentado sin hacer nada más que darle un respiro a su mente.

—¡Oye, Colin! ¿Vienes a tomar algo con nosotros? Menos mal que por fin es viernes, ¿eh?

Megan apareció de la nada y se le acercó; Colin dio tal respingo que cualquiera diría que en vez de una compañera se trataba de un caimán a punto de morderle los pies. No era que no le cayera bien, era una chica amable que de forma un tanto persistente siempre lo invitaba a tomar

algo a pesar de que él siempre dijera que no. Quizá quería algo con él. ¿Podía ser eso? Colin nunca le había dicho que era gay, pero tampoco fingía ser heterosexual.

Los amigos de Megan la esperaban en el pasillo que había entre las filas de asientos y los miraban con tan poca discreción que Colin no tenía claro si no tenían ni idea de que estaban siendo indiscretos o si, por el contrario, querían que él se diera cuenta de que lo observaban.

Se aclaró la garganta, se echó un poco para atrás y, rascándose el cuello, contestó:

—Me encantaría —mintió. Y, antes de que la sonrisa blanca e inmaculada de Megan hiciera su aparición, puso la excusa que siempre ponía—: Pero no puedo. Tengo que estudiar y luego me tengo que ir a casa a ayudar a mis padres con una cosa que me han pedido.

Megan se echó su largo pelo hacia atrás.

—¿Estás seguro de que no puedes quedarte un rato? —Miró a sus amigos—. Mikey también va a venir...

¿Y se suponía que eso era algún tipo de aliciente? Ah. Aaah... Megan no estaba coqueteando con él. Estaba intentando liarlo con su amigo.

Pero lo que ella no sabía era que ya se había enrollado con Mikey, y el chico era tal y como su nombre sugería: demasiado dulce para él. Además, se parecían mucho físicamente; ambos eran altos, de piernas largas y, aunque Colin no tenía nada en contra de su propia figura, no era eso lo que buscaba en otros hombres. Si se le daba la opción de elegir, se quedaba con el típico tío de mandíbula cuadrada, hombros anchos, boca sucia y manos más sucias aún. Sin embargo, si estaba cachondo y sin opciones —pero con fácil acceso a aplicaciones de citas *online*— pasaba lo que pasaba y terminaba liándose con chicos que no eran su tipo, como Mikey.

Se apartó su ondulado pelo rubio de la cara; se sentía como una bacteria bajo un microscopio.

—No sé por qué lo dices. Casi no lo conozco.

Megan se sonrojó.

—Ah. Pensé que eráis amigos.

¿Mikey había estado chismeando con su amiguita del alma? Increíble. ¿Es que la gente no podía ir a su bola y punto? Claro que, por otra parte, ¿cómo iba a hacer contactos si nunca salía con sus compañeros? Casi había terminado el grado y apenas conocía a las personas con las que vivía e iba a clase. Durante una época se planteó unirse a un grupo de senderismo para hacer amigos, pero hacía siglos de aquello y nunca lo llegó a hacer porque su padre le había dicho que era una actividad inútil y que le quitaría demasiado tiempo.

A veces fantaseaba con cogerse dos semanas de vacaciones, encontrar a algún chico gay al que le gustara hacer senderismo y viajar juntos sin ningún tipo de ataduras. No había hecho nada así

de tranquilo y relajante desde que su infancia acabara de golpe con la muerte de sus abuelos. Sin embargo, por el momento, entre los exámenes, los trabajos de la universidad, los trabajos a media jornada que iba cogiendo y la permanente mirada acusadora de sus padres, no podía permitirse tanto tiempo de desconexión.

Sonrió a Megan con educación.

—Bueno, sí, hemos hablado un par de veces —le dijo sin especificar que con «hablar» se refería a que Mikey había dicho algo mientras le metía la polla bien profundo por el culo, y a que después había parlotteado mientras Colin se limpiaba y pensaba una excusa para irse de su cuarto cuanto antes.

Megan puso los ojos en blanco.

—Vale, da igual. Entiendo que debes de tener cosas más importantes que hacer, pero que sepas que no está mal soltarse el pelo de vez en cuando.

Colin respiró hondo y apretó los dientes para que no se le escapara lo que de verdad pensaba. Si alguna vez se dedicaba a la docencia y a preparar a futuros médicos, no se andaría con rodeos. O, al menos, no mediría tanto sus palabras. Tal vez entonces por fin «se soltara el pelo», tal y como Megan le sugería.

Sonrió, no tenía sentido enemistarse con nadie. Aunque tampoco creía caerles muy bien, la verdad. Lo cierto era que no estaba ahí para hacer amigos y, además, sentía que no encajaba, que no tenía nada que ver con sus compañeros.

A veces sentía que no había nadie en el mundo con quien encajara.

—Quizá la próxima vez. Gracias por invitarme. Nos vemos el martes —dijo, y caminó hacia la salida tratando de evitar el contacto visual con el resto.

Se puso los auriculares, pero antes de que le diera tiempo a darle al «play», escuchó la voz de Megan tras él; le llegó amortiguada por la goma y la espuma de los cascos, sin embargo, la oyó perfectamente:

—Por Dios, qué predecible es. Os juro que no entiendo qué ve Mikey en él.

Megan no era mala persona. Era incapaz de decirte nada feo a la cara, así que no debía de saber que Colin podía escucharla; lo que no cambiaba el hecho de que estaba hablando de él a sus espaldas. Por un breve momento, se planteó ceder a la ira que bullía en su interior, ir allí y hacerle saber que la había oído, que su fachada de niña buena se había desmoronado y su verdadera naturaleza había quedado expuesta. Pero Megan era muy querida entre sus compañeros y Colin no, por lo que decidió reprimir la necesidad de enfrentarse a ella, salió de clase y fue directo a su coche.

Una vez dentro, eligió una *playlist* de música pop relajante, pero no funcionó; la suave voz del cantante lo irritó aún más. ¿Por qué tenía que aguantar estas mierdas? No era especialmente borde y nunca se había portado mal con nadie, pero parecía que el hecho de no querer ir a fiestas ni perder un tiempo que consideraba valioso bebiendo hasta perder el conocimiento eran motivos suficientes para convertirlo en un paria social. ¿Es que no valía con que estuviera haciendo la carrera que se esperaba que hiciera? ¿Que sacara buenas notas y que no se hubiera tomado ni un mes sabático antes de meterse de lleno en medicina? Las expectativas eran interminables. Ni siquiera podía ser él mismo con los chicos con los que se enrollaba porque, la mitad de las veces, querían tomar una cerveza después del sexo y charlar sobre chorradas.

Algunos días, lo único que quería era desaparecer en una especie de «que os jodan a todos» metafórico y no volver. Pero luego pensaba en cuánto dinero se estaban gastando sus padres en sus estudios, en cómo los decepcionaría, y la culpa lo devoraba. No le quedaba otra, tenía que cumplir con lo que se esperaba de él.

Pensaba en ello cada semana; cada vez que se disponía a volver a casa para pasar dos días estresantes de constante escrutinio. Sus padres se empeñaban en comer y cenar juntos, y en dedicar una o dos horas del sábado a pasar «tiempo en familia», lo que hacía que Colin anhelara la privacidad de su dormitorio individual en la residencia y los libros de texto que allí tenía; que puede que no fueran las lecturas más placenteras, pero al menos supondrían un beneficio a largo plazo.

A pesar de todo eso, cogió el coche y, como hacía cada viernes sin falta, salió del campus en dirección a su casa.

El viaje duraba unas tres horas y la música pop no estaba cumpliendo su función. Si quería lograr algo de paz mental, era hora de sacar la artillería pesada. Puso el último audiolibro que se había comprado en un intento de convertirse en mejor persona: *Meditación: el camino hacia el éxito*.

El prólogo era todo palabrería, el manido topicazo sobre que el ritmo de vida actual era demasiado para nuestros cerebros, que no estaban equipados para manejar cantidades tan grandes de información. A continuación, el narrador —que, con toda probabilidad, era el propio autor, dados los errores de dicción— pasaba a explicarlo por medio de una enrevesada interpretación de la teoría de la evolución.

Y, aunque en un principio podía parecer una soberana gilipollez, a medida que escuchaba, la teoría cobraba más y más sentido. En ocasiones, incluso se sentía identificado hasta el punto de creer que lo estaban describiendo a él: sobreestimulado por sonidos, imágenes y el excesivo

número de personas que parecían requerir su atención, cuando lo único que en realidad necesitaba era comida, refugio y las comodidades más básicas. Y tal vez la compañía de un par de personas de vez en cuando para satisfacer sus necesidades sociales. Vivir tu vida en base a un guion significaba que partes de tu día a día ya estaban planificadas de antemano y eso liberaba espacio en tu mente para poder lidiar con todo lo demás. ¿Cómo era posible que la gente tuviera la capacidad mental suficiente para asistir a fiestas y socializar de forma activa?

La carretera desierta por la que conducía era un ejemplo más de cómo Colin seguía las normas sin salirse de lo estipulado. Siempre hacía el mismo camino, nunca se aventuraba más allá. La oscuridad que lo rodeaba era en cierto modo reconfortante; ahí solo estaban él, el cielo nocturno y la seguridad de que, en unas horas, tras pasar por el interrogatorio de su padre y una cena incómoda, se acostaría en una cama agradable y calentita.

«Así que nos hemos acostumbrado a hacer ciertas cosas y hemos dejado de cuestionarlas. Trabajar, ir a casa, dormir y vuelta a empezar», decía la voz. «Pero ¿es eso lo que de verdad necesitamos? ¿Eso es lo que satisface nuestros instintos primarios? Nos estamos convirtiendo en robots, en esclavos de la sociedad».

A lo mejor este audiolibro no había sido la mejor elección. La diatriba del autor parecía algo personal y su mensaje lo estaba cabreando en vez de relajarlo. Porque ya lo había dicho Megan: Colin era predecible; siempre seguía el camino que se le había trazado. Estudiaba Medicina como se esperaba de él, sacaba buenas notas y, por no causar problemas, ni siquiera les había dicho a sus padres que era gay.

No podía soportar la idea de decepcionarlos, por mucho que le molestara la presión a la que lo habían sometido desde que era pequeño.

Sonaba patético.

El narrador siguió con lo suyo; su voz era demasiado estridente como para considerarla agradable, pero, llegados a ese punto, sus palabras eran lo único que rompía con la monotonía que lo rodeaba: los mismos árboles, las mismas montañas al fondo. Colin recorría ese camino dos veces por semana y, aunque le gustaba saber hacia dónde se dirigía, el viaje era largo y no suponía ningún desafío. Estaba aburrido.

El audiolibro le hacía sentir que había alguien más en el coche con él, entreteniéndolo con ese tipo de conversación unilateral que no requería de su participación activa.

«Mira en tu interior; en lo más profundo de tu mente —o de tu corazón, si así lo prefieres— y cambia algo de tu vida. No tiene por qué ser nada trascendental, dado que estás empezando.

Medita, desayuna algo distinto, ponte algo de un color llamativo, toma un camino diferente para volver a casa».

Y justo cuando el narrador decía eso, los faros de su coche iluminaron una bifurcación en el camino. A Colin se le aceleró el corazón. Siempre elegía la ruta más eficiente, la autopista que lo llevaba directo a casa. La señal frente a él indicaba que la siguiente salida lo conduciría a un pequeño pueblo en el que nunca había estado, pero que también tenía conexión con la autopista. En caso de que decidiera dar un rodeo y tomar esa carretera, ¿cuánto tiempo perdería? ¿Treinta minutos?

Justo cuando el narrador repetía eso de «cambia un poco las cosas», Colin siguió su consejo, hizo un giro rápido y cambió su dirección habitual. Porque ¿por qué no? Al fin y al cabo, era una nimiedad de la que nadie se enteraría. Aun así, el corazón le iba igual de rápido que si estuviera a punto de chupar su primera polla.

No pasaba nada. Por supuesto que no. Nada de nada.

Y, sin embargo, le daba la impresión de que la puerta al mundo que dejaba atrás se cerraba, y que, si en esos momentos hubiera mirado por el espejo retrovisor, no hubiera encontrado más que vacío. Así que, por miedo a cambiar de opinión, no miró atrás y siguió conduciendo. Se trataba de un pequeño desvío. Nada más que eso.

Tenía el estómago revuelto por los nervios, era como si este minimísimo cambio estuviera a punto de originar una avalancha. Trató de calmarse; su reacción estaba siendo desproporcionada y nada razonable. Solo era un desvío, pronto volvería a la carretera principal. Y el simple hecho de que salirse de su ruta habitual le causara tanta ansiedad era una prueba más que suficiente de que debería haberlo hecho mucho tiempo atrás. No tenía miedo de la oscuridad ni del vacío que lo rodeaba ni de un posible asesino con un hacha. Su subconsciente lo estaba llenando de temores mundanos, como que podría perder cobertura y terminar perdido.

Pero incluso si se perdía..., ¿qué problema habría? Ninguno. Pasaría la noche en el coche y al día siguiente encontraría el camino a casa. No había nada que temer; estaba siendo un abril muy cálido, ni siquiera pasaría frío.

El móvil le empezó a sonar de repente. Primero vibró y luego el coche se llenó del aria que usaba para las llamadas entrantes de su madre. Colin carraspeó, tenía la garganta seca, y, durante un instante, se planteó no cogerle el teléfono por primera vez en la vida. Pero la idea duró apenas dos segundos antes de llevarse el móvil a la oreja.

—Hola, mamá.

—Hola, Colin. Llegarás a tiempo, ¿verdad? Me lo acaba de preguntar tu padre, que tiene guardia en el hospital esta noche. Solo te llamo para asegurarme de que ya estás en camino.

Un coche salió de entre los árboles, el brillo deslumbrante de sus faros cegó a Colin de forma momentánea, pero logró mantener el rumbo y usó las sombras del lado derecho de la carretera como guía. El coche desapareció poco después y lo dejó, una vez más, solo en esa carretera secundaria bordeada por unos árboles cuyos largos y enredados brazos se cernían sobre el asfalto.

Tragó saliva. El subidón de su aventura le había hecho cosquillas en la mente apenas unos minutos antes, pero la sensación había empezado a desvanecerse. Coger el desvío había sido un error. Había llegado al punto de creer que los surcos en las cortezas de los árboles que iba pasando formaban caras; y todas y cada una de ellas tenían una expresión burlona, se reían de él.

—Ah, vale, ¿cuándo se va?

—En dos horas, más o menos. E insiste en que cenes con nosotros antes de irse.

Mierda. Mierda. Puta mierda todo.

—Ajá, ya, creo que llegaré a tiempo —dijo Colin, fijando la vista en un hueco oscuro que se abría entre las sombras. Si seguía por la carretera por la que iba, no llegaría a tiempo; y tampoco si cambiaba de sentido y volvía atrás. Su única posibilidad era tomar un atajo hacia su ruta habitual.

Y eso era lo que iba a hacer. Se adentraría en el estrecho camino que se abría entre los árboles y que parecía conducir al bosque.

Había visto la zona en el mapa y, aunque no lo recordaba bien, la carretera por la que iba y la autovía eran semiparalelas; y la distancia entre ellas no podía ser demasiado grande. Si atravesaba el bosque, regresaría al camino correcto en poco tiempo.

Cuando estuvo en la entrada del angosto camino flanqueado por arbustos densos y tupidos, Colin redujo la velocidad hasta detener el coche. El asfalto acababa allí, pero a la luz de los faros se apreciaban marcas de neumáticos, lo que significaba que el sendero de tierra tenía que conducir a algún lugar.

—¿Cuánto crees que tardarás? Es para saber cuándo tengo que poner el horno —dijo su madre metiéndole aún más presión.

Colin se mordió el labio y se quedó mirando un viejo cartel oxidado medio cubierto por ramas y hojas en el que podía leerse: «No pasar. Propiedad privada».

De puta madre.

Metió marcha atrás y retrocedió hasta que las luces del coche revelaron que el camino de tierra seguía, irregular y lleno de guijarros. Era tan estrecho y espeluznante que si le dijeran que llevaba a la casa de una bruja no se extrañaría. Pero como también podía ser que lo llevara a donde necesitaba ir, tuvo que jugársela y esperar que la suerte lo acompañara.

—Dame una hora y media —dijo mientras se aventuraba hacia el sendero cubierto de vegetación. En el momento en que las ruedas traseras del coche salieron del asfalto, Colin supo que ya no había vuelta atrás.

Cogería el atajo y todo el mundo contento. Nadie tenía por qué enterarse de esta aventura. Ni sus padres, a los que no diría nada igual que nunca les había dicho nada sobre su sexualidad, ni el dueño del camino, a quien casi seguro que no le importaría; si al final resultaba que el sendero llevaba a la casa de alguien, diría que se había perdido y punto. No era para tanto, ¿no?

El bosque era espeso y no se veía bien en la distancia a pesar de llevar las largas puestas, pero el camino estaba lo bastante despejado, lo que hizo que condujera cada vez con más confianza. El hecho de que pareciera haber entrado en un episodio de *Expediente X* no significaba que existiera un peligro real acechándolo; como mucho podría cruzarse con un ciervo o algo así. Para calmarse y dejar de prestar atención a lo mucho que le sudaban las manos, Colin se planteó volver a poner la lista de reproducción pop, pero al final decidió que el audiolibro sería una distracción más efectiva.

La vegetación a su alrededor pareció espesarse más, convirtiendo el camino en una especie de túnel; los largos tallos de los helechos emergían de la oscuridad como dedos fantasmales y, cuanto más se alejaba del asfalto, más y más plantas invadían el camino de un solo sentido. Colin inspiró hondo y luego exhaló con lentitud. No podía entrar en pánico. ¿Podría haber algo escondido en el bosque? Podría. El mismísimo Satanás podría estar siguiéndolo y no habría forma de saberlo hasta que fuera demasiado tarde.

Pero no estaba en una película de terror. ¿Quizás él mismo se había condicionado a temer a la oscuridad porque hoy en día el libre acceso a la luz había hecho que nunca estuviera a oscuras? Tenía que relajarse, no había motivo para tener miedo. Solo necesitaba respirar con calma y desencadenar una respuesta de biorretroalimentación que engañara a su mente y le hiciera creer que estaba tranquilo.

Había muchos estudios sobre ese tipo de cosas. El problema era que dichos estudios se llevaban a cabo en entornos relajados, no en el medio de la nada, Virginia Occidental, en un coche en el que solo se oía el crujir de la tierra bajo las ruedas y el de las ramas arañando la carrocería.

No había estudio que valiera en semejantes condiciones. Vaya puta mierda.

Entonces apareció frente a él un enorme cartel rojo con la imagen de una escopeta y las palabras «Propiedad Privada» escritas en letras negritas debajo. Colin gimoteó.

El cartel de «prohibido el paso» que había en la entrada del camino no había sido tan aterrador como este. ¿De qué servía una advertencia de ese tipo ahora que el sendero era demasiado estrecho para dar la vuelta? Llevaba al menos quince minutos conduciendo, no podía volver a hacer todo ese camino marcha atrás... No en una carretera tan llena de vegetación; no en la oscuridad.

Hostia. Joder.

Lo único que podía hacer era seguir adelante y rezar para no terminar con agujeros de bala en la ventana trasera. En el peor de los casos, daría la vuelta dónde y cómo el dueño le indicara y llegaría tarde a cenar. Aunque eso significara aguantar a su padre despotricando todo el fin de semana.

Un grito atravesó la suave voz del narrador del audiolibro y Colin dio un salto del susto. Agitado, miró a su alrededor y trató de que el pánico no se apoderara de él. Pero al instante se reprendió a sí mismo por ser tan idiota. Habría sido un zorro; a veces hacían sonidos raros. Apagó el reproductor por si acaso, para estar atento, pero lo único que logró el silencio fue que se concentrara en el ritmo acelerado de su corazón.

¿Quizá volver marcha atrás todavía era una opción? Al fin y al cabo, no había tráfico, ningún otro coche al que pudiera molestar, por muy lento que fuera.

Colin miró por el espejo retrovisor y se mordió el labio. La cabeza le estaba jugando una mala pasada, porque, por lo que podía ver gracias al brillo rojo de las luces de freno, parecía que había formas moviéndose en el camino, justo detrás. Su coche era la única fuente de luz en kilómetros.

El sonido repentino de unos pasos, el crujir de ramas y hojas secas, hizo que Colin dejara de mirar por el espejo retrovisor. Y, antes de que pudiera siquiera gritar, las palmas ensangrentadas de unas manos golpearon la ventanilla lateral, dejando un rastro de manchas rojas en el cristal. La cara del hombre era una máscara espeluznante, con un ojo tan hinchado que era difícil saber si todavía lo conservaba. Estaba todo cubierto de sangre, tanto que su camisa azul parecía mucho más oscura de lo que en realidad era; y Colin lo miraba paralizado, observando cómo el hombre se dirigía a la parte delantera del coche y golpeaba el capó con los puños. No estaba procesando bien lo que veía, pensó incluso que era una de esas bromas de mal gusto que habían proliferado en internet y catapultado a la fama a gilipollas con un sentido del humor cruel y desagradable.

—¡Abre el coche! —gritó el hombre mientras dirigía frenéticas miradas hacia el lugar por donde acababa de venir. Respiraba de forma agitada, su ancho pecho subiendo y bajando sin parar, dándole fuerzas para golpear el coche una vez más—. ¿Estás sordo? ¡Ya viene! ¡No tenemos tiempo!

El aporreamiento del capó por fin logró sacar a Colin de su estupor; quitó el seguro, abrió la puerta y salió del coche con piernas temblorosas. Una vez fuera, respiró el familiar olor a sangre, a hojas húmedas y a helechos. Sin embargo, en cuanto dio un paso hacia el hombre, se dio cuenta de que había cometido el mayor error de su vida, que debería haber dado marcha atrás, salir de allí; en su lugar, se estaba adentrando más en la boca del lobo. Pero ¿qué podía haber hecho? Un futuro médico no podía abandonar a alguien herido sin más.

—Yo..., hum..., ¿qué?

—¡No tengo tiempo para explicártelo! ¡Sube al coche!

El hombre intentó pasar a Colin de largo, pero cojeaba, no podía andar bien; gimió de dolor.

—¿Qué? Pero...

De repente, en lo único en lo que pudo pensar fue en que la sangre de ese hombre le iba a empapar los asientos. En el maletero tenía sábanas de plástico desechables, pero, dada la situación, cogerlas le parecía trivial y superfluo; por lo que se quedó allí, incapaz de tomar una decisión mientras el intruso se sentaba en el asiento del conductor, que Colin acababa de dejar libre.

¿Debería... intentar sacarlo del coche por la fuerza?

Las incontables decisiones que de golpe y porrazo tenía que tomar parecían haber formado un collar de espinas que se le tensaba alrededor de la garganta dejándolo sin aire, desorientándolo y confundiéndolo hasta el punto de no entender por qué su inesperado pasajero no paraba de mirar hacia los árboles.

Una figura jadeante emergió entonces de la oscuridad y fue directa hacia el hombre que se había apropiado de su coche, empujando a Colin en el proceso y lanzándolo contra los arbustos. Las ramas le arañaron la piel, pero casi ni lo notó, la adrenalina que le corría por las venas lo tenía anestesiado. El agresor vestía de negro y, aunque era alto, ancho y musculoso como un oso pardo, no eran garras lo que podía apreciarse bajo la luz de los faros, sino un hacha enorme.

Colin nunca debería haber girado en esa carretera de tierra; había cogido el camino equivocado, uno que le había traído directo al plató de una película de terror del que no creía que hubiera salida.

El depredador fue tras su víctima como si quisiera arrancarle todos los músculos de los huesos. Con la puerta aún abierta, el hombre ensangrentado pisó el acelerador y dio marcha atrás con tanta prisa que el coche pasó frente a Colin en un abrir y cerrar de ojos, antes de chocar contra un árbol cercano con un ruido sordo.

El hombre se apresuró hacia la puerta del copiloto y trató de pasar por encima de la palanca de cambios, pero el demonio del hacha lo agarró de la pierna y lo sacó del coche con un movimiento rápido que pareció resultarle tan sencillo que cualquiera diría que lo que estaba sacando era a un gato por la cola. La víctima salió corriendo hacia la parte delantera del vehículo en un intento desesperado por huir, pero no había forma de escapar del enfurecido fantasma del bosque. Lo que sucedió después quedaría grabado para siempre en las retinas de Colin.

A una velocidad que no debería haber sido posible para un ser humano, el depredador alcanzó a su presa y, bajo la fría luz que emanaba de los faros del coche, blandió el hacha sobre su cabeza, llevándosela a la espalda justo antes de dejarla caer sobre el indefenso desconocido. El último grito del hombre, que se vio interrumpido cuando la hoja le partió el cráneo en dos como si de una granada se tratara, ni siquiera sonó humano. En unos instantes, presa de un miedo primitivo, el hombre frente a él había dejado de ser persona para convertirse en animal.

El asesinato que acababa de presenciar se repetía una y otra vez en su mente: el hacha bajaba con fuerza sobre la cabeza del hombre y le partía el cráneo en dos con un crujido asqueroso mientras los dientes de la víctima se desparramaban por el suelo.

Colin sintió algo húmedo y pegajoso en la cara y, cuando se dio cuenta de lo que era, creyó que vomitaría allí mismo. El único motivo por el que logró contener las náuseas fue la urgente necesidad de correr al observar, aterrorizado, que el rostro manchado de tierra del desconocido se volvía hacia él, como una máscara ritual que anunciaba una muerte inminente.

La bestia barbuda se lanzó sobre su presa mientras Colin se sentaba al borde del camino con mucho cuidado, esperando que, si estaba lo bastante quieto y en silencio, la escena frente a él desaparecería. ¿Era así como se sentían los ciervos cuando veían a uno de sus hermanos destrozados por un lobo? ¿Se quedaban paralizados y esperaban que una muerte fuera suficiente para el depredador? No estaba seguro de si fue el sonido de su respiración lo que lo delató; quizá fuera el crujido de una rama bajo su culo o el simple hecho de que el tío del hacha tenía localizada su posición exacta, pero, cuando la hoja afilada salió del cráneo de su víctima, la sed de sangre del asesino se dirigió de lleno a Colin.

Lo sintió hasta en los huesos. Y supo que era correr o ser desmembrado; así que se lanzó hacia el camino y corrió tan rápido que su cerebro apenas pudo seguir el movimiento de su cuerpo. Sus

articulaciones estaban rígidas, pero funcionaban con eficiencia, como si lo manejara un titiritero, como si unas cuerdas invisibles tiraran de él y obligaran a sus músculos a ejercitarse más allá de su capacidad normal. Salió disparado hacia la oscuridad, impulsado por los jadeos del depredador que lo perseguía.

Cuando los faros del coche quedaron tan lejos que Colin dejó de ver donde pisaba, se acordó de eso de que, si uno se encontraba con un oso, lo último que debía hacer era salir corriendo. Nunca. Jamás. Pero, justo cuando la idea le venía a la cabeza, se tropezó con algo y, como iba tan rápido, se cayó al suelo de bruces. Se raspó las rodillas y las manos con las piedrecillas del camino y se golpeó un lado de la cara con tanta fuerza que creyó que el cerebro se le saldría por la boca.

La arena sabía a repollo.

Contuvo la respiración y se quedó muy quieto, como si fuera uno de los guijarros del camino. Quizá al estar rodeado de tanta oscuridad tuviera una oportunidad. Los pasos del tío del hacha se hicieron más lentos. ¿Sería posible que este salvaje pudiera oler el miedo de Colin? La idea era ridícula, pero hacía rato que el mundo había perdido toda lógica.

La luz de una linterna apagó cualquier atisbo de esperanza de pasar desapercibido. El brillo lo cegó y se hizo un ovillo, incapaz de decidir si debía correr o suplicar por su vida.

—No... No te he visto la cara. Déjame ir. No se lo diré a nadie —gimoteó, demasiado aturdido como para salir del hoyo en el que estaba metido y que en esos momentos le parecía el más seguro de los refugios.

La única respuesta que obtuvo fue un gruñido, como si de verdad el hombre fuera una bestia. Ambos sabían que Colin estaba mintiendo. Por supuesto que le había visto la cara; y nunca la olvidaría. Su tupida barba negra era quizá la característica que más destacaba en su rostro. Su pelo algo largo y descuidado le daba un aspecto salvaje; al igual que sus ojos oscuros, parcialmente ocultos tras los mechones que le caían por la cara. Todo en su apariencia mandaba un mensaje alto y claro: no acercarse a él bajo ninguna circunstancia.

Pero, aun así, era humano. Tenía que serlo. Entonces, ¿cómo debía actuar Colin? ¿Debería mostrar sumisión o luchar con uñas y dientes? Le temblaba todo el cuerpo bajo el peso de la mirada penetrante del hombre; aunque no pudiera verlo, lo sentía. Su muerte era inminente e inevitable y él seguía sin saber si debía suplicar o intentar huir.

—Mira... lo siento mucho. No debería haber cogido este camino, lo sé, pero me perdí. No pretendía invadir la privacidad de nadie —consiguió decir Colin entre sollozos mientras luchaba por respirar. Era como si el collar de espinas invisible le siguiera oprimiendo la garganta y lo hiciera cada vez con más fuerza.

El hombre se acercó y dejó escapar un gruñido. ¿Estaba planeando dónde clavarle el hacha? ¿Lo torturaría antes de matarlo? ¿Le cortaría las piernas? Quizá tendría que haber intentado huir.

—Lo siento mu... —sus palabras se convirtieron en un grito cuando el hombre se arrodilló junto a él, le dio media vuelta y le agarró los brazos.

El miedo hizo que todo su cuerpo se tensara. Con la mejilla presionada contra el suelo, aguantó sin moverse mientras el tío del hacha le ataba las muñecas con una cuerda con una eficiencia pasmosa.

Eso quería decir que no iba a morir todavía, ¿no? Que aún tenía una posibilidad; aunque la pequeña llama de esperanza que había albergado se apagó por completo cuando el hombre lo agarró por los tobillos y, sin apretar demasiado, se los ató a las muñecas.

¿Qué cojones iba a hacer con él?

—Por favor, mis padres me están esperando en casa. Van a estar muy cabreados si llego tarde... —balbuceó, sintiendo cómo el sudor le perlaba la frente.

El del hacha ignoró sus súplicas y lo levantó del suelo sin esfuerzo. El intenso calor que emanaba de su cuerpo impresionó a Colin. Era como un horno, debía de estar ardiendo bajo el jersey que llevaba. ¿Sería por la excitación de matar? ¿O por la emoción de tener una nueva presa?

Colin no paraba de suplicar, pero nada de lo que dijera cambiaría su destino, que ya parecía sellado. El oso lo había cazado, ahora era suyo, y una vez que se le pasara el efecto de su anterior presa y ya no estuviera saciado, él sería el encargado de satisfacer su sed de sangre. Ni siquiera se molestó en amordazarlo, para qué, si este era su terreno, sabía que nadie escucharía sus gritos. El mundo era un borrón en blancos y negros, Colin tenía los sentidos abotargados y solo era consciente del olor a sangre y a sudor. A sudor humano, lo que al menos confirmaba que la bestia del hacha era un hombre.

Metió a Colin en el asiento del copiloto y, para aumentar el surrealismo de la situación, le puso el cinturón de seguridad. El miedo desproporcionado que había sentido minutos antes estaba perdiendo fuerza para dar paso al estado de *shock*; Colin se sentía medio entumecido, fuera de sí, pero empezaba a respirar con normalidad mientras, bajo la luz de los faros, observaba al desconocido rodear el coche. Era un tío tan enorme... Y no le costó ningún esfuerzo levantar los restos de su víctima del suelo.

El cuerpo del muerto estaba flácido y ensangrentado; parecía un muñeco, un maniquí de esos que usan en las películas. ¿Quizás todavía existía la posibilidad de que se tratara de una broma macabra?

Colin se humedeció los labios, el sabor metálico que notó en la boca no dejó lugar a dudas. Era sangre; sangre real.

Cuando el del hacha abrió la puerta trasera y arrojó el cuerpo inerte sobre el asiento, a Colin se le fue del todo la cabeza, algo en su interior hizo crac. Y empezó a gritar con una voz que no parecía la suya mientras se retorció sin parar contra las ataduras que lo confinaban. El cinturón de seguridad no era para protegerlo; era otra forma más de mantenerlo atado.

No podía respirar.

Esto no le podía estar pasando a él.

A la cabeza de la víctima le faltaba un trozo enorme de carne.

El asesino cerró de golpe la puerta trasera y se puso al volante. En lugar de arrancar el coche de forma inmediata, le dio una bofetada a mano abierta y lo hizo con tanta fuerza que Colin se cayó hacia atrás, dándose un golpe contra el reposacabezas. Dejó de llorar al instante, pero no antes de dejar escapar un último sollozo.

El hombre resopló como si todo esto le supusiera una inconveniencia. ¡A él! Como si Colin fuera una molestia. Se llevó el dedo a los labios en la señal universal de «cállate» y fijó su mirada oscura en él, dejándolo paralizado y pegado contra el asiento. Más que una sugerencia, pareció una amenaza y, a juzgar por el cuerpo sin vida que yacía en el asiento de atrás, no parecía ir de farol.

Tras unos instantes de tenso silencio, el hombre arrancó y las palabras del narrador del audiolibro llenaron el coche una vez más; escuchar sus mentiras le puso a Colin la piel de todo el cuerpo de gallina.

El teléfono que había dejado en el salpicadero empezó a vibrar; el sonido le resonó hasta en los huesos e hizo que soltara otro sollozo. No llegaría a casa a tiempo para cenar. Quizá nunca volviera a casa.

El asesino cogió el móvil y lo apagó; luego miró a Colin y lo partió en dos como si fuera una ramita.

No existía algo así como cambiar las cosas poco a poco y de forma inocua.

Estaba claro que esa noche había tomado el camino equivocado.

Capitulo 2

COLIN

COLIN DEJÓ ESCAPAR UN sollozo silencioso mientras el oso pardo se adentraba con su coche en las profundidades del bosque. No se consideraba poca cosa, para nada, pero al lado de este tío enorme, se sentía como una ramita a punto de quebrarse. Había hecho todo lo que estaba en su mano para recordar la ruta que estaban siguiendo, pero el hecho de que su captor no se hubiera molestado en vendarle los ojos no auguraba nada bueno. ¿Dónde estaban los superhéroes cuando se les necesitaba? Colin había visto muchísimas películas en las que seres hechos de acero o energía resolvían los problemas del resto; pero, en la vida real, parecía que uno solo se tenía a sí mismo.

Colin trató de mantener la mente despejada; no quería desaprovechar la oportunidad de escapar en caso de que la ocasión se presentara, porque cuanto más se adentrara en esa madriguera de conejo, más difícil sería salir.

Tras unos minutos eternos (ya no se podía confiar en el caos que era su cabeza para medir nada), entraron en un claro y los faros del coche revelaron una gran cabaña de madera y varias estructuras más pequeñas alrededor. No había nadie en las inmediaciones y una luz solitaria era el único indicio de que en ese lugar aislado del mundo vivía alguien. Por muy aterrorizado que estuviera, nada a la vista resultaba amenazador *per se*, como si lo que tenía ante él fuera una fachada, una representación simulada de una vida normal diseñada para ocultar las decenas de tumbas que se escondían en su parte de atrás.

El barbudo salió del coche primero y luego lo sacó a él, sujetándolo y arrastrándolo con una facilidad pasmosa.

¿Eso que oía eran los susurros de los árboles? ¿Los altos robles le estaban diciendo que huyera, que si no lo hacía no volvería a ver a su familia? ¿O estaba alucinando del miedo que tenía

mientras el tío del hacha lo llevaba como si fuera un trozo de leña para la chimenea? El hombre subió los tres escalones de madera que conducían al porche —los talones de Colin traqueteando en cada uno de ellos— y, una vez en la terraza techada, abrió la puerta de una patada.

Una bombilla desnuda era la única fuente de luz del interior, que no era mucha, pero sí la suficiente como para que Colin pudiera ver las grandes manchas de sangre seca en una mesa de madera cerca de la entrada. Junto a un fregadero había un juego de cuchillos de caza, listos para ser usados en las víctimas del oso pardo mientras su carne aún estuviera fresca. No quiso mirar el resto, demasiado aterrorizado por lo que había visto hasta el momento.

—¡No, no, por favor! Lo siento. Lo siento muchísimo. Me iré y nunca jamás sabrás de mí, lo juro —gritó, retrocediendo con brusquedad cuando algo pasó por su lado y aterrizó en el suelo de madera.

El del hacha gruñó y lo apresó con unos brazos tan fuertes que parecían las raíces de un árbol centenario; pero su agarre se aflojó cuando un enorme gato gris emergió de las sombras y, maullando, se abrió paso entre los pies de Colin. El momento era tan surrealista que decidió mirar con más detenimiento a su alrededor y, en cuanto prestó un poco más de atención, vio que el espacio estaba lleno de gatos.

«Dios mío, esto lo explica todo», pensó Colin. El desconocido cazaba para alimentar a su manada de felinos. Y ni de coña pensaba morir de esa forma. ¡Ni de coña!

Desde un rincón poco iluminado les llegó un zumbido y un gato negro salió disparado de las sombras con un siseo. En su precipitada huida, el animal tiró algo. El aparato se cayó al suelo y, tras un crepitar, se escuchó una voz; sonaba como una de esas radios CB que usaban los camioneros.

—¿Taron? ¿Estás ahí? ¿Todo bien? Hoy he tenido poco tiempo, pero he podido probar la nueva jaula de Faraday...

El tío del hacha soltó a Colin, se lanzó hacia el dispositivo y lo apagó con un movimiento rápido. Quizá hubiera sido más seguro esperar. Quizá su muerte no era inminente. Quizá el hombre solo quería cortarle las manos y la lengua para evitar que revelara su ubicación; pero el miedo hacía cosas raras en la gente.

La muerte le había parecido siempre tan lejana que no se había preocupado por ella. Pero ahora que la tenía tan cerca que casi podía olerla, la parte racional de su cerebro se le había apagado y su lado más primitivo había tomado el control. Sacó un cuchillo del soporte y se acercó a su captor en cuclillas, tratando de evitar que la cuerda que unía sus extremidades rozara el suelo e hiciera algún tipo de ruido. Taron dejó salir un largo suspiro y, durante unos segundos

aterradores, Colin pensó que lo pillaría. Así que se decidió a atacar cuanto antes; cogió impulso y, justo cuando el hombre empezó a girarse, le clavó el cuchillo.

Fue tan fácil... Fue como si en vez de carne hubiera atravesado mantequilla.

Sin aliento y sorprendido de que su táctica hubiera funcionado, Colin se alejó de Taron sin perder de vista el robusto mango que le sobresalía del costado. Su captor jadeó, se llevó una mano al cuchillo y lo miró a él con incredulidad. Pero no era el momento de que se midieran el uno al otro con la mirada, no había tiempo; si no quería morir, el tal Taron tendría que quedarse atrás y curarse la herida y, tal y como estaban las cosas, a Colin no le suponía ningún tipo de dilema moral.

Un fuerte maullido rompió el repentino silencio que se había hecho en el interior de la cabaña, pero Colin no tenía intención de quedarse a ver si las mascotas se comían vivo a su dueño. Corrió hacia la puerta de forma torpe y con miedo de que las cuerdas se le enredaran y se cayera al suelo.

La tenue luz del interior iluminó su huida hasta bajar del porche, pero una vez frente a su coche, estacionado en medio del claro como si Taron no esperara ninguna visita, no supo qué hacer. ¿Cómo iba a conducir con las manos atadas? Era gilipollas. Con todos los cuchillos que había junto al fregadero... Debería haber usado uno de ellos para liberarse. La otra opción era salir corriendo, pero no sabía dónde estaba y no había garantías de que Taron no lo persiguiera una vez que se recuperara.

Decidió que lo mejor sería intentar escapar a pie; si se quedaba ahí más tiempo, corría el riesgo de ser atrapado de nuevo. Quizá en una hora o así podría detenerse y frotar la cuerda contra un árbol hasta que cediera... Aunque hasta que llegara ese momento, tendría que hacer el camino atado como si se tratara de uno de esos prisioneros peligrosos.

No se había alejado mucho de la casa cuando escuchó la puerta abrirse de nuevo y unos pesados pasos acercándose a él; a partir de ese momento su sonido sería un elemento recurrente en sus peores pesadillas.

Colin no podía quedarse a valorar sus opciones ni el grado de amenaza, no tenía tiempo que perder, así que salió disparado lo más rápido que pudo.

Pero moverse con muñecas y tobillos atados no era sencillo y, tras solo un par de pasos, se tropezó con sus propios pies y se cayó en la hierba.

No, no, no.

Puta mierda. Qué injusto era todo.

—Déjame ir —gritó cuando las manos gigantescas de Taron lo agarraron y lo levantaron como si fuera un muñeco de trapo.

En apenas segundos, dejó de notar el suelo bajo sus pies y aterrizó sobre los hombros de su captor, quedando ahí colgado como un trozo de carne.

Le aterrorizaba pensar en el castigo que estaba por venir, pero al menos al cabronazo del hacha ahora le costaba andar, se movía como si estuviera abriéndose camino a través del agua fangosa de un pantano, con el cuchillo todavía asomando en un costado. Colin se retorció sobre sus hombros en un intento de restregarse sobre la herida y hacerle daño, pero fue inútil. La bestia parda lo llevó de vuelta a su casa y lo dejó caer sobre la mesa llena de sangre. Los gatos lo observaban como si fueran espectadores sedientos de venganza en un juego macabro; Taron cerró la puerta y desapareció en la habitación contigua.

El crujido de bisagras oxidadas hizo que a Colin se le helara la sangre.

Una molesta vocecita procedente de lo más profundo de su mente le susurró que huyera de nuevo, pero ¿para qué intentarlo? Se caería de bruces en cuestión de minutos, si no antes. ¿Y si cooperaba? Quizá tratar de razonar era su mejor opción.

—Mira, lo siento. Estaba asustado —dijo en un tono de voz tan agudo que le dio hasta vergüenza.

Uno de los muchos gatos a su alrededor maulló en respuesta.

«Vamos, hombre, no me jodas».

¿Y por qué Taron no le respondía? ¿Había relegado a Colin al estatus de «carne»? ¿No merecía la pena malgastar palabras en su presa?

Cuando Taron volvió a entrar, Colin pudo analizarlo con más detalle y, aunque la sangre no era evidente en su jersey verde oscuro, sí tenía una mancha roja en la cara; y caminaba más lento, acercándose a él con ojos hostiles. La sangre en sus manos era testimonio suficiente de los horribles actos de los que era capaz.

Taron lo agarró por la parte delantera de la camiseta y tiró de él, levantándolo de la mesa. Y, una vez de pie en el suelo, le dio un empujón para que caminara, quizá demasiado débil como para cargar con él. Fuera como fuere, Colin no se resistió y siguió a su captor hasta un sencillo dormitorio. La única luz de la habitación provenía de detrás de la cama y, cuando se acercó a ella y descubrió que el origen del resplandor era una trampilla abierta en el suelo, se quedó petrificado.

No se movió hasta que no sintió un fuerte empujón en la espalda. El pánico se apoderó de él, una presencia tan fría en su interior que hasta le heló la sangre y los dientes le empezaron a

castañear. Miró a Taron.

—Espera. Necesitarás ayuda con esa herida. Soy médico.

Los labios de Taron se curvaron, pero no apartó su mirada calculadora de él. Colin creyó que era un progreso hasta que le dio un empujón y le señaló las empinadas escaleras de hormigón que lo llevarían bajo tierra.

Colin respiró hondo sin perder de vista a Taron, aterrorizado como estaba de que, si daba otro paso, nadie volvería a verlo nunca más.

—Por favor, mis padres me necesitan.

Pero Taron no se apiadó de él. Lo empujó con tanta fuerza que casi lo tiró por las escaleras; sin embargo, en el último momento, antes de que se cayera y se rompiera la crisma, lo agarró por la parte posterior del cuello de la camiseta y, sin mediar palabra, lo instó a seguir descendiendo.

Colin se había quedado sin opciones, así que bajó las escaleras sin presentar batalla; lo hizo con cuidado, dado que iba atado y los escalones eran tan estrechos que ni siquiera le cabía el pie entero; le daba miedo caerse. Y, cuando llegó abajo, se encontró en una estancia de luz tenue llena de estanterías con tarros de comida deshidratada, mermeladas, latas de conservas e incluso una colección de revistas colocadas en una pila sobre una vieja butaca.

Y una jaula.

Una jaula lo bastante grande como para acomodar a un hombre en cuclillas.

Taron lo instó a moverse con otro empujón. Pero ¿es que este tío llevaba tanto tiempo viviendo aquí aislado que se le había olvidado cómo comunicarse con otros seres humanos?

Colin se lamió los labios y se dirigió a trompicones hacia el sillón y no hacia la jaula. ¿Quién coño tenía algo así en su casa? Pero antes de que su imaginación fuera capaz de dar con un escenario en el que tener una jaula de ese tipo tuviera algún sentido, sus ojos fueron a las revistas apiladas en la butaca y estuvo más cerca de desmayarse que cuando vio un cadáver por primera vez.

En la portada había dos hombres cara a cara, cada uno acariciando la polla del otro mientras miraban a cámara. Porno gay.

Porno gay.

Una jaula.

Un hombre muerto en el bosque.

¡Estaba en manos de un depredador! ¡De un asesino en serie!

Cuando se giró para mirarlo, Taron dejó escapar un gruñido más propio de un lobo que de un hombre y lo empujó hacia la puerta abierta de la jaula. Colin no se atrevía ni a parpadear por

miedo a perder de vista a su captor.

No. ¡No podía acabar así! ¡No había desperdiciado toda su vida estudiando solo para morir antes de poder empezar a vivir!

Arremetió contra Taron sin pensar bien en lo que hacía, pero fue como golpear una pared de ladrillo, un muro duro sin debilidad alguna, a pesar de la enorme grieta en el yeso. Taron lo levantó del suelo, donde había caído tras chocar contra él, y lo arrojó dentro de la jaula. Colin se dio con uno de los barrotes en la cabeza y el golpe fue tan grande que el rebote hizo que se mordiera la lengua. Se le llenó la boca del sabor metálico de la sangre y miró el techo de metal de su prisión, buscando una posible salida; pero con Taron empujándolo a su interior a patadas, estaba claro que no había posibilidad alguna de ganar esa pelea. Tan pronto como Colin estuvo del todo dentro, la puerta se cerró y el sonido de su enorme candado bien podría haber sido considerado una sentencia de muerte.

Taron jadeó, tratando de respirar; y, llevándose una mano al costado del que le sobresalía el cuchillo, se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Verlo sufrir le proporcionó cierto grado de satisfacción.

Se quedaron mirándose el uno al otro a través de los gruesos barrotes en completo silencio.

Capítulo 3

TARON

TARON NO SE LO podía creer.

Había un chico en su búnker. Nada había salido según lo planeado. Lo único que él había querido era pasar una noche tranquila: revisar las trampas alrededor del perímetro de sus tierras y cortar un poco de leña, ya que, a pesar de estar en primavera, las noches seguían siendo frescas.

Pero, en lugar de eso, tenía un cadáver, dos coches robados, un cuchillo clavado en un costado y un chico encerrado en su búnker.

Joder.

El chico se arrastró hasta el rincón más alejado de la jaula, dobló las piernas y se llevó ambas rodillas al pecho. No era un adolescente; sus rasgos duros y angulosos eran demasiado afilados como para que tuviera menos de veinte años, pero los enormes ojos con los que lo miraba, como si Taron fuera un oso pardo, parecían mucho más inocentes de lo que en realidad eran.

Su aspecto de chico de ciudad no lo volvería a engañar.

No le quitó los ojos de encima mientras trataba de calmarse tras el inesperado ataque. El cabroncete decía ser médico. Sí, ya. No era más que otra mentira para intentar clavarle el cuchillo aún más profundo. Debería subir y cerrar el búnker para que, en caso de que se desangrara, el chico se muriera de hambre. Le estaría bien empleado por lo que le había hecho.

Aunque había que reconocer que, en su lugar, él habría hecho lo mismo. El chaval no tenía la culpa de lo ocurrido; había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Aun así, Taron no tenía paciencia con los intrusos.

Ni siquiera con aquellos que pedían perdón y afirmaban estar arrepentidos.

Pero, si no hubiera dicho que lo sentía, ya estaría muerto; eso era así. Su madre le había enseñado a respetar a quien pedía disculpas.

Observó al crío, su respiración entrecortada; lo vio inhalar y exhalar de forma temblorosa, su cuerpo tenso, como si dudara si hacer o no algo; al final, se acercó más a los barrotes y se puso de rodillas. Llevaba unos vaqueros tan ajustados que sin duda limitaban sus movimientos y sus zapatillas de deporte se empaparían en el bosque en cuestión de segundos. Se movía con desconfianza, como lo haría un perro alrededor de su nuevo dueño y, cuando lo tuvo más cerca y la luz iluminó sus suaves rizos, Taron pudo ver mejor el color; eran de un dorado oscuro, apenas unos tonos más claros que sus ojos. Era guapo, aunque su rostro era más intrigante que atractivo en el sentido más literal de la palabra.

Tenía la nariz fina pero grande; como una vela que, en caso de fuerte tempestad, podría mantener a flote toda su cabeza. Sus labios eran finos, pero tenía la boca grande, casi demasiado para lo estrecha que era su cara. Era lógico que también tuviera los dientes grandes, y así era; quizá un poco demasiado. Y muy blancos.

—Hola. Me llamo Colin —dijo el chico mientras se agarraba a una de las barras de acero.

Taron no pudo evitar que se le escapara un resoplido y el gesto le recordó el cuchillo que tenía clavado en el costado.

«Sé lo que intentas hacer», le habría dicho si hubiera querido forzar sus dañadas cuerdas vocales. Colin sabía que su situación era mala y estaba tratando de darle pena. Una estrategia muy inteligente para una rata de ciudad como él.

Colin tragó saliva de forma evidente. Tenía un cuello largo y delgado, y la nuez se le marcaba en exceso debido al miedo.

—Tú eres Taron, ¿no?

Taron dejó escapar un largo suspiro. Solía fingir que no solo era mudo, sino también sordo. De esa manera, podía averiguar lo que la gente pensaba en realidad. Así que se limitó a observar los labios de Colin y esperó que el chico captara la indirecta. ¿Qué cojones se suponía que debía hacer con este chaval? Había sido testigo de la muerte de Peter McGraw y, dijera lo que dijera, se lo contaría todo a la policía en cuanto tuviera la oportunidad.

Taron se levantó. Si la puñalada de Colin le había perforado algún órgano vital, todo se iría a la mierda en cuestión de segundos, en cuanto la hoja del cuchillo dejara de hacer presión en los vasos sanguíneos dañados. En esos momentos, sacarse el cuchillo era como lanzar una moneda al aire, con la pequeña particularidad de que una de las caras era la vida y, la otra, la muerte. Sería una putada morir así, antes incluso de que todo saltara por los aires.

Colin se lamió los labios. Eran bonitos, de un precioso color rosa, igual que su lengua, aunque esta era un poco más oscura... «No, Taron, no vayas por ahí», se dijo.

—Podría ayudarte con la herida. Estoy seguro de que todo esto es un malentendido.

El agujero en la cabeza de Peter McGraw no era un malentendido; el hijo de puta llevaba tiempo buscándose. El cuchillo que Colin le había clavado tampoco fue un malentendido. Y Taron *bienentendía* a la perfección lo que el chico pretendía: quería salir de esta y haría cualquier cosa para lograrlo.

«Lo siento, muchacho, pero no puedo permitirlo».

Colin apoyó la cabeza contra los barrotes y cambió de postura, sentándose de piernas cruzadas. Su lenguaje corporal sugería que estaba más tranquilo ahora que no veía la muerte como algo inminente.

—Sé lo que estás pensando, pero qué hubieras hecho tú en mi lugar, ¿eh? Estaba asustado. Pero soy médico y mi deber es mantener a la gente con vida. —Levantó la vista y se encontró con la mirada de Taron—. No era mi intención, ha sido una puñalada a ciegas y ahora tienes el cuchillo tremendamente cerca de las arterias. Si lo intentas tú solo, corres el riesgo de desangrarte. Y no creo que quieras que eso pase.

Taron odiaba que le hablaran como si fuera idiota. Tenía un botiquín de primeros auxilios y sabía muy bien cómo tratar una herida. Para demostrarlo, sacó la caja en la que tenía todo lo que necesitaba. Se planteó tomar un poco de *whisky* antes de empezar, pero el alcohol haría que le temblaran los dedos. Por el momento, el dolor era soportable; aunque quizá se tomara un poco cuando acabara, le vendría bien el entumecimiento.

«Médico, mis cojones».

Colin deslizó los dedos por los barrotes sin lograr contener la mueca que se dibujó en su amplia boca.

«No, chaval, tu plan no ha funcionado».

—¿Y qué tienes pensado hacer, dado que no quieres mi ayuda?

Taron arqueó las cejas y forzó una sonrisa a pesar del dolor que el mero gesto le provocó. Sacudió el botiquín de primeros auxilios y se acercó a la butaca; necesitaba sentarse, no podía hacer esto de pie. Desangrarse en su sillón de las pajas mientras un chico guapo lo miraba tampoco es que fuera la forma más terrible de morir.

Taron le dedicó a Colin una mirada apreciativa y, sí, era muy guapo. Dejó caer las revistas al suelo con indiferencia, como si no le importara que el chico las viera; lo hacía, le daba vergüenza, pero qué sentido tenía ocultarlas a estas alturas ya.

Colin se estremeció al verlas, pero luego le dedicó una enorme sonrisa y le dijo:

—No creo que a mi novia le guste que vea ese tipo de revistas.

Taron dejó escapar un gemido silencioso. Heterosexual, como no podía ser menos. Vaya mala suerte la suya. Tenía una nueva boca que alimentar y encima era hetero. Estupendo. Aunque iba a ser interesante ver si Colin intentaba comprar su libertad con favores sexuales... No, sabía que no debería estar pensando en follarse al chico y, mucho menos, con un cuchillo clavado en el costado, pero no había podido evitarlo; tenía una sonrisa preciosa y había pasado mucho tiempo desde la última vez.

Sacó unas tijeras del botiquín y cortó la tela alrededor de la herida. Era una putada enorme, era un buen jersey, llevaba varios años usándolo, y odiaba comprar ropa. Era un tío grande y encontrar su talla en tiendas de segunda mano podía resultar complicado. Y no tenía ninguna intención de aprender a tejer. Aunque tal vez Colin quisiera; a lo mejor, si se aburría lo suficiente, le daba por tricotar.

Tiempo tendría, eso seguro. No iba a irse a ninguna parte.

Colin suspiró, frustrado.

—¿De verdad vas a sentarte ahí y fingir que no existo?

Taron no tenía tiempo para gilipolleces. Se quitó el jersey en cuanto separó la tela del cuchillo; tal vez aún pudiera arreglar la prenda. Cuando vio la hoja clavada en su piel, fulminó a Colin con la mirada. Bueno, al menos no estaba del todo dentro.

Colin se quedó muy quieto, mirando a Taron con detenimiento durante demasiado tiempo, mucho más del necesario. ¿Tenía miedo de que su captor fuera gay o no era tan heterosexual como afirmaba ser?

—Y qué se supone que tengo que hacer yo, ¿eh? ¿Mirarte? ¿Eres algún tipo de exhibicionista o qué?

Pero ¿es que este chico quería morir? Porque lo único que estaba haciendo en esos momentos era cabrear a un oso pardo herido. Y Taron no tenía mucha paciencia.

«De perdidos al río», pensó. Tenía el vendaje listo, alcohol etílico a mano y estaba a punto de descubrir si su destino era vivir o morir. Le hubiera gustado que Missi estuviera allí con él para consolarlo con sus suaves maullidos.

El dolor punzante que sintió al sacarse el cuchillo lo cegó durante un instante, pero al menos lo distrajo de los horribles acontecimientos de esa noche. Por suerte, Colin había cogido un cuchillo de cocina liso y no el de sierra que Taron usaba para cazar.

Cosas agradables.

Taron tenía que pensar en cosas agradables.

Y lo sentía mucho por Colin, pero distraerse pensando en él era la opción más obvia. Imágenes del chico a cuatro patas acogiendo su polla hasta la raíz inundaron su cerebro, cargándolo de dopamina. Colin era alto, con brazos y piernas largos, pero no excesivamente delgado. Taron había palpado músculo bajo su ropa, y eso le gustaba, a pesar de que eran el tipo de músculos que los chicos de ciudad lograban en el gimnasio, no currando.

Mientras tiraba del mango del cuchillo, sacándoselo de forma lenta pero constante, trató de concentrarse en el jersey imaginario del Colin de sus fantasías, que dejaba al descubierto el hueso de su cadera. Pero ni aun así; joder, cómo dolía. Y cuando la sangre le empezó a gotear por la piel, bajándole por el costado, creyó que a Colin se le saldrían los ojos de las órbitas. Al fin y al cabo, le interesaba que Taron siguiera con vida.

—¡Madre de Dios, ten cuidado!

Taron le dedicó una sonrisa arrogante, como si fuera invencible, aunque lo cierto era que, si hubiera podido, habría gritado. Sin embargo, lo único que salió de su boca mientras se sacaba la hoja unos milímetros fue un desagradable gorgoteo.

Cosas agradables.

Colin desnudo en el suelo, con la espalda arqueada y el culo hacia arriba listo para recibir su polla. Jadeante y sin aliento, lleno de una necesidad que solo Taron podía satisfacer.

Con un movimiento rápido, Taron se sacó el cuchillo del todo, lo arrojó al suelo y presionó una gasa contra la herida cuando la sangre empezó a salpicarlo todo.

—¡Desinfectala! ¿Tienes siquiera hilo para poder coserte la herida? Debería llevarte al hospital —gritó Colin, que se aferraba a los barrotes que se convertirían en su tumba en caso de que Taron muriera.

Pero la cosa no pintaba tan mal como había parecido. Sangraba de forma aparatosa, sí, pero el flujo no era rápido. El corte no le había afectado a ninguna arteria importante. De eso estaba seguro; había hecho un curso de primeros auxilios a pesar del horror que había supuesto tener que interactuar con otras personas, y lo había hecho por una única razón: para poder lidiar con ese tipo de cosas por sí mismo. Cuando el mundo se fuera a la mierda, sería un «sálvese quien pueda» en toda regla, y él estaría preparado.

Hizo todo el proceso de desinfección con los dientes apretados, y la incesante narración de Colin sobre los pasos a seguir no ayudó en absoluto a aliviar su dolor. El chico hablaba demasiado para su propio bien; si hubiera podido, lo habría hecho callar metiéndole la polla en la boca.

—¿Qué pasa si te desmayas? Coserse a uno mismo no es fácil. Créeme, lo sé por experiencia.

Taron negó con la cabeza y dirigió una miradita de lo más significativa al cuchillo, a lo que Colin respondió con un gruñido.

—¡Estoy hablando contigo!

Taron decidió ignorarlo y continuó con el delicado trabajo que tenía entre manos. No era la primera vez que tenía que darse puntos, aunque el cabronazo de Colin ya podría haber elegido un lugar al que fuera más fácil llegar. La aguja le quemaba y le provocaba náuseas cada vez que atravesaba la carne, pero cuanto más rápido lo hiciera, antes terminaría; así que reprimió cada uno de sus instintos y siguió cosiendo.

Cuando terminó, Colin parecía tan cansado como él.

Lo cual le tocaba bastante las narices, porque el chaval no tendría más que un par de moratones; bueno, y tal vez la lengua seca debido al incesante parloteo. Taron inhaló una intensa y dolorosa bocanada de aire y cogió la botella de *whisky*. Le sirvió a Colin un poco en un vaso de plástico y se lo puso junto a la jaula. Su cara bonita le había dado buen material para distraerlo mientras se cosía, así que se lo había ganado, se merecía relajarse un poco.

Colin aceptó la bebida, pero, en lugar de darle un trago de inmediato, lo miró con desconfianza. Metió la lengua en el vaso de forma tentativa, pero no bebió hasta que vio a Taron beber directamente de la botella. Cuando el calor del alcohol le bajó por la garganta, se inclinó hacia delante y apoyó la cara contra los barrotes.

—Oye, mira, estoy seguro de que el tío ese hizo algo horrible para merecer lo que le pasó.

Como lo de apuñalarle había sido un fiasco, Colin estaba intentando una nueva táctica para ganarse su confianza. Taron lo sabía; y, aun así, apreció el gesto; porque, sí, Peter McGraw había hecho algo imperdonable y había recibido su merecido.

Taron le dio otro trago al *whisky* y asintió con la cabeza, preguntándose hasta dónde llegaría Colin para ganarse su simpatía. Había dejado caer que tenía novia, pero a grandes males, grandes remedios. Él no obligaría a Colin a hacer nada, pero si —y solo si— el chico intentaba seducirlo, Taron no se opondría y se lo follaría como si no hubiera un mañana. Y en ese sentido le daba igual si el acercamiento era o no sincero. La duda era: ¿llegaría Colin así de lejos?

Taron esperaba que sí. La vida en el bosque podía llegar a ser muy solitaria y la satisfacción sexual que le proporcionaban los chicos que vendían sus favores por la zona a veces no era suficiente. No le gustaban las cosas complicadas ni formar lazos afectivos con la gente; pero, si Colin se iba a quedar allí con él, quizá llegara el momento en el que la picazón fuera insoportable y tuvieran que rascarse el uno al otro.

Por el momento, sin embargo, todo lo que Colin tenía para ofrecer eran palabras y más palabras; tantas que a Taron le había empezado a doler la cabeza. ¿Cómo haría para follárselo? Porque esa era otra... ¿Lo tendría que atar?

—Mira, qué tal si hacemos borrón y cuenta nueva, ¿eh? Háblame de ti. ¿Vives aquí o es una especie de retiro, en plan, donde vienes a pasar las vacaciones?

Taron puso los ojos en blanco y bebió más del delicioso y analgésico *whisky*. Hizo un gesto con los dedos indicándole a Colin que se acercara y se pasó la mano por la entrepierna. No fue un gesto sutil, pretendía que el mensaje se entendiera. Ya se imaginaba deslizándose los dedos por su pelo rubio, sujetándolo mientras se corría en el culo del chico.

La sonrisa de Colin desapareció de forma abrupta y se retiró al fondo de la jaula dejando claro que rechazaba su propuesta.

—Es..., eh... un cumplido, gracias; pero no. T-tengo n-novia, ¿no te lo había dicho?

Taron gimió. Como si la noche no fuera ya una auténtica mierda. Qué puto lío. No tenía ni idea de qué hacer con Colin. No sabía qué uso darle; no podía dejarlo ir, pero tampoco quería matarlo.

Se levantó de la butaca y se fue sin dedicarle otra mirada.

Capítulo 4

COLIN

EN SU PRIMER DÍA allí, Taron bajó al sótano solo una vez. Sin ni siquiera mirar a Colin, lo liberó de la cuerda, le dejó un cubo para que usara a modo de váter, un buen trozo de carne, una lata de atún, sopa y un gran plato de galletitas saladas; estas últimas estaban tan duras que casi se rompe los dientes al tratar de comérselas. Así que terminó mojándolas en la sopa de verduras, caliente y cremosa, hasta que fueron comestibles. El sabor de las galletas le resultó inesperadamente familiar y evocó vívidos recuerdos de otro tiempo; de cuando era pequeño y le dolían las encías al masticar; del olor a madera quemada, a hojas y a nubes asadas al fuego.

Colin había pasado el verano más feliz de su vida construyendo muebles de campamento, aprendiendo nociones básicas de supervivencia, primeros auxilios, nombres de árboles, pájaros. Fue *boy scout* durante apenas un año, hasta que sus padres decidieron que no debería perder el tiempo en aprender cosas que con toda probabilidad nunca usaría en su vida adulta. En su «vida real», como ellos la llamaban.

Bueno, pues su vida real en esos momentos se limitaba a una jaula en la que ni siquiera podía estirarse, así que no creía que le vinieran mal unos cuantos trucos de supervivencia.

A pesar del miedo y del resentimiento, Colin no rechazó la comida; si quería salir de allí, necesitaba estar fuerte. El aburrimiento le permitió darle mil vueltas a cómo escapar, planeando detalles tan específicos como cuál sería el mejor ángulo para apuñalar a Taron. Solo necesitaba alcanzar el cuchillo manchado de sangre que estaba tirado en el suelo al otro lado de la habitación.

Pero a medida que pasaban las horas, el silencio del sótano y la ausencia de señales de vida en la parte de arriba de la cabaña hicieron que su vena homicida se relajara. Si Taron se desangraba hasta morir, Colin se quedaría atrapado allí. Bajo tierra. Sin forma alguna de escapar.

Más tarde, la preocupación fue reemplazada por una enorme ira. ¿De qué le servía ahora haber seguido siempre las reglas, estudiar Medicina o no salir de fiesta? Si se hubiera quedado en el campus, hubiera salido con sus compañeros de clase, se hubiera enrollado con Mikey y no estaría en una mazmorra en medio del bosque, deseando de todo corazón que el asesino que lo retenía no estuviera muerto.

En la oscuridad, con la única compañía de la pequeña linterna que su captor le había proporcionado, Colin perdió la noción del tiempo. Podía haber pasado una hora, cuatro o un día entero, pero la siguiente vez que escuchó pasos en las escaleras, tenía la boca tan seca que la lengua se le había pegado al paladar. En esa ocasión, la comida fue más sustanciosa y mucho más sabrosa, aunque lo cierto era que podría haber subsistido sin comida siempre y cuando supiera que Taron aún no estaba muerto. Si seguía vivo, seguía habiendo posibilidades de escapar.

Taron se negó a responder a sus preguntas, y su silencio no hizo sino acrecentar su miedo por un futuro que le parecía cada vez más incierto. Algo se quebró en su interior cuando Taron se fue de nuevo, y lloró durante tanto tiempo que al final se quedó dormido de puro agotamiento. Su padre le había enseñado que no se lloraba, pero dado que no estaba allí para verlo y juzgarlo... Tampoco para salvarlo. Nadie vendría, nadie lo salvaría, porque había sido un imbécil y para «cambiar un poco las cosas» había tomado el camino equivocado.

Ya no estaba seguro de nada. ¿Taron le estaba dando solo una comida al día? Como en el sótano no había ventanas y su Fitbit se había quedado sin batería, le resultaba difícil saber cuánto tiempo pasaba entre visita y visita. El estado mental en el que se encontraba le resultaba desconocido, no estaba acostumbrado a algo así. Por lo general, siempre estaba ocupado; y, cuando no estaba estudiando, estaba haciendo otra cosa; cada minuto de tiempo libre tenía un propósito. Vivía con prisa, tratando de cuadrar su agenda para hacer el mayor número posible de cosas cada día, así que nunca se había dado cuenta de lo interminables que podían ser las horas.

El paso del tiempo hacía que los demonios salieran de su escondite y le clavarán los colmillos de la desconfianza, susurrándole al oído las distintas formas de morir que le esperaban. Cómo Taron lo desmembraría y se lo comería. Cómo la comida que le estaba dando era en realidad carne humana. Cómo este era el final del camino, que nunca saldría de esa jaula.

En la oscuridad, cada sonido era una amenaza; y su cabeza terminó imaginando formas que no existían, pero que oía acercándose a él con sigilo cada vez que cerraba los ojos.

No perdía la esperanza, pero cada vez era más difícil aferrarse a ella.

Hasta que, en su tercera visita, Taron le trajo unos libros y le dejó la luz encendida antes de marcharse de nuevo.

Como de costumbre, no se quedó a hablar con él, pero los libros fueron tal revelación para el cerebro poco estimulado de Colin que los cogió a toda prisa y los guardó en la jaula; no fuera a ser que Taron cambiara de opinión y se los quitara.

Guerra Mundial Z.

La canción del cisne.

La Ilíada.

Guía completa de plantas comestibles.

Era una selección curiosa, aunque no lo bastante precisa como para poder hacer un perfil psicológico de su captor. Y tampoco sabía si esos cuatro libros estaban entre los favoritos de Taron o si se los habían regalado y, como no le gustaban especialmente, se los había traído a él. O quizá incluso le hubiera dejado los que más odiaba, así, si Colin se los destrozaba, no le afectaría demasiado.

Colin se los leyó todos y, cuando iba por la mitad de *La Ilíada* se dio cuenta de que no se acordaba de la última vez que había devorado un libro en una sentada. ¿Y cuándo había sido la última que se había leído un libro de ficción sin tener que cambiarlo por la versión en audio para poder aprovechar los trayectos en coche o las horas en el gimnasio? Dos años atrás, en Navidad, durante una gran nevada que dejó el campus aislado y que Colin usó como excusa para retrasar unos días su vuelta a casa. Por suerte, ver una película le llevaba menos tiempo; así que, varias veces al año, se permitía el lujo de ir al cine y disfrutar. Ahora ni siquiera sabía si viviría lo suficiente como para poder ver la nueva de *Los Vengadores*.

La chica en el último vagón del tren, de Anasstasiya Lucas llevaba en su mochila cuatro meses porque siempre se decía a sí mismo que lo leería cuando tuviera tiempo; así que quería tenerlo siempre a mano para cuando llegara ese momento. Pero, entre las mil cosas que siempre tenía que hacer, su trabajo a tiempo parcial y estudiar, nunca encontraba el momento.

Dos días después, Taron le ofreció más libros y Colin —de mala gana, todo fuera dicho— le permitió llevarse dos de la pila de libros leídos a cambio de los nuevos. El silencio seguía siendo incómodo y el espacio reducido e insufrible, pero Colin ya no sentía que su vida estuviera en peligro inminente. Dada la situación en la que estaba, había esperado ser torturado o algo así. En cambio, Taron le servía comida casera cada día e incluso le había dado un par de almohadas y una manta. A ver, era cierto que el suelo de la jaula era demasiado duro como para considerarlo

cómodo y le dolían los músculos de no ejercitarlos, pero trataba de hacer tanto ejercicio como el pequeño espacio le permitía.

Llevaría una semana de cautiverio cuando descubrió que ya ni el silencio de Taron le resultaba amenazador; era molesto, sí, pero no intimidante. Y cuando terminó de leer todos los libros nuevos, se dio cuenta de otra cosa: que echaba de menos la luz del sol y el aire fresco mucho más de lo que extrañaba a la gente. Fue un descubrimiento inquietante, pero de vez en cuando, cuando estaba absorto releando sus pasajes favoritos o se echaba una siesta sin tener que preocuparse por su agenda u horarios, el cautiverio le resultaba más parecido a unas vacaciones forzadas que a un encarcelamiento. Sus necesidades más básicas estaban siendo satisfechas y, por primera vez en su vida, no tenía que preocuparse por las convenciones sociales, escuchar a nadie quejándose o tener que medir cada una de las cosas que hacía para evitar desencadenar la ira de su padre. Por una vez en la vida, podía *ser*, sin más; y, a medida que pasaba el tiempo, su interés se centró de forma inevitable en la única persona que le ofrecía algún tipo de interacción y contacto humano.

El tío friki tenía trece gatos, todos ellos con nombres de ríos americanos; y, por el momento, parecía que Colin no se iba a convertir en el alimento de los felinos. Rio, un macho con un solo ojo y pelaje leonado, fue el primero en aventurarse en el sótano. Luego vino Missi —diminutivo de Mississippi—, una hembra joven de color rojizo con la panza llena de gatitos, y sus hermanos moteados: Yukón y Pecos. Esos cuatro eran los más simpáticos, aunque Rio fue el primero que se coló en la jaula y durmió a su lado.

Colin nunca había oído a Taron hablar con ellos o llamarlos, pero les había puesto collares con sus nombres. Los gatos entraban sigilosamente cada vez que su dueño le bajaba a Colin la comida, y luego Taron los cogía con cariño y los sacaba a todos de allí, a menos que estuvieran dentro de la jaula.

Otra de las grandes y desconcertantes sorpresas fue la comida; no se trataba de la típica bazofia que servirían en una cárcel. Eran platos sencillos, pero calientes y muy ricos, que siempre contenían una ración de carne y verdura a la que luego añadía arroz, patatas o legumbres. En la monotonía que era su nueva vida, jugar a adivinar cuál sería el próximo plato era casi casi emocionante.

Los gatos eran su mayor fuente de entretenimiento, porque leía muy rápido y, dado que no se le permitía salir al exterior, el tiempo se había convertido en una línea recta.

El sonido de los pasos de Taron —firmes y rápidos, lo que indicaba que la herida se estaba curando bien— hizo que Colin se incorporara y se acercara a los barrotes de su pequeña prisión.

La altura de la jaula no le permitía ponerse de pie, pero, tras una semana allí, ya casi se había acostumbrado y había llegado a alcanzar cierto grado de comodidad en los confines de su celda.

Las intenciones de Taron todavía eran un misterio. Desde aquella obscena proposición del primer día, no había intentado nada con él; tampoco había tratado de hacerle daño de forma alguna. A ver, no es que estuviera en un hotel cinco estrellas, pero Taron parecía tan molesto con la situación como él. ¿Habría alguna característica específica por la que Taron elegía a sus víctimas que Colin no poseía? ¿O el motivo por el que aún seguía con vida se debía a que la muerte de aquel tío había sido el resultado de un conflicto?

El hecho de haber presenciado el asesinato los había puesto en un aprieto que ninguno de los dos sabía cómo resolver.

—Por Dios, pensé que nunca bajarías.

Como de costumbre, a Taron lo siguió una avalancha de gatos. Rio se deslizó entre los barrotes reclamando atención y maullando con una insistencia que cualquiera diría que en vez de un felino era una sirena antiaérea. Colin se lo puso en el regazo y miró la expresión sombría de Taron. A veces se preguntaba si su insistencia en no hablarlo, en ni siquiera reconocer su presencia, era su manera de distanciarse, de no intimar con un hombre del que en algún momento tendría que deshacerse.

Colin notó que se le secaba la garganta de la repentina preocupación que lo embargó y buscó consuelo en la bola de pelo en su regazo, su única fuente de desahogo. Cada vez que Taron bajaba, a Colin se le aceleraba el corazón; tanto por la alegría de tener compañía como por el miedo de que tal vez ese fuera el día en el que Taron decidiera que ya estaba preparado para su próximo asesinato.

Colin no dejaba de darle vueltas al futuro que lo aguardaba y el terror que le producía pensar en ello siempre lo llevaba al mismo lugar: a la pila de revistas porno que había junto a la butaca. ¿Tal vez debería intentar ir por ahí si nada más funcionaba? No era como si Taron fuera feo. Claro que el hecho de que fuera él quien vaciaba el cubo en el que Colin hacía sus necesidades mataba cualquier tipo de tensión sexual que pudiera haber surgido entre ellos.

Era humillante, la verdad, pero se aferraría a un clavo ardiendo si existía la más mínima posibilidad de ganar algo de terreno en esta guerra.

Nervioso, presionó la mejilla contra uno de los barrotes y agarró el sólido y peludo antebrazo de Taron cuando este se agachó para dejar la comida junto a la jaula. Debía de hacer calor fuera, porque llevaba una camiseta marrón de manga corta, unos pantalones de camuflaje y botas.

Taron lo miró, pero la firmeza de sus músculos y la calidez de su piel, que habría estado expuesta al sol durante la mayor parte del día, lo distrajeron tanto que Colin tardó en contestar la pregunta que Taron pareció hacerle con la mirada.

—Estoy aburrido. ¿Hace calor fuera? Te has puesto moreno —dijo Colin aún aferrándose al primer ser humano que había tocado en una semana.

Taron asintió y a él se le aceleró el corazón. Era la primera vez que le contestaba a algo. Era un avance. Y, ahora que lo tenía tan cerca hubiera jurado que su barba parecía estar más cuidada de lo habitual; oscura y aún muy tupida, pero algo más recortada.

Colin se lamió los labios, sabiendo que así llamaría la atención sobre su boca. Podría hacerle una mamada sin ningún problema; si así conseguía salir al exterior, aunque fuera durante poco tiempo, lo haría. Ahora que estaba seguro de que el tipo no era un perverso ni un depredador sexual, la seducción era una opción perfectamente válida para futuras negociaciones.

—Estoy tan aburrido que hasta leería esas revistas porno —dijo en tono despreocupado, con fingida inocencia, para que Taron no supiera si era una broma o no.

No lo era. Ya había hojeado un par, las que había podido alcanzar desde la jaula. Luego las había devuelto a la pila.

Aunque sabía que Taron era un monstruo, el corazón le dio un vuelco al sentir su atención centrada en él. Había tenido muchas ocasiones para fijarse en su captor, para evaluar cada parte de su cuerpo cada vez que bajaba al sótano, y lo que más le atraían eran sus manos. Si fuera capaz de disociar su tamaño, el grosor de los dedos y las marcas que dejaban claro el trabajo físico al que las sometía de lo que le había visto hacer a su víctima con ellas, las consideraría sexis.

Taron empujó el plato en su dirección, como si instara a un animal a comer.

Colin suspiró, se apoyó contra los barrotes y puso cara de pena. ¿Funcionaría? Al fin y al cabo, si Taron tenía corazón para sus gatos, ¿no lo tendría también para su nueva mascota?

—¿Podrías subir la jaula arriba? Hace días que no veo el sol. Por favor —suplicó, apretándole un poco más el antebrazo, pero sin atreverse a acariciarlo ni siquiera con la punta de un dedo.

Colin no debería estar ahí y ambos lo sabían. Si hubiera seguido el mismo camino de siempre, su carretera sin emociones, ahora no temería por su vida, ni se lavaría con una esponja ni haría pis en un cubo.

Missi frotó la cabeza contra la rodilla de su dueño sin juzgarlo por ninguna de sus malas acciones, sin siquiera ser consciente de ellas. Colin no quería convertirse en eso, no quería acomodarse hasta el punto de no saber que tenía un amo.

Taron le acarició la cabeza a la gata.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo? Tengo mucho que decir y estoy seguro de que a veces echas de menos tener gente alrededor.

Los ojos verdes oscuros de Taron se apartaron de la gata y se centraron en él, haciéndolo temblar por la intensidad que pudo ver en su mirada. Apartó el brazo, pero antes de que Colin pudiera lamentarse por otra oportunidad perdida, la mano de Taron envolvió la suya. Ya que estaba, podría verbalizar sus intenciones en voz alta y ahorrarle a Colin el tener que hacer conjeturas.

Su palma era áspera y tan cálida que Colin sintió el calor por todo su cuerpo, como si se transfiriera del uno al otro, provocándole un cosquilleo en los huevos. Era curioso, porque esta había sido su intención desde el principio, pero ahora que Taron respondía a su sutil seducción, a él le temblaba todo desde la cabeza hasta los pies. Después de tantos días solo en ese sótano horrible, la única persona a su alrededor por fin quería interactuar con él.

Y, vale, podía ser que Taron no fuera la mejor de las personas, pero no se le podía culpar por no querer pasar el resto de su vida en la cárcel cuando era más que evidente que era un hombre de campo y necesitaba estar al aire libre. Y puede que fuera una forma de pensar un poco retorcida, pero Colin entendía ese razonamiento, lo respetaba, a pesar de cómo le afectaba todo esto a él.

Sin apartar la mirada de Taron, le acarició con suavidad la palma de la mano.

—Esto debe de ser muy solitario. ¿Cuánto tiempo llevas aquí solo?

El resoplido que dejó escapar Taron por la nariz le recordó a Colin al sonido que hacían los toros cuando estaban excitados, y no tenía claro si la comparación lo ponía cachondo o lo asustaba. ¿Debería ondear un trozo de tela rojo frente a la bestia? ¿Qué pasaría si de repente Taron consideraba que para lo único que servía Colin era para follar y decidía quedárselo como esclavo sexual? ¿Esa era la vida que le esperaba? ¿Con todo el tiempo que había perdido estudiando y ahora resultaba que todo había sido en vano?

Missi se puso tensa, se le erizó el pelo de la espalda y dirigió una mirada hacia las escaleras. Antes de que Colin pudiera siquiera pensar qué ocurría, Taron se puso de pie y se llevó su enorme dedo índice a los labios en la orden universal de «silencio».

Colin notó un escalofrío bajarle por la columna antes incluso de captar el zumbido que se hacía más fuerte con cada momento que pasaba: un coche.

Taron corrió escaleras arriba seguido por la mayoría de los gatos que habían bajado con él; Rio se quedó, sin embargo; parecía creer que amasar el muslo de Colin era una necesidad mucho más

urgente.

El ruido sordo de las botas de Taron fue seguido por el ya familiar de la trampilla, pero, en esa ocasión, los sonidos que le llegaban desde arriba eran más claros, como si no hubiera tenido tiempo de cerrar con candado el sótano. A Colin se le erizó la piel de los nervios y se llevó ambas manos a la oreja para amplificar cualquier cosa que pudiera escucharse en la cabaña. Rio empezó a ronronear, pero no le hizo caso, su atención estaba en otra parte, en el mundo de luz y sol del exterior; en el mundo en el que vivía la gente. Gente que, en esos momentos, llamaba a la puerta.

¿Sería una visita inesperada? ¿Algún familiar que supiera de la existencia de la jaula? O peor aún, ¿y si Taron tuviera cómplices y los hubiera invitado a conocer a su nueva mascota enjaulada?

¿Y si esta fuera la única oportunidad de escapar?

Aunque le llegaban de forma débil, las voces eran bastante claras.

—Sabemos que esto es inapropiado, Hauff, pero nos han dicho que nunca te llevaste demasiado bien con Peter McGraw, así que es nuestro deber comprobar todas las pistas.

Colin se dio cuenta de lo que ocurría tan de golpe que fue como ser arrollado por un camión; uno enorme que se llevó por delante su muy bien amueblada cabeza y la lanzó a la cuneta sin miramientos. Peter McGraw. Ese tenía que ser el nombre del muerto. Si había desaparecido, era natural que hubieran empezado a buscarlo. ¿Y quién buscaba desaparecidos y hablaba de «pistas»? La policía.

Colin creyó ver la luz y, por primera vez en mucho tiempo, respiró hondo, llenándose los pulmones de esperanza, del poder de gritar con todas sus fuerzas. Porque, si él podía escuchar la conversación que estaban teniendo en el piso de arriba, ellos podrían oírlo a él. Lo único que tenía que hacer era gritar.

«¡Aquí!».

«¡Ayuda!».

«¡Me han secuestrado!».

«¡El tío este es un asesino!».

Pero cada vez que cogía aire y abría la boca, lo único que le salía era silencio.

El torrente de interrogantes que se le agolpaban en la cabeza era tal, que no le salían las palabras. ¿Qué pasaría si Taron mataba al —o a los— policías? Que Colin habría firmado su sentencia de muerte. Taron se sentiría traicionado y se desharía de él. ¿Y si los mataba, pero él

también resultaba herido en la pelea y moría por una herida de bala? Pues que Colin se habría muerto de hambre antes de que alguien lo encontrara.

Por otra parte, ¿cuál era la alternativa? ¿Vivir su vida en una jaula? Ya había tenido un ataque de pánico por ello hacía unos días, el tercero, si sus cálculos sobre la frecuencia de las comidas eran correctos.

—Ya te he dicho que es sordo —dijo una segunda voz—. Escríbele las preguntas. A no ser que hables lengua de signos.

Colin se quedó de piedra, aturdido. ¿Cómo había podido ser tan imbécil? ¿Cómo era posible que no hubiera llegado él a esa misma conclusión después de tantos días sin que Taron le dijera ni una palabra? Culparía al aislamiento, la situación le estaba jugando una mala pasada.

Ante esta nueva información se abría otra posibilidad porque, si gritaba, Taron no podría oírlo, pero los policías sí lo harían. Podría darles a conocer su presencia sin arriesgarse demasiado.

Y, sin embargo, no podía; no le salía. Taron era el tipo de persona que preferiría morir antes que ser encarcelado; y si Colin abría la boca, sería él quien lo condenara a muerte. No quería eso; Taron no era tan malo, no tenía mal fondo. Le daba de comer y sus gatos lo adoraban. Tenía que haber una razón de peso detrás del asesinato que Colin había presenciado.

Y no solo eso, había algo más, algo que le costaba admitir, pero cuya existencia no podía negar; y era el hecho de que, a pesar de las pésimas condiciones en las que se encontraba, era la primera vez en su vida que Colin se veía libre de las expectativas infinitas de los demás. No tenía que matarse a estudiar para exámenes sobre temas que no le interesaban lo más mínimo, no tenía que responder correos electrónicos ni lidiar con sus padres. ¿Era una puta locura considerar esas cosas como una bendición? Probablemente lo era, sí. Quizá lo de estar atrapado en el sótano de un asesino psicópata le estaba afectando más de lo que creía.

Mientras le daba vueltas a sus opciones sin parar, barajando qué hacer —pedir ayuda y arriesgarlo todo o callarse y permanecer a merced de Taron—, la conversación de arriba se difuminó y se volvió una especie de borrón que escuchaba solo por encima. Había dos voces: las de los dos policías. Eran dos contra uno, tenían ventaja numérica, pero Taron jugaba en su campo y era un tío grande y fuerte que seguro que podía romperle el cuello a alguien sin demasiado esfuerzo.

Era una decisión imposible.

Y cuando el sonido de la puerta al cerrarse resonó por toda la casa como una especie de trueno, Colin se dio cuenta de que ya era demasiado tarde y se vio absorbido por la oscuridad y las náuseas.

La había cagado.

Había desaprovechado su única oportunidad de que lo rescataran, y lo había hecho porque había sido incapaz de tomar una decisión.

Era como aquellas personas a quienes secuestraban de niños, pero que nunca se lo decían a nadie a pesar de que sus captores les permitían salir. Solo que en su caso era adulto y su cautiverio solo había durado, como máximo, una semana.

¿Cómo podía ser tan patético?

La ruidosa orgía que la lástima, el desprecio por sí mismo y la culpa habían montado en su cabeza se calmó en cuanto oyó el ruido de la trampilla y vio la sombra de Taron en las escaleras.

Sus pasos eran lentos, deliberados, como si se estuviera mofando de la incompetencia de Colin.

Capítulo 5

TARON

TARON NO SABÍA QUÉ pensar. La visita de la policía le había hecho sudar la gota gorda y se había vuelto loco barajando miles de excusas que explicaran la presencia de Colin; ninguna había tenido sentido, así que menos mal que el chico había guardado silencio como se le había pedido.

Cuando bajó al búnker, se quedó unos segundos mirando la preciosa cara de Colin; la tensión entre ellos era tan enorme que no le hubiera extrañado si el sótano hubiera estallado en llamas. El chaval estaba muy tenso, la rigidez de sus músculos era evidente incluso en la distancia. Estaba sentado de piernas cruzadas, con las mejillas pegadas a los barrotes y los nudillos presionados contra el suelo. Al principio, Colin no miró en su dirección, como si estuviera en estado catatónico, pero, tras unos instantes, sus ojos castaños se centraron en él.

Taron se detuvo frente a la jaula y miró con detenimiento los ojos abiertos de par en par del chico; pensando, reflexionando. ¿Cómo debería recompensar a su mascota?

El pecho de Colin subía y bajaba de forma visible, respirando de forma laboriosa; pero, justo cuando Taron creía que el miedo lo había hecho enmudecer, las gráciles manos del chico se levantaron y se movieron formando signos.

Palabras.

Taron estaba alucinado, al principio no se lo podía creer, pero los gestos eran demasiado precisos, demasiado deliberados como para ser accidentales.

Colin conocía la lengua de signos.

<He estado callado. ¡No te he traicionado!>, le dijo Colin sin abrir la boca.

La desesperación era evidente en sus ojos y tenía los orificios nasales muy abiertos debido a lo acelerado de su respiración.

Taron se humedeció los labios, un poco aturdido por semejante descubrimiento, tratando de hacerse a la idea. ¿Hasta qué punto conocía Colin la lengua de signos?

<¿Por qué?>, gesticuló Taron siguiendo con la farsa, solo para ponerlo a prueba, aunque lo cierto era que el corazón le latía desbocado. Hasta ese momento había pensado que Colin era guapo, sin más; follable. Pero lo había visto como un bonito mueble que poder apreciar más que como una persona; como una obra de arte.

Colin contrajo el gesto; su cara reflejó una miríada de emociones; fue de la alegría a la pena en tan solo un segundo.

<Me preocupaba lo que pudieran hacerte. No quiero que te hagan daño>, indicó el chico, que negó con la cabeza varias veces antes de agarrar los barrotes con fuerza, como si se creyera capaz de doblar el acero con las manos.

Taron asintió. El muchacho era muy competente.

De repente, quiso saber más. ¿Tendría Colin un hermano sordo? ¿Alguno de sus padres, quizá? Sin embargo, había preguntas más urgentes que necesitaban respuesta.

<¿Por qué?>, le preguntó de nuevo con el ceño fruncido.

Colin soltó un gemido tan agudo que sonó muy parecido al que haría un zorro al quedar atrapado en un cepo.

<No te traicionaré>, indicó el chico mirándolo a los ojos en una súplica desesperada. <Solo quiero ver la luz del sol. Dame un baño; uno de verdad, no con la esponja. Quiero respirar aire puro. ¡Por favor, déjame salir! ¡Por favor!>.

Taron se apoyó contra la jaula y miró a Colin desde arriba. La semana anterior había sido muy dura para ambos. Con toda probabilidad, Colin temía por su vida y a Taron le resultaba difícil seguir ignorando al chico, por mucho que intentara fingir que Colin no era más que un gato salvaje que tenía encerrado en su búnker.

<Sé leer los labios>, mintió Taron, siguiendo con su farsa y guardándose un as en la manga. <No puedo dejar que te vayas, pero lo has hecho muy bien>.

Colin se estremeció, como si Taron lo hubiera golpeado, y se agarró con más fuerza a los barrotes mientras su rostro se contraía en una mueca de dolor.

—Quieres que me pudra aquí, ¿verdad? —susurró, sacudiendo la cabeza.

Taron gimió.

<Lo que quisiera es que no estuvieras aquí. Pero lo estás. Así que tenemos que lidiar con la situación como mejor podamos>. Él había estado allí tan tranquilo sin una mosca cojonera zumbando en su búnker todo el santo día. Se suponía que nadie sabía que ese lugar existía, que

su seguridad y su futuro no se verían comprometidos cuando el mundo se fuera a la mierda. Aun así, tenía demasiada curiosidad como para no hacer la siguiente pregunta: <¿Cómo es que sabes lengua de signos?>.

Colin se lamió los labios y miró a Taron como si le estuviera haciendo una pregunta de lo más intrusiva; pero, tras unos instantes, habló:

—Soy gay.

Taron notó como una ola de calor le daba de golpe en la cara; se quedó perplejo durante unos segundos, ni siquiera parpadeó. Y puede que eso fuera precisamente lo que Colin quería. Pero a ese juego podían jugar los dos; ¿Colin le mentía diciendo ser gay? Taron fingiría creerle. Follarían y, una vez saciada la necesidad, todo volvería a estar bien en el mundo.

<¿Y todos los gais saben usar la lengua de signos?>.

Colin se rio entre dientes y se apoyó contra los barrotes.

—No. Pero ese es el motivo por el que yo la aprendí. Me gustaba un chico que trabajaba con personas sordas y me ofrecí como voluntario para currar con él. —Luego, en lengua de signos, añadió—: <No funcionó>.

Taron no podía recordar la última vez que había tenido una conversación así con alguien. Debían de haber pasado años. Estaba un poco oxidado.

<¿Qué pasa con tu novia?>, le preguntó burlón, ladeando la cabeza.

Colin puso los ojos en blanco antes de decir:

—Te mentí, ¿vale? —Como Taron no le contestó, Colin levantó las manos, frustrado, y gimoteó—. ¡Tienes una puta jaula en tu sótano y te vi matar a un tío! ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, después de ver esas revistas porno de ahí?

Taron se quedó pensando unos instantes. ¿Sería posible que el chico no estuviera mintiendo? Parecía demasiado bueno para ser verdad; ¿en serio tenía un chico guapo en su búnker que no solo hablaba lengua de signos, sino que también era gay? No sabía si era un retorcido regalo caído del cielo o una triste ironía, porque, tal como y como se habían conocido, Taron sabía que Colin nunca sería suyo.

Taron dio unos golpes en los barrotes para llamar su atención.

<Me habría ofrecido a chupársela y le habría arrancado la polla de un mordisco>.

Colin frunció el ceño.

—Madre de Dios, estás fatal.

Taron dejó escapar una risa silenciosa. Hacía años que un ser humano no le divertía tanto.

<Uno tiene que hacer lo que sea necesario>.

Colin abrió los brazos tanto como la jaula le permitía.

—Si le hubieras hecho algo así, te habría dejado morir de hambre. ¿Y qué hubieras ganado? Nada, vengarte, sin más.

<Por si aún no te has dado cuenta, soy un poco vengativo>. Taron quería asegurarse de dejar eso claro antes de hacerle una oferta. <No puedo dejarte ir, pero como te has portado tan bien, te voy a dejar ver el sol. ¿Qué te parece?>.

La expresión de total y absoluta felicidad en el rostro de Colin lo hizo parecer más joven durante unos instantes; infantil, incluso. Y, cuando estiró una mano y trató de tomar la suya, como si de verdad no pudiera evitarlo, Taron estuvo encantado de concederle el deseo y agarrar sus suaves dedos.

—¿Y podría darme una ducha? ¿Por favor?

<Podría ser>, gesticuló tras una larga pausa, pues le costaba separar su mano de la de Colin.

Colin sonrió y, o era muy buen actor o era cierto que la mera perspectiva de ducharse lo hacía muy feliz.

—No te arrepentirás. Prometo portarme bien.

<Más te vale>.

Taron se acercó al baúl de chatarra que había comprado en el desguace; aunque aún no había tenido la oportunidad de revisarlo bien, sabía que tenía justo lo que necesitaba en esos momentos. Cogió el ancho collar de metal y le ató una cadena.

Desde la jaula, se escuchó a Colin coger aire y, cuando Taron se giró hacia él, le dijo:

—Por favor, no me digas que al final sí que eres un perverso.

<Solo es para asegurarme de que no te vayas a ninguna parte>, gesticuló Taron poniendo los ojos en blanco y acercándose a la jaula mientras valoraba los objetos punzantes que pudiera haber a su alrededor y que Colin podría usar como armas. No había nada afilado y no creía que el chico pudiera causar demasiado daño con sus delicadas manos.

Colin resopló.

—Los collares de los gatos al menos son acolchados. ¿No podría serlo este también? —preguntó mientras se hacía a un lado para que Taron pudiera abrir la jaula.

El chico estaba cooperando y ver sus largas piernas ahora que Taron sabía que su toque quizá no fuera tan indeseado como solía creer era una tentación todavía más grande que antes. Si jugaba bien sus cartas el chico podría ser suyo. ¿Era una idea retorcida? Probablemente. Pero hacía tiempo que había dejado de jugar en base a las reglas de la sociedad.

<Lo acolcharé para la próxima vez>.

No podía creer que Colin tuviera la capacidad de bromear en la situación en la que se encontraba. E incluso le tendió las muñecas cuando Taron se acercó a él con una cuerda para atarlo. Se dejó amarrar sin quejarse y tampoco intentó huir cuando, por primera vez en una semana, la puerta de la jaula quedó abierta. Si hasta pidió permiso para ponerse de pie... El alivio en su rostro cuando al fin y tras tanto tiempo pudo erguirse hizo que Taron se sintiera un poco culpable por tenerlo en esas condiciones.

<Si gritas, te amordazaré, ¿entendido?>.

Colin se acercó más a él y sonrió; sonrió de verdad. Sus ojos quedaban casi a la altura de los de Taron, pero la diferencia entre sus cuerpos era tan grande que el chico parecía mucho más pequeño en comparación.

—No gritaré, te lo prometo.

Cuando Taron le colocó el pesado collar metálico y aseguró el cierre alrededor del esbelto cuello de Colin, una ola de excitación lo recorrió entero al saberse su dueño.

¿Estaba mal pensar algo así? Sí, por supuesto.

Pero también estaba tan tan bien...

Capítulo 6

COLIN

EL COLLAR LE RESULTABA opresivo y, a pesar de quedarle relativamente suelto, cuando Taron se lo cerró alrededor del cuello, no pudo evitar preguntarse si ese era el propósito original de la pieza. Todavía existía la posibilidad de que su secuestrador hubiera estado actuando todo este tiempo, para apaciguarlo y que se confiara, y que solo ahora fuera a revelar su verdadera naturaleza; pero la perspectiva de salir del sótano era tan emocionante que no quería ni planteárselo. Le dolían las articulaciones y los músculos tras tantos días de encierro, pero nada preocupante, se trataba de un dolor similar al que tenías después de salir a correr.

No había estado tan cerca de Taron desde el día del secuestro, por lo que estar cara a cara con semejante pared de músculos le resultaba intimidante y excitante a la vez. Una promesa flotaba en el aire, y aunque Colin tenía miedo de lo que podría implicar, por ahora se iba a dejar llevar y punto.

—Gracias —le dijo rozándole el fuerte pecho con el dorso de sus manos atadas.

Taron siempre llevaba ropa holgada, pero Colin lo había visto medio desnudo, y la imagen de sus enormes pectorales cubiertos de vello oscuro y de esos bíceps tan anchos que más que brazos parecían muslos eran dos cosas que no se quitaba de la cabeza cuando soñaba despierto. No podía evitarlo, qué culpa tenía él si la única persona a su alrededor era un tío bueno y macizo. Si se hubieran conocido en Grindr, Colin ya le habría pedido una fotopolla.

Taron respiró hondo y se quedó mirando las manos de Colin en su pecho. La comunicación que habían logrado establecer tras días de haber sido ignorado era estimulante y Colin no podía evitar sentir esa emoción por todo el cuerpo. Se acababa de dar cuenta de lo solo que se había sentido; había llegado hasta a tener largas conversaciones con los gatos. Pero ya no; ahora su secuestrador ya estaba listo para hablar con él.

Taron asintió y, cuando fue a ajustarle el collar y comprobar si le quedaba demasiado grande, le rozó el cuello con un dedo de forma furtiva.

Si la situación no fuera tan jodida como era, Colin hubiera afirmado que el toque le había gustado. Al igual que lo hizo el hecho de que Taron le robara una caricia en lugar de imponérsela; eso tenía que ser una buena señal.

Se felicitó a sí mismo. La decisión que había tomado, o más bien la que no había tomado y fue mero resultado de su indecisión, había sido acertada. Estaba ganándose su confianza. Y puede que hoy no lo dejara vagar por ahí sin supervisión, pero lo estaba dejando salir y eso ya era algo. Colin se centraría en el largo plazo. Iría poco a poco y rompería cada una de sus barreras hasta que Taron se confiara y él pudiera robarle el coche y huir.

Sería inteligente, lo haría bien, no como los típicos personajes de las películas que, en su imprudencia, intentaban escapar demasiado pronto y morían en el proceso.

Taron lo llevó escaleras arriba y los gatos los siguieron en manada; eran tantos que Colin tuvo que mirar muy bien dónde ponía los pies para no pisar a ninguno. Pero entonces la luz del día le dio directamente en la cara desde una ventana en la planta superior y se quedó sin aliento mirando las copas de los árboles y el cielo azul salpicado de pequeñas nubes.

Teniendo en cuenta que había una jaula en el sótano, el dormitorio le pareció de lo más normal; una cama grande y muy acogedora con una colcha de lana por encima y una estufa de leña junto a la pared donde descansaba una taza vacía. Eso era todo. La habitación podría pertenecer a uno de esos bonitos retiros de fin de semana.

Una vez que puso un pie en el piso de arriba, la sorpresa lo dejó sin aliento; por la ventana se podían ver unos conejos jugueteando en un recinto exterior, y descubrir que esa era la fuente de la suave carne que había comido esa semana lo llenó de un alivio tremendo; al menos ahora sabía que no se había estado comiendo trocitos guisados de Peter McGraw.

El sol ya tenía un tinte anaranjado y la forma en que jugaba entre las hojas de los árboles era tan bonita que por un momento a Colin no le salieron las palabras. La mesa de la cocina, la que le había parecido tan terrorífica la noche que la vio por primera vez, ahora albergaba una cebolla picada y varios tomates naturales, tan rojos que hasta le dolieron los ojos por la intensidad de su color después de tantos días sin luz solar.

Cuando Taron vio que Brazos estaba sobre la mesa mordisqueando la cebolla, dejó caer la cadena atada al cuello de Colin y cogió al gato negro alejándolo de la mesa. Brazos maulló a modo de queja, pero Taron no lo soltó hasta que escupió el trozo de cebolla que se había metido en la boca. Cuando lo logró, le acarició la cabecita; el gato ni miró sin entender lo que pasaba.

Era como si su captor se hubiera olvidado de la existencia de Colin; hasta que sus miradas se encontraron y pareció recordar que tenía un hombre a quien vigilar.

Taron tosió y dejó caer al gato antes de decir:

<Es tóxica para los gatos>.

Colin se agachó para acariciar a Brazos, pasándole las manos atadas por el lomo hasta el final de la cola.

—Ey, tontorrón.

Luego se levantó y se acercó a Taron con pasos lentos. Aún no había intentado forzarlo y adoraba a los gatos; esas eran señales muy prometedoras, ¿no?

—¿Y si cubres esa tabla de cortar y me enseñas tu casa?

Taron guardó la cebolla, pero sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

<Una ducha, nada más>, gesticuló mientras le agarraba de la cadena atada al collar y emprendía el camino hacia la puerta.

Colin puso cara de pena, asegurándose de que su captor la viera.

—¿Por qué no? —le preguntó, agarrándole de una de las trabillas de los vaqueros y tirando de él. Si la lástima no le funcionaba, intentaría llegar a él por otros... medios; al fin y al cabo, Taron había dejado claro que estaba interesado.

<Porque mi casa no es de tu incumbencia y no quiero que husmees>, le contestó haciendo tintinear la cadena que tenía en las manos mientras las movía para gesticular.

¿Qué más estaría escondiendo que no quería que viera?

Que aún no confiara en él era un duro golpe en sus planes, pero podía trabajar en ello; por fin estaba en condiciones de negociar.

—Creí que ahora también sería mi casa. Como no quieres que me vaya...

Bingo. Al escucharlo, Taron desaceleró el paso y se quedó mirándolo con atención mientras pensaba qué decir.

<Quizá mañana>.

Podía ser que Colin fuera menos inteligente de lo que creía, porque, a pesar del collar y de llevar una semana encerrado, estaba agradecido de que lo hubiera dejado salir de la jaula. No parecía que su muerte fuera inminente ni tenía pinta de que Taron quisiera torturarlo. Era un salvaje, sí; estaba claro que no estaba acostumbrado a tener compañía, pero parecía lo bastante interesado en tener a un hombre cerca como para ceder a los deseos de Colin.

Colin suspiró y dejó caer los hombros, exagerando su expresión de abatimiento.

—Vale. ¿Y qué planes tienes para luego? —preguntó, aferrándose a la conversación con todas sus fuerzas. Por fin habían formado una conexión real y la explotaría todo lo que pudiera.

Pero cuando Taron abrió la puerta de la casa y salieron al porche, la belleza del claro y del bosque que lo rodeaba dejó a Colin sin aliento. El aire con olor a pino le inundó las fosas nasales, borrando los acontecimientos de la semana anterior. Se quitó las zapatillas y salió disparado hacia el césped.

Estaba frío al tacto y le hacía cosquillas en las plantas de los pies de una manera tan familiar que no pudo evitar sonreír. Ni siquiera le molestó el tirón de la cadena que llevaba al cuello.

Taron vaciló un instante, pero siguió a Colin con cautela, como si estuviera paseando a su gato por primera vez y no supiera si el animal se asustaría o hacia donde saltaría. Ambos se quedaron muy quietos cuando vieron que algo se movía en el borde del claro, pero se relajaron al darse cuenta de que solo era un ciervo, y este desapareció de nuevo entre los árboles en cuestión de segundos.

Una serie de sencillos cobertizos rodeaban la casa y, en su camino hacia donde fuera que se dirigían, pasaron por un gallinero, por el cercado de los conejos y por un enorme huerto. Colin miró a su alrededor y no le extrañó no ver su coche, pero el mero hecho de pensar en ello le trajo recuerdos desagradables del hombre en cuyas manos ensangrentadas estaba su vida.

Taron lo miró y gesticuló:

<Tengo trabajo que hacer>.

La expresión de Colin se iluminó ante ese rayito de esperanza.

—¿Y te podría ayudar? A este paso, voy a perder todos los músculos —dijo, esperando despertar el interés de Taron en su cuerpo.

Mientras rodeaban la casa y dejaban atrás el huerto, dirigiéndose hacia un grupo de árboles más jóvenes, Taron ladeó la cabeza y contestó:

<Me lo pensaré>.

A la luz del día era difícil negar lo atractivo que era su captor; incluso sabiendo que el tío tenía un hacha que había usado para aplastar el cráneo de un hombre. Sus ojos verdes no se apartaban de él y los enormes músculos de su antebrazo cubierto de oscuro vello prometían no tener piedad si Colin salía corriendo. Pero eso daba igual, porque no pensaba huir. Aún no.

A la luz del día también pudo ver por primera vez las arruguitas que se le marcaban alrededor de los ojos y que su piel parecía un poco seca de tantas horas como pasaba trabajando bajo el sol, pero eso solo reforzaba su imagen de cazador solitario al que no le importaba lo que los demás pensarán de su apariencia. Tenía la barba tupida como un arbusto, pero olía a limpio, y Colin se

imaginaba las cosquillas que le haría con ella en los muslos si en algún momento le comía la polla. Nunca había estado con un chico con barba.

Se detuvieron y, justo cuando Colin estaba a punto de hablar de nuevo, las palabras murieron en sus labios antes de salir, porque Taron agarró la cuerda que tenía alrededor de las muñecas y la ató a una rama sobre su cabeza, haciendo que Colin tuviera que levantar los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, tenso, haciendo fuerza con las muñecas y tirando de la cuerda.

Taron enrolló la cuerda varias veces alrededor de la rama.

<Ducha>, gesticuló tan pronto como sus manos estuvieron libres justo antes de subirle la camiseta con impaciencia.

Colin estaba tan asustado que no le salió la voz hasta que no tuvo la camiseta alrededor de las muñecas.

—Hum... ¿Vamos a esperar a que llueva?

Taron negó con la cabeza y, con la mayor naturalidad del mundo, como si estuviera desnudando a un muñeco, le abrió el primer botón de los vaqueros. Colin se puso de puntillas sobre la hierba y se estremeció, temeroso de lo que iba a pasar a continuación.

—H-háblame, por favor ¿Qué está pasando?

Taron se detuvo, sus enormes manos en la cremallera de Colin. Respiró hondo y señaló con la cabeza una manguera verde medio escondida entre la hierba alta que Colin no había visto y que estaba conectada a un grifo en el suelo.

Colin tragó saliva. Preferiría usar la manguera él mismo, pero no quería presionar demasiado el primer día de progreso real, así que asintió y buscó la mirada de Taron, contoneándose contra su mano.

—Estoy un poco asustado.

Taron mordió el anzuelo.

<Haré que sea agradable>.

¿«Agradable» para quién?, quiso preguntar Colin; porque las enormes manos de Taron estaban otra vez sobre él, bajándole los pantalones y la ropa interior, y dejándolo desnudo y expuesto ante la mirada hambrienta de la bestia.

En el preciso instante en que se quedó sin ropa, sus pensamientos vagaron hacia lugares impensables que no tenían cabida ni sentido en su situación actual. No había tenido la oportunidad de arreglarse el vello púbico en las últimas dos semanas y le había crecido hasta alcanzar esa longitud un tanto incómoda entre «totalmente depilado» y «recortado con esmero».

¿Qué pensaría Taron de su cuerpo ahora que lo veía desnudo del todo? ¿Los signos de que no estaba haciendo suficiente ejercicio serían evidentes en su pecho y abdomen? Como no se había podido mirar en un espejo, no sabía cómo había afectado su nueva rutina a su forma física y tampoco tenía a mano una báscula para comprobar su peso. ¿A Taron le gustaría así?

Colin se tragó como pudo el nudo que se le había formado en la garganta. Su mente era un torbellino; miraba las manos grandes de Taron mientras le recorría todo el cuerpo con ellas y le parecían increíblemente sexis, pero, a la vez, recordaba la violencia de las que esas manos eran capaces. No lograba centrarse en una sola versión de la realidad, así que se limitó a mirarlas mientras pensaba qué decir para ganarse su favor.

—Entonces, confiaré en ti.

Taron no le respondió, pero la forma en que lo miró mientras le terminaba de quitar los vaqueros y los arrojaba al césped parecía decir: «No tienes más remedio».

Cuando se alejó un poco de él para quitarse su propia camiseta, las alarmas en la cabeza de Colin volvieron a saltar y, una vez más, se vio inmerso en el mismo dilema: comerse con los ojos el torso fuerte y cubierto de un suave vello oscuro que su captor le mostraba o sentirse como un ciervo colgado de una cuerda y listo para ser desollado.

Era curioso, porque ya había decidido que se acostaría con Taron para ganarse su confianza y obtener privilegios, pero ahora ya no estaba tan seguro. Era como estar reviviendo su primera vez de nuevo.

—¿Tú también te vas a duchar?

A Taron no parecía molestarle su desnudez y Colin aprovechó ese hecho y se tomó su tiempo evaluando el vendaje de su costado antes de que su atención se dirigiera de forma inevitable al resto del fuerte cuerpo expuesto ante él. Disfrutar de la belleza de su captor era un placer ilícito, pero es que el recuerdo de Taron sentado con el torso desnudo en la butaca esa primera noche no le había hecho justicia. Aquel día, aun sudando y sangrando, el tío había apretado los dientes y se había cosido la herida él solo como si lo hiciera todos los días.

<No, pero me mojaré de todos modos>, gesticuló Taron antes de agacharse para desatarse las botas.

¿Se quitaría también los vaqueros?

Colin respiró hondo y disfrutó del aroma a pino, pero cuanto más tiempo pasaba desnudo, más frío tenía y enseguida se le puso la piel de gallina. Seguro que estaría más calentito con el cuerpo de Taron presionado contra el suyo...

—Tienes razón —dijo, tratando de sonreír a pesar de todas las preocupaciones que le daban vueltas en la cabeza.

Taron sonrió y le rozó el pezón con el dedo, como recordándole que estaba cautivo y a su merced, que podía hacer lo que quisiera con su cuerpo. Y, luego, como si quisiera premiar a Colin de alguna forma, se quitó los vaqueros frente a él revelando un buen paquete bajo un sencillo bóxer negro. Pero como ese regalo no iba a ser desenvuelto por el momento, Colin se quedó mirando sus fuertes muslos, que parecían estar hechos de puro músculo espolvoreado con la cantidad perfecta de vello.

Si quisiera, podría estrangular a la gente con esas piernas; de hecho, Colin se imaginó a sí mismo acostado sobre una superficie horizontal y esos muslos firmes uno a cada lado de su cabeza mientras la polla de Taron...

Colin inhaló con intensidad ante semejante pensamiento y se dio cuenta de que estaba siendo observado. Ups. Lo habían pillado con las manos en la masa. Bueno, al menos tenía demasiado frío como para que su polla reaccionara a la cercanía de Taron; de lo contrario, su cuerpo lo habría traicionado hacía mucho rato ya.

Taron cogió la manguera y le apuntó con ella antes de encenderla.

Colin cerró los ojos, se tensó y encogió los dedos de los pies preparándose para el chorro de agua fría, pero lo que recibió fue una suave lluvia templada contra el pecho, que le fue cayendo por la polla, las piernas, las caderas. El agua era como una caricia y le iba haciendo cosquillas por cada parte del cuerpo a la vez que eliminaba todo el sudor y la suciedad que los cortos baños con la esponja no pudieron. Cuando Taron levantó la manguera sobre su cabeza y el agua corrió sobre su pelo y su cuello, se quedó sin aliento.

El siguiente *shock* fue sentir unos dedos deslizándose por su piel; la sorpresa fue tal que abrió los ojos a pesar de que el agua le nublaba la vista. Taron estaba justo frente a él con un brazo extendido, estirando su imponente cuerpo para lograr sujetar la manguera en una rama sobre sus cabezas. El movimiento hizo que su firme pecho se pegara al de Colin, tan cerca que los olores del bosque pasaron a un segundo plano y cedieron el protagonismo a otro aroma terroso, al del sudor masculino. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había otra cuerda enganchada arriba; Taron debía de haber usado el lugar para este fin con anterioridad.

«¿Habrá secuestrado a otros?», se preguntó sin poder concentrarse demasiado en la posible respuesta porque el vello de Taron le estaba haciendo cosquillas y provocando que todo su cuerpo se estremeciera. No sabía si quería retroceder o pegarse más a él.

—¿Sueles darte duchas dobles? —le preguntó, señalando el otro trozo de cuerda enlazada alrededor de la rama.

Taron lo miró con el ceño fruncido y ladeó la cabeza, dando la impresión de no entender la pregunta. Colin lo dejó pasar y, mientras el agua templada caía sobre ellos, se dio cuenta de cuánto placer podía sentirse en el simple acto de lavarse. El alivio se apoderó de él, inundó su torrente sanguíneo, lo purgó de todos sus desasosiegos y miedos. No parecía que Taron fuera a hacerle daño en los próximos minutos, así que por qué no relajarse y disfrutar del momento mientras durara.

—Cómo había echado esto de menos —dijo, gimiendo cuando el agua le hizo cosquillas detrás de la oreja. El suelo ya estaba empapado, pero le daba igual, ya se lavaría los pies más tarde.

Jadeó al notar las dos manos de Taron sobre él; la confianza con la que se movían era abrumadora. Sus dedos, resbaladizos pero para nada suaves, parecían explorar mucho más de lo que era estrictamente necesario para lavarlo. Una parte de Colin estaba avergonzada y consternada; la otra amando cada segundo en silencio.

Aunque solía dudar mucho las cosas, «Indecisión» era su segundo nombre, cuando miró hacia abajo y vio las garras del hombre-bestia enjabonándolo, el deseo se abrió paso en su interior y explotó todas sus contenciones hacia la libertad. Gimió cuando Taron le masajeó los pectorales, sus largos dedos trepando hasta su clavícula.

Colin alzó la vista —la tensión era un ente vivo en su cuerpo— y se encontró con la mirada de Taron; la lujuria que pudo ver ardiendo como miel caliente en sus iris verdes lo hizo estremecer.

¿Acaso este había sido el plan de su captor desde el principio? Si Colin pudiera separar a «Taron, asesino del hacha» de «Taron, el hombre de campo», este momento no le habría tenido con los nervios tan a flor de piel.

Taron era como un depredador que esperaba el mejor momento para atacar; miraba a Colin con atención mientras deslizaba las manos hasta su pelo y le masajeaba el cuero cabelludo como si no se tratara de él sino de su hermano gemelo bueno. Y, cuando se acercó todavía más, en teoría para llegar a la parte posterior de la cabeza de Colin, este notó su rígida polla contra el muslo, separada de su piel por una fina capa de algodón.

Colin juntó las piernas a toda prisa, pero ya notaba cierta pesadez en los huevos y la polla se le había ido endureciendo en respuesta a la presencia dominante frente a él. A pesar de sus dudas, no apartó la mirada de Taron mientras trataba de encontrar pistas sobre qué le depararía el futuro y mientras observaba el crudo deseo que hervía en esa intensa mirada verde.

En la semana que llevaban juntos, habían tenido conversaciones enteras sin hablar, solo mirándose el uno al otro; aunque, claro estaba, en ninguna de ellas habían tratado el tema del consentimiento. Colin era su cautivo y solo tenía dos opciones: rendirse o morir. ¿Cómo se tomaría Taron un «no»? ¿De verdad se detendría? Su polla cada vez estaba más dura contra el muslo tembloroso de Colin y sus manos se deslizaban por sus hombros... Hasta que, sin previo aviso, lo hizo girar y procedió a enjabonarle la espalda. El lugar donde antes había estado la polla de Taron todavía le palpitaba, le ardía; y ahora que no podía mirarlo a los ojos, Colin era una bola de nervios y ansiedad. Podía sentir la excitación que manaba del voluminoso cuerpo tras él, y cuando las manos de Taron empezaron a gravitar hacia abajo con el pretexto de enjabonarlo, Colin no pudo evitar que su respiración se volviera audible, laboriosa, entrecortada.

No había nada que pudiera hacer para evitar su toque. Era como un animal abierto en canal a punto de ser devorado crudo.

Estaba a merced de este hombre salvaje.

Cualquier determinación que hubiera podido tener de luchar contra la lujuria de la que era presa se evaporó en el mismo instante en que Taron llevó sus manos enjabonadas hasta su entrepierna y, cuando le rozó los huevos con esos dedos tan hábiles, gimió con tan poca vergüenza que dio gracias al universo por el hecho de que Taron no pudiera oírlo.

El tacto de la espuma, que amplificaba cada sensación, provocó que Colin se echara hacia atrás de forma inconsciente y pegara todo su cuerpo a la poderosa forma de Taron; a esas alturas tenía la polla tan dura y sensible que no podía contener los gemidos de placer. Y él no solía ser así. Su vida sexual consistía en echar un polvo rápido; pasarlo bien y hasta luego. Pero el componente de ansiedad que ahora se añadía a esta experiencia estaba resultando ser un cóctel adictivo que se le estaba subiendo a la cabeza con cada trago. Estaba borracho de placer.

—Joder...

Tampoco había experimentado nunca con el *bondage*; quedaba con un chico, se corría y se iba tan pronto como terminaba. Pero cuando tiró de la cuerda que tenía atada a las muñecas y no pudo escapar, la polla le palpitó en la mano de Taron, que dejó salir un gemido tan grave que sonó más como un oso hambriento que como un hombre.

El cosquilleo de su barba húmeda no hacía sino amplificar el placer de Colin. Al final iba a resultar que sí le gustaban las barbas. Le putoencantaban, para ser más exactos.

Qué descubrimiento ¿Por qué no se había follado antes a un tío con barba? ¡Pero si hoy en día había miles!

A esas alturas casi esperaba volver a notar la polla de Taron contra su cuerpo; pero el cazador en él no se apresuraría. Tenía a su presa donde la quería y se tomaría su tiempo antes de dar el primer mordisco.

Eso sí, cuando la enorme mano de Taron se deslizó jabonosa alrededor de su polla, Colin empujó las caderas hacia adelante, poniéndose de puntillas una vez más, buscando más contacto, más de su toque. Con el suelo empapado bajo sus pies, el sol bañándolo y el aire puro acariciándole la piel, el agua templada sobre su cuerpo bien podría haber sido una lluvia de verano. Y no tenía sentido, sabía que no, pero a pesar de las ataduras y de los fuertes brazos de su captor rodeándolo, nunca se había sentido más liberado. Lo habían secuestrado. Nadie podría culparlo por no estudiar, por no llegar a tiempo a casa a cenar o por no asistir a fiestas. Tampoco por ceder a la lujuria de su *horrible* y *malvado* secuestrador.

Taron se presionó contra él y le pegó la polla al coxis, justo por encima del culo. Ya no había ninguna prenda entre ellos, y solo había un motivo para que semejante herramienta —grande y dura— estuviera donde estaba.

Taron le mordió la oreja, y no fue algo suave, para nada parecido a los mordisquitos juguetones de sus antiguos amantes; fue animal y salvaje, y Colin gimió como un ciervo herido. No había necesidad de que Taron le hiciera daño, porque se rendiría sin luchar solo para poner fin a esta agonía.

Había sido perseguido y cazado, y parecía que ya había llegado la hora de comer de su depredador.

Colin movió el culo contra Taron, tan excitado que ni siquiera pensó en lo que estaba haciendo hasta que notó la enorme erección en su espalda, deslizándose por su columna en una promesa de tal magnitud que Colin creyó estar listo para recibirlo.

¿Qué coño le pasaba? Debería de haber estado aterrorizado. En cambio, cualquier pensamiento coherente había sido aniquilado por la acuciante necesidad de una polla.

Taron metió sus resbaladizos dedos entre las nalgas de Colin sin más preliminares; aunque no se limitó a empujarlos sin más, sino que jugueteó con su agujero, abriéndolo. Todo parecía estar sucediendo demasiado rápido y, sin embargo, su cuerpo pedía mucho más y mucho más rápido aún. Se lo iban a follar a lo bestia, lo sabía y no podía importarle menos.

Incluso con el jabón como lubricante, las yemas de los dedos de Taron eran ásperas contra la piel sensible alrededor de su culo, pero, en esos momentos, su excitación había tomado el mando, se había apoderado por completo de él y había ahuyentado su miedo inicial a ser devorado vivo. Así que se arqueó hacia Taron, hacia su toque. Sus caderas bailaban mientras

subía y bajaba sin parar, contrayendo las nalgas alrededor de los gruesos dedos que lo acariciaban. Cuando sintió un aliento caliente contra la nuca, toda su atención se centró en esa respiración y ladeó la cabeza, exponiendo la piel desnuda y vulnerable de su cuello y ofreciéndose al hombre que quería marcarlo como suyo.

El mordisco fue brutal, sin duda le dejaría marcas, pero su fin no había sido causarle dolor sino reclamarlo; una demanda muda de sumisión. Y, mientras seguía mordiéndole el cuello, Taron empujó dos dedos en su interior y siguió estirándolo, preparándolo para lo que ya parecía inevitable.

Colin dejó escapar un grito ahogado, sorprendido por la ferocidad de la intrusión. La penetración no buscaba darle placer, sino acondicionar su entrada para el grueso miembro que en breve albergaría. Y la idea en sí misma era lo más sexi y excitante que Colin jamás hubiera experimentado. Un hombre fuerte y guapo como Taron estaba tan cachondo por él que no podía esperar; que necesitaba tomarlo ya, sin hablar de los límites que podía tener cada uno, ni intentar camelarse al chico nuevo para que probara el *bondage*, sin ni siquiera preocuparse de si ese chico en cuestión estaba lo bastante preparado para tener sexo anal. No, se movía por instintos, y en ese momento, el instinto le decía que siguiera metiendo y sacando dos dedos de su culo con brusquedad y que le dejara un chupetón del tamaño de un puño en el cuello.

Justo cuando Colin se estaba acostumbrando a la intrusión, a pesar de que su cuerpo temblaba como una hoja en el viento, Taron le sacó los dedos y le dejó el culo vacío y la polla suplicando más contacto. Gritó, ingrátido por un segundo, cuando Taron tiró de la cuerda con suficiente fuerza para levantar a Colin del suelo; pero sus pies volvieron a caer sobre la hierba fangosa una vez la cuerda fue desatada del todo del árbol.

¿Qué estaba haciendo? ¿Querría llevárselo a casa a follar? ¿Querría hacerlo cara a cara para que pudieran comunicarse con mayor facilidad?

Colin estaba a punto de girarse para darle un beso, cuando Taron lo agarró por los hombros y le puso un pie en la parte posterior de una de sus rodillas, empujándolo y obligándolo a dejarse caer en el charco bajo él. Sus manos atadas golpearon el suelo y Colin se encontró a cuatro patas, llenándose las fosas nasales de una mezcla de tierra, hierba y jabón mientras la gran mano de Taron se deslizaba por su espalda, presionándolo hacia abajo en un gesto de dominación.

Se le había quedado la mente en blanco y ni siquiera pudo procesar qué estaba sucediendo cuando la rodilla de Taron le dio un suave golpe en el culo y el cuerpo de Colin tembló de pies a cabeza en una reacción primitiva, como si sus hormonas hubieran reemplazado cualquier tipo de

pensamiento racional. Nunca se había considerado sumiso y, sin embargo, ahí estaba, abriendo las piernas como una perra en celo.

Taron escupió; a modo de lubricación adicional, dedujo Colin un segundo más tarde cuando la punta de su polla empujó en su sensible agujero. Ningún hombre lo había tratado de esa forma jamás. Y no solo porque era una especie de violación; era porque la confianza de Taron en sí mismo era tan abrumadora que Colin no podía más que ceder y entregarse a él. No le quedaba ninguna neurona para razonar a qué se debía y menos aun cuando sintió la cabeza de la polla de Taron entrando en él con un gruñido animal que parecía proceder de algún lugar en lo más profundo de su garganta.

El oso le clavó las garras en la piel, sus dedos ásperos apretándole las caderas y las nalgas, manteniendo a Colin en su lugar cuando intentó huir de la inevitable punzada de dolor. Había practicado sexo con escasa lubricación antes, pero el ardor de la gran polla de Taron entrando en él a pelo no se parecía a nada que hubiera experimentado jamás.

Dejó escapar un grito ahogado y se pegó más al suelo; con la cabeza a escasos centímetros de la espuma que flotaba en el charco, apoyó la frente en sus brazos y escondió la cara en ellos. Estaba a merced de Taron y no intentaría huir, no lucharía. Lo que estaba sucediendo en esos momentos había sido inevitable desde el principio, y aunque su esfínter protestaba ante la intrusión, la incomodidad pasaría y Taron emergería victorioso de esa guerra muda.

Las manos de Taron se deslizaban por su cuerpo sin parar, hacia arriba y hacia abajo, tocándolo por todas partes, incluso debajo de las axilas; hasta que una de ellas volvió a agarrarle la polla y las rodillas de Colin cedieron, hundiéndose más en el barro y en la hierba mojada. El agua templada todavía fluía, cayendo desde arriba mientras la gruesa polla de su captor se abría paso en su interior como si su culo no fuera más que un juguete para su diversión.

El imponente cuerpo contra su espalda hizo que Colin se cayera de cara contra el barro y, al gritar, le entró un poco en la boca. Sabía lo que Taron estaba intentando: lo masturbaba con fuerza para que levantara las caderas y poder follárselo como de verdad quería, como si tuviera derecho, como si Dios lo hubiera puesto en su camino con ese fin; tal vez así era.

Colin volvió a chillar cuando la fricción se volvió excesiva, exprimiéndolo hasta casi dejarlo seco. Entonces, Taron salió de él, dejándolo vacío y necesitado. Por un desconcertante momento no estuvo seguro de si quería más o no, pero Taron no le dio tiempo a pensar demasiado en ello; escupió en su agujero y volvió a metérsela y, esa vez, hasta el fondo.

El agua que fluía entre sus cuerpos lo salpicaba todo por todas partes mientras Taron lo embestía de forma brutal haciéndole sentir una mezcla de dolor y placer tan abrumadora que

Colin no entendía cómo era posible que aún no se hubiera hecho añicos. El culo le ardía, lo debía de tener en carne viva; tanto, que esperaba que la polla se le ablandara de un momento a otro; pero no, en su lugar cada vez la sentía más dura en la mano que lo masturbaba. Y, cuando el placer se volvía casi demasiado intenso, Taron se detenía para añadir más saliva y volvérsela a meter; pero no entraba con más suavidad, en absoluto, y Colin tampoco le pedía que lo hiciera. Tenía el culo en más llamas que el infierno, pero en esos momentos parecía que el único fin de su existencia era satisfacer los deseos de Taron.

Colin empezó a moverse para recibir cada embestida; notaba el agua recorrerle la piel y salpicar con cada choque de las caderas de Taron contra su trasero, amplificando el sonido y haciendo que cada envite pareciera una bofetada. La parte superior de su cuerpo se estaba viendo arrastrada hacia adelante y hacia atrás sobre el charco, empujado por el peso de Taron a su espalda. Sus pectorales y su abdomen eran suaves contra su piel, pero la fuerza de los brazos de la bestia era más que suficiente para romperle el cuello si así lo deseaba.

Con un gemido de satisfacción, Taron se enterró en Colin hasta la raíz, y cuando sus muslos temblaron, quedó claro que se estaba corriendo. Colin podía sentir los leves estremecimientos en sus huevos —que descansaban junto a los suyos— mientras se vaciaba entero en su interior. Nunca había follado con nadie sin condón, así que tal vez fueran imaginaciones suyas, pero creyó sentir el calor expandiéndose en su interior mientras no paraba de contonear sus caderas dentro del puño caliente y resbaladizo que le ofrecía la posibilidad de liberar su satisfacción.

Cuando al fin explotó y su liberación cayó en el charco bajo él, su grito fue como el aullido de un animal que tras años en una jaula lograba volver a vivir libre en la naturaleza. El ardor en el culo solo hizo que su orgasmo fuera más intenso y que contrajera los músculos alrededor de la polla de Taron con ferocidad, como si quisiera ordeñarlo, sacarle todo lo que tenía. Como si en cierto modo eso le otorgara a Colin algún tipo de propiedad sobre su amante.

Siempre había sido él quien tomaba las riendas en sus relaciones sexuales, a pesar de que, la mayoría de las veces, era pasivo. Pero esto era algo completamente distinto; una locura en la que se había embarcado sin cinturón de seguridad. Odiaba a Taron por perturbar su vida como lo había hecho, por encerrarlo en una jaula y, sin embargo, no podía encontrar ningún defecto en la polla todavía dura en su interior. Quería venerar tan glorioso miembro con la lengua y quedarse dormido con la cabeza apoyada en uno de esos muslos fuertes y peludos.

Cuando la excitación fue reemplazada lentamente por la fatiga, fue consciente por primera vez de lo que había ocurrido. Yacía en el suelo, más sucio que antes de la ducha, el culo le quemaba

como si la polla de Taron hubiera estado cubierta de cayena, y cuando se la sacó, lo hizo dejando un rastro de humedad que se deslizó por sus glúteos y bajó hasta sus huevos.

Colin apenas podía respirar.

¿Qué cojones había hecho?

Capítulo 7

TARON

BUENO, PUES LO HECHO, hecho estaba.

Taron no había tenido intención de tener relaciones sexuales con él, pero Colin había estado tan receptivo, que no había podido negarse.

El codicioso y hambriento culo del chico aún palpitaba alrededor de su polla, pero ya había llegado el momento de separarse. Murmuró su placer tanto como sus cuerdas vocales parcialmente paralizadas se lo permitieron y se dio unos segundos más en el estupendo cuerpo de Colin. La última vez que había echado un polvo con alguien tan sexi como él... No, no recordaba haber follado con nadie como él. Y no lo decía solo porque tuviera un cuerpo increíble o porque fuera guapísimo (que lo era), sino también por la forma tan natural en la que se había entregado. Había cedido como si su único propósito en la vida fuera ordeñarle la polla.

La respiración de Colin se volvió entrecortada. ¿Estaría asustado o seguiría conmocionado por lo que acababan de hacer? Sus omóplatos se contraían y acercaban el uno al otro como dos partes de un puente que se unen; y, por un breve instante, Taron estuvo tentado de pasar los dedos sobre ellos y acariciarlos. Pero semejantes gestos de cariño no tenían cabida en esa situación, así que se limitó a pegarse a su espalda una última vez y a respirar su intenso aroma antes de que el agua se lo llevara del todo.

Taron disfrutaba haciendo perder el control a sus parejas sexuales, incluso a los chaperos. Eso hacía que su propio placer fuera mucho más satisfactorio. Colin había cumplido esa fantasía de forma exquisita. ¿Quizá el destino del chico siempre había sido terminar allí con él? Si Taron había logrado amansar a Brazos, ¿por qué no a Colin? Total, el chico no se iba a poder ir jamás.

Se retiró del cálido culo en el que estaba enterrado hasta la raíz y echó de menos su calor al segundo; pero ya era hora de ponerse en marcha. Se levantó y sonrió al ver las nalgas enrojecidas

del chico cuyo cuerpo delgado descansaba tirado en el barro como si no le quedara ni un solo hueso en el cuerpo. Si de verdad a Colin le gustaban tanto las duchas, quizá Taron pudiera colocar una pequeña zona de baldosas en este trozo de tierra debajo del árbol; así no se ensuciaría los pies la próxima vez.

Cuando se hubo aclarado, levantó a Colin por las cuerdas de las muñecas e hizo lo mismo con él. Pero toda su parte delantera estaba cubierta de barro, necesitaba mucho más que un simple aclarado.

Tan pronto como estuvo de pie, Colin miró hacia atrás, su cara todavía sonrojada con un dulce rubor. Tenía los labios temblorosos, más hinchados de lo habitual; labios que Taron preferiría que permanecieran cerrados.

—Ey, d-desátame.

Taron negó con la cabeza. Era demasiado pronto para eso. Enganchó la cuerda a la rama y le acarició el pelo. Lo tenía sucio, necesitaba aclarárselo bien. Lo que también le recordó a Brazos. La pobre criatura había llegado a su casa en un estado lamentable, sin una oreja y con el pelaje sucio y enmarañado. Pero, cuando descubrió que Taron sería bueno con él, quiso quedarse.

La débil sonrisa en los labios de Colin se convirtió en una mueca; tensa, falsa.

—Venga, hombre..., que no soy un caniche al que estás preparando para una exhibición.

Taron retrocedió para gesticular.

<No, pero eres *mío*>, dijo, y se golpeó con fuerza el pecho para darle mayor énfasis.

Colin se puso rígido, como un conejo asustado que no puede apartarse del medio de la carretera a pesar de que un coche se dirige a él a toda velocidad. Pero este chico no dejaría que lo atropellaran. Era indómito y no escuchaba a su amo. Aún.

—No, no lo soy. ¡Soy una persona autónoma e independiente! Así que deja de tratarme como a una vaca a la que estás lavando antes de sacrificarla.

Taron suspiró y, con suavidad, le quitó el barro de su bonita cara. El moratón de la semana anterior había empezado a desaparecer y esperaba que pronto fuera solo un recuerdo.

En cuanto terminó con su parte de delante, lo giró y apuntó la manguera a sus hombros. No se acordaba de la última vez que había desperdiciado tanta agua caliente, pero valía la pena; aunque Colin todavía no supiera apreciarlo.

—¡Estoy hablando contigo!

Colin intentó girarse y enfrentarlo, pero Taron lo mantuvo en su lugar, tratando de mantenerse firme. Un gato nunca aprendería sumisión, no estaba en su naturaleza, pero un ser humano sí podía entender lo que se esperaba de él, al igual que un perro.

Se mordió el labio cuando Colin contrajo los glúteos al sentir su polla flácida contra ellos; era como si estuviera tentándolo, casi como si le estuviera pidiendo otra ronda. Pero no dejaba de forcejear y al final Taron se vio obligado a darle un azote en el culo lo bastante fuerte como para que quedara claro que era una lección.

Colin gritó, dejando caer los hombros y quedándose por fin quieto. En una posición encorvada y ya sin resistirse, bufó y estalló en una perorata que era evidente que no estaba destinada a que Taron la escuchara, dado que Colin no lo estaba mirando.

—¡Puto egoísta! No eres el puto amo del universo. Tengo un futuro por delante. ¿Qué se supone que va a ser de mí? ¿Me voy a quedar aquí para ser tu juguete sexual? No puedo creer que me esté pasando algo así. Nunca debí haber escuchado ese puto audiolibro. Debería haber seguido mi camino y seguir liándome con tíos mediocres con sus pollas mediocres y sus polvos mediocres. Puede que folles como una especie de dios sexual del bosque, ¿y qué? De nada sirve si eres un puto gilipollas. ¡Tener la polla grande no lo es todo!

Taron soltó una risotada entre dientes, no pudo evitarlo. ¿Así que a Colin le gustaban las pollas grandes? Parecía que no le había mentado en lo de ser gay solo para ganarse su confianza. Había sido evidente por las miradas que le echaba y por lo rápido que se había empalmado cuando lo había tocado, pero esto iba más allá. Porque parecía que de verdad había disfrutado del sexo. Satisfecho con su descubrimiento, le acarició el culo y gimió de felicidad.

Colin lo miró por encima del hombro y se arqueó ante su toque a pesar de la diatriba y del cabreo que tenía.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Taron sonrió y lo giró para quedar cara a cara con él. Debería continuar con la farsa para poder seguir disfrutando de estos discursos tan jugosos que Colin creía que no podía escuchar; pero era un hombre impulsivo y no podía dejar pasar la oportunidad.

<¿Te gustan las pollas grandes?>.

El rostro de Colin pasó de la confusión al horror más absoluto, y el sonido aterrizado que se le escapó de la garganta acarició un poquito el orgullo de Taron. Su prisionero se puso tan rígido que era como si hubieran reemplazado su sangre por cera, y cuando Taron le dio un apretón en los hombros, Colin se giró a toda prisa y rompió a llorar en voz baja.

Taron se quedó de piedra. ¿Cómo narices se suponía que tenía que reaccionar a... *eso*? Hasta ahora, con Colin encerrado en la jaula, había lidiado bien con sus rabietas, pero ese sollozo era otra cosa totalmente distinta. Así que se quedó allí un rato sin saber qué hacer, hasta que, tras unos segundos interminables, cerró el grifo del agua y tomó a Colin en sus brazos.

Taron no era de los que abrazaban; los arrumacos no eran lo suyo, pero no se le ocurría otra forma de calmarlo. Y, estando así de cerca, podía sentir los intensos latidos del corazón del chico y como se le expandía el pecho de lo fuerte y rápido que respiraba.

—P-puedes oír... ¿Por qué no me dijiste que puedes oír?

Taron suspiró y le acarició la oreja con la nariz. No quería soltarlo solo para poder gesticular. Colin se estremeció, pero, tras un instante temblando en sus brazos, se relajó contra él.

—Yo solo quiero que entiendas que... soy un ser humano. Quizá estés acostumbrado a estar solo con gatos, pero yo no soy un gato.

Al menos ya no lloraba; porque oírlo sollozar justo después del sexo había sido —para su total sorpresa— muy desagradable. Taron se apartó de él, pero le acarició el pelo un rato más antes de decir:

<Lo sé. Cada uno tiene su vida y sus secretos>.

Colin lo miró con ojos brillantes y una mueca en la boca.

—Tú me has robado la vida. Y, aun así, estoy intentando entenderlo. Podrías poner algo de tu parte.

Taron se pasó los dedos por el pelo con exasperación.

<Tu antigua vida ya no existe. Nunca te irás de aquí. Pero puedo hacer que tu estancia sea agradable>.

Colin lo observó sin apartar la mirada; se le marcaba la nuez al tragar, pero el miedo visceral que había bailado en sus preciosos ojos el primer día ya no estaba allí. Ahora escuchaba, reflexionaba, pensaba en las posibles formas de negociar. Taron lo sabía bien, porque él habría hecho lo mismo.

—¿Qué pretendes hacer conmigo a largo plazo? Bueno, primero: ¿por qué tienes una jaula en el sótano?

<No es asunto tuyo. No deberías haber entrado en mis tierras>.

Colin respiró hondo.

—No hay necesidad de sulfurarse. Sabes por qué lo pregunto. Te vi matar a un hombre. ¿Estás planeando deshacerte también de mí o a él lo mataste por algún otro motivo?

Taron dejó escapar un gruñido. Peter recibió lo que merecía.

<No p-l-a-n-e-o matarte>. Deletreó «planeo» para asegurarse de que el chico lo entendía. Haría lo que fuera necesario; no permitiría que le quitaran su tierra ni el trabajo de toda su vida; ni dejaría que lo alejaran de sus gatos solo porque Colin hubiera decidido coger un atajo.

Taron no era ningún psicópata, aunque hubiera elegido vivir al margen de la sociedad y sus reglas. Un día —pronto— el mundo construido a base de tecnología moderna se derrumbaría y gracias a que él lo había previsto y se había hecho con las provisiones necesarias, podría sobrevivir en las nuevas condiciones. Y que nadie intentara arrebatarárselo, porque estaba preparado; tenía una enorme colección de armas y munición suficiente para sobrevivir a un asedio. Por no hablar del búnker donde podría vivir y esperar con calma a que los malos tiempos pasaran.

Colin frunció el ceño.

—Vale, algo es algo. Pero ¿qué hizo el tío ese para merecer... lo que le hiciste?

Taron se dio la vuelta y se puso la ropa interior. Ignoró la pregunta y, en lugar de responderle, tiró de la cadena que Colin llevaba al cuello. El chico necesitaba entender que no estaba a cargo, que no podía exigir respuestas. Cuanto antes aprendiera su lugar, mejor.

Colin dejó escapar un gruñido muy parecido al sonido de frustración que haría un chihuahua, y dijo:

—Si me voy a quedar aquí, no puedes ignorarme sin más.

Taron se tomó su tiempo mirando las marcas que le había hecho con los dientes.

<No tienes a tu suerte>, gesticuló antes de tirar de la cadena unida al collar para que se moviera. Ya vendría luego a recoger la ropa de Colin. Al fin y al cabo, iba a tener que lavarla. Estaba más sucia de lo que Colin lo había estado.

Pero el chico se negó a moverse y hundió los talones en el barro.

—No soy una vaca.

Taron puso los ojos en blanco.

<No, ahora mismo estás siendo muy burro>.

Colin levantó la barbilla, testarudo a pesar de su desnudez.

—Soy una persona y deberías tratarme como tal.

<Deja de quejarte y ven>. Taron tiró de la correa, pero solo logró que se moviera unos centímetros. <He preparado una cena muy rica>, intentó, frustrado por la poca cooperación.

Colin negó con la cabeza.

—No. No soy tu mascota. No puedes sobornarme ofreciéndome cosas deliciosas.

<Vale, nada de delicias para ti, entendido>, gesticuló Taron gruñendo y tirando de la cadena.

Cuando apenas cedió a su tirón, se acercó a él y antes de que esa boca que no callaba se abriera de nuevo —que ya lo estaba haciendo— agarró a Colin y se lo echó al hombro.

A pesar de sus quejas, no luchó. Eso sí, era imposible hacerlo callar.

—Pues nada, estupendo. Te creerás que te estás ganando mi respeto... Porque no es así, para nada. ¿Y sabes por qué? Porque es muy difícil respetar a quien no te respeta a ti.

Taron le dio un azote en el culo; no demasiado fuerte, solo para dejar claro lo que opinaba al respecto mientras lo llevaba de regreso a casa. El tiempo de ocio había llegado a su fin; para él y para Colin, que le acababa de dar una patada y uno de sus pies había rozado peligrosamente su entrepierna.

—¡Bájame de una puta vez! —gritó, antes de darle un puñetazo en la espalda con sus manos atadas.

Y, ahí sí, Taron lo bajó. Lo dejó caer al césped sin contemplaciones. No le iba a permitir semejante comportamiento solo por tener un culazo.

Lo cogió del collar y tiró un poco de él, levantándolo del suelo.

<Basta>.

—No. Acabamos de follar y no permitiré que me trates así. ¿Qué narices te pasa? —le preguntó apartándole la mano de un manotazo.

Colin estaba sacando toda su mala leche, sus ojos castaños buscando alguna brecha en la resolución de Taron. Lo que significaba que Taron tenía que permanecer firme.

<Camina>.

¿Qué había creído este chico que conseguiría con sexo? ¿Un novio?

Colin le devolvió la mirada, desafiante.

—¿A dónde? No pienso volver a la jaula.

¿Conque esas tenían? Taron agarró la cuerda que rodeaba las muñecas de Colin y lo arrastró por la hierba. No le haría demasiado daño, pero sería desagradable, y con eso le valía; tenía que enseñarle quién tenía la última palabra.

Colin se quejó, pero en lugar de levantarse para evitar hacerse más daño, le dio una patada en la parte posterior de la rodilla, haciéndolo tropezar. En esos momentos, era como un animal salvaje negándose a ser domesticado.

No estaban lejos de casa y dos gatos habían salido a presenciar la pelea desde el porche, pero Taron no quería arriesgarse a sufrir más agresiones en su intento de llevar a Colin a rastras.

<Solo quiero una ducha. Ver el sol. Por favor. No te arrepentirás. Prometo portarme bien>.

Colin tardó unos segundos en darse cuenta de que Taron estaba imitándolo, haciéndose eco de sus palabras. Y su respuesta fue fulminarlo con la mirada y patearle las piernas una vez más.

—Y lo que he obtenido en cambio ha sido una agresión sexual. ¿Qué te parece? Si nos ponemos a echarnos cosas en cara...

<Muy bien. Yo no te vuelvo a tocar. Y tú vuelves a la jaula>.

Taron le agarró una pierna y se arrodilló a su lado, tumbándolo para atarle los pies y que dejara de patear. Ya se había hartado de sus gilipolleces. Hasta ahora, Taron había vivido tranquilo en su granja; él solo, lejos de chismosos metomentodo. Pero, aun así, la gente tenía que venir y meter las narices donde no les llamaban. Y luego se quejaban cuando se les daba con la puerta en esas narices entrometidas.

Ya casi había terminado de atarle los tobillos cuando Colin le dio un puñetazo en la nuca con las manos atadas.

—¡No! ¡Déjame ir!

Taron vio rojo durante unos segundos y le devolvió el golpe sin darse cuenta de lo que hacía. Colin se dio con la cabeza contra el suelo y escondió la cara entre sus brazos, estremeciéndose y gritando una vez más.

Esperaba que ya no quisiera seguir luchando. Taron no quería pegarle, pero tampoco se convertiría en su saco de boxeo. Así que lo cogió en brazos —Colin no se resistió— y lo llevó de vuelta a casa. Ya había perdido suficiente tiempo con tanta chorrada.

Colin permaneció en silencio hasta que entraron; pero, en el momento en que las botas de Taron resonaron en el suelo del porche, Colin gimió y deslizó los dedos por su espalda.

—Déjame quedarme arriba. No soporto la puta jaula. Por favor.

Con las manos ocupadas como las tenía, Taron no podía contestar con propiedad, pero la respuesta era «no», no iba a dejar que Colin se quedara arriba después de todas las patadas que le había dado. Además, si volvía la policía con una orden de registro, existía la posibilidad de que no descubrieran la entrada al búnker. Sin embargo, si Colin estuviera arriba, las cosas podrían complicarse. Era cierto que, en la anterior visita, había demostrado que podía permanecer callado cuando era necesario, pero se había vuelto bastante volátil desde que había creído tener algún tipo de ventaja sobre él.

Taron se dirigió al dormitorio y, de allí, al sótano; y, quizá porque sabía lo que le convenía, Colin dejó de comportarse como una anguila rabiosa. De hecho, se quedó tan quieto que fue como cargar con un cadáver, uno que fuera a ser arrojado a una tumba anónima en lo más profundo del bosque. Ya no había nada erótico en su desnudez, y Taron quería encerrarlo lo antes posible para poder escapar de la incomodidad que estaba sintiendo.

Colin ni siquiera se resistió cuando lo metió en la jaula; y lo cierto era que, por mucho sentido que tuviera mantenerlo encerrado, dejarlo ahí, sin nada, después de haber compartido tanto placer no le parecía bien.

La atmósfera en esos momentos era incluso más densa que aquella primera noche, y cuando Colin se negó a mirarlo, encorvado detrás de las rejas, limpiándose la sangre de la nariz, Taron sintió un intenso dolor en el pecho y se puso en su campo de visión para que pudiera verle las manos cuando le dijo:

<Lo haré mejor>.

Colin tragó saliva y se alejó de él, acurrucándose en un rincón de su pequeña prisión.

—Puedes pintarlo como quieras, de oro incluso, y seguirá siendo una jaula.

Capítulo 8

COLIN

POR UNA VEZ, FUE Colin quien permaneció en silencio; Y no fue tarea fácil, ya que acababa de descubrir que morderse la lengua cuando tenía tanto que decir era una batalla constante. Quería decirle a Taron unas cuantas cositas; que se metiera el comodísimo colchón nuevo por el culo, que se comiera él todas las chocolatinas y que se llevara la televisión a otra parte.

No era un perro al que se le pudiera comprar con delicias y juguetitos, y menos aún cuando la hinchazón que tenía en la nariz por el puñetazo que Taron le había dado seguía doliéndole.

Sin embargo, cada vez que su captor se marchaba del sótano, Colin se comía las chocolatinas, veía la televisión y dormía en el colchón. No tenía sentido negarse el poco consuelo que se le ofrecía.

Al menos Taron no lo violaba solo por el hecho de que podía hacerlo. Y eso era algo bueno. El tío incluso había intentado involucrarlo en la toma de decisiones; que si le gustaba el coco, le había preguntado; o que qué canal quería ver. Como Colin se mantuvo firme en su decisión de no dirigirle la palabra y lo ignoró, terminó con una barrita de chocolate rellena de coco y reposiciones de *Prison Break*, lo cual le pareció de lo más apropiado.

También le había devuelto su ropa; limpia, seca y oliendo a sol. Y eso era algo que no había esperado. Había asumido que querría mantenerlo desnudo para su uso y disfrute.

Pero no dejaría que los sobornos de Taron le ablandaran. Estaba decidido a escapar. No paraba de pensar en cómo podría usar los muelles del colchón, los envoltorios de las chocolatinas o el botón de los vaqueros para poder salir de allí; pero no era ningún MacGyver y no sabía abrir cerraduras, por lo que el enorme candado de la puerta de la jaula bien podría haber sido una pared de cemento. Tenía las mismas posibilidades.

A medida que pasaban los días, su estado de ánimo fue decayendo. Su única aventura al aire libre había sido insuficiente; y tampoco debía de ser tan inteligente como creía, dado que no se le ocurría ninguna forma de escapar. Quizá merecía pasar por lo que estaba pasando solo por haber roto las reglas.

El brillo amarillo de la bombilla no podía reemplazar al sol, y se estaba quedando sin energía; notaba como se le escapaba con cada hora que pasaba bajo tierra. Sus ideas se estaban volviendo cada vez más incolores y menos sofisticadas, como si las paredes a su alrededor le estuvieran chupando la vida y convirtiéndolo en un simple caparazón para que Taron jugara con él.

Y lo más vergonzoso de todo era que, desde el polvo en el barro, el aburrimiento había hecho que entrara en una especie de frenesí erótico donde se imaginaba a Taron abriendo la jaula, metiéndose dentro, llenando el reducido espacio con su enorme cuerpo y dejando su semilla en él de nuevo tras frotar todo su cuerpo contra el suyo, impregnándolo de su olor y su sudor; un sudor limpio, reciente, que olía a puro hombre.

Y como Colin no quería que Taron supiera que albergaba tales fantasías, lamía los rastros de su propia liberación cada vez que se corría imaginando que era su captor quien lo hacía. Ojos que no veían...

Llevaba ya unos minutos considerando si masturbarse o no, porque no tenía nada mejor que hacer una vez se apagaba la televisión —solo funcionaba una o dos horas al día— y ya se había leído los libros tres veces; tampoco tenía a los gatos alrededor para jugar. Pero tan trascendental debate interno se vio interrumpido por el sonido de la trampilla abriéndose. La luz de arriba dispersó la oscuridad del sótano y, aunque no le diera de forma directa, Colin lo agradeció, era luz natural, con lo que al menos sabía que era de día.

Cada fibra de su ser ansiaba hablar con Taron, intentar entablar conversación con él, pero luego se acordaba de lo mucho que le había dolido el puñetazo que le había dado en la cara, de que vivía en una jaula y de que no estaba sentado en una cama normal y corriente; así que se tapó con la manta y se puso de cara a la pared.

Aun así, sentía cada paso de Taron resonar a lo largo de su columna vertebral; notaba el corazón más pesado, que se le cerraba la garganta. Hasta que no pudo más que quedarse muy quieto y esperar que la soledad no le ganara la batalla al orgullo.

Durante el tiempo que Colin llevaba allí, Taron no había tenido ninguna visita; o sea que, o se iba a algún otro lugar para encontrarse con quien fuera, o no tenía amigos. Lo que no resultaba para nada sorprendente dada su actitud, pero que a él lo ponía en una situación todavía más

pegiaguda. ¿Por qué Taron vivía ahí? ¿Odiaba a su familia? ¿Tenía familia? ¿Había escogido ese lugar remoto para poder cazar hombres que luego se quedaba para que le dieran placer?

El sonido que hacían los platos cuando Taron los dejaba en el suelo le era tan familiar que lo tenía grabado en la mente; pero esa vez Colin ni se inmutó al escucharlo, no quería reconocer la presencia de su captor. Esperaría hasta que sus pasos se desvanecieran en las escaleras cuando las subiera y volviera a dejarlo solo. Sin embargo, como muchas otras veces antes, Taron se demoró y se quedó allí un poco más, sin intentar iniciar una conversación. Colin se sentía observado, notaba su mirada como pequeñas agujas que se le clavaban en la parte posterior del cuello.

Taron dio unos golpes en el suelo para llamar su atención, pero Colin no tenía ninguna intención de hacerle caso, así que se cubrió la cabeza con la manta. No comería hasta que se fuera.

También ignoró el suave tirón en la manta y se acurrucó aún más bajo ella, doblando las rodillas contra el pecho para dejar clara su postura: que no necesitaba a Taron. Ni su polla.

En todo caso, era él quien necesitaba a Colin porque el tío era un triste sin amigos y sin sexo. Y un asesino.

—Co-lin...

Colin tardó unos segundos en darse cuenta de que su mente no le estaba jugando una mala pasada y que había oído su nombre pronunciado en un gruñido profundo, en una especie de susurro, en una voz que parecía proceder de otro planeta.

Quería ignorarlo, pero la tentación era como una presencia física en su hombro, una que le decía que se girara; y, eso hizo, se dio media vuelta y, tumbado boca abajo, miró a Taron a través de las rejas.

Taron suspiró de forma audible y le señaló la pila de libros que había traído con él. Encima del todo estaba *La chica en el último vagón del tren*, de Anastasiya Lucas. El libro de Colin. Con una sonrisa, lo dejó en el suelo y reveló el siguiente en la pila: *Una imagen en el espejo*, también de Anastasiya Lucas. Era su nuevo libro, uno que había estado esperando con ganas a pesar de no haber leído el anterior aún. Era una edición de tapa dura nueva y reluciente. ¿Cómo era posible que...?

Ah, ya. Taron había registrado su mochila.

Pero eso le importaba menos que el hecho de que el muy cabrón acababa de hablar. ¡De hablar!

Tragó saliva y miró el plato, que estaba decorado con una bonita espiral hecha de zanahoria en la parte superior. ¿Qué narices significaba todo eso?

—¿Qué se supone que celebramos? ¿El día de cautiverio número veintiuno?

Taron gimoteó y se sentó en el suelo, detrás de los libros y el plato, decidiendo —de forma acertada— guardar la distancia. Pero con esas grandes botas, sus bíceps como rocas y el cuchillo de caza que llevaba en el cinturón, seguía pareciendo amenazador que te cagas.

<Lo estoy intentando>.

—Ya veo. Acabas de hablar y todo.

<Es complicado>.

Colin se cruzó de brazos.

—Tengo tiempo.

Se miraron fijamente durante lo que parecieron siglos; luego, Taron se levantó, cogió un bolígrafo y una libreta, y una vez se sentó de nuevo, empezó a escribir en ella con avidez.

Como a Colin le gustaba comer caliente, se decidió a hacerlo mientras Taron escribía y, cuando terminó, arrancó la página y se la pasó para que la leyera:

Me operaron cuando era pequeño. Algunos nervios resultaron dañados, por lo que mis cuerdas vocales están parcialmente paralizadas. Hablar no me resulta agradable y suena como si fuera el monstruo del pantano, pero puedo susurrar si es necesario.

Colin sonrió ante eso último. La voz de Taron era inusual, pero no sonaba tan mal como él la describía.

—Estoy impresionado. Mírate, cada día más sociable —dijo Colin mientras masticaba la zanahoria.

Taron gimió.

<Tener invitados no estaba en mis planes>.

Colin titubeó antes de preguntar, pero lo cierto era que no importaba lo jodida que era la situación en la que estaba, Taron estaba tratando de iniciar un diálogo; así que decidió hacer, una vez más, una de las preguntas que necesitaban respuesta de forma más urgente.

—¿No? Entonces, ¿por qué tienes la jaula?

Taron golpeó el suelo —Colin casi se dio en la cabeza con el techo de su prisión del respingo que dio— y empezó a gesticular, asegurándose de que su interlocutor entendía lo que estaba diciendo a medida que avanzaba:

<Para posibles intrusos. Cuando todo se vaya a la mierda, la gente vendrá e intentará robarme mis cosas. No quiero matarlos. Pero puede que necesite hacer algún prisionero. O, en caso de ataque biológico o si Yellowstone entra en erupción, podría tener aquí una cabra>.

Vaaaale. A Colin le gustaba la ciencia ficción, no iba a negarlo, de hecho, esperaba con ansias la próxima película de superhéroes que estaban a punto de estrenar. Pero ¿y si Taron creía que de verdad vivía en otra realidad?

—¿Un ataque biológico? ¿De qué tipo? ¿Por qué vendría alguien a por ti? ¿Tiene esto algo que ver con el tío muerto? —preguntó Colin sin parar de comer el delicioso guiso. Podría ser que Taron estuviera un poco cucú, pero cocinaba de maravilla.

<Sí, un ataque biológico. Puedes esconder la cabeza en la tierra como los avestruces o enfrentar la realidad>.

Colin se acercó más a él y, una vez tragó lo que tenía en la boca, le dijo:

—Pero para eso está el ejército, ¿no? Digo yo que estaremos más seguros cooperando con el resto que escondiéndonos en el bosque.

Taron sacudió la cabeza con el ceño fruncido y, cuando gesticuló, lo hizo de forma frenética.

<La Tercera Guerra Mundial podría estallar en cualquier momento. ¿Crees que nuestro gobierno actual hará algo por ti? Yo aquí tengo luz, agua, comida. Puedo sobrevivir. Soy autosuficiente>.

Colin se quedó mirando el cuenco, ya casi vacío.

—A ver..., como *hobby* supongo que no está mal. Y encima, con lo alejado que está esto del pueblo más cercano, nadie escuchará los gritos, lo que es un plus.

Taron se quedó mirándolo con expresión contrariada.

<Yo solo me limito a proteger lo que es mío. No deberías estar aquí, pero lo estás, y no puedo dejarte ir, así que esto es lo que hay. En todo caso, cuando todo explote, estarás más seguro aquí que en una ciudad>.

«Mío». Colin se sonrojó cuando recordó el contexto en el que lo había visto hacer ese signo por última vez. Se quedó en silencio durante varios segundos, sopesando sus palabras, porque por mucho que quisiera darle un puñetazo, aunque fuera verbal, hacer algo así no sería efectivo a largo plazo.

—¿Entonces pretendes que me quede aquí dentro para siempre? ¿En una jaula donde ni siquiera puedo mantenerme erguido?

<No lo sé>, gesticuló Taron de forma abrupta; luego se levantó y añadió: <Si te portas bien, puedo pensar en qué hacer para mejorar tu situación>.

Colin se agarró a los barrotes con más fuerza y, al moverse hacia delante, el cuenco se le cayó del regazo. Un impulso nacido de lo más profundo de su ser se impuso al entumecimiento que se había apoderado de él y, buscando la mirada de Taron, dijo:

—¿Por qué no me matas? ¿Quién querría vivir así? Y tampoco es que esto sea superconveniente para ti. Te he visto matar, sé que eres capaz, ¡mátame! ¡Hazlo ya!

Era un enfoque arriesgado, se la jugaba, pero el comportamiento de Taron le decía que no quería hacerle daño, por lo que decidió apostar todo en esta mentira.

Taron resopló.

<Para. Me tengo que ir. Tengo cosas que hacer>.

Colin intentó agarrarlo a través de los barrotes y gritó de frustración cuando no lo logró. Cada vez que creía que controlaba la situación, cada vez que le parecía que podía cambiar su negro futuro de alguna forma, Taron pisoteaba sus esperanzas y las convertía en polvo. Había llegado a un punto en el que ya ni siquiera se atrevía a preguntar por el asesinato.

—¡Mierda!

Taron le señaló el libro nuevo, pero Colin negó con la cabeza; su rabia había alcanzado un nivel tal que, si en esos momentos se mordía, le saldría disparada la angustia del cuerpo.

Quería salir de allí.

¡Quería salir de allí!

¡Necesitaba salir de allí!

—Tráeme unas pastillas. No te molestaré; ni te enterarás —susurró mientras negaba con la cabeza.

En realidad, no quería suicidarse; pero si su encarcelamiento durara mucho más y se le presentara la oportunidad, podría hacerlo. Y, si eso ocurría, quería tener los medios para llevarlo a cabo.

Eso hizo que Taron se detuviera. A contraluz, su rostro quedaba oscurecido por las sombras, y su estoica presencia hizo que Colin temblara de ira e impotencia. Su captor estaba hecho de hormigón, e incluso después de haber sido apuñalado, allí estaba el tío, fuerte como un roble.

<No. Te quedarás aquí y te ganarás el sustento. Si no quieres follar conmigo, bien, trabajarás para mí, ¿vale?>.

Colin levantó la cabeza de golpe; la perspectiva de tener algo que hacer fue como un soplo de aire fresco. No estaba acostumbrado a la inactividad y cualquier cosa que lo mantuviera ocupado era preferible a estar todo el día —y todos los días— tirado en la cama. ¿Qué le mandaría hacer? ¿Darle lustre a las cacerolas? ¿Le mandaría algo que de verdad necesitara o le encomendaría cualquier tarea solo para mantenerlo ocupado? Casi se rio de solo pensar que su misión fuera, como decía el dicho, separar el grano de la paja. Llegados a este punto, le daba igual lo que fuera siempre y cuando algo en su día a día cambiara. Cualquier cosa.

—Vale.

Taron subió las escaleras, pero dejó la trampilla abierta como promesa de que volvería pronto.

Colin se lamió los labios. Pasaron los minutos y Taron no regresó; limpió la que había liado con el plato que se le había caído, pero una vez recogido, no quiso empezar nada nuevo y ni siquiera el libro de Anasstasiya Lucas fue capaz de distraerlo del cambio que estaba a punto de suceder. Eso era lo único en lo que podía ocupar su mente. Después de dos semanas —o Dios sabía cuánto— de encarcelamiento, por fin tendría algo productivo que hacer aparte de darle leches verbales a Taron, lo cual no era tan satisfactorio como podía parecer.

Se escuchó el ruido de cristal contra cristal y Taron apareció en las escaleras portando una caja llena de tarros. Desapareció una vez más y al volver trajo consigo un gran cuenco con pequeños pepinos y después una bandeja con ajo, sal, eneldo y una especie de tubérculo cortado en trocitos. Se sentó con todo al lado de la jaula y le dijo a Colin que ni se le ocurriera pensar en romper los frascos. Pero Colin tenía muy claro que el hombre que lo mantenía enjaulado no era solo su captor, sino también su único camino hacia la libertad.

Taron empezó a pelar el ajo, a cortar el eneldo y lo que ahora sabía que era rábano picante; su cuchillo ya no resultaba tan amenazador, era como si el malvado y terrorífico hombre hubiera resultado no ser más que un espantapájaros.

Le dio unas breves instrucciones sobre cómo meter los pepinos en frascos, cuánta sal agregar y cuánta agua verter. Colin quería salir de la jaula, pero no tentaría a su suerte pidiéndoselo en esos momentos. Pasó la mano entre los barrotes, cogió uno de los pepinos y olió su aroma fresco y terroso.

—¿Los cultivas tú mismo?

Taron asintió sin levantar la vista, concentrado como estaba en su misión. Fue entonces cuando a Colin se le ocurrió que las cebollas encurtidas que había probado en una de sus comidas también debían de provenir de su huerto.

Colin suspiró y preparó el primer tarro como se le había explicado. Tener algo que hacer en lugar de estar ocioso todo el día era muy satisfactorio.

—Cuando era pequeño ayudaba a mi abuela con su huerto. Hacía unas confituras y mermeladas increíbles, y unos zumos naturales que estaban riquísimos —dijo Colin con una sonrisa al recordar el pequeño banco bajo el manzano donde solía jugar en los días de sol.

Pero eso fue antes de que sus padres regresaran —habían estado trabajando en el extranjero— y él tuviera que volver a vivir con ellos; ahí fue cuando su vida se empezó a volver cada vez más estricta e inflexible.

A Taron parecía interesarle su charla porque miraba en su dirección de vez en cuando. ¿No tenía otro trabajo? ¿Era esto lo que hacía todo el día? Algunos de los libros que le había traído tenían el sello de la biblioteca local, por lo que probablemente no gastaba mucho; desde luego, un despilfarrador no era.

Y quizá, solo quizá, Taron apreciaba la compañía más de lo que decía.

Colin siguió trabajando y hablando, entregándole a Taron los frascos según los terminaba para que él los guardara en la caja.

—Cuando era pequeño me encantaba aquella vida; me pasaba todo el día nadando y al aire libre; me hice una casita en un árbol, que encima me daba un suministro casi ilimitado de fruta. Todo esto me recuerda a aquellos tiempos, es como volver al pasado.

Sin embargo, cuando vio los grandes dedos de Taron en el cuchillo, cortando el rábano, a Colin lo que se le vino a la cabeza fue Peter McGraw. ¿Qué había sido de él? ¿Dónde había escondido Taron el cuerpo? ¿Lo habría cortado en pedacitos?

¿Habría acabado siendo abono para el jardín?

¿Le esperaba a él el mismo destino?

Capítulo 9

COLIN

CADA DÍA, TARON LE asignaba un trabajo diferente, pero siempre tenía que hacerlo dentro de la jaula. Era deprimente; sin embargo, tener a Taron cerca —aunque no hablara mucho— ayudaba; la compañía de otro ser humano ayudaba. Una vez incluso se quedó a ver la televisión con él. Se sentó en el sillón que todavía tenía manchas de la sangre de aquella primera noche —aunque a Taron no parecía molestarle— y hasta sonrió cuando Colin comentó un par de cosas de lo que estaban viendo.

A pesar de ello, la emoción de que le asignaran una tarea había ido mermando, la novedad evaporándose, dejándolo frustrado. Necesitaba más actividad. Cada día era más o menos igual, y Taron solo pasaba un par de horas en el búnker con él; con suerte, alguno de los gatos le hacía compañía y, aun así, el paso del tiempo había empezado a agobiarlo cada vez más. Los días habían perdido el ritmo y, a pesar de que no había luz del día que perturbara sus mañanas, seguía despertándose demasiado temprano; otras veces ni siquiera se podía dormir y se quedaba ahí, tumbado en su jaula esperando a que el sueño hiciera su aparición. Además, volvía a sentirse sucio; daba igual que se lavara con la esponja de forma regular o que se cambiara de ropa todos los días, echaba de menos un buen baño, la oportunidad de sumergirse en el agua. Y, cuando dormía, soñaba que caminaba descalzo sobre la hierba húmeda.

Sin embargo, estaba encerrado bajo tierra como un vampiro durante el verano ártico.

Cada día, las paredes parecían estar más cerca de la jaula y se preguntaba si ese sótano sería su tumba.

Colin no controlaba bien el tiempo, pero o Taron estaba tardando más de lo habitual o ya había llegado a un punto en el que la soledad lo había superado, porque, aunque no sabría decir cuánto tiempo había pasado desde la última vez que su captor había bajado, creía que hacía una

eternidad. Y, cuando escuchó el familiar chirrido de las bisagras de la trampilla al abrirse, sonido que solía recibir con entusiasmo, se quedó ahí sentado sin más, cansado a pesar de que no había hecho mucho. Le dolía el cerebro por las vueltas constantes que le daba a todo, era como si se le estuviera hinchando dentro del cráneo.

La visión de las botas de Taron emergiendo de la trampilla tuvo un efecto tan visceral en él que, a pesar de la frustración y la rabia, se le aceleró el corazón de la más pura anticipación.

Odiaba a Taron, pero también anhelaba su presencia, la necesitaba; todos los días. Y la dicotomía lo estaba volviendo loco.

—Llegas tarde.

Taron le frunció el ceño y dio una patada a la jaula antes de dejar en el suelo la bolsa de papel del McDonald's que parecía tan fuera de lugar en sus manos que Colin se quedó en blanco durante unos instantes. Taron había salido; había salido *fuera*; no se había limitado a trabajar en su extraña granja de fantasía totalmente desconectada de la sociedad.

<Qué demandante>, señaló. <Come>.

Colin apretó los dientes; aunque le apetecía muchísimo una hamburguesa con queso —por muy poco saludables que fueran— se plantaba. Ya estaba harto de toda esta mierda.

—No tengo hambre.

<Acabas de quejarte de que he llegado tarde>.

Taron resopló, tenso como un toro a punto de embestir, lo que a su vez puso más nervioso a Colin. Su barba negra estaba más alborotada de lo habitual, aunque más corta, y también se había cortado el pelo; pero, cuando se movió hacia un lado, Colin se dio cuenta de algo más: por debajo de su vello facial se podía apreciar un hematoma que le llegaba hasta el ojo.

Parte de su ira se evaporó y se arrodilló en la jaula, observándolo a través de los barrotes. Porque si alguien había logrado darle un puñetazo a un hombre como Taron, bien podrían haberlo matado, y eso querría decir que Colin podría haber muerto allí.

O tal vez Taron había matado a otra persona y el moratón se lo había hecho su víctima antes de morir. En plan: «Antes de que me mates, toma esto, cabrón».

—¿Qué te ha pasado?

<Te he dicho que c-o-m-a-s>, Taron deletreó la última palabra, pero entonces se quitó la camisa a cuadros que llevaba puesta y Colin desvió la mirada.

No lo había visto sin camisa desde aquel único polvo que su mente seguía revisitando una y otra vez.

—Estoy considerando hacer una huelga de hambre —dijo, concentrando toda su atención en la bolsa del McDonald's—. Ya me he hartado de todo esto. No me dejas salir, no me cuentas nada, pero resulta que tú sí puedes irte al pueblo cada vez que quieres, ¿no? — terminó gritando Colin a la vez que pateaba uno de los barrotes haciendo que el metal retumbara.

Taron le lanzó la camisa y luego cogió una pequeña bolsa de tela del estante y también se la tiró.

<Tiene un agujero. Cóselo>.

La necesidad de coger la camisa, que seguro todavía retenía su calor corporal, fue difícil de negar, pero Colin tenía algo que demostrar y nunca lo lograría si su resolución moría cada vez que la soledad se apoderaba de él.

—Déjame salir de la jaula.

<Actitud equivocada>.

Taron gruñó y Colin lo miró. Era imposible pasar por alto el hematoma en su abdomen. Y Colin quería herirlo aún más, aunque fuera en su orgullo.

—¿La tuya, quieres decir? Parece que tu nueva víctima se resistió.

<Cállate>.

—¿Por qué? La libertad de expresión es la única libertad que tengo.

<A menos que te amordace>.

Colin bufó, pero el comentario le afectó más de lo que quiso dejar ver.

—Para eso tendrías que abrir la jaula. Y alimentarme a la fuerza, ya que estás. Porque digo yo que no querrás que se te muera tu nueva mascota.

<No eres una mascota. Eres una alimaña>.

Taron golpeó la jaula con ambas manos, respirando con dificultad. La rabia remanente de la pelea que había tenido era evidente en su forma de actuar y no parecía que fuera a desaparecer sin más.

Colin se estremeció, pero entonces se dio cuenta de que lo que tenía frente a él no era el precioso rostro de su captor, sino que estaba a la altura de su entrepierna. Se lamió los labios.

—Soy tu mascota. Me tienes en una jaula y me alimentas. Como si fuera un conejo. Si de verdad te parezco una alimaña querrías acabar conmigo como con una plaga. Y dónde está el veneno, ¿eh? ¿En la hamburguesa?

Taron se agachó frente a la jaula, lo miró con dureza antes de gesticular:

<Tal vez>.

Colin se quedó obnubilado mirando el vello oscuro que cubría el pecho de Taron. Sus fuertes pectorales prometían darle la calidez que solo otro ser humano podía proporcionar, y si no fuera su secuestrador, Colin lo habría abrazado encantado, aunque nunca se había considerado una persona afectuosa.

El corazón le latía desbocado mientras se inclinaba hacia adelante, levantaba la barbilla y exponía la garganta ante él.

—¿O tal vez prefieres deshacerte de mí con tus propias manos?

Ahí lo tenía; eso había llamado la atención de Taron. Colin sabía que, a pesar de la ropa ancha y grande que llevaba —cortesía de su captor— y de lo dejado y desarreglado que estaba, Taron se sentía atraído por él.

Y, a menos que Taron viniera de desahogarse con un amante —lo cual dudaba dado esa terrible personalidad suya—, Colin era su única opción.

Y eso era lo que tenía que aprovechar; esa era su salida.

Cuando acercó la cara a la jaula y la metió entre los barrotes, casi pudo sentir el sabor de la boca del otro hombre en la suya. Se quedó mirando a los ojos de Taron como si fueran la cosa más fascinante del universo; estaba actuando, por supuesto, pero una vez que sus miradas conectaron y la tensión empezó a aumentar en el intenso silencio, el verde oscuro de sus iris se convirtió en una ventana a todos esos secretos que Colin aún tenía que descubrir.

—¿Acaso no te sientes tentado a hacerlo cada vez que te saco de quicio?

<¿A matarte?>.

Taron acercó la mano a su garganta y cuando Colin no se inmutó, sus enormes dedos lo agarraron por el cuello. Estaban calientes, ásperos y, aunque ejercían cierta presión, no lo estaban asfixiando.

El miedo le trepó por la espalda, pero el único efecto que tuvo en su cuerpo fue que le sensibilizó más la piel.

—¿Qué otra cosa harías conmigo?

Taron no debía de querer soltarlo para gesticular porque, por primera vez desde que dijo su nombre, habló:

—Ya sabes lo que haría... contigo.

Su voz era tal y como Colin la recordaba. Un susurro bajo y ronco interrumpido por un gruñido ahogado. Y, por alguna extraña razón, que este hombre casi mudo hiciera el esfuerzo de hablar por él fue como tomarse de golpe un chupito de absenta; Colin se estremeció y tragó con dificultad contra la mano en su garganta.

—Entonces, ¿qué te parece si hacemos un trueque? —susurró Colin a su vez, levantándose el enorme jersey que llevaba puesto.

No había nada más sexi en el mundo que ver las pupilas de Taron dilatarse al mirarlo. Colin había estado con muchos chicos, y había disfrutado del sexo con ellos, pero, aun así, siempre había sentido que sus experiencias eran un poco de usar y tirar, nada memorables. La forma en que Taron lo miraba ya era adictiva en sí misma. Ciertamente era que todavía recordaba que la trampilla no estaba cerrada con llave y que eso le permitiría escapar si convencía a Taron de abrir la jaula, pero había llegado a anhelar su atención de tal manera que, ahora que la tenía, pretendía disfrutarla.

Allí, en lo profundo del bosque, no era una de las muchas caras bonitas de Grindr. No era el chico de los sábados de nadie, tan olvidable como cualquier otro polvo de la semana. A Taron lo tenía ardiendo de deseo, tanto que el calor que emanaba de su cuerpo podría incluso quemarle las yemas de los dedos.

—¿Hmm? —gruñó Taron.

Colin tomó su otra mano y se la acercó a la cara, frotando la nariz contra su palma y estremeciéndose al oler su piel. No olía a perfume. Olía a *él*. Puro aroma masculino que era el epítome de la sensualidad y que hacía que Colin se muriera por lamérsela e impregnarse de su sabor salado.

—Dijiste que era trabajar o follarte, ¿no?

En una jaula, en un búnker en el bosque, en medio de la nada, Virginia Occidental, Colin nunca se había sentido más en control que cuando la respiración de Taron se volvió entrecortada. Tenía su manaza alrededor del cuello, pero era Colin quien lo tenía bien agarrado por las pelotas sin ni siquiera haber llegado a tocárselas.

El hombre junto a él tenía sed. Muchísima.

Taron asintió.

Bingo.

Colin le lamió el dedo índice y, sin previo aviso, se lo metió en la boca hasta el nudillo. El dedo era ancho, grueso, rugoso contra su lengua. Deliciosamente grande.

Sin apartar la mirada de Taron, se lo sacó de la boca y le besó la yema del húmedo dedo.

—Y yo quiero respirar aire puro. Necesito hacer ejercicio. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

Ni siquiera le suponía un sacrificio; no creía que fuera un mal trato. A pesar de ser un malvado asesino, Taron parecía preocuparse por él a su manera, y era un pedazo de semental al que a

Colin no le importaría montar.

Taron se llevó una mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó la pequeña llave de la jaula. Mientras el candado se abría, ambos se miraron en un intenso silencio. La enorme lujuria reflejada en los ojos de Taron le dio a Colin un subidón aún mayor que la cocaína que una vez esnifó en época de exámenes. Su mirada era eléctrica, le hacía cosquillas en la piel, era como si ya lo estuviera tocando entre las piernas.

Decidió ponérselo fácil y se quitó los pantalones del chándal.

—Enséñamela —exigió, dándose cuenta de que aún no le había visto la polla a pesar de que la había sentido en el culo durante dos días enteros después de la gran follada.

¿Seguiría pensando que Colin iba a ir a por él a la más mínima oportunidad y que le apuñalaría en el pene si se le presentaba la ocasión? ¿O estaba tan embelesado que el cerebro le había dejado de funcionar?

A pesar de que la puerta de la jaula estaba abierta, la atención de Colin estaba en el hombre enorme que ahora invadía su espacio; ni siquiera había mirado hacia la trampilla, que también seguía abierta. Echaba de menos tener la atención de alguien, extrañaba el contacto humano. Y Taron manoseándole los muslos como si fuera un oso que por fin había accedido a su miel hizo que Colin se empalmara a lo bestia.

La única razón por la que Taron se apartó de él una vez estuvo completamente dentro de la jaula, fue para abrirse los pantalones.

El espacio era muy reducido incluso cuando él era la única persona dentro, pero Taron lo llenaba de tal forma que, si la intención de Colin hubiera sido intentar escapar, no habría tenido ninguna posibilidad.

La bestia olía de maravilla esa noche, con un deje de colonia. Colin le agarró de la barba y tiró de él hacia abajo para poder besarle, pero Taron lo esquivó y llevó los labios a su oreja.

Colocó una mano en el culo desnudo de Colin mientras con la otra se bajaba los pantalones. El cosquilleo de la barba contra su cuello lo hizo estremecer y notó los escalofríos hasta en los dedos de los pies. Y que Taron fuera mayor —tendría unos treinta años, suponía— lo excitaba todavía más; porque él siempre había ido a lo seguro con chicos de su edad. Bueno, siempre había ido a lo seguro, punto.

Pero es que además Taron era una fuerza de la naturaleza; y no se podía luchar contracorriente durante mucho tiempo. Uno podía haber construido una agradable casita, pero, si un tornado la alcanzaba, se la llevaría por delante sin remedio. Había que dejar que la naturaleza siguiera su curso.

A pesar de la decepción de que Taron no quisiera besarlo, los afilados dientes mordisqueando su sensible cuello lo tenían tan caliente que había empezado a sudar.

Y todavía no le había visto la polla.

Sin aliento, se quitó el jersey de lana, obligando a Taron a separarse un poco de él. Quedarse desnudo le dio tal subidón que sonrió en cuanto sus ojos se encontraron con los de la bestia. Pero entonces su mirada se deslizó hacia abajo y se quedó sin aliento ante la maravillosa imagen ante él: la polla de Taron era tan grande como había sospechado; el prepucio dejaba ver la punta ya húmeda y Colin no pudo evitar el grito ahogado que se le escapó mientras llevaba una mano hacia uno de sus muslos musculosos y lo acariciaba antes de alcanzar su objetivo.

—Vaya, guau.

Se le secó la boca de solo pensar en ese pollón dentro de él, abriéndose camino en su interior.

Taron dejó escapar un gemido de satisfacción y empujó a Colin hacia abajo.

Colin arqueó las caderas hacia él y agarró parte del vello oscuro del pecho de Taron, tirando.

—Quiero chupártela hasta dejarte seco.

La enorme decepción que lo embargó cuando Taron negó con la cabeza lo pilló por sorpresa por su intensidad. Recordó aquella conversación sobre morderle la polla a tu captor... Vale, así que Taron aún no confiaba en él lo suficiente como para poner su miembro en la boca de Colin. Pues era una lástima, porque le hubiera hecho la mejor mamada de la historia.

Taron le acarició un costado con adoración, pero el contacto duró poco, ya que, al instante, sacó una mano entre los barrotes y estiró el brazo hasta acceder a la parte de abajo del sillón y sacar el bote de lubricante que había junto a las revistas porno; debía de usarlo para masturbarse, pero ahora el botecito serviría a un propósito mucho más importante.

Colin gruñó y llevó una mano al pectoral de Taron, tratando de ponerlo aún más cachondo.

—¿Te has masturbado pensando en mí? —susurró mientras con su otra mano se acariciaba la polla, cada vez más dura.

Taron le contestó con un gemido, pero el entusiasmo en su jadeo le dijo que sí, que la respuesta era afirmativa.

Una vez que el lubricante estuvo dentro de la jaula y a su alcance, Taron le agarró los muslos y se envolvió con ellos la cintura, haciendo que su erección dura como una roca se agitara contra los nudillos de Colin.

Taron tenía vello en la ingle, otra cosa a la que Colin no estaba acostumbrado; sus amantes no solían tener. No todos se hacían la cera, algunos solo se rasuraban, pero ninguno había tenido esa cantidad de pelo y la crudeza del hombre sobre él lo llenó de una emoción inesperada.

Dejó que sus manos vagaran arriba y abajo por el musculoso cuerpo, maravillándose de lo fuerte que era. Si el techo se derrumbara en esos momentos, este pedazo de hombre, que bien podría ser de acero, ejercería de parachoques.

Como le habían negado un beso en los labios, Colin alzó la boca y saboreó el aroma del cuello de Taron, más suave de lo normal, y que aún olía a algún tipo de loción para después del afeitado. Tenía las piernas apretadas alrededor de sus sólidas caderas, e incluso dentro de la jaula, donde los cuerpos de ambos llenaban el espacio por completo, Colin quiso estar más cerca, anhelando el contacto humano que tanto solía evitar cuando vivía en libertad.

—Mi parte del trato —susurró, mirando entre sus cuerpos, donde sus pollas descansaban, juntas y calientes, sobre el abdomen de Colin.

Taron asintió, pero intentó sentarse de forma tan abrupta que se dio un golpe en la cabeza contra el techo de la jaula. Colin no pudo evitar la sonrisa de satisfacción que se le escapó. A él le había pasado muchas veces; ya era hora de que su captor viviera en sus propias carnes la incomodidad con la que lo castigaba a él cada día.

Taron gruñó como un lobo al que le hubieran arrebatado su presa, pero al segundo agarró a Colin por las caderas y lo puso boca abajo. Colin ronroneó contra las sábanas.

La jaula no permitía que Taron se irguiera así que Colin intentó moverse y ajustar su posición, pero la bestia no le dejó hacer ni siquiera ese pequeño movimiento; lo agarró por las caderas como un animal, lo puso de rodillas y le abrió las piernas con uno de sus muslos, dejándolo tan expuesto que Colin podía sentir el aire rozando su entrada.

Un chorro de lubricante se deslizó por la raja de su culo haciéndole arquear la espalda y, cuando los dedos de Taron siguieron el rastro húmedo del lubricante, Colin empezó a mecer las caderas y a balancearse contra él. Notar la respiración entrecortada de Taron contra la oreja, su polla contra una de sus nalgas frotándose de forma frenética, como si fuera un animal en celo, resultaba tan aterrador como excitante. ¿Le dolería? En parte esperaba que así fuera. Quería sentir la pasión desatada y desmedida de la primera vez, tan diferente a sus anteriores experiencias sexuales, que habían sido todas tan mundanas y olvidables. Ansiaba que esa lujuria indómita se apoderara de él, que le trepara por la piel y que llenara el vacío que había sentido toda su vida.

Colin dejó escapar un rugido y arqueó la espalda, pegándose contra el ancho pecho de su oso pardo. Su vello corporal era lo bastante áspero como para rasparle la piel, y esa sensación, sumada al ritmo al que Taron le follaba el culo con los dedos, lo transportó a otro lugar. A uno

muy lejano, a una época en la que no existían los teléfonos móviles ni los coches; un momento en el que lo único que importaba era tener comida, refugio y sexo.

En cuanto Taron le sacó los dedos, la cabeza de su polla lubricada estuvo allí, reemplazándolos al instante, exigiendo entrar. Ahora que Colin por fin se la había visto, no podía dejar de pensar en lo grande que era, en lo dura que la tenía por la urgente necesidad de follárselo. Sin embargo, cuando empezó a empujar en su interior y sintió la ya familiar incomodidad, notó que la respiración se le entrecortaba y buscó el antebrazo de Taron, aferrándose a él mientras giraba el cuello sobre la almohada hasta el punto del dolor. Cuando abrió los ojos, vio la expresión salvaje de Taron sobre él, sus enormes brazos en tensión, su pecho subiendo y bajando de forma evidente, listo para embestirlo sin piedad, quisiera Colin o no.

Colin se mordió el labio inferior y acarició con los talones la parte posterior de los muslos de Taron, que empezó a llenarlo poco a poco. El gemido gutural que dejó salir cuando se enterró en él hasta la empuñadura fue como el de un oso pardo de verdad. Su vello púbico le hizo cosquillas en el culo y, durante unos instantes, Taron no se movió; se quedó quieto en su interior jadeándole en la nuca. Su barba olía tan bien... ¿Habría ido a una barbería?

Pero todos y cada uno de sus pensamientos se volvieron borrosos en el momento en el que Taron le agarró el muslo y empezó a salir de él, tan rápido que, por un trágico momento, Colin pensó que todo había terminado. Cuando volvió a metérsela como un pistón bombeando combustible en un cuerpo más que abierto a recibirlo, Colin dejó de respirar; se quedó sin aliento e incluso creyó que iba a marearse. Notaba los huevos tan pesados que cada movimiento le dolía, pero, aun así, necesitaba tanto la penetración que empezó a empujar hacia atrás cada vez que Taron retrocedía, empalándose él mismo en tan durísima polla. Atrapado entre la realidad y los sueños más eróticos, se escupió en la palma de la mano y empezó a masturbarse a un ritmo enloquecido. El sexo acababa de comenzar y él ya estaba en la cúspide más alta.

Taron deslizó una mano desde el estómago de Colin hasta su pectoral, frotándole el pezón con la palma. Sus caderas no dejaron en ningún momento de arremeter contra él, taladrándolo sin parar. Colin estuvo liado una vez con un *quarterback*, pero aquel tío no tenía nada que hacer al lado de Taron, porque no se trataba solo de que fuera alto —Colin también lo era—, era todo en conjunto: el gran tamaño de su pecho, de sus brazos, los músculos que tenía... Todas esas cosas juntas hacían que no contemplara otra opción que no fuera someterse a él. Era natural dejar que este hombre grande y fuerte lo tomara y lo protegiera de cualquiera de esos desastres que él creía que iban a ocurrir. Lo aceptaba todo mientras Taron continuara haciendo lo que estaba haciendo.

Así que abrió bien las piernas y dejó que la bestia se lo follara a pelo; estaba listo para recibir su semen.

Colin creyó ver las estrellas cuando Taron susurró con ese tono suyo tan ronco e indecente que en esos momentos era el mayor afrodisíaco que pudiera existir.

—Estás tan apretado...

Una ola de calor lo inundó por completo y se le instaló en el pecho, y cuando Taron volvió a salir de él, Colin contrajo los músculos del culo alrededor de su polla sin parar de masturbarse con ferocidad. Su orgasmo ya estaba casi ahí, cada respiración en su oído liberaba más calor, el cosquilleo de la barba en su piel... La liberación que se avecinaba amenazaba con ser apoteósica.

—Te voy a ordeñar hasta la última gota —balbuceó.

Taron embistió una y otra vez sin parar y, cuando empezó a rozarle la próstata con cada empujón, Colin ya no pudo más. Se corrió, gimiendo con abandono mientras se aferraba al antebrazo de acero de Taron.

Taron siguió gruñendo contra su nuca, aumentando la velocidad de sus embestidas hasta que sus huevos empezaron a chocar desvergonzados contra el culo de Colin, quien todavía estaba surfeando su ola de placer. Entonces, Taron le mordió el hombro, haciéndolo gemir, y redujo el ritmo de sus envites, que empezaron a ser más lentos y pausados. Taron se empezó a correr, bombeando su semilla y metiéndosela lo más dentro posible; y puede que no pudiera ser fecundado, pero los instintos de Colin ni parecían saberlo ni les importaba. Hasta donde él sabía en esos momentos, bien podía haber sido una perra que acababa de ser montada por un macho.

Colin siguió estremeciéndose durante unos segundos más y se llevó su mano temblorosa a los labios, lamiéndola y limpiándola —como solía ser habitual— de su propia liberación. Se sentía tan lleno; tan saciado... Y, aunque era consciente de que sus sentimientos podrían cambiar una vez que pasara el subidón de la excitación, en ese momento no había ningún lugar en el mundo en el que prefiriera estar que bajo Taron. En esa jaula. En ese sótano. En ese bosque, en medio de ninguna parte, Virginia Occidental.

Ni siquiera se le ocurrió buscar un arma y atacar a Taron mientras estaba distraído. Solo quería seguir tumbado bajo ese tío enorme, disfrutar de la polla que seguía en su interior, del semen que lo llenaba y respirar el delicioso aroma de cualquiera que fuera el producto al que olía su barba. Después de tantos días solo, el contacto de piel con piel era lo único que anhelaba.

Se rio, acariciándole el brazo con el pulgar, y dijo:

—Vale, ahora sí que tengo hambre.

Taron dejó escapar una risa ronca y se estiró para coger la bolsa del McDonald's sin ni siquiera salir del interior de Colin, que en esos momentos se preguntó si no habría estado equivocado; siempre había pensado que Taron trataba de «domesticarlo» con todos esos obsequios y pequeños sobornos, pero ¿y si era él quien podía domesticar a Taron? Era un hombre con muchísimo potencial, pero era un salvaje, incluso cuando se comportaba. Si lo hacía bien, con tiempo y mimo, Colin creía que los resultados podían ser excelentes. En esos momentos, sin embargo, se limitó a abrir la bolsa y a sacar una patata frita. Se había quedado fría, pero seguía sabiendo a gloria.

—No irás por ahí follando sin condón, ¿no? —le preguntó, mirándolo por encima del hombro.

Se debería haber preocupado de eso un poco antes, pero allí, en ese bosque en medio de la nada, las ETS no parecían tan reales como en el mundo exterior. Sin mencionar que, la primera vez que tuvieron relaciones sexuales, usar preservativo había sido el menor de los problemas de Colin. Bueno, si era del todo sincero, aún lo era, la verdad.

Colin gimió cuando Taron salió de él y, a pesar de que no era la principal de sus preocupaciones, se sintió aliviado cuando Taron le dio un suave azote en el culo y negó con la cabeza.

Se quedaron ahí, ambos tumbados sobre el colchón, con la puerta de la jaula de par en par y la trampilla del sótano abierta. O era una prueba, o su captor ya no tenía miedo de que Colin intentara escapar.

Sea como fuere, Colin quería seguir así un rato más, no tenía ganas de moverse. Se dio la vuelta para mirar a Taron y se puso la bolsa de papel contra el abdomen. La pereza poscoital se había apoderado de cada músculo de su cuerpo y dedicó a Taron una sonrisa tonta, sintiéndose extrañamente feliz con la pegajosidad que notaba en el culo y con el leve dolor que el polvo le había dejado.

—¿Satisfecho?

La sonrisa perezosa de Taron fue respuesta suficiente, pero también le dedicó un asentimiento de cabeza. Al verlo así, tan guapo, con la polla todavía asomando por los pantalones, y el pecho y la cara sonrojados, a Colin casi se le olvida que era un asesino. Pero por mucho que disfrutara de esta parte de la transacción, seguía queriendo su recompensa.

—Entonces..., ¿cómo me vas a pagar por este... trabajo? —preguntó mientras cogía un *nugget* de pollo.

La sonrisa de Taron se desvaneció al instante; empezó a gesticular.

<He estado trabajando en una cosa, te lo enseñaré>.

Se arrastró fuera de la jaula con la mitad superior del culo a la vista, para deleite de Colin. Era un buen culo, musculoso, pero no se atrevió a tentar al destino dándole un azotito. No sabía cómo un tiarrón como Taron reaccionaría a algo así.

Colin lo siguió, un poco vacilante, casi esperando que lo metiera de nuevo en la jaula de un empujón. Pero nada de eso sucedió y él aprovechó para erguirse del todo, para estirarse; la espalda le crujó al hacerlo.

—Madre mía, ¡qué bien se está aquí fuera!

Podía ser que su desnudez fuera suficiente distracción para Taron, porque no parecía ni atento ni preocupado por los movimientos de Colin.

¿Era este el momento idóneo para buscar un arma y atacar?

Si el golpe fuera lo bastante fuerte, lo bastante letal, Colin sería libre. Miró hacia la trampilla, disimulando, como si no estuviera haciendo otra cosa que echar un vistazo a su alrededor. Estaba abierta; si lograba subir, no tendría problemas para salir de la casa. Correría aunque estuviera desnudo, porque al menos esa vez no estaba atado. Y en la granja no había ningún perro guardián que pudiera seguirlo.

Pero si Taron sobrevivía, Colin no lograría recuperar jamás su recién adquirida confianza. Sería su fin.

Lo que necesitaba era esperar el momento correcto y aprovechar la oportunidad cuando se le presentara. Al fin y al cabo, le acababa de dejar salir de la jaula por segunda vez. No había necesidad de apresurarse, y tampoco era como si el sexo fuera una ardua tarea.

<Espera aquí>, le indicó Taron, como si Colin tuviera algún otro sitio al que ir. A menos que lo que de verdad quisiera decir fuera «no me sigas al piso de arriba».

Rio se asomó y empezó a bajar las escaleras, pero Taron lo agarró en su camino hacia arriba y lo cogió en brazos. El gato se convirtió en una máquina de ronronear al instante, Colin lo oía desde abajo a pesar de la distancia.

—Me estás regalando una vista deliciosa —comentó Colin con una sonrisa queriendo arrancarle la piel a tiras y, a la vez, diciendo la verdad. Porque era cierto, la vista de su torso desnudo y parte de su culo era espectacular. Y tampoco podía negar que esperaba tener que cumplir con la tarea que acababa de llevar a cabo muchas muchas veces más hasta que los astros se alinearan y por fin fuera libre.

Taron lo miró por encima del hombro, pero fue imposible leer su expresión. Cuando volvió a bajar un par de minutos después, ya se había subido los pantalones y llevaba algo en una mano.

Dos gatos lo siguieron hasta el búnker, maullando como si necesitaran algo con urgencia. ¿Habría bajado a alimentar a Colin antes que a ellos? Pues eso sí que era un privilegio.

—Pero ¿qué tipo de regalo es este, sin envolver y sin lazo rojo ni nada? —dijo Colin de broma con una pequeña sonrisa dibujándose en sus labios a pesar de los nervios.

Pero cuando vio el collar y lo que parecía ser algún tipo de dispositivo, el corazón le dio un vuelco. Aun así, lo cogió cuando Taron se lo pasó.

<Esto no te va a gustar. Es un collar que produce descargas eléctricas. Es lo mejor que se me ha ocurrido por ahora. Así podrás salir de aquí conmigo>.

Por un lado, Colin se desinfló un poco, pero, por otro, tenía que reconocer que algo era algo. Que esto significaba que Taron había estado planeando y *quería* darle más libertad.

—No me electrocutará por la noche de repente o algo así, ¿no?

<No. Se maneja de forma remota y tiene un rastreador. Te dará una descarga si huyes. Pero también si me matas y te alejas lo suficiente>.

Esas no eran las palabras más bonitas que alguien con quien acababas de follar podía dedicarte, pero la situación de Colin tampoco era la más normal del mundo.

De mala gana, hizo girar el pesado collar en las manos.

—Yo no te mataría. En estos momentos tengo tanto semen tuyo dentro que soy un 5 % tú.

Taron dejó escapar una risotada, que fue mitad risa mitad resoplido, llevó una mano al pelo de Colin y se lo alborotó.

Capítulo 10

TARON

TARON LLEVABA YA UN tiempo trabajando en el collar; pero cuando lo vio por primera vez alrededor del esbelto cuello de Colin se estremeció de satisfacción. No tenía ni idea de cómo irían las cosas a partir de ahora, o cómo actuaría Colin una vez le permitiera salir del búnker, pero la gente en general era impredecible, él no podía hacer nada al respecto, así que le daría una oportunidad.

Su intención nunca fue tenerlo encerrado para siempre en una jaula bajo tierra; a la larga, hubiera sido imposible. Y, sí, podría haberle metido un tiro entre ceja y ceja, y poner fin a su miserable vida, pero Colin no se había quejado cuando lo puso a trabajar y las historias sobre el huerto de su abuela sugerían que quizá el chico podría adaptarse a la vida en la granja; y encima tenía un polvazo, lo que era un enorme pro.

Había que reconocer que el sexo había hecho maravillas en el carácter de Colin. Cuando Taron volvió a casa tras su visita al pueblo, Colin se había mostrado borde, desagradable, agresivo; pero ahora su lenguaje corporal era relajado y no se quejó en ningún momento del collar ni de la cuerda atada a él.

Tan pronto como pusieron un pie fuera, Colin insistió en quitarse las zapatillas y salió al jardín descalzo y desnudo, diciendo que le daba igual ensuciarse, que, de todos modos, quería ducharse después. Taron encantado de que lo hiciera; si se le dejaba mirar...

No creía que el entusiasmo de Colin fuera cien por cien real, pero era agradable escuchar tantas preguntas sobre su granja. Además, si el chico se iba a quedar a vivir allí con él, tendría que enseñarle dónde estaba todo. Y, aunque tenía sentimientos encontrados respecto a lo de tener a otro hombre viviendo bajo su mismo techo, no le quedaba otra; y había que admitir que, si el sexo formaba parte del trato, la cosa mejoraba mucho.

Y hablando de sexo, Colin caminaba tan cerca de él que los brazos de ambos estaban todo el rato casi tocándose, piel con piel. Taron no sabía qué esperar del chico con lo a menudo que cambiaba de estrategia, pero había optado por seguirle la corriente e ir viendo a partir de ahí.

Era una tarde cálida y había decidido no volver a vestirse, por lo que había una tensión extraña en el aire a pesar de que no estaban haciendo nada con carga erótica como tal. Taron le enseñó los conejos y luego el taller donde fabricaba todos los utensilios que se necesitaban en la granja, incluido el collar.

<Y ese es Wyoming>, Taron señaló al gran conejo negro y marrón que saltaba en la cerca. Le había puesto el nombre de su estado natal, pero le resultó muy raro decirle la palabra a Colin en lengua de signos. La vida que había dejado en Wyoming no era algo en lo que quisiera pensar.

Wyoming hizo una pirueta y empezó a mordisquear la hierba; Colin sonrió al verlo y se quedó un rato mirando cómo jugaban los animales más jóvenes.

—Me sorprende que no produzcas tu propia leche —dijo, sonriéndole, como si el pesado collar que llevaba al cuello no fuera más que un accesorio.

Taron asintió con orgullo.

<He estado pensando en ello. Puede que compre alguna cabra>.

Colin le acarició el brazo con su hombro desnudo.

—Alguien está orgulloso de sí mismo, ¿eh? ¿De verdad haces todo esto tú solo? —preguntó mientras echaba un vistazo alrededor y observaba con atención la granja que Taron llevaba diez años construyendo.

Taron se acercó un poco más a él; deslizó los dedos por la cerca y tocó durante un breve instante los de Colin.

<Todo. Incluso construí la casa yo mismo>.

Colin tragó saliva de forma visible y dejó la mano suspendida en el aire durante unos segundos. El sol dibujaba formas en su pecho desnudo, la sombra de las ramas marcaba un patrón sobre su cuerpo que Taron observó absorto a pesar de su intención de no caer en su trampa. ¿O acaso había caído ya?

—Pero te sientes solo —dijo Colin, haciendo que Taron se concentrara en sus palabras—. Hay ciertas cosas que uno no puede hacer por sí mismo.

<Tengo demasiado trabajo como para sentirme solo>.

Taron se encogió de hombros. Era una verdad a medias, porque era cierto que, a veces, ansiaba compañía. El problema era que también amaba la libertad de ir a su bola, de estar en su granja y hacer lo que quisiera y como quisiera sin tener que consultar con nadie.

<Además, las personas son un lastre>, añadió. Lo había aprendido de la peor de las maneras.

Colin suspiró y lo miró con tal intensidad que Taron se sorprendió al notar el suave roce de los dedos del chico en la palma de la mano. Tenía los ojos brillantes, inteligentes y tan seductores que habría ganado mucho más dinero haciendo simplemente «eso» que curando gente; si es que le había dicho la verdad respecto a lo de ser médico.

—Pero es evidente que también disfrutas teniendo un compañero. ¿Cómo lo has hecho hasta ahora?

¿Un «compañero»? Más bien un «prisionero», pero bueno.

<¿Sexo?>.

Colin respiró hondo y le dibujó una línea con la punta del dedo, desde la mano hasta el codo.

—Sí.

¿Cuánto debería contarle? No tenía por qué divulgar los detalles de su austera vida sexual. Así que se limitó a un:

<En contadas ocasiones>.

Colin se mordió el labio.

—¿Y no hubiera sido más fácil y seguro buscarse un novio y vivir con él? Quiero decir... —Se rio entre dientes y se pasó una mano por la cara, ocultando una sonrisa que era más grande cada segundo que pasaba—. Con la de oferta sexual que hay ahí fuera... ¿Cómo te las arreglas tú sin él?

Taron ladeó la cabeza. ¿Colin se acostaba con muchos chicos? Su intención era que esto fuera lo más parecido posible a una simple transacción, pero la sorprendente necesidad de saber que le ardía por dentro no iba a apagarse si no preguntaba:

<¿Tienes novio?>, gesticuló.

De solo pensarlo, le picaba hasta la piel de la rabia. Taron no sabía de dónde salía semejante ira.

Colin parpadeó varias veces, como si no hubiera esperado esa pregunta. Luego, relajó el gesto y sus ojos castaños claros se dirigieron a unos árboles cercanos.

—No... Yo... nunca he tenido tiempo para novios. Tengo rollos de una noche, nada más.

Taron se apoyó contra la cerca y se preguntó cómo llevaría el tener en casa otra boca que alimentar. A veces los gatos ya le parecían un engorro y eso que con ellos no tenía la complicación añadida del sexo. Pero, por otro lado, a veces las ganas le picaban tanto que no tenía más remedio que salir a buscar a un chico, así que tal vez este tipo de *asociación* era una

buena manera de lidiar con el problema, tanto en la actualidad como cuando el mundo se fuera a la mierda.

Colin siguió subiéndole la mano por el brazo hasta posarse en su bíceps.

—Me presionaban mucho para que estudiara, siempre, todo el rato; así que recurrir a citas por internet fue mi salvavidas. Si no echo un polvo una o dos veces por semana, me subo por las paredes. En serio, a veces, es casi como una pastilla que necesito para poder ser funcional; como la cafeína.

A Taron le gustó tanto escucharle decir eso que ni siquiera le importó si era verdad o no. Era lo más sexi del mundo. Pero ¿cómo sería vivir con Colin? Ahora que habían vuelto a acostarse, ¿se tumbaría en una hamaca a holgazanear todo el día o estaría dispuesto a ayudar en la granja? Si pudiera ocuparse de la jardinería y el huerto, la carga de trabajo de Taron sería mucho menor. No le gustaba contratar gente porque siempre terminaban entrometiéndose y, además, la comunicación solía ser difícil porque la mayoría no sabía lengua de signos. Y Colin... tenía que quedarse allí sí o sí.

Taron acarició los dedos que descansaban en su bíceps. Al menos sabía que una cosa era cierta: a Colin le gustaba follar con él.

Colin sonrió y se acercó más, tanto que Taron pudo olerle el pelo.

—Es curioso, pero ahora que no tengo el cerebro cien por cien ocupado en empollar resulta que sí me gustaría relacionarme más con la gente.

Eso hizo que Taron se tensara.

<No puedes ir al pueblo>.

«Y no te follarás a nadie más», pensó.

Colin no pareció tomárselo mal y, de hecho, se pegó más a él y le rodeó un brazo con ambas manos.

—Bueno, en ese caso, tendré que satisfacer todas mis necesidades sociales contigo. ¿Crees que podrás seguirme el ritmo?

Taron negó con la cabeza, pero sonrió, aliviado.

<¿Podrás tú seguir el ritmo de trabajo y ocuparte del huerto?>.

¿Cuándo se había vuelto tan blando? Este chico le estaba haciendo algo, porque sentía cosas que no había esperado sentir jamás. Él había estado contento y feliz yéndose a dormir con un gato acurrucado a sus pies. Y ahora resultaba que incluso estaba considerando bajar su cama al búnker. Porque así podrían dormir juntos y por las mañanas, si estaban de humor, el sexo vendría solo.

Colin dio un saltito y lo rodeó con los brazos. Su preciosa cara irradiaba una felicidad que Taron no había visto nunca antes en su rostro.

—¡Sí! Me encantaría ocuparme del huerto. Y con respecto a lo otro, sí, te seguiré el ritmo encantado —dijo, susurrando la última parte.

Taron sentía que la emoción lo asfixiaba y ni se le pasó por la cabeza apartar a Colin de él, por mucho que su intención hasta ese momento hubiera sido que su relación fuera estrictamente transaccional. Había construido un dique para contener sus sentimientos y llevaban tanto tiempo encerrados que había olvidado que estaban allí, esperando una grieta en el hormigón. ¿Por qué leches se estaba haciendo esto a sí mismo si sabía que Colin jamás podría llegar a sentir algo por él?

<Sé que no es la mejor oferta del mundo>.

Colin guardó silencio durante un momento, pero luego deslizó la mano sobre el pecho de Taron, acariciándolo y haciendo que su corazón alcanzara un ritmo trepidante que sin duda el chico debió de sentir contra los dedos.

—¿Por qué no has querido besarme? —le preguntó.

Taron se humedeció los labios, avergonzado; pero, de repente, algo requirió su atención de forma mucho más urgente.

Un coche se acercaba a la granja.

Capítulo 11

COLIN

ALGUIEN VENÍA.

Hacía apenas unos segundos había estado negociando con Taron la naturaleza de su relación, pero el repentino pinchazo en su burbuja le acababa de abrir un nuevo abanico de inesperadas posibilidades. Creía que tenía claro cuál sería su plan hasta que oyó el coche acercarse; ahora ya no estaba tan seguro. No sabía qué hacer.

Una vez más eran otros los que tomaban la decisión por él; la historia de su vida.

Taron abrió la puerta del gallinero y lo empujó al interior, asustando a dos gallinas que dormían en sus percheros cerca de las cajas nido. Sus pies descalzos se hundieron en el suelo de paja y, cuando el olor a madera y a excrementos le llenó las fosas nasales, se dio media vuelta dispuesto a salir, pero Taron lo detuvo poniéndole una mano contra el pecho. Con el ceño fruncido, susurró en lugar de usar la lengua de signos, como si estuviera desesperado por hacerse entender.

—Si sales, lo único que conseguirás será un compañero de celda, ¿entendido?

—¡Sé que estás ahí, Hauff ! ¡Sal y da la puta cara! —gritó alguien desde el otro lado de la casa con un marcado acento local.

—¿Quién es ese? —preguntó Colin en un susurro, sorprendido por el tono enfurecido del extraño.

Pero Taron ya había salido corriendo y la puerta del gallinero se había quedado entreabierta, dejando un hueco lo bastante grande como para que Colin pudiera ver lo que pasaba fuera. Se asomó un poco por la abertura y un escalofrío le recorrió la piel; sin embargo, decidió quedarse ahí y escuchar lo que ocurría en lugar de adentrarse en el pequeño cobertizo.

La voz del hombre rebosaba ira, estaba claro que no era amigo de Taron. ¿Qué haría si supiera que allí había un prisionero? ¿Lo ayudaría? Y, de ser así, ¿sería capaz de vencer a Taron en una

pelea? Desde donde estaba, Colin podía ver los formidables músculos de su espalda desnuda contrayéndose y tensándose mientras el desconocido se acercaba a él.

A Colin se le paró el corazón al ver al hombre y tuvo que morderse la lengua para no gritar. Era el tío muerto, Peter McGraw, solo que con el cráneo intacto, y se estaba acercando a Taron como si no le tuviera miedo. ¿Qué cojones estaba pasando? Colin había visto como le abrían la cabeza, había visto la sangre, había oído su miedo... ¿Cómo era posible que estuviera vivo?

No podía respirar; se quedó donde estaba, petrificado mientras miraba a McGraw empujar a Taron con fuerza, como si hubiera venido a vengarse semanas después de su propia muerte. Era imposible, no podía estar pasando algo así. La gente no se recuperaba tan rápido de las heridas en la cabeza; y no tenía ninguna cicatriz visible, ninguna inflamación. Nada.

Como si el asesinato nunca hubiera ocurrido.

Taron se mantuvo firme e invadió el espacio personal del hombre.

McGraw gruñó y sus dientes blancos centellearon. Parecía un perro a punto de atacar.

—¡Sé que fuiste tú, no importa lo mucho que lo niegues, lo sé!

Taron abrió los brazos y McGraw se burló del gesto, imitándolo, gesticulando como si fuera un chimpancé. Colin se quedó boquiabierto ante lo ofensivo de su comportamiento. Y entonces se dio cuenta de lo difícil que tenía que ser para Taron comunicarse con quienes no conocían la lengua de signos. Podía expresarse por escrito, sí, pero no parecía que esta pelea fuera a acabar si escribía un «¡Fuera de mis tierras!» en un papel y se lo enseñaba al hombre encolerizado frente a él.

Taron empujó a McGraw con una mano y con la otra le indicó que se fuera.

El rostro de McGraw se retorció en una fea mueca y escupió en el suelo entre ellos.

—¡Mi hermano estuvo aquí! ¡Lo sé! Puedo olerlo. ¿Qué coño le hiciste?

Ah. Su hermano.

A Colin le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que el desconocido no era un muerto viviente. ¿Un hermano gemelo, quizá? Si era así, tenía sentido que McGraw tuviera una corazonada con respecto a quién era el asesino de su hermano, a pesar de no haber presenciado el asesinato.

Colin notaba un pulso ensordecedor en la cabeza, el cerebro le latía como si su líquido cefalorraquídeo estuviera a punto de ebullición. Esta era su oportunidad; McGraw era un tío grande, seguro que entre los dos podían...

A Colin se le revolvió el estómago cuando vio que McGraw sacaba una pistola.

No quería que Taron muriera.

Sabía que no tenía ningún sentido, a pesar de que, si se ponía en el lugar de Taron, podía llegar incluso a entenderlo; pero su propio bienestar debería ser su prioridad número uno. Necesitaba escapar, aunque eso supusiera que su captor tuviera que pagar un alto precio por sus acciones. Sabía que no debía preocuparse por Taron antes que por sí mismo, pero, aun así, sus instintos hicieron que se quedara en silencio y sin moverse incluso cuando una de las gallinas frotó un ala contra su gemelo de forma inesperada.

Taron levantó las manos; tenía todo el cuerpo en tensión.

McGraw agitó el arma, como poseído, escupiendo más que pronunciando cada palabra:

—¡Eres un forastero! ¡No mereces ser el dueño de esta tierra!

Rio salió entonces de detrás de la cabaña, atraído por el ruido, y se acercó al hombre desconocido sin miedo, pero Colin dejó de mirarlo y volvió a centrar toda su atención en el arma. No sabía si McGraw estaba borracho, drogado o simplemente demasiado enfadado para controlar su cuerpo, pero el brazo que tenía extendido no paraba de temblarle. Si ese tío disparaba a Taron en un ataque de ira desde tan cerca, lo mataría en el acto.

Colin estaba tan en tensión y tenía los músculos tan rígidos que bien se le podrían haber calcificado; pero cuando algo le golpeó la parte posterior de la rodilla, no pudo evitarlo y dejó escapar un grito ahogado. Un vistazo rápido hacia abajo confirmó que había sido una gallina, pero ya era demasiado tarde, la atención de McGraw estaba centrada en el corral, y a Colin se le revolvió aún más la tripa.

—¿Qué más tienes ahí? ¿Dónde cojones está mi hermano?

Pero cuando McGraw dio un paso adelante, Taron se interpuso en su camino y lo empujó de nuevo a pesar del arma con la que le apuntaba al pecho. A Colin se le heló la sangre. Taron no tendría que correr esos riesgos si no fuera porque él estaba allí.

Le preocupaba lo que McGraw le haría si lo encontraba en el gallinero, desnudo y solo con el collar alrededor del cuello. Porque podía ser que Taron lo hubiera secuestrado contra su voluntad, pero también era la única garantía de la seguridad de Colin.

Recorrió el corral con la mirada hasta que sus ojos se posaron en la curiosa gallina que le había rozado la pierna y que ahora estaba picoteando algo del suelo. Sin pensárselo mucho, la cogió y la lanzó por el hueco de la puerta entreabierta. Su fuerte cloqueo fue como una especie de grito de guerra, pero cuando Colin se asomó para ver si su maniobra de distracción había dado resultado, una bala alcanzó el marco de la puerta y provocó una pequeña lluvia de astillas. Se quedó helado y del susto cayó de rodillas al suelo, justo a tiempo para ver como Taron le daba a

McGraw un puñetazo en la mandíbula. En la otra mano tenía el arma que le había quitado y lo apuntaba sin que le temblara el pulso.

McGraw se quedó muy quieto y levantó las manos en señal de rendición. Tenía la piel pálida, pero llena de granos y manchas rojas.

—Les he dicho a los chicos adónde iba. Si aprietas ese gatillo, date por muerto. Te colgarán. Pero antes de eso, harán lo mismo con todos y cada uno de tus putos gatos.

Taron gruñó tan fuerte que incluso él lo oyó desde el corral y apuntó hacia el coche con el arma en un gesto que quedaba muy claro que significaba «vete echando hostias de aquí». McGraw empezó a andar, pero se detuvo un segundo e intentó —sin éxito— darle una patada a Rio. Taron disparó, y aunque Colin no pudo verlo bien, el ruido metálico le dijo que debió de haberle dado al coche de McGraw.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó a Taron. Pero como no tenía el arma en su poder, no le quedó más remedio que obedecer y subirse al coche—. ¡Esto no acaba aquí, Hauff!

Colin estuvo tentado a salir corriendo del gallinero, pero ¿para qué? Podría haberlo intentado mientras Taron estaba distraído y no lo había hecho. Fue entonces cuando recordó el collar que llevaba puesto y tocó la cerradura en la parte delantera. Quizá lo de las descargas eléctricas no fuera cierto, pero ¿podía permitirse el lujo de arriesgarse a comprobarlo?

El coche arrancó y salió de la granja haciendo crujir la grava bajo las ruedas. Que el tío ese hubiera aparecido allí sin más parecía un poco aleatorio y fuera de lugar. ¿Sería McGraw la persona con la que Taron se había peleado antes cuando había ido al pueblo?

Colin salió del gallinero a toda prisa. El aire del exterior le llenó los pulmones, pero no se sintió en paz hasta que estuvo junto a Taron y tocó su cálida piel.

—Quería matarte —susurró con incredulidad.

—Es un mierda —susurró Taron en respuesta, a pesar de que el esfuerzo que le supuso hablar fue evidente.

El pecho le subía y le bajaba de forma agitada, pero a pesar de ello y del arma que seguía teniendo en la mano, Colin no tenía miedo.

—¿Cómo lo sabe? —Quiso saber Colin mientras le ponía ambas manos en la cintura, agarrándole de las trabillas de los vaqueros.

Taron vació el cargador y se guardó el arma para poder decir:

<No lo sabe. Lo sospecha. No somos amigos>.

Incluso en lengua de signos el eufemismo era más que evidente.

Colin notó que una ola de calor se le subía a la cabeza, llenándola como si fuera un globo a punto de salir flotando en el aire.

—No hace falta que lo jures —dijo, vacilante, antes de rodear a Taron con los brazos y apoyar la mejilla contra su pecho.

Lo hizo para transmitirle su angustia, pero el calor de su piel, que aún olía al sudor de ambos, y el cosquilleo del vello de su pecho contra la mejilla, hicieron que Colin se derritiera, seguro contra el cuerpo duro de Taron, el hombre a quien consideraría como su protector por el momento.

El ritmo de sus latidos, más lento y relajado que el suyo propio, le proporcionó un alivio inesperado; luego, Taron llevó una mano a su nuca y empezó a acariciarlo como si Colin fuera un nuevo gatito al que tuviera que cuidar. Uno al que no había adoptado por voluntad propia, pero con el que se iba a quedar de todas formas.

Ahí lo tenía. Colin acababa de descubrir la debilidad de Taron. Y la explotaría tanto para poder escapar en el futuro, como para hacer más llevadera su estancia allí. El hecho de que Taron fuera tan atractivo era un pro, sin duda, pero el cariño con el que lo estaba tratando en esos momentos lo confundía, como si su cuerpo no reconociera que eran secuestrador y secuestrado. Era un bucle de retroalimentación, una reacción emocional a un estímulo físico, pero aun siendo consciente de ello, decidió dejarse engañar un ratito más por la calidez y el tacto de Taron.

—Pero ¿cómo lo sabe? ¿Qué hizo Peter para que su hermano piense que podrías haberlo matado?

Cuando Taron le puso las manos en los hombros y empezó a apartarlo, Colin se sintió rechazado y afligido, pero luego se dio cuenta de que lo que necesitaba era distancia para poder gesticular de manera efectiva.

<Mató a mi gato>.

Colin se quedó mirándolo sin estar seguro de haberlo entendido bien.

—¿Lo *mató*?

Taron respiró hondo y sus señas se volvieron tan erráticas que Colin tuvo que concentrarse para entenderlo todo.

<Lo mató. Le cortó la cabeza y me la trajo esa noche para amenazarme. Creo que pretendía dejarla por aquí en algún lugar, pero yo estaba fuera, me había quedado trabajando hasta tarde, y lo pillé. Sé que no suena bien, lo de matar a un hombre por un gato, sé que no lo entenderás, pero Sacramento fue mi primer gato. Apareció aquí cuando compré el terreno. Era un bebé, estaba enfermo y débil, y lo cuidé hasta que se recuperó; siempre me seguía a todas partes. ¡Lo quería!

Ese gato era mi familia y solo por eso lo trataron como si fuera una mierda. Sufrió por culpa de ese hijo de puta>. Para incredulidad de Colin, Taron se frotó los ojos, brillantes y enrojecidos, con el antebrazo. <Hubiera preferido que el puto mamón quemara la granja. Sacramento no le había hecho nada. NADA. Y si uno no protege lo que es suyo, ¿quién lo hará?>.

Colin dio un paso atrás y negó con la cabeza, desconcertado.

—Qué psicópata...

Taron se sorbió la nariz, pero su expresión era impasible, era como si su rostro estuviera esculpido en piedra.

<Lo era. Así que, no, no me arrepiento de haberle aplastado la cabeza. Puto despojo de la sociedad. Lo único que lamento es que lograra alejarse lo suficiente como para alcanzarte y que ahora tú estés atrapado aquí>.

Colin notó que el pulso se le aceleraba bajo el collar, que parecía oprimirlo más que antes, como si alguien estuviera tirando de él hacia Taron.

—Es horrible. Lamento mucho lo de Sacramento. La gente como McGraw no merece formar parte de la sociedad. ¿Qué clase de enfermo le hace algo así a un animal indefenso? —preguntó, llevando una mano a la espalda de Taron.

<No tienes que fingir. Sé que piensas que soy un monstruo. Pero las cosas como son>.

Y, sin embargo, bajo el radiante sol primaveral, los ojos verdes de Taron no parecían en absoluto los de un monstruo. Era enorme y su tamaño era sinónimo de fuerza, pero Colin se iba dando cuenta poco a poco de que, por muy grandes que fueran sus manos, no las usaba para estrangular, sino para talar árboles.

Nunca había querido hacer un prisionero. Lo retenía allí porque no quería pasar su vida entre rejas y no podía confiar en que Colin mantuviera la boca cerrada. ¿Quizá esa era la clave? ¿Podría ser que algún día Taron confiara lo suficiente en él como para dejarlo ir?

Colin tragó saliva y se quedó ensimismado mirando los tendones que se le marcaban en el cuello.

—Hay personas que no se merecen estar en este mundo. Por eso a mucha gente le atrae la idea de los justicieros. Allí afuera, en la vida en sociedad, nos gusta fingir que vivimos según algún tipo de código moral superdigno, pero en el fondo todos queremos venganza.

Taron respiró hondo mientras apretaba y soltaba los puños varias veces.

<Venga, te enseñaré el resto de la granja>.

Colin le agarró la muñeca e invadió su espacio personal; el corazón le dio un vuelco cuando los acuosos ojos verdes de Taron se fijaron en él.

—Se lo merecía. Entiendo por qué lo hiciste. Y entiendo por qué no quieres dejarme ir. Es una mierda que no pueda coger el coche y acercarme a una tienda o ir a ver una película al cine, pero entiendo por qué lo haces.

Sus ojos se encontraron y Colin notó como le subía la tensión; fue como aquella vez que vio un brazo roto hincharse hasta adquirir una forma antinatural. Aturdido e incapaz de hablar, se limitó a devolverle la mirada.

<Me alegro>, gesticuló Taron tras unos segundos de silencio, haciendo que parte de la tensión en el pecho de Colin se evaporara.

Se quedaron ahí, inmóviles bajo el sol; Colin todavía notaba el corazón acelerado por la intrusión de McGraw y empezaba a ser consciente de la ligera molestia en el culo a la que antes no había prestado atención. No estaba seguro de a dónde llevaría todo esto, pero quería ganarse la confianza de Taron, incluso si iba a hacer mal uso de ella en el futuro y traicionarlo.

—¿Por qué no querías besarme? —preguntó cuando el silencio se prolongó demasiado.

Taron se pasó las manos por la cara y se despeinó la barba, pero, tras unos instantes, respondió:

<Nunca he besado a nadie, así que no se me da bien. No tiene sentido>.

Sus ojos se posaron en los labios de Taron. El hecho de que pudiera verlos con tanta facilidad era una prueba más de que en su visita al pueblo se había recortado la barba. Eran de un color intenso, suaves, y Colin estaba más tentado que nunca a probarlos, dado que se lo habían negado cuando lo había intentado.

—¿De verdad me estás diciendo que nadie ha besado a un tío bueno como tú? —preguntó, pasándole los dedos por la barba suave y perfumada.

Taron negó con la cabeza, pero sonrió.

<Adulador>.

Colin se mordió el labio inferior, tan atraído por el calor del cuerpo de Taron como un gato lo estaría por un puntero láser.

—Quizá yo podría ser tu primero.

Taron se rio entre dientes.

<Puede que se me dé fatal. Me gusta follar, pero no busco un novio>.

Colin frunció el ceño, a punto de apartarse de él.

Estaba ofendido. La hostia de ofendido.

—Pues mala suerte, porque tú mismo has dicho que voy a tener que quedarme, así que...

<¿Así que...?>.

—Así que sería incómodo. No podemos follar y luego fingir que el otro no existe durante el resto del semestre, como haría yo en el mundo de ahí fuera. Estamos aquí juntos y eso significa que tenemos que hacer que las cosas funcionen, que fluyan.

Taron ladeó la cabeza.

<¿Quieres jugar a las casitas?>.

Esa vez, Colin sí se apartó de él.

—¿Qué se supone que significa eso? ¡Mantener contacto físico con la persona con la que estás follando de forma habitual es algo natural!

Taron fue tras él y le agarró la mano.

<Vale, está bien. Es que no pensé que quisieras eso>.

La forma en que Taron se inclinó sobre él —fuerte como una pared de ladrillos— hizo que Colin ardiera por dentro; y el calor fue tan intenso que creyó que el vapor terminaría saliéndole por la piel.

—¿Qué pensaste que querría? ¿Echar un polvo y que luego no nos habláramos durante el resto del día?

Taron le acarició la muñeca con el pulgar y, aunque Colin había creído que a estas alturas estaría lo bastante seco como para que no le afectara, ese pequeño roce le fue directo a la polla.

<No lo sé. Dímelo tú>.

Colin tragó saliva, atrapado en ese extraño estado entre la lujuria y la ira. Taron estaba demasiado bueno. ¿Por qué un hombre que había elegido vivir como un ermitaño con animales como única compañía tenía que ser tan atractivo? No era justo.

—Ponme las manos en las caderas —dijo al final, encontrándose con la mirada verde de Taron.

Taron no dudó en obedecer, pero enseguida se desvió de las instrucciones iniciales y deslizó las manos hasta ponérselas en el culo. Colin respiró hondo y se dejó caer contra él. Una vez allí, rodeado por el delicioso calor de su pecho y de sus brazos, perdió su ingenio habitual, dejó de pensar. Absorbió el aroma de la piel de Taron en grandes bocanadas, llevó las manos hacia su magnífica cara, le acarició la piel bronceada y le tiró con delicadeza de la barba.

—Ahora separa los labios y bésame. Despacio.

Taron no cerró los ojos cuando bajó la cabeza para que sus labios se encontraran. Su barba —suave y con olor a sándalo— le hizo cosquillas en la cara. ¿Había ido a recortársela por Colin o ir a la barbería era una especie de lujo que se permitía de vez en cuando? Colin creía que había sido por él y la mera idea le acarició un poco el ego; porque, además, Taron lo había hecho antes de saber que volverían a follar.

Pensar en ello hizo que el beso fuera dulce. Al principio fue suave, incluso; como si Colin estuviera hecho de frágil porcelana. Taron le regaló besos cortos, ligeros picos en los labios, atreviéndose a meterle la lengua solo cuando Colin abrió más la boca a modo de invitación, pasando las manos por los costados de Taron, acariciándolo.

No parecía el beso de alguien inexperto. Era tímido, sí, pero nada parecido a esos festivales de saliva y dientes que Colin había experimentado cuando empezó a enrollarse con chicos. Taron compensaba la falta de experiencia con un amplio conocimiento de la teoría, y aunque el beso no fue un terremoto ni hizo temblar la tierra bajo sus pies, sí le causó cierto temblor en el corazón.

Colin hizo un ruidito de satisfacción, sin parar de besarlo, derritiéndose en su abrazo. Llevó las manos a sus hombros y lo agarró con fuerza, sus pechos se presionaron el uno contra el otro como dos piezas de un rompecabezas que no coincidían pero que necesitaban con desesperación encajar.

Incluso pararon para tomar aire en el mismo momento, como si hubiera sido una decisión de mutuo acuerdo, como si ya entendieran el lenguaje corporal del otro.

<¿Y puedo hacer esto en cualquier momento?>, le preguntó Taron, como si no le hubiera puesto un collar eléctrico alrededor del cuello y no lo hubiera arrastrado hasta allí gritando y pataleando.

Colin exhaló y le acarició la barba con la nariz.

—Por supuesto. Pero ¿por qué antes no me has dejado que te la chupara? ¿También por inexperiencia? —preguntó Colin sonriéndole, todavía borracho por la intensidad del beso.

Taron cerró los ojos un instante y negó con la cabeza.

<No confío en tus dientes cerca de mi polla>.

Colin gruñó y sacudió la cabeza para mostrar su desaprobación.

—Vale. Nos ocuparemos de ese tema en otro momento.

Taron lo besó de nuevo, como si quisiera demostrar que los dientes de Colin en su lengua no le preocupaban tanto, y Colin dejó de estar molesto al instante. Vale, tal vez las circunstancias no fueran las ideales, y con toda probabilidad sus padres estarían preocupados, pero tratar de escapar en esos momentos no solo habría sido arriesgado, sino también una estupidez. Taron, como cualquier hombre, tenía puntos débiles; y él los usaría para ganarse su confianza. Y ahí y solo ahí, huiría.

Al fin y al cabo, ¿no llevaba tiempo fantaseando con tomarse un año sabático?

Capítulo 12

COLIN

POR RARO QUE PUDIERA sonar, las siguientes dos semanas fueron bastante normales. Si se podía definir como «normal» la vida de un chico al que encerraban cada noche bajo tierra, dormía en un colchón dentro de una jaula y llevaba un collar que le podría dar una descarga eléctrica en cualquier momento.

Era una normalidad extraña, eso había que reconocerlo, pero Colin no luchó contra ella.

Desde la primera vez que Taron lo había metido en aquel sótano sin ventanas, su cuerpo parecía haber sufrido una especie de reinicio. Atrás quedó su ansiedad diaria, las noches de insomnio en las que no paraba de dar vueltas en la cama viendo las horas pasar. Atrás quedó la constante sensación de fatiga y la continua necesidad de cafeína. Cada mañana, Colin se despertaba descansado, justo a tiempo para ver cómo se abría la trampilla y escuchar el relajante sonido de las botas de Taron en las escaleras de madera.

Cada mañana también, el desayuno lo esperaba arriba; y si bien en el almuerzo y la cena había gran variedad de alimentos, la primera comida del día siempre consistía en un gran plato de huevos revueltos y tripa de conejo sazónada. Cuando se enteró de lo que estaba comiendo sintió cierta aprensión, pero para aquel entonces ya sabía lo deliciosa que estaba, así que no luchó contra sus instintos y permitió que se convirtiera en una de sus carnes favoritas. Taron incluso hacía una exquisita cecina de conejo que solían tomar como tentempié.

Después de desayunar, ambos se dedicaban a sus quehaceres; tareas que a Colin lo seguían emocionando como el primer día. Se encargaba de dar de comer a las gallinas y a los conejos, limpiar sus corrales una vez por semana y recoger los huevos frescos. En cierto modo, era como volver a ser un niño pequeño en el huerto de su abuela.

Hacía más de un mes, su vida había dado un giro y había cogido el camino equivocado, pero a pesar de ello, cuando estaba al aire libre y su piel absorbía la luz del sol, cuando se empapaba del olor del bosque y escuchaba el canto de los pájaros, no se sentía para nada fuera de lugar. Era como un sueño extraño en el que, en lugar de pasar horas interminables frente a un escritorio o yendo a clases eternas, lo que se esperaba de él era que hiciera un trabajo destinado a conseguir sustento para Taron y para él. La primera vez que Taron le permitió vagar por ahí sin su constante supervisión, a su cerebro le costó asimilar que no le llegaran mensajes, que nadie le hiciera preguntas, y que no hubiera cien mil estímulos distintos distrayéndolo. Pero a medida que pasaban los días, fue alcanzando un nuevo estado de paz, aprendió a estar en sintonía con la belleza de la primavera en lo más profundo del bosque. Empezó a sentirse casi como si estuviera en un retiro espiritual.

Por primera vez en su vida, no tenía que vivir preocupado por un futuro abstracto ni por las consecuencias de no escuchar a toda esa gente bienintencionada que siempre le estaba dando consejos. Estaba anclado en el aquí y el ahora, con un hombre cuya silenciosa presencia no lo molestaba ni lo inquietaba en absoluto. Con Taron cerca había caricias, besos e inesperadas sesiones de pajas a la hora de comer.

Cada uno tenía sus tareas en la granja, cosas que hacer, pero en ese sentido Colin había salido ganando. Cuidaba el huerto siguiendo las instrucciones de Taron, que se ocupaba del trabajo duro: cargar, planificar y abastecer la granja. Nunca parecía satisfecho con lo que tenían, siempre encontraba alguna pequeña cosa que podría ir mal con los paneles solares; o con la bomba hidráulica, a pesar de que tenían incontables bidones de agua de lluvia filtrada. En todo caso, la cantidad almacenada podría parecer incluso excesiva.

Era una vida tranquila en la que el ruido de fondo desaparecía por completo y uno podía centrarse y trabajar en algo útil, en algo que hacía que, al acabar la jornada, sintieras que te habías ganado tu tiempo libre. No podía recordar la última vez que se había permitido relajarse con tanto abandono, pero una vez terminado el trabajo de cada día, Taron y él hacían lo que querían: leer, salir a caminar o follar; y todo lo hacían sin preocuparse de si habían hecho o no suficiente.

Pero, aunque Colin disfrutaba del silencio, los libros y el tiempo al aire libre, había algo que destacaba sobre todo lo demás.

Taron y él trabajaban muy bien juntos y, tal vez, si se hubieran conocido en otras circunstancias, Colin podría haber reconsiderado su política de «nada de novios».

A diferencia de la mayoría de los chicos con los que se había liado, Taron era muy dinámico y tenía una meta en la vida. No era un idiota egocéntrico al que solo le preocupaba quien sería su próximo rollo. Trabajaba mucho, tenía habilidades muy útiles para la vida real y su comportamiento, paciente y constante, hacía que Colin no pudiera evitar encariñarse con él. Pero ese otro lado suyo, el que emergía cuando sus miradas se encontraban y saltaban chispas, hacía que Colin mandara a la mierda todas y cada una de sus reglas.

En su vida real, nunca se le hubiera ocurrido no usar un condón, era una imprudencia total. Pero en lo profundo del bosque, en una cabaña de madera que olía a carbón y a hierbas, las ETS no parecían tan reales. Allí ansiaba el rudo calor de las manos de Taron, el aroma de su semen y la pasión que brillaba en sus ojos verdes. Si cualquier otro hombre hubiera intentado marcarlo con chupetones, no se lo hubiera permitido, pero Taron podía dejarle tantas marcas de mordiscos como quisiera, porque Colin disfrutaba viéndolas en el espejo cada mañana.

Además, nadie más iba a vérselas, porque desde que Tom McGraw los había visitado, no habían vuelto a ser molestados. Colin ni siquiera sabía lo lejos que estaban de la civilización; aquella primera noche se había convertido en una especie de borrón terrorífico, pero era un horror que había quedado en el pasado, porque ahora tenía otras cosas de las que preocuparse.

Y es que los brillantes días de primavera habían llegado a su fin de forma abrupta. El tiempo empeoró de la noche a la mañana y el habitual susurro de las hojas en la brisa fue sustituido por el aullido del viento. Como Colin no tenía apenas ropa, Taron le dejó su cazadora, y ver cómo le sobraba por todas partes fue un recordatorio más de lo enorme que era Taron. Su gran espalda y sus fuertes brazos eran como un afrodisíaco, e incluso en esos momentos, mientras cubría el huerto con una lona bajo la intensa lluvia, no pudo evitar pensar en ellos juntos y acurrucados en la cama.

Un trueno resonó en la distancia justo cuando Colin terminaba de colocar la tela de parafina y, cuando se levantó y las frías gotas de lluvia arremetieron contra su cara, decidió que ya estaba más que listo para regresar a la cabaña y tomarse un buen chocolate caliente.

Se sorprendió al ver que, a pesar del infame clima, Taron todavía estaba en el porche. Tenía la radio en la mano y estaba comunicándose con alguien mediante código Morse. No era la primera vez que lo veía hacer algo así, Colin sabía que se mantenía en contacto con una red de hombres gais que también vivían al margen de la sociedad.

Cuando iba a gritar su nombre para decirle que ya iba, un trozo de cuerda se rompió y dejó al descubierto las fresas, arrojando la solapa suelta de la lona en su dirección.

Taron lo vio, dejó la radio y corrió bajo la lluvia para ayudarlo. En cuanto tuvieron la cubierta de nuevo en su lugar, Colin resistió el golpe helado del viento que a punto estuvo de hacerlo caer sobre la lona y sonrió a Taron, mirándolo agradecido desde detrás de las gafas de protección que lo resguardaban de la arena y posibles escombros.

—Gracias —gritó para hacerse oír por encima del ruido del viento, a pesar de que estaban bastante cerca.

Taron negó con la cabeza y, en el gesto más paternal del mundo, le subió la cremallera de la cazadora hasta arriba. Colin quizá debería haberse molestado, pero le pareció tan entrañable que se puso de puntillas y, en lugar de reprenderlo, le dio un beso.

Durante un breve instante, Colin se quedó así, sin moverse, fascinado por el calor de la boca de su compañero, pero el repentino crepitar de la radio atrajo a Taron de regreso al porche. Una voz familiar, aunque distorsionada, gritó por el altavoz:

—Aquí la cosa no pinta bien. Es posible que muy pronto tengáis una supercelda por allí, tal vez un tornado. No salgas.

Colin podría haberse acercado al receptor y pedir ayuda, gritar que había sido secuestrado; pero, aunque hubiera querido hacerlo, no habría logrado nada; la voz se transmitía en un solo sentido, tal y como descubrió unos días atrás cuando interrumpió a Taron en medio de una conversación y este no le llamó la atención por hablar tan cerca del micrófono.

<Me he ocupado de los conejos y de las gallinas. Y tengo ya a casi todos los gatos dentro de casa, pero no encuentro a Missi. ¿La has visto?>, le preguntó Taron nada más presionar uno de los botones y dar por finalizada la conversación.

Colin echó un vistazo alrededor, las copas de los árboles se mecían de un lado a otro, inclinándose hacia abajo en ángulos antinaturales. Negó con la cabeza.

—No. ¿Hay algún lugar en el bosque por el que tenga especial predilección? —preguntó.

Missi podría dar a luz en cualquier momento y, de entre todos los gatos, ella era la que más necesitaba estar dentro de la cabaña en un día como ese.

Taron se volvió a poner la capucha que el fuerte viento le acababa de bajar. Teniendo en cuenta las condiciones, Colin estaba empezando a dudar si las frutas y verduras que tanto se había esforzado en cultivar sobrevivirían a la noche. Taron y sus colegas de radio hablaban de desastres venideros con tal emoción que a veces parecían entusiasmados; pero ahora estaba empezando a pensar que quizá no estaban tan locos.

<No se me ocurre ninguno. Iré a buscarla>.

Entonces se escuchó un ruido tan fuerte que Colin pensó que se trataba de una bomba y de un salto se pegó más a Taron.

<Se debe de haber caído un árbol. Entra en casa>.

Colin respiró hondo y miró a su alrededor: al bosque cada vez más gris bajo la intensa lluvia que no dejaba de golpearles la cara con toda su fuerza.

—Pero... Missi no puede quedarse fuera. Te ayudo a buscarla. Aún hay tiempo —dijo Colin, cogiéndole la mano a Taron.

Si la pobre gata daba a luz con este clima, tanto ella como sus crías morirían. No había ningún lugar donde resguardarse y, aunque Missi se pasaba el día al aire libre y deambulaba a sus anchas, estaba acostumbrada a que la alimentaran y a dormir cómoda en casa.

La angustia de Taron fue evidente en la forma en la que le apretó la mano.

<Ve hacia el norte, sigue el río y recuerda no ir más allá del coche abandonado>, gesticuló antes de ofrecerle un silbato de metal sujeto a un cordón negro. <Si la encuentras o si tienes algún problema, usa esto>.

Aunque era Colin quien le había dicho que quería ayudar, se sorprendió de que Taron estuviera dispuesto a perderlo de vista; fuera cual fuera la razón para hacerlo. Y el hecho de que mencionara el coche, hizo que Colin se acordara del dispositivo que llevaba al cuello. Taron no solo podía darle una descarga eléctrica en cualquier momento, sino que el collar también lo mantenía dentro de un determinado perímetro.

Si es que no era un farol. Porque, si lo fuera, era evidente que Taron estaba tan desesperado por traer a Missi de vuelta a casa que no se planteaba la posibilidad de que Colin pudiera aprovechar la situación para huir. Taron era un tío muy inteligente, pero, por lo que él sabía, no era ni inventor ni un genio de la tecnología. Así que Colin correría el riesgo. No sabía si la amenaza era real y no creía que la descarga fuera tan fuerte como para matarlo, así que probaría y al menos sabría a qué se enfrentaba. Y si las cosas se ponían muy feas, culparía al clima y al hecho de no conocer bien el terreno; diría que había salido del perímetro sin querer.

Y ya no pudo pensar en otra cosa, la insubordinación invadió su mente como el moho cubriría las frías paredes de una casa en invierno; y el collar que ya apenas notaba, se convirtió en un enorme peso por debajo de la cazadora.

Por lo que sabía, Taron podría incluso estar mintiendo sobre la existencia de un dispositivo de rastreo en el collar; pero en caso de que fuera cierto, ¿arriesgaría su vida y abandonaría su casa para perseguir a Colin en medio de la espantosa tormenta que se avecinaba? Esa noche lo

descubriría. Siempre podría mentir y, si Taron lo alcanzaba, decir que se había perdido; con una lluvia tan densa, era posible.

Si lo del collar no era verdad, Colin podría seguir el curso del río hasta el pueblo más cercano. Sería libre. Si sobrevivía a esta terrible tormenta en medio de la nada, podría volver a su vida normal. A su cómodo escritorio, al colchón viscoelástico y a la almohada de cuña, a sus audiolibros, a su música y a sus padres, que debían de estar muy preocupados por su desaparición.

Colin asintió y se guardó el silbato en el bolsillo de la cazadora que le había prestado Taron, alejándose de él, pero sin poder apartar la mirada de la suya a pesar de que tenía mucho que ocultar. Enormes e incesantes gotas de agua salpicaban su corpulenta forma y oscurecían sus rasgos hasta que dejó de parecer humano y se convirtió en una especie de monstruo del bosque, una presencia que acechaba en la noche y se te aparecía si te aventurabas demasiado en la espesura de los árboles.

Colin se estremeció y se dio la vuelta sin decir palabra, adentrándose en la avalancha de lluvia. Se suponía que era de día, pero las nubes oscuras habían hecho desaparecer la luz y parecía que se estaba haciendo de noche. Caminó más allá del gallinero, más allá de la zona de la ducha y enfiló el sendero que conducía al arroyo; pero notaba el cerebro entumecido, como si su cabeza aún no comprendiera que ese podría ser el último día de su cautiverio. Una correa invisible le tiraba del collar cada vez que se imaginaba a Taron dándose cuenta de que Colin no volvería.

¿Solo le importaría por el hecho de que su crimen fuera a ser descubierto, o la traición de Colin también le haría algo de daño? No quería pensar demasiado en eso. Trató de secarse el agua helada que se le deslizaba por la cara. Al menos tenía gafas para protegerse los ojos. Eran las únicas que Taron tenía y al habérselas dado a Colin se había quedado sin ellas.

Se planteó dejarlas colgadas en algún lugar para que Taron las encontrara más tarde, pero decidió no hacerlo. Daba igual lo que él mismo opinara sobre los motivos por los que lo había secuestrado; el caso era que lo había hecho y Colin no debería sentir ningún tipo de responsabilidad hacia el hombre que lo había aterrorizado y lo había hecho sufrir.

La vastedad del bosque escapaba a su entendimiento; y bajo la lluvia torrencial, con el viento arrastrando hojas y pequeñas ramas, y doblando árboles hasta que parecían doblarse de dolor, el paisaje se convirtió en un borrón. Pero no podía darse por vencido solo por un poco de mal tiempo. El único camino que conducía a la civilización estaba al otro lado de la granja, lo cual estaba descartado, porque, si intentaba ir por allí, corría el riesgo de encontrarse con Taron. Así que el arroyo era su mejor opción.

Colin aceleró el paso, consciente de que, si quería cruzar las aguas de forma segura, tenía que hacerlo antes de que la tormenta empeorara aún más. Una repentina ráfaga de viento lo empujó por detrás con tanta fuerza que tuvo que agarrarse a un árbol cercano para sostenerse, pero cuando estaba a punto de soltarse y correr hacia la libertad, lejos de su cautiverio, la tierra crujió y una rama cayó a solo unos pasos de distancia, aplastando la maleza con su peso.

Le fallaron las rodillas ante la imagen frente a él; la rama era larga y gruesa como el brazo de un gigante, pero ni siquiera ese duro trozo de madera había podido resistir la fuerza de la tempestad. A pesar del aguacero, alzó la barbilla y las gotas se le empezaron a colar bajo la capucha, mojándole la ropa y la piel. La lluvia estaba demasiado helada para ser primavera, pero Colin no podía preocuparse por algo tan trivial cuando estaba viendo la enorme herida en la corteza del árbol del que la rama había sido brutalmente arrancada.

Si hubiera ido un poco más rápido, Colin podría estar muerto en esos momentos. ¿Y no hubiera resultado irónico que cuando por fin lograba escapar de su encierro muriera aplastado por un árbol?

Soltó una carcajada y trató de moverse a pesar de que sus piernas se negaban a cooperar, como si hubieran echado raíces en el suelo húmedo. Con un viento tan fuerte, no descartaba ser golpeado por alguna otra rama o fulminado por un rayo, todo era posible; pero esta era su oportunidad de escapar. Era su única oportunidad de recuperar su antigua vida. Necesitaba superar su miedo.

Una vez que se atrevió a soltarse del árbol y empezó a avanzar por el camino irregular, dejó de pensar. Cuanto más se acercaba al río, menos densos eran los árboles y arbustos, así que, cuando el musgo húmedo cedió bajo sus pies como una esponja empapada, se creyó casi en casa; casi podía oler la gasolina y el asfalto. Pero en el momento en que salió del bosque y vio la rápida corriente del arroyo, el mundo real dejó de ser una realidad alcanzable.

Las aguas que, aunque algo enérgicas, siempre habían estado lo bastante tranquilas como para cruzar caminando sobre las rocas que sobresalían de la superficie, ahora se desbordaban por todas partes, hacia el bosque, más allá de las encharcadas orillas del río. Y todo estaba lleno de espuma, como un perro rabioso que custodiara la puerta que Colin necesitaba cruzar.

La lluvia seguía golpeándole la cara, las gotas frías y duras le entumecían la piel, pero no dudó y siguió el arroyo con la esperanza de encontrar un puente o un lugar donde algo —cualquier cosa— le permitiera cruzar al otro lado. O tal vez podría limitarse a correr por la orilla hasta ver algún rastro de presencia humana. Lo único que tenía que hacer era seguir concentrado en el suelo que pisaba y caminar, caminar, caminar hasta salir de ese bosque. El constante golpeteo de

las gotas de lluvia contra la capucha silenciaba la mayoría de los ruidos a su alrededor, y apenas podía ver en la distancia, así que, cuando aceleró el paso, un pensamiento terrible se le instaló en el cerebro y se le extendió por todas partes como la pólvora.

¿Y si esto era una prueba?

Podía ser que Taron lo hubiera estado siguiendo todo este tiempo; y estaba mucho más familiarizado con el terreno que Colin. Además, era un experto rastreador.

Una vez la idea se implantó en su mente, Colin no pudo librarse de la sensación de estar siendo observado y se giró de forma brusca, buscando en el bosque gris y oscuro a ese hombre cuya forma le era ya tan familiar. Tras unos segundos petrificado mirando en todas las direcciones, echó a correr por la orilla del río. El corazón le latía desbocado, pero era como un caballo con anteojeras, solo podía mirar hacia delante.

Si Taron lo había estado siguiendo, entonces ya sabía lo que Colin pretendía, por lo que no perdía nada intentando dejar atrás a quien podía o no estar allí.

El viento lo empujaba una y otra vez, como si el bosque se hubiera cansado de él y quisiera echarlo, que se fuera a la ciudad, al lugar al que pertenecía; a un escritorio; a los espacios estériles de un hospital; a su habitación en casa de sus padres, donde fingía quedarse dormido temprano para no tener que seguir con esas interminables e incómodas conversaciones que siempre tocaban los mismos temas.

De la nada, su collar empezó a sonar y Colin perdió el paso, tropezándose en el barro. El miedo se apoderó de su ser mientras esperaba la punzada de dolor que sin duda llegaría; pero cuando nada ocurrió, ignoró el lodo que le empapaba los pantalones y buscó el coche abandonado que Taron le advirtió que no sobrepasara. El aguacero lo había teñido todo de color gris, pero, a lo lejos, pudo distinguir un destello rojo que no podía ser otra cosa que el vehículo.

Se quedó muy quieto y trató de normalizar su respiración a pesar del insistente sonido del collar.

Pi. Pi. Pi.

Un ritmo tan constante y rápido como el de su corazón. Una advertencia. Pero Colin empezó a andar de nuevo a pesar del miedo, con el estómago revuelto de la ansiedad. Era ahora o nunca. Descubriría si la descarga eléctrica era real o no; y, si lo era, si el dolor era soportable.

Se sentía como una bolsa de bolas de algodón, su cuerpo parecía flotar; pero siguió adelante sin importarle por una vez la lluvia o las ráfagas de viento que lo arrastraban hacia las rápidas aguas. Su cerebro solo podía concentrarse en una cosa: la forma en la que el pitido en su cuello se aceleraba con cada paso que daba. Cuando ya apenas había pausas entre los pitidos, dudó; pero

era una de dos: sufrir la posible descarga ya o pudrirse en el bosque para siempre. Así que dio un paso vacilante y se quedó helado cuando el collar cambió a una señal larga y continua.

Sintió un cosquilleo alrededor del cuello, pero no fue dolor exactamente. Solo una picazón, un ligero malestar, algo de lo que pronto podría deshacerse; una vez que llegara al asentamiento humano más cercano. Pero cuando se detuvo unos instantes a pensar, se dio cuenta de que incluso el cosquilleo era inexistente, que todo era producto de su imaginación.

Iba a escapar. Sería libre.

Todo su cuerpo le palpitó de pura euforia, lo notó hasta en las encías. Si esto no era una prueba enfermiza de Taron, si no estaba siguiéndolo, entonces ya era libre.

Libre de pasar sus noches en una jaula, libre de estar atrapado en el bosque sin internet, libre de seguir con sus estudios... Libre de las manos de Taron. Libre de la cecina de conejo. Libre de despertarse con un gato encima y el brazo dormido bajo su peso.

Era idiota. Los aspectos agradables de su tiempo en cautiverio no cambiaban el hecho de que tuviera un dispositivo electrónico alrededor del cuello. Si quería, adoptaría un gato; también podría buscarse un novio. Podría incluso cogerse una parcelita en el campo. Y a sus padres no tenía por qué hablarles de sus planes. Que se alegraran de que había vuelto y punto.

Se notaba exhausto, el corazón le latía cansado, como si no soportara la idea de la libertad. ¿O era porque estaba corriendo demasiado rápido? El barro lo frenaba, pero él era más rápido; el monstruo invisible del pantano que se agarraba a sus pies e intentaba retenerlo no lo lograría, seguiría a través de la lluvia gélida, mucho más fría que una cama vacía.

En el momento en que su mente vislumbró una cama, eso fue en lo único que pudo pensar; en desayunos entre las sábanas; en besos; en unas manos acariciándole los muslos, el torso, la cara, como si no pudiera desechar ninguna parte de su cuerpo.

Colin ni siquiera se había dado cuenta de que se había detenido hasta que se encontró mirando hacia atrás.

¿Por qué solo pensaba en los buenos momentos y no en el puñetazo o en la bofetada? ¿Por qué no recordaba llorar hasta quedarse dormido, temiendo por su vida o la falta de una higiene adecuada? Si regresara ahora, ¿cuándo volvería a tener una oportunidad como esa?

«Cuando sea», le susurró una vocecita en su interior.

¿Acaso no sabía ahora que el collar no lo iba a electrocutar? Tenía sentido esperar e intentarlo en otro momento, cuando no se estuviera acercando un tornado.

¿Y si no hubiera otra oportunidad? No estaba allí de vacaciones con Taron. Estaba cautivo, aunque tuviera ciertas comodidades. Lo había secuestrado un hombre que no había mostrado

remordimiento alguno después de matar a otra persona.

Un chillido agudo atravesó la pared de lluvia y le despertó el corazón de nuevo. Sabía lo que era, había oído suficientes maullidos en el último mes como para estar seguro. Y, aunque no debería importar si acababa de encontrar lo que se suponía que estaba buscando, sí que importaba. Lo mejor sería seguir moviéndose y dejar que Taron se ocupara de su gata; pero si quien estaba pidiendo ayuda era Missi, Colin no podía dejarla. Se trataba de Missi, la que a veces lamía las gotitas de las plantas recién regadas del jardín. Missi, la que había acudido a él cuando todavía estaba aterrorizado por la jaula. Pero si hasta se había imaginado cómo serían sus gatitos...

Colin miró a su alrededor. Se aseguraría de que la gata estuviera bien, tal vez usaría el silbato y luego correría. Con toda probabilidad, Taron se ocuparía de Missi antes de siquiera plantearse rastrear a su prisionero y perseguirlo.

Colin miró hacia el río y en dirección a la casa de Taron, y obligó a sus entumecidas piernas a moverse hacia allí. Sabía que debía ignorar a la gata y seguir caminando; sin embargo, ahí estaba. Y, cuando se acercó más al agua, escuchó otro maullido desesperado y se dirigió hacia el sonido como si fuera un títere cuyos hilos manejaba otra persona.

El pitido de su collar disminuyó de nuevo a una secuencia lenta, una mera advertencia más que una señal de fatalidad, pero a Colin todo eso le dejó de importar en el momento en que atisbó un pelaje anaranjado al otro lado del río; por desgracia, lo perdió de vista antes de que lograra ubicar con exactitud dónde estaba Missi.

Se intentó limpiar el agua de las gafas, pero al final, optó por quitárselas del todo; llamó a la gata y unos segundos después volvió a ver el color brillante de su pelaje entre las enormes raíces de un viejo árbol, demasiado cerca del agua que se desbordaba de sus límites habituales. Missi levantó la cabeza y Colin pudo ver que no estaba sola, que lo peor que podía haber pasado, ya había sucedido. La gata había dado a luz en medio de la tormenta y no dejaría a sus crías, a pesar del riesgo que corrían.

La lógica perdió la batalla contra su parte emocional, Colin se llevó el silbato a los labios y empezó a soplar sin parar; una y otra vez.

Ya huiría en otro momento. Ahora Missi y su camada necesitaban ayuda, y él no sería ese ser egoísta que la abandonara a su suerte. Aunque no se veía capaz de atravesar la rápida corriente del río, había alguien que seguro que sabía qué hacer.

Dejó caer el silbato, se puso las manos alrededor de la boca y gritó el nombre de Taron a pleno pulmón.

Missi siguió pidiendo ayuda; estaba a solo un par de grandes zancadas de distancia de donde él estaba, así que Colin se acercó una vez más, de forma tentativa, observando la espuma y los escombros arrastrados por las olas. Ramas, hojas e incluso algo de basura flotaban entre él y los gatos; entonces, el viejo árbol que le servía de refugio a Missi y su camada fue azotado por una fuerte ráfaga de viento y se curvó hacia el agua; Colin gritó y metió un pie en la corriente helada.

Antes de que pudiera decidir si seguía avanzando e intentaba desafiar a la corriente y al miedo, el sonido de un silbato atravesó el aire, precediendo al trueno que llegó apenas un segundo después.

Colin volvió a tocar el silbato y se rio aliviado cuando la respuesta pareció llegar desde más cerca. Taron no tenía por qué contestar, no era a él a quien buscaban, pero lo hacía para hacerle saber que la ayuda estaba en camino.

No apartó los ojos de Missi ni un instante, y los interminables minutos de espera se le hicieron eternos hasta que escuchó unos pasos cercanos y esa montaña de hombre que era Taron emergió a través de la espesa cortina de lluvia. Colin corrió cuesta arriba, queriendo encontrarse con él a mitad de camino, pero una ráfaga de aire, tan fuerte que dobló los árboles sobre ellos como si la mano de un gigante los empujara hacia el suelo, derribó a Colin, que aterrizó en el barro. El frío que había sentido antes al tener los vaqueros húmedos se multiplicó por cien y, dado que la capucha se le había caído, tenía también el pelo empapado y cayéndole sobre la frente como una fregona mojada; pero se puso de pie y fue al encuentro de Taron una vez más mientras la luz a su alrededor se atenuaba de forma tan abrupta que fue como si alguien apagara un interruptor.

<¿Todo bien?>, gesticuló Taron en cuanto estuvo lo bastante cerca y sumergió a Colin en un sorprendente —aunque húmedo— abrazo.

No esperaba ser traicionado, no esperaba una puñalada por la espalda. Lo único que le importaba era si Colin estaba bien, y el hecho de que así fuera resultaba tan conmovedor que por un momento se sintió mal por querer irse sin despedirse.

Huiría. Pero no ese día.

Al oír el siguiente trueno, Colin se estremeció contra el fuerte cuerpo de Taron, pero el ruido también le recordó por qué estaba allí.

—Missi está ahí. He intentado entrar en el arroyo, pero la corriente es demasiado rápida —gritó y señaló el árbol cuyas raíces el temporal terminaría arrancando. En cuestión de horas, caería al río y se convertiría en un ataúd para Missi y los gatitos.

Taron fijó la mirada en el agua, y esa vez, cuando Missi maulló, pareció dirigirse a él directamente. Y Taron contestó levantando los brazos, como exclamando: «¡qué has hecho!; tras

lo cual, empezó a desabrocharse a toda prisa la cazadora.

Colin se quedó mirándolo, temblando de frío.

—¿Tienes cuerda o algo así? ¿Qué puedo hacer? —preguntó, tragando un poco de agua de lluvia.

Taron señaló un árbol caído y juntos lograron acercarlo al agua. Le proporcionaría algo a lo que agarrarse, pero sin nada a lo que sujetarlo, al menos en su extremo del río, era complicado y Colin notó cómo se le revolvía el estómago del estrés.

Aun así, hizo lo que se le indicó y ayudó a Taron a empujar hasta que el tronco quedó sujeto a una roca bajo el agua, lo bastante cerca de la otra orilla como para que un gato saltara sobre él. Pero cuando Taron se quitó las botas, Colin se dio cuenta de que el muy loco estaba a punto de cruzar el río.

—No. No puedes hacerlo —dijo, agarrándole la muñeca.

Buscó a su alrededor, tenía que haber algo que pudieran usar, cualquier cosa; pero incluso cuando el bosque se vio momentáneamente iluminado por un rayo no vio nada que pudiera serles útil.

Taron le dio un beso rápido, como si fueran la pareja más normal del mundo y no como si estuviera a punto de arriesgar su vida cruzando una corriente salvaje para recuperar a su gata.

<Si me pasa algo, instálate en el sótano. Allí tienes de todo. Espera a que el temporal pase y alguien irá a buscarte>.

Colin se quedó helado, aún agarrándose a la ropa de Taron incluso mientras este se deshacía de ella.

—No. No seas estúpido. Necesitamos asegurarte con una cuerda. Uno de nosotros podría ir corriendo a casa y traer una —dijo Colin siguiéndolo cuando entró en el río.

Taron alzó la mano para detenerlo.

<El agua está subiendo demasiado rápido. Siéntate en el tronco y sostenlo para que tenga algo a lo que agarrarme>.

Taron se adentró más en la corriente helada, sosteniendo la cazadora sobre su cabeza con una mano, y Colin supo que no había forma de disuadirlo. Todo lo que él podía hacer para ayudar era seguir instrucciones, así que se puso de rodillas en el barro y se aferró al estrecho tronco, desesperado por mantenerlo estable para que Taron pudiera agarrarse.

La corriente era tan fuerte que más que en un arroyo parecía que estuvieran en un rabión salvaje. Pero, a pesar de todos los escenarios horribles que a Colin se le pasaron por la cabeza en esos momentos, Taron salió ileso del agua y se desplazó a gatas sobre el barro hasta llegar a los

gatos y empezar a meterlos dentro de su cazadora. Colin no cabía en sí de alivio y no paró de animar a Taron mientras se abrazaba con fuerza al tronco del árbol.

Los relámpagos seguían estallando en la distancia, iluminando el cielo de chispas mientras los truenos resonaban por todas partes, pero Colin, arrodillado en el barro bajo la intensa lluvia, solo tenía ojos para Taron, que volvía a entrar en el arroyo. Las olas eran tan altas que incluso él, que era enorme, parecía una ramita seca en medio del agua; pero se mantuvo firme y resistió la corriente, concentrado en su avance, sin apartar la vista de la superficie espumosa a través de la que se abría camino. Los gatos, envueltos en la cazadora que sujetaba por encima de la cabeza, no hicieron ningún movimiento, como si tuvieran demasiado miedo para siquiera dar señales de vida, lo que ayudó a Taron en su misión de cruzar el río.

Por el rabillo del ojo, Colin vio algo oscuro moverse, pero cuando comprobó de qué se trataba, la rama ya se dirigía hacia Taron y lo único que le dio tiempo a hacer fue advertirle. Taron lo miró, pero el grueso trozo de madera le dio de lleno en un costado antes de que pudiera intentar evitarlo. El gesto en su rostro denotó agonía, sin embargo, no bajó los brazos en ningún momento, manteniendo a los gatos por encima de la cabeza incluso cuando perdió el equilibrio y se golpeó con el tronco que Colin seguía sujetando para que no se lo llevara la corriente. El árbol cedió un poco, pero se mantuvo más o menos encajado, proporcionando a Taron el apoyo que tanto necesitaba.

En el momento en que sus pies descalzos salieron del agua, tan fríos que parecían grises, Colin se levantó, le rodeó las caderas con tanta fuerza que no sabía si hubiera sido capaz de soltarlo en caso de haber sido necesario y lo alejó del arroyo. Los duros y siempre cálidos músculos de Taron se habían convertido en témpanos de hielo, así que empezó a frotarle los costados con la esperanza de que entrara en calor, a pesar de que el aguacero y el viento hacían que la tela húmeda de la camiseta se le pegara más a la piel.

—¡Lo lograste! La has rescatado —susurró con incredulidad, todavía sorprendido por lo que acababa de suceder.

Taron se encogió de dolor ante el toque de Colin. Estaba empapado de arriba abajo y no podía comunicarse bien sin usar las manos, pero, aun así, siguió sosteniendo en alto la cazadora que contenía a los gatos por los que había arriesgado la vida.

Colin se estremeció cuando se miró las manos y vio que tenía sangre en los dedos; también había sangre en la camiseta de Taron.

Sin dudarle, le levantó la prenda y, a la escasa luz del bosque, echó un vistazo a la herida. Era un corte irregular y sangraba bastante, pero no suponía un peligro inmediato; exhaló aliviado,

cogió las botas de Taron y se arrodilló para ayudarle a ponérselas. El fuerte viento azotaba los árboles a su paso, zarandeando incluso a Taron, que tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol para no caerse mientras Colin le metía sus pies helados en las botas para que pudiera caminar a casa sin hacerse aún más daño.

Colin se debatía entre el cabreo y la necesidad de proteger a Taron; era una mezcla caótica de emociones, pero, en cuanto se puso de pie y se pegó a su cuerpo, la ira se diluyó y dejó de reprocharle que fuera tan valiente cuando de salvar animales se trataba.

Llegar a casa era lo único que importaba.

El calzado de ambos estaba empapado y eso hacía que andar fuera aún más complicado, pero al menos estaban protegidos contra las rocas y ramas del suelo. Los gatos en la cazadora habían empezado a maullar, pero Taron no los soltó en ningún momento; ni para revisar la herida que tenía en el costado, ni para limpiarse la sangre que le caía del corte que se había hecho en la ceja.

Colin no quiso hablar y distraerlo, así que se limitó a prestar atención al camino y guiarlo a casa; a esa casa de la que había tratado de huir de forma desesperada.

Otro trueno y, apenas segundos después, un brillante relámpago iluminó el cielo oscuro. Colin avistó entonces la casa a lo lejos y se vino arriba; ahora que parecía que su destino ya estaba a su alcance, se centró exclusivamente en eso y no en el largo e incómodo camino que tan eterno se le estaba haciendo.

Animó a Taron entre susurros y siguió guiándolo, entumecido por la lluvia y el viento. Cuando pasaron el cobertizo, Colin creyó que iba a llorar de alegría, pero ya cuando por fin abrió la puerta de la cabaña y metió a Taron dentro, en la seguridad de sus paredes de madera, el alivio fue tan grande que hasta se olvidó de cerrar, quedándose allí de pie sin hacer nada durante unos segundos hasta que la puerta se cerró de golpe detrás de él y se sorprendió. Entonces sí, se apresuró a cerrar con candado.

Nunca había estado tan feliz de tener un refugio en el que resguardarse. En el poco tiempo que había estado fuera, el clima había empeorado tantísimo que Taron ni siquiera necesitó hacerle un gesto para que se dirigiera hacia el sótano. Cuando a primera hora de la tarde Taron había llevado a los gatos allí, Colin había puesto los ojos en blanco, sin entender bien por qué le asustaba tanto una ligera lluvia; pero ahora sí que apreciaba lo bien organizado que lo tenía todo. Porque podía ser que aún no hubiera llegado el día del juicio final, pero si el tornado azotaba la zona y destruía la casa, bajo tierra estarían a salvo.

Colin se apresuró hacia la trampilla del dormitorio y la levantó, y al instante se escuchó el sonido de unas patas acercándose.

—Ahora no, pequeño —le dijo a Rio, agarrándolo cuando intentó pasar a hurtadillas a su lado. Luego miró hacia atrás, a Taron, y encendió la luz de abajo.

Colin bajó primero, despejando el camino de los gatos que querían subir. Lo que les faltaba ya era que Taron se cayera por las escaleras porque una de sus mascotas estaba demasiado ansiosa por saludarlo.

Bajar fue un proceso complicado en sí mismo, ya que no había manera de que Taron soltara a los gatos que llevaba en brazos. Cuando lo lograron, Colin subió corriendo de nuevo para cerrar la trampilla y, una vez abajo de nuevo, se fijó en lo violentos que eran los escalofríos que sacudían el cuerpo de Taron de pies a cabeza.

Cuando se disponía a coger una manta de la jaula, Taron lo llamó con un gruñido y le dio la cazadora llena de gatitos. Colin se quedó muy quieto, abrumado al sentir movimiento bajo la prenda en sus brazos; pero el hechizo se rompió en el momento en que a Taron le empezaron a castañear los dientes de tal forma que si hubiera tenido un trozo de madera a mano se lo hubiera metido en la boca para estabilizarle la mandíbula.

—Venga, tienes que quitarte la ropa mojada — le dijo.

No tenía ni idea de dónde poner a Missi y a sus crías cuando vio una de las camitas para gatos que Taron debía de haber bajado esa misma tarde. La había puesto sobre la parte superior de la jaula, así que Colin pensó que, si ponía la cazadora justo al lado, la propia Missi sabría qué hacer a continuación.

Taron no estaba prestando atención; estaba haciendo algo en una de las grandes estanterías metálicas. ¿Estaría buscando comida para gatos o tendría antojo de una cebolla encurtida? Colin quería echarle la bronca por haberse arriesgado tanto, pero las palabras murieron antes de dejar sus labios porque, de repente, la estantería —toda entera, todos los estantes— empezó a moverse, girando sobre unas bisagras y revelando una puerta redonda de metal que parecía la entrada a la cámara acorazada de un banco. Tenía muchísimas cerraduras y lo que parecía un complicadísimo mecanismo en la parte interior.

Ya no estaba seguro de haber tomado la decisión correcta al no huir. Cualesquiera que fueran los secretos que escondía esa puerta, una vez vistos, no habría forma de volver atrás.

Capítulo 13

TARON

A PESAR DE LO mucho que le dolía el costado, Taron logró abrir la puerta de la cámara acorazada. La puta rama le había dado en el mismo sitio en el que Colin lo había apuñalado el mes pasado. Vaya mierda de suerte la suya.

Los gatos ya estaban familiarizados con lo que había detrás de la entrada reforzada, así que se les adelantaron y entraron primero, ansiosos por reconquistarlo de nuevo y hacer el territorio suyo una vez más. Missi y sus gatitos ya habían experimentado suficiente estrés para toda una vida, ahora podrían descansar y les vendría muy bien la cama que Colin había cogido y que traía con él mientras lo seguía con pasos vacilantes y sus ojos castaños muy abiertos.

La sala era alargada y tenía rifles, pistolas y munición de todo tipo. Cantidades industriales de todo apiladas en cajas contra las paredes. Taron tenía incluso herramientas para fabricar sus propios proyectiles, así como cuchillos y otras armas para las que no se necesitaba munición y aseguraban que no tuviera que depender de su abastecimiento. Lo que tenía en la armería duraría muchos años, y aunque Taron esperaba no tener que usar las armas para nada más que cazar, le daba seguridad estar preparado para cualquier situación.

—Madre de Dios. ¿Para qué te estás preparando? ¿Para una guerra? —dijo Colin.

Taron lo guio al interior y, una vez que estuvo seguro de que todos los gatitos estaban a salvo dentro, cerró la cámara con un código. Al menos eso le daba cierta seguridad en caso de que Colin decidiera que quería huir y usara su debilidad para hacerlo.

<Es bueno estar preparado>.

Taron miró a su alrededor, orgulloso. Muchas de las existencias allí almacenadas habían pertenecido al viejo McGraw, pero él había añadido una buena cantidad desde entonces.

La atención de Colin ya estaba en el otro lado de la armería, o lo que era lo mismo: la puerta que conducía al interior del búnker.

—Sí, pero esto es... Hay una cantidad ingente de cosas para una sola persona.

El miedo a que lo acribillara a preguntas era el motivo principal por el que no le había querido enseñar la magnitud de su escondite subterráneo. Más allá de la armería, había interminables estantes con alimentos, y él conocía el contenido de cada uno de ellos. Cogió una caja de cartón vacía de la parte superior de una estantería, luego una manta de un baúl y se arrodilló junto a una mesa para preparar un lugar cómodo para Missi y sus crías.

El esfuerzo y el estrés del rescate le empezaban a pesar; estaba agotado hasta el punto de costarle mantener los ojos abiertos. La ropa mojada se le adhería a la piel y creaba una barrera que le impedía entrar en calor, por lo que los escalofríos se estaban volviendo cada vez más intensos. Lo último que quería en esos momentos era dar explicaciones, pero Colin no le daría la paz que tanto necesitaba hasta que no lo hiciera.

—¿Todo esto lo has construido tú? —le preguntó Colin dando unos golpes en la pared de acero.

Una de las viejas bombillas parpadeó, emitiendo varios destellos blancos intermitentes, y Taron entrecerró los ojos.

<Es complicado>.

Dejó salir a Missi y a los gatitos y, por primera vez en mucho tiempo, respiró con alivio; error, porque lo único que consiguió fue que el dolor en su costado se intensificara.

Colin lo ayudó a levantarse, pero su toque no mejoró en absoluto la sensación de frío; su ropa también estaba empapada y goteaba agua helada por todas partes.

—Venga, vamos a la cama. Quiero echarle un vistazo a esa herida —le dijo mientras retrocedía hacia la salida.

Taron negó con la cabeza y señaló la puerta en el otro extremo del contenedor. Pasaron por los estantes llenos de jabones, productos de limpieza y artículos esenciales y, a pesar de que Colin resopló con impaciencia, lo siguió hacia la fría oscuridad de la siguiente unidad, donde el búnker se bifurcaba en varias direcciones. Colin, desconcertado, dejó de caminar en el momento en que se encendió la luz, pero Taron tiró de su mano y lo llevó a la habitación del extremo derecho.

La gran chimenea era puro atrezo, al igual que las ventanas, que se abrían a fotografías de paisajes boscosos; pero el resto del salón podría haber pertenecido a una casa normal. Cómodas butacas frente a una mesita de café y estanterías de madera que albergaban una buena cantidad de libros que podrían resultar útiles tras la catástrofe que se avecinaba.

Colin entró en la sala en silencio y se quedó mirando la cabeza de venado en la pared, un trofeo de caza que el viejo McGraw había colgado allí. Se quedó muy quieto durante unos instantes, como si esperara que el animal disecado empezara a hablar, pero, acto seguido, se giró a mirar a Taron con las mejillas rojas y los hombros tensos.

—¿Qué es esto?

Taron se agachó para quitarse las botas heladas, pero terminó cayéndose de rodillas cuando una punzada de dolor le atravesó el cuerpo y reverberó en su nueva herida.

<Un lugar seguro>.

Colin se frotó la cara y se volvió hacia Taron para quedar frente a frente del todo. Su pecho subía y bajaba con rapidez, como cuando estaba a punto de correrse.

—Aquí hay almohadas de verdad. Y una alfombra de oso —dijo, señalando con el pie la alfombra de pelo bajo la mesa de café.

Taron se encogió de hombros.

<El viejo McGraw puso todo esto aquí. No he creído necesario redecorar>.

Colin levantó los brazos.

—¿Quién es el viejo McGraw? ¿El padre de los que odian a los gatos? —preguntó, mientras Rio se frotaba con calma contra su pantorrilla.

<Su tío. Le compré el terreno hace años. Sus sobrinos creen que debería haber sido su herencia>.

Y esa era la razón por la que lo odiaban tanto.

Colin se masajeó las sienes antes de dejar caer los brazos.

—Me tenías en una jaula. ¡En una jaula! ¿Por qué no me encerraste aquí?

Taron se quedó mirándolo. Los escalofríos y el dolor que irradiaba por todo su torso le dificultaban el pensar con agilidad. ¿No podría irse a la cama ya y contestar a las preguntas más tarde? Para alguien que acababa de ser guiado por un complicado sistema de búnkeres en lo más profundo del bosque, Colin parecía demasiado preocupado por los motivos por los que no había gozado de más «comodidades».

Taron gruñó.

<Esto no es algo que le enseñe a la gente>.

Colin puso los ojos en blanco y caminó hacia la puerta de al lado como si el lugar le perteneciera. Cuando encendió la luz y vio la gran cama y la bañera en una esquina, hizo un ruido parecido al de un toro enfurecido.

—Pero si es como un puto piso. ¿Qué cojones es esto?

<¿No te gusta?>.

Taron suspiró al ver las manchas de barro que Colin estaba dejando en el suelo; bueno, al menos no estaba enmoquetado. Era un poco anticuado, pero a él le gustaba; lo encontraba cómodo y le resultaba hogareño, lo que era algo bueno, dado el número de noches que pasaba allí solo. No iba a disculparse por un poquito de taxidermia o por tener muebles de otra época. Era su casa. Suya.

Colin se llevó las manos a la cabeza y volvió a bajarlas segundos después.

—¿No podía sentarme erguido y tenía que cagar en un cubo en el mismo sitio donde dormía mientras todo esto estaba aquí? ¡No puedo creerlo!

Taron ya no pudo más. Estaba demasiado cansado de tanta gilipollez. Se quitó la camiseta empapada y la dejó caer en la bañera.

<No tenía ni idea de quién eras ni de qué hacer contigo, así que no, no confiaba en ti lo suficiente para enseñarte todo esto>.

Colin lo siguió, ladrando como un terrier rabioso.

—¿Qué pensabas que iba hacer? ¿Destrozarte los muebles?

Taron no podía creer lo que oía.

<Me apuñalaste. Así que, sí, esperaba que la liaras>, gesticuló antes de levantarse la camiseta y enseñarle su costado magullado, donde también tenía la herida del cuchillazo ya curada.

Colin apretó los labios y su gesto se tensó; parecía estar batallando entre dos expresiones.

—Vamos a quitarte toda esa ropa. ¿Hay algún calentador que podamos usar? —preguntó mientras retiraba las sábanas; pero, entonces, su mirada se posó en la segunda puerta de la habitación—. ¿Hay más?

<Ahora no. Tengo un calentador portátil. Lo pondré en marcha>.

Colin le agarró la cintura de sus pantalones empapados y se los quitó junto con la ropa interior.

—Necesitas entrar en calor. Ahora. Si me dices dónde está, ya me ocupo yo del calentador.

Taron se resignó a las indignas circunstancias, pero, al sentarse en la cama, el alivio fue tal, que no pudo rechazar la oferta. Señaló el calentador junto a la bañera de cobre. Al menos Colin había dejado de hablar de la jaula.

Una vez que plantó el culo sobre las sábanas heladas, Colin le quitó los calcetines y liberó sus pies morados, dejándolo desnudo del todo. Luego arrojó todas las prendas a la bañera y empujó a Taron hacia abajo, tapándolo hasta la barbilla como si cuidara de personas enfermas todos los días. El edredón era grueso —estaba relleno de plumón—, pero, después de semanas sin calefacción en la habitación, era como ponerse una capa de nieve sobre la piel aún mojada.

Antes de que pudiera decir algo, Colin le puso a dos de los gatos en la cama.

Taron gesticuló:

<No soy un bebé>.

Colin dejó escapar un resoplido y, por primera vez desde que llegaron allí, la cara se le iluminó.

—No cuestiones la decisión de tu médico. Te prescribo reposo en cama, calor y apósitos con forma de gato.

«Médico». Teniendo en cuenta la edad que tenía, como mucho estaba estudiando para convertirse en uno; eso, si es que no le había estado mintiendo al respecto. Pero Taron obedeció, se recostó y lo observó acercar el calefactor y encenderlo. Sin nada más que hacer, solo pudo concentrarse en lo mucho que temblaba y en lo que le dolía todo el cuerpo; al menos dos gatos más se unieron a él en la cama, ronroneando.

Tal vez Colin sí tenía algo de formación médica, porque una vez que metió mano en el alijo de medicinas, pareció saber lo que estaba haciendo. Mientras buscaba lo que necesitaba, fue comprobando las fechas de caducidad de algunos de los medicamentos y lo riñó en más de una ocasión.

—Esto no puede ser. Si de verdad insistes en abastecerte tú mismo, debes asegurarte de tener todo lo que necesitas y de que todo esté en perfectas condiciones. Cuando salgamos de aquí, te haré una lista, porque lo estás haciendo mal —dijo con el ceño fruncido mientras rebuscaba en la enorme caja de madera.

Aunque pareciera mentira, Taron encontró ese ceño adorable. Porque se notaba que el cabreo de Colin nacía de la preocupación. ¿Le sería posible comprender o incluso aceptar el estilo de vida de Taron?

A pesar de su comportamiento impulsivo de antes, Colin se aseguró de no presionar demasiado la zona dolorida mientras la examinaba a la luz de la pequeña lámpara de la mesita de noche. La estufa llevaba poco encendida, pero, tanto el calor corporal del propio Taron, como el de los gatos, hacían la fría temperatura más llevadera. No podía recordar la última vez que alguien lo había cuidado, y la mezcla de miedo y felicidad que la sensación le provocó lo hizo entrar en una espiral de confusión.

Colin también se había quitado la ropa empapada y para entrar algo en calor se había puesto lo primero que había pillado: un pijama a rayas que debía de haber pertenecido al viejo McGraw. Le quedaba enorme hasta el punto del absurdo, pero ni siquiera los horribles tonos de marrón

sobre marrón o el corte anticuado de la prenda podían cambiar el hecho de que Taron estaba bajo su hechizo.

Lo observó con discreción; aunque tampoco hubiera hecho falta ser tan cauteloso, no con lo concentrado que estaba Colin; sus cejas rubias se juntaban y formaban un pequeño valle sobre su nariz mientras examinaba la herida de forma minuciosa.

—Todo eso de meterse en el río para salvarlos ha sido muy valiente, pero también una estupidez muy grande. Podrías haber muerto.

<Lo sé, pero hubiera sido cuestión de tiempo que alguien te encontrara, hubieras estado a salvo. Y hay comida más que suficiente en la granja>.

Colin gimió y se puso unos guantes quirúrgicos.

—Eres idiota. No me refiero a eso. ¡Estaba acojonado pensando que te podías ahogar, que sería yo quien tuviera que salvarte y que, al final, nos moriríamos los dos!

Taron nunca antes se había sentido como una nube mojada en una taza de chocolate caliente, pero esa era la sensación que experimentó al escuchar las palabras de Colin mientras observaba con atención sus dedos enguantados, largos y delgados, preparar la aguja y el hilo.

La preocupación que mostraba Colin era muy superior a lo que jamás hubiera esperado; o soñado. Taron había asumido que obtendría un acuerdo sexual, un toma y daca; y, sin embargo, había conseguido este extraño tipo de camaradería. Era consciente de que no merecía tanto afecto después de lo que le había hecho a Colin, pero allí estaban, y no lo dejaría escapar. Era demasiado egoísta, demasiado codicioso como para renunciar a su compañía y dejarlo ir. Si en esos momentos apareciera alguien en la puerta de su casa y se ofreciera a llevarse a Colin bajo la promesa de que nadie jamás sabría lo que había pasado, Taron se negaría. Los mandaría a tomar por culo y luego los dispararía. Solo por si acaso...

Colin era suyo, por muy mal que eso estuviera. Incluso cuando le tocaba las narices lo hacía con cierto grado de cariño, una cercanía que Taron había aprendido a no esperar de nadie.

Colin le desinfectó la herida con un *spray* que debía de contener alcohol porque picaba como si alguien le hubiera metido un dedo con sal en el ojo, y se quedó mirándolo durante unos instantes antes de decir:

—Esto va a doler. ¿Tienes algún anestésico?

Taron forzó una sonrisa.

<Tengo aguardiente casero>.

Colin se humedeció los labios e hizo una pausa con la aguja en el aire.

—¿Dónde?

<Primer contenedor. Unas botellas que hay en una caja abajo a la derecha>.

De hecho, a Taron no le importaría darle un trago y que el alcohol destilado de forma ilegal por él mismo lo calentara por dentro.

Sin mediar palabra, aún con los guantes puestos y el hilo y la aguja en la mano, Colin salió de la habitación. Al lado de Taron, Rio se puso panza arriba emitiendo un suave ronroneo, ajeno por completo a la angustia de su dueño. Quizá fuera mejor así; el animal ya tenía las suficientes heridas de guerra. Taron suspiró y lo acarició.

Colin regresó poco después, pero, cuando abrió la botella, en lugar de entregársela a Taron, fue él quien le dio un trago.

Taron se rio entre dientes.

<Bien. Eso te pondrá a tono>.

Colin hizo una mueca ante el fuerte sabor del alcohol, pero le dedicó una miradita y le dijo:

—Será mejor que midas lo que dices, o quizá mi mano se desvíe sin querer y la aguja vaya donde no debe.

Le dio otro trago más antes de entregarle la botella. A Taron le costó incorporarse, su cuerpo se había relajado en la cama y se resistía a dejar ir esa comodidad, pero el fuerte sabor del alcohol en su boca y el calor que sabía que se extendería por su interior fueron motivación suficiente.

<Ahora sé que lamentarías mi muerte. No tengo miedo>.

Aunque tampoco estaba deseoso de experimentar el dolor que se avecinaba.

Colin negó con la cabeza y le tocó la herida con un dedo cubierto de látex. Estaba concentrado, con los labios ligeramente entreabiertos como si hubiera algo que quisiera decir, pero no confiara lo suficiente en Taron para hacerlo. Cuando habló, el tono fue desdeñoso y, con toda probabilidad, no lo que iba a decir en un primer momento:

—Soy médico. Por supuesto que no quiero que te mueras —dijo y se inclinó sobre él, atravesándole la piel con la aguja.

<¿Niño prodigio?>, le preguntó Taron tratando de distraerse con la conversación; al menos el licor casero le estaba calentando por dentro.

Colin lo fulminó con la mirada.

—Te crees muy gracioso, ¿eh? Puede que todavía no haya terminado la carrera, pero sé lo suficiente para ayudar a la gente. Soy el mejor de mi promoción, saco las notas más altas y he trabajado mucho como voluntario —dijo en tono mordaz, pero sin ningún tipo de enfado en la forma en que le cosía la herida. De hecho, lo estaba haciendo con un cuidado casi excesivo, muchísimo mejor de lo que lo habría hecho él si hubiera tenido que coserse a sí mismo.

<¿Lo echas de menos? Podría intentar herirme más a menudo>, gesticuló Taron, apretando los dientes cuando la aguja volvió a atravesarle la piel.

Odiaba que, en caso de que Colin volviera a su antigua vida, no hubiera manera de que estuvieran juntos. El señor «soy médico» no se quedaría con él en el bosque ni le presentaría a sus padres. ¿Qué les iba a decir? «Ah, por cierto, este es mi novio, el que me secuestró el mes pasado».

Colin parpadeó varias veces, pero no levantó la vista.

—¿Que si echo de menos qué?

<Estudiar>.

Colin dejó escapar un suspiro y no dijo nada hasta que terminó con los puntos. Lo había cosido con más minuciosidad de la estrictamente necesaria, pero Taron no iba a reñirle por ello en esos momentos. Cuando se quitó los guantes, el sonido pareció tan definitivo que Taron se angustió pensando que quizá no debería haber mencionado lo de su carrera. Sin embargo, cuando terminó de vendar la herida, Colin habló:

—Estudiar es probablemente lo único que se me da bien, pero hay mucha presión y competencia para sacar las mejores notas, para superar al resto y poder ingresar en una de las mejores facultades de Medicina y especializarse.

¿Quería eso decir que no echaría de menos el estrés, o solo lo estaba diciendo para tener contento a Taron? Dudaba que fuera lo segundo, hoy había dejado muy claro que no tenía ningún problema diciendo lo que pensaba.

<¿Hay algo que te guste aquí?>. Taron le guiñó un ojo. <Aparte de mí>.

Colin bufó e hizo como si le fuera a dar un golpe en la frente.

—Yo nunca he dicho que me gustes. —Pero, tras decirlo, no apartó la mano y se quedó observándolo en silencio durante unos segundos. Sus dedos vagaron por su piel, arriba y abajo, antes de deslizarse hasta un lado de su cara y apartar la mirada—. Me gusta el silencio. El olor a bosque. Se está tan en paz... Es como hacer una desintoxicación digital. Puedo estar al sol todo el día sin preocuparme de si me necesitan en otro lugar. Sin escuchar a alguien decirme que he estado perdiendo el tiempo en cosas que no importan. Me gusta cuidar el huerto y sé que todo lo que hago en él es importante, porque vamos a comer los alimentos que allí cultivamos.

<¿Echarás de menos ayudar a la gente?>.

Taron deslizó la mano hasta el muslo de Colin y lo masajéo, anhelando su cercanía de una manera que nunca antes había contemplado. Se quedó helado cuando Colin entrelazó sus dedos y se rio.

—No. No me gusta tener a mucha gente alrededor. Prefiero los grupos pequeños y, aun así, me resulta agotador estar demasiado tiempo cerca de ellos. Siempre he estado más interesado en la parte científica de la profesión que en las personas en sí mismas.

Taron le dio un breve apretón en la mano.

<Eres lo peor>.

Colin le sonrió de una forma encantadora e infantil, y volvió a coger la botella de alcohol ilegal.

—Tú también.

<¿Hacemos buena pareja?>.

Cuando Colin bebió, Taron le pidió la botella sin necesidad de hablar.

Colin lo puso al alcance de su mano, pero, cuando iba a cogerlo, se lo apartó, riéndose como si fuera la broma más divertida de la historia.

—¿Sabes quienes hacen buena pareja? Este alcohol y yo.

Taron negó con la cabeza y tiró de Colin hacia él.

<Ya estás borracho>.

La habitación se iba calentando minuto a minuto, el alcohol le latía en las venas y el tornado que ahora podría estar asolando la parte de arriba de su casa quedó relegado a lo más profundo de su mente. Lo único que necesitaba era a Colin a su lado en la cama; a ser posible, sin el ridículo pijama de los años setenta del viejo McGraw.

Colin tomó dos tragos más antes de entregarle la botella. Estaba apoyado contra él, muy muy cerca, y en sus ojos podía verse lo mucho que le había afectado el licor casero.

—Pero todavía tengo frío.

Taron perdió todo interés en el alcohol al instante; dejó la botella en la mesita de noche y se concentró en el chico guapo que calentaría su cama de forma mucho más eficiente que toda una manada de gatos.

Lo invitó a meterse debajo del edredón e ignoró el dolor mientras le desabrochaba la camisa del pijama. Colin lo miró con una media sonrisa, pero no se movió.

—Parece que alguien ha estado exagerando un poco su mal estado, ¿eh?

<Te necesito>, fue todo lo que Taron pudo gesticular, al no querer apartar las manos de Colin por mucho tiempo.

Pero entonces se dio cuenta de que en el silencio de la habitación y con lo cerca que estaban Colin podía oírlo sin problema. Así que habló:

—Te necesito.

Los claros ojos castaños de Colin brillaron cuando se quitó los enormes pantalones. Respiraba por la boca, su atención centrada por completo en Taron.

—Supongo que, tras empaparte de pies a cabeza, necesitas que te caliente la cama —dijo Colin quitándose la camisa ya desabotonada.

Taron sonrió y le pasó las manos por sus delgados pero robustos hombros.

—Vamos, Colin, que he salvado a una camada de gatitos.

Odiaba su voz. Era apenas un susurro, a veces acompañado por un leve tartamudeo; y le dolía la garganta por el esfuerzo, pero hablar significaba tener las manos libres para vagar por donde quisiera.

Colin sonrió y, con cuidado, bajó a Rio de la cama. Se metió bajo el edredón, acariciándole la pierna con la rodilla en su camino a sentarse sobre sus muslos.

—Supongo que eso te convierte en un héroe. Mereces una recompensa por tu valentía —susurró, sentándose a horcajadas sobre él.

Y a Taron no le importó que su pecho hubiera quedado desprotegido. Teniendo a Colin en todo su esplendor ante él, sabía que su cuerpo empezaría a arder en cuestión de segundos. Este chico que había invadido la pacífica soledad de su vida ahora era su adicción, y Taron se lo follaría incluso con una herida en el costado y arañazos en la cara.

Las piernas de Colin eran largas, sus caderas estrechas, y tenía los pezones más bonitos del mundo; a Taron le encantaba chupárselos. Su polla, no demasiado gruesa pero sí larga, era pura perfección cuando se le hinchaba y oscurecía. Si Taron no tuviera tanto trabajo en la granja, se pasaría todo el día en la cama con él follando sin parar; esperarían a que sus pollas se endurecieran de nuevo y vuelta a empezar. Una y otra vez.

Colin exhaló, moviéndose sobre el cuerpo de Taron hasta que sus huevos y pollas se tocaron. Mordiéndose el labio, se inclinó hacia adelante y le apoyó los codos sobre los hombros.

—Voy a cuidar de ti como un buen médico —susurró tan cerca de él que su aliento le acarició la cara.

<Por favor. Me duele. Me duele mucho>.

Taron le atrapó el labio entre los dientes y, en cuanto dejó de gesticular y tuvo las manos libres, le acarició los muslos. Su polla ya estaba respondiendo a la cercanía de Colin, endureciéndose, dejando claro lo mucho que anhelaba llenar ese precioso cuerpo.

Los ojos de Colin se cerraron y la expresión que inundó su rostro por un breve segundo fue la viva imagen del éxtasis. Hizo girar las caderas, empujando su polla contra la de Taron mientras

se besaban; sus cuerpos encajaban a la perfección, cada parte en su lugar, de forma natural, sin que ninguno de los dos tuviera que pensar en cómo o dónde colocarse.

Si esto era una estratagema para distraerlo y clavarle un cuchillo entre las costillas le funcionaría, porque a Taron ya no le importaba nada. Moriría feliz.

Podía sentir los duros músculos de Colin bajo la suavidad de su piel, y no pudo evitar preguntarse si este chico precioso lo habría siquiera mirado si se hubieran encontrado en circunstancias diferentes.

Pero lo que podría o no haber sido desapareció de su mente cuando Colin le mordió la boca y lo dejó sin aliento. Taron deslizó las manos por sus caderas, hacia su culo, ansioso por clavarle la polla y ver su rostro sonrojarse, escucharlo gemir. Porque eso Colin no podía fingirlo. Le gustaba el sexo, siempre estaba cachondo, y esa era una de las cosas que más le gustaban de él.

Pero el interés de Taron ya no se limitaba a los orgasmos. Ansiaba la conexión que surgía entre ellos cuando tenían relaciones sexuales. Antes de Colin, casi nunca había follado con el mismo chico dos veces. Habían sido polvos rapiditos con hombres elegidos al azar o con chaperos; pero con Colin podía tomarse su tiempo, sabiendo que todavía estaría en sus brazos una vez que se secara el sudor de sus cuerpos. Algo que nunca había sabido que quería.

Colin estaba ahí con él, recorriendo cada paso del camino a su lado.

—¿Qué quieres? —le preguntó Colin, lamiéndole los labios de forma obscena, sin parar de mover las caderas sobre él, empujando contra sus huevos, contra su polla.

Pero antes de que Taron pudiera encontrar la fuerza para responder, Colin les tomó a ambos en una mano y apretó.

Taron notó como le temblaban los párpados y cerró los ojos, considerando seriamente pedirle que los masturbara a ambos así hasta correrse. Pero esa noche necesitaba algo más intenso; incluso débil y dolorido como estaba, anhelaba marcar a Colin como suyo una y otra vez. La ilógica necesidad de bombear en su interior hasta llenarlo de su semilla era más apremiante cada día que pasaba.

—M-móntame —susurró Taron, con los ojos fijos en los de Colin. Sus atrofiadas cuerdas vocales habían trabajado en exceso por un día, pero quería comunicarse con su amante, quería ser su mundo—. Quiero que te subas a mi polla.

Colin respiró de forma entrecortada y empezó a masturbarlos; su mirada volviéndose más intensa con cada caricia. Taron podía sentir el vello de sus huevos, que ya no tenía afeitados, la tensión de sus duros músculos, la forma en que curvaba los dedos de los pies junto a sus pantorrillas.

Colin no era el hombre más guapo que Taron hubiera visto, pero nunca había existido nadie tan deseable, tan tocable y tan real. El calor de su cercanía no podía compararse con nada que hubiera experimentado en su vida.

—Ah, ¿sí? Pero no esperes un rodeo —dijo Colin mientras le pasaba los dedos por el costado, como diciéndole que quería que tuviera cuidado.

—No. Y puedes montarme todo el tiempo que quieras.

Taron exhaló con intensidad, pasándole un dedo entre las nalgas, abriéndoselas.

Colin se estiró sobre él como un gato y arqueó las caderas para frotar su entrada contra el dedo de Taron.

—Joder, es que hasta tus dedos son enormes...

Taron notó como toda la sangre le bajaba desde la cabeza hasta el pene. No podía apartar la mirada de la cara de Colin; no dejó de hacerlo ni mientras toqueteaba a tientas la mesilla de noche, tratando de sacar el lubricante del cajón. Gracias a Dios que había pasado algunas noches allí.

Colin se mordió el labio inferior enrojeciéndoselo.

—Alguien está desesperado, ¿eh?

Taron dejó escapar un gruñido que sonó a cruda necesidad, pero no le importó en absoluto. Porque, sí, estaba desesperado. Por una vez en su vida quería tener a alguien cerca y, aunque supiera que no debía, estaba en un punto en el que le daba igual; a tomar por culo todo, quería quedarse con Colin.

No podía abrir el bote de lubricante con una mano y se estaba empezando a frustrar, pero Colin se lo quitó y lo hizo por él con una sonrisa traviesa en los labios. Entonces se lo ofreció para que mojara los dedos, y puede que esa fuera una de las cosas más sexis que Taron hubiera experimentado jamás. Colin lo estaba invitando a entrar en su cuerpo. Estaba dispuesto y tan lleno de necesidad como él.

Los labios de Colin se curvaron, como si supiera el poder que ejercía sobre él, pero no había burla en su gesto; se limitó a avanzar sobre su cuerpo, rozándole la mejilla con la suya mientras levantaba ese culo que era pura tentación a modo de invitación.

Taron le metió dos dedos y el gemido de Colin contra su barba hizo que quisiera darse más prisa en prepararlo y acelerara sus movimientos. Su propia polla era puro ardor entre sus cuerpos; la notaba tan caliente que no le hubiera extrañado que saliera vapor de ella.

—Sí —gimió Colin y se arqueó de forma tan repentina que su glándula se deslizó por el abdomen de Taron, dejando un rastro húmedo.

Colin le facilitó la invasión a su cuerpo, abriendo las piernas y relajándose al instante. Era tan diferente de las primeras veces que habían follado que Taron casi se sintió mal por haberse preocupado tan poco por él en aquel entonces, por no haber sido más tierno. Pero esa noche, sin embargo, Colin parecía un gatito buscando caricias, deseoso de recibir su premio. Su entrada estaba caliente y suave como la seda, y en el momento en que le metió los dedos hasta los nudillos, Colin movió las caderas buscando que lo tocara en ese lugar especial que lo volvería loco.

Taron levantó la vista para encontrarse con sus ojos, pero los tenía cerrados. Así que se limitó a observarlo mientras le acariciaba la próstata una y otra vez, la forma en que se aferraba a sus hombros, su forma de gemir con abandono. Pocas cosas lo excitaban tanto como ver a Colin ceder a sus instintos más primarios. No podía esperar para enterrar la polla en ese pasaje estrecho y caliente, y hacerle gritar pidiendo más.

En momentos como ese, Colin perdía sus inhibiciones y se retorció de placer en respuesta a cada toque, masajeándole los dedos con ese culo tan redondo y perfecto, y haciéndolo con tal fuerza que parecía que se los estuviera aspirando.

Taron ya tenía tres dedos dentro de él y Colin empezó a montarle la mano como si quisiera correrse de esa forma. Gritó, se le entrecortó la respiración y abrió los ojos; cuando sus miradas se encontraron, la energía entre ellos cambió y Taron supo qué hacer sin necesidad de palabras. Le importaba una mierda el dolor en el costado, así que le sacó los dedos y, en cuestión de segundos, los sustituyó con su polla.

La excitación le nublaba el juicio, pero no tanto como para no pensar en Colin y en que podía hacerle daño. Dudó; y fue entonces cuando Colin decidió por él y se metió su polla hasta la raíz.

En el momento en que los huevos de Taron quedaron alineados con el culo de Colin, este se movió encima de él, recolocándose de forma que pudiera apoyar bien los pies en la cama. Tenía los ojos abiertos, pero tan desenfocados que tuvo que agarrarlo por las caderas para estabilizarlo. En esa posición, la vista era espectacular: el rubor rosado en el delgado torso de Colin, el vello dorado de su cuerpo y su preciosa polla, que en esos momentos estaba tan hinchada que parecía que iba a estallar en cuestión de segundos.

Colin gimió y le apoyó una mano en el pecho mientras con la otra se agarraba la polla y empezaba a masturbarse.

—Quiero tu semen dentro de mí.

Era como si le hubiera leído la mente, porque eso era exactamente lo que Taron estaba pensando. Así que asintió con los labios entreabiertos y le acarició el sonrojado abdomen. El

dolor en el costado se volvió más punzante, pero lo ignoró, olvidándose del todo de él cuando el cuerpo de Colin se apretó alrededor de su polla. Quería empujar, embestirlo a golpe de cadera y darle lo que necesitaba, pero Colin lo detuvo. Sus miradas se encontraron en un momento de silencio que habló más que cualquier conversación en voz alta y las palabras no fueron necesarias, Taron entendió a la perfección lo que Colin quiso decirle: que no quería que se hiciera más daño, que él se encargaría.

Sin apartar la mirada, empezó a mover las caderas arriba y abajo. Comenzó despacio, pero aumentó el ritmo poco a poco, contrayendo el esfínter y ordeñándole la polla. Cuando su gesto se contraía en éxtasis, era la belleza personificada, y si Taron hubiera tenido un don para el arte, habría querido esculpirlo tal y como estaba en ese momento.

Había algo tan crudo y carnal en la forma en que Colin se entregaba al placer cuando estaban juntos que sugería cosas en las que Taron no quería pensar, no podía. Porque, por muy bueno que fuera el sexo, Colin seguía siendo un cautivo, no estaba allí de forma voluntaria, y obtenía su placer como podía en ausencia de otras personas a su alrededor.

Pero, oh, era tan magnífico ver que no se avergonzaba, que no le tenía miedo a nada. A diferencia del resto de sus amantes, Colin se entregaba a él al cien por cien. Era un placer ver la cabeza de su polla emergiendo de su puño una y otra vez mientras se masturbaba de manera frenética, acariciándose desde el glande hasta los huevos que golpeteaban contra él sin descanso.

El rubor en su pecho, cuello y cara se estaba volviendo más oscuro, su respiración más agitada; pero Colin seguía sin apartar la vista de él y su mirada era tan hipnótica como la imagen de su culo apretado tragándose entera la polla de Taron. Sus ojos lo tenían cautivado, tanto que casi se pierde el momento en el que empezó a correrse; pero cuando sintió las gotas calientes en su pecho y barbilla, miró hacia abajo para admirar esa maravillosa y enrojecida polla soltando a borbotones su liberación.

Colin seguía sin aliento cuando terminó de correrse, pero no dejó de montarlo ni un momento, dándolo todo. Solo de verlo tan desnudo, tan obsceno y, sin embargo, tan deslumbrante, Taron no pudo evitar embestir con fuerza un par veces a pesar del dolor en su costado. Empujó todo lo que pudo y dejó que su polla descansara en lo más profundo, gimiendo al notar que los huevos se le tensaban. Cuando Colin intentó levantarse, como en una bruma, Taron tiró de sus caderas hacia abajo. Seguir bombeando en su interior era todo su mundo en esos momentos y apenas podía respirar de solo pensar en hacer suyo a ese chico, de reclamarlo a un nivel tan primitivo que desafiaba la cordura.

Unas manos cálidas le frotaron el pecho mientras Taron bajaba del pico de éxtasis que acababa de experimentar y, cuando por fin abrió los ojos, se dio cuenta de que Colin estaba extendiéndole su propio semen por el cuerpo, como si él también quisiera marcarlo con su aroma.

Pasaron unos segundos antes de que Colin se acostara a su lado, con una pierna sobre la suya y un brazo alrededor de su cintura. Se quedaron ahí descansando en un silencio apenas roto por la respiración entrecortada de ambos. Colin jugó con el vello del pecho de Taron y, una vez más, pareció que tenía algo en la cabeza que no sabía si decir o no. Después de este tiempo, Taron sabía reconocer las señales: los labios apretados, la mirada que se endurecía sin motivo aparente y el denso silencio.

Se acurrucaron bajo el edredón hasta que ya ni siquiera sus pies estaban fríos. Y, cuando cinco bolas de pelo decidieron unirse a ellos entre ronroneos, Taron estuvo seguro de que esa noche no pasarían frío.

—¿Qué pasa? —susurró, porque ya no sabía si podía soportar más el silencio.

Colin hizo un aspaviento, como si lo hubieran pillado haciendo algo malo, pero al final apoyó la cabeza en el hombro de Taron y habló:

—Estaba pensando que todo esto es tan... cómodo. No me he depilado en más de un mes, no me ducho dos veces al día ni me preparo antes del sexo. Pensé que me importaría, pero no. Y creo que a ti tampoco te importa.

Taron se ríe entre dientes y abrazó a Colin con fuerza.

—Eres perfecto tal como eres.

Sonó cursi, sí, pero le dio igual. Estaba permitido ponerse un poco sensiblero después de un orgasmo.

Colin hizo un ruidito de asentimiento y, aunque Taron no podía verle la cara, podía sentir su sonrisa contra el pecho.

—¿Cómo de grande es este lugar? —preguntó Colin al final.

Taron gimió.

—Mañana.

Capítulo 14

COLIN

EL BÚNKER ERA ENORME. Colin no tenía claro si había sido concebido como un escondite para el gobierno local en caso de guerra o como una lujosa villa subterránea para uso y disfrute del viejo McGraw, pero cada habitación que Taron le enseñaba le hacía abrir más los ojos. Estaba hecho a base de contenedores marítimos con paredes reforzadas e incombustibles. Tenía un complejo sistema de ventilación, y el laberinto de pasillos y habitaciones no solo contenía todos los suministros necesarios, sino también dormitorios completamente equipados, una sala de juegos y una enorme cocina con una especie de bar-restaurant.

A pesar de que Taron vivía allí solo, era evidente que el enorme complejo estaba destinado a albergar a más gente; incluidos niños, tal y como lo demostraban la multitud de cajas de juguetes antiguos y una sala de juegos con tobogán, columpios e incluso un pequeño carrusel; una gran estancia cuyas paredes estaban pintadas con personajes de dibujos animados.

Colin había guardado silencio la mayor parte del tiempo, pero cuando Taron lo llevó a una habitación donde había dos coches, uno de los cuales tenía paneles de madera en los costados y aspecto de los años setenta, la presa que había contenido sus palabras estalló.

—Había oído que algunas culturas enterraban a sus muertos en barcas o en carruajes, pero esto es absurdo. ¿También guardas aquí mi coche?

Taron negó con la cabeza.

<Lo hundí>.

Colin lo había sospechado, pero entonces se dio cuenta de otra cosa.

—¿Con el cuerpo?

Taron le dedicó un breve asentimiento de cabeza.

Colin lo miró con el ceño fruncido.

—Pues nada, estupendo. Si algún día lo encuentran, darán por hecho que lo maté yo.

El silencio de Taron le dijo todo lo que necesitaba saber: que esa había sido su intención desde el principio, deshacerse de la evidencia y poder inculparlo. Fantástico. Señoras y señores, con todos ustedes, el hombre con el que Colin se acostaba.

Taron abrió los brazos y le dedicó una sonrisilla que venía a decir: «¿Y qué querías que hiciera?» y luego, cambió de tema.

<Hay un mecanismo para sacarlos a la superficie en caso de ser necesario>.

Colin se frotó la cara con incredulidad.

—¿Por qué? Para empezar, ¿por qué McGraw decidió esconder sus coches aquí abajo? Porque esto no fue idea tuya, ¿verdad? —preguntó, sorprendido por la increíble cantidad de trabajo que se había llevado a cabo en este lugar.

<McGraw creía que este contenedor funcionaría como jaula de F-a-r-a-d-a-y>.

Taron deletreó «Faraday» cuando Colin no lo entendió. Sabía quién era Faraday, pero ¿lo de la jaula? No tenía ni idea de qué se trataba y así se lo hizo saber. Taron giró a Colin para que quedara cara a cara con él mientras le explicaba con calma cómo una erupción solar o una bomba nuclear podían provocar un pulso electromagnético que haría que todos los dispositivos electrónicos, incluidos los coches, dejaran de funcionar; a menos que estuvieran almacenados en un contenedor resistente a tal pulso.

A Colin le pareció una preocupación descabellada, dado que, hasta donde él sabía, nunca había sucedido nada semejante; pero, aun así, escuchó. Estaba asomándose a un mundo nuevo que desconocía por completo.

Taron se mordisqueó el labio y continuó:

<McGraw se estaba preparando para la guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética y quería que el proyecto de su vida se quedara en manos de alguien que lo apreciara. Yo estaba buscando un búnker lejos de Yellowstone, así que Virginia Occidental me pareció tan buena opción como cualquier otra>.

Colin se quedó perplejo.

—¿Yellowstone? ¿Qué? ¿No eres de aquí?

Aunque, si lo pensaba con detenimiento, era cierto que, incluso cuando susurraba, Taron no tenía ningún acento.

Taron se quedó mirándolo, como si tratara de decidir si debía decirle de dónde era. ¿Por qué sería un secreto? ¿Estaría huyendo de la ley? No le sorprendería.

<Wyoming>.

Colin observó como Taron se apoyaba contra la pared. A pesar de haber hecho lo posible para que entrara en calor en cuanto llegaron al búnker, su salud estaba empeorando; era evidente en la forma en la que no paraba de aclararse la garganta y en sus ojos vidriosos. Al menos lo había convencido para que se pusiera dos jerséis gordos.

—Vale, sí, la mayor parte de Yellowstone está en Wyoming. ¿Pasó algo allí de lo que querías escapar? —preguntó en voz baja.

Supo que había tocado un tema delicado incluso antes de que Taron le contestara; lo notó en su lenguaje corporal, en lo tenso que se puso.

<No. Era lo más lógico>.

Se giró y le hizo un gesto a Colin para que lo siguiera.

¿Había *más*?

Las siguientes habitaciones estaban vacías y caminar a través de ellas era como entrar en otro mundo, en uno superpuesto al suyo.

—¿Por qué? No lo entiendo.

Taron se dio la vuelta y, a pesar de la noche tan dulce que habían pasado juntos, al estar en un entorno desconocido, Colin se asustó, de repente muy consciente del enorme tamaño del hombre frente a él.

<¿Por qué no? ¿Crees que el gobierno se ocuparía de ti? Tres días sin agua y caerías muerto. Si hay un colapso económico, serías un blanco fácil. Y si hay un brote de alguna enfermedad, no tendrías dónde esconderte>.

Colin dio un paso atrás y alzó las manos cuando Taron irrumpió en su espacio personal.

—Pero ¿por qué sucedería algo así? ¿Y qué tiene que ver el Parque Nacional de Yellowstone con las enfermedades?

<Es una estupidez estar preparado para una sola cosa, pero la explosión del volcán Yellowstone aniquilaría a la mitad del país y cubriría otra gran parte de cenizas>.

Ay, madre.

Colin se frotó la cara.

—¿Así que has decidido pasar tu vida en soledad solo porque tienes miedo de algo que tal vez ni siquiera suceda?

La expresión de Taron se endureció.

<No tengo miedo. Soy previsor>.

Colin respiró hondo y observó a Taron sorberse la nariz.

—Está bien, lo entiendo, pero ¿no crees que todo esto —señaló a su alrededor para indicar la totalidad de los contenedores— es excesivo? Y si de verdad estás tan convencido de que una de esas catástrofes tendrá lugar sí o sí y tienes todo este espacio y tantísimos suministros, ¿por qué quieres desperdiciarlos en una sola persona?

<Lo de crear un arca para las familias de la zona fue idea de McGraw. Yo hubiera optado solo por un par de contenedores>, gesticuló Taron antes de cruzarse de brazos.

—Pero sigues reservándote todo esto para ti, a pesar de que crees que podría salvar a mucha gente si el volcán llegara a explotar.

A Taron se le encrespó el pelo y lo miró con ojos salvajes. Gesticuló de forma frenética y tuvo que repetirlo todo más despacio cuando vio que Colin no lo había entendido.

<Las personas son un lastre>.

Colin frunció el ceño y se quedó muy quieto, observando durante unos segundos la habitación en la que estaban: una estancia que albergaba varios equipos mecánicos y que tenía pinta de ser una especie de taller.

—¿Las *personas* son un lastre? ¿Cuántos gatos tienes?

La expresión de Taron se oscureció. Bajo la vibrante luz de la lámpara, su piel parecía tener un tono azulado y contrastaba de forma brutal con el rojo de sus ojos.

<Son familia. No te delatarían ni conspirarían contra ti>.

—Tampoco trabajan para ganarse su sustento y no es que se les pueda sacar mucha carne si te vieras en un apuro. Tampoco es que puedas repoblar el mundo con ellos. Creo que, entre ambas opciones, las personas son una carga menor.

<No lo entiendes. ¿Quién crees que será la mayor amenaza cuando todo se vaya a la mierda? ¿Quién vendrá a quitarte la comida y el agua? Otras personas. Por eso McGraw ni siquiera les contó a sus sobrinos lo que estaba construyendo aquí>.

Vale, el viejo McGraw al menos tenía buen ojo para calar a la gente.

Colin le puso una mano en la frente y suspiró cuando lo notó ardiendo; pero Taron rechazó su toque, exasperándolo aún más.

—No se puede generalizar y aseverar tales cosas. La gente puede contribuir, formar una comunidad.

<Y, aun así, intentar salvar a la gente a la que quieres podría ser como cavar tu propia tumba>.

Colin negó con la cabeza.

—Claro, ¿así que todo el mundo es un lastre para ti? ¿Yo también?

El mero hecho de que Taron tuviera que pensárselo, que se quedara callado durante interminables segundos, ya fue bastante molesto, pero lo que siguió fue aún peor:

<Sí, pero estás aquí y eso ya no se puede evitar>.

A Colin le empezó a hervir la sangre, como si ella misma quisiera evaporarse y eliminar cualquier rastro de Taron de su cuerpo.

—¿En serio me acabas de llamar «lastre» a la cara?

Taron extendió los brazos como si no hubiera nada de malo en ello.

<Lo siento>, gesticuló, pero su expresión adusta parecía decir lo contrario.

Colin respiró hondo y le clavó el dedo índice en el esternón. Fuerte.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Quién cuidaría de ti si te pusieras enfermo?

En lugar de sentirse intimidado, Taron parecía haber levantado un nuevo muro; lo había ido construyendo poco a poco desde el comienzo de esta conversación.

<He oído que los gatos son buenos para la salud, que te curan>.

Colin puso los ojos en blanco y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación respirando con intensidad por la nariz.

—Claro, claro, ¡serán ellos quienes te ayudarán a recuperarte en caso de que necesites cirugía o te rompas la espalda!

Se sorprendió cuando Taron lo agarró del brazo para hacer contacto visual.

<He creado una red de personas con ideas afines. Hombres gais como yo con quienes me comunico por radio. Nos vamos avisando de todo. Tenemos planes ya implementados para los casos en los que alguno de nosotros necesite ayuda. Con eso basta. Me las he arreglado solo durante años>.

Colin se quería reír, pero el collar parecía oprimirle el cuello más de lo normal. No podía creerse lo que estaba oyendo. Taron le estaba diciendo que tenía amigos gais preparacionistas con los que hablaba por radio y que eso era mucho mejor que un compañero de carne y hueso a su lado.

—¿También te los follas por radio? —le preguntó, dándole un empujón.

De solo pensarlo se cabreaba más; su furia era irracional, lo sabía, pero una vez suelta, no podía contenerla de nuevo.

<¿En código Morse?>.

Taron gruñó frunciéndole el ceño, pero las mejillas se le pusieron tan rojas como los tomates de su huerto. Oh, algo había hecho. ¡Por supuesto que lo había hecho!

—¡Venga, hombre! Tienes aquí contigo a un ser humano de verdad, a uno a quien no le importan tus ideas raras de cojones y que además te ayuda con todo, ¿y te atreves a llamarme «lastre»? —esto último lo dijo gritando a pleno pulmón porque no lo aguantaba más, tenía el cerebro hirviéndole en la olla a presión que era su cabeza—. De hecho, con mis conocimientos médicos, lo que soy es un activo; a muchos niveles, pero no, tú ni siquiera puedes reconocer algo así.

Colin odió la sonrisilla que se le dibujó bajo la barba.

—<Activo, no>, gesticuló. <Eres p-a-s-i-v-o>, deletreó.

Colin se quedó helado, le picaba tanto la garganta que por un momento no se atrevió a hablar.

—Claro que sí; y tengo un buen culo, además. Estoy seguro de que, en este mundo postapocalíptico que tanto deseas, tus amigos gais se morirán por conocerme.

La repentina tensión en los hombros de Taron le dijo a Colin todo lo que necesitaba saber.

<Eres mío>.

Bueno, bueno, pues resultaba que no era tan desechable como le había hecho creer; pero saber cuánto lo deseaba Taron ya no era suficiente. Tenía demasiado veneno en la lengua como para desperdiciarlo.

—Ya veremos. ¿Quizás deberías luchar contra ellos por mí? ¡Porque prefiero vivir con alguien que no crea que soy un puto grillete en su tobillo! —ladró Colin—. Y quién sabe, quizá alguno de ellos me guste más que tú. Tal vez incluso podría meterme en una relación poliamorosa, una trijea, así duplicaría la protección y los recursos.

La furia con la que Taron lo agarró por la mandíbula lo sorprendió, y eso que el corazón llevaba un rato latiéndole a mil por hora. Y cuando se inclinó hacia él, lo suficiente para que pudieran besarse, a Colin le flojearon las rodillas a pesar del cabreo que tenía.

—Deja de tocarme los huevos —dijo Taron, su cálido aliento rozándole los labios.

—Estoy siendo brutalmente honesto. Como. Lo. Eres. Tú —dijo separando cada palabra con obstinación mientras trataba de liberarse de su agarre.

Pero fue inútil. Sus dedos ásperos se le clavaron en la piel hasta que fue tan doloroso que Colin se quedó quieto y se limitó a aferrarse a la ropa de Taron.

—¿Quieres más polla? Yo te daré toda la que quieras —gruñó, tocando su frente con la de Colin.

Su postura era tensa, parecía que iba a entrar en combate, listo para ir a la guerra.

Colin negó con la cabeza, tratando de alejarlo, pero Taron no solo lo apoyó contra la pared, sino que también le metió la otra mano por los pantalones del pijama y le agarró la entrepierna.

A Colin ya no le funcionaba el cerebro. Entre la furia, la decepción y la repentina oleada de calor en los huevos, no pudo más que mirar a Taron y luchar por respirar.

—Solo quiero...

¿Qué quería? ¿Aceptación? ¿Sentirse seguro estando allí? ¿Importarle a Taron?

¿Y por qué? ¿Todo esto para poder escapar con mayor facilidad cuando llegara el momento? Porque huir, lo que se decía «huir» era algo en lo que no había pensado en exceso.

Taron inhaló con fuerza sobre la mejilla de Colin.

—¿Qué? —le preguntó, afianzando el agarre que tenía sobre su polla. Su toque se hizo más insistente y Colin estaba ya tan acostumbrado a su contacto que le era difícil pensar en otra cosa que no fuera mover sus caderas contra esa enorme mano.

Colin tragó saliva, fascinado por su mirada verde bosque; por la barba, que le hacía cosquillas en la mejilla y el cuello, provocando una reacción en cadena que hizo que se pusiera de puntillas. El arrebató de Taron le había acariciado el ego de la más primitiva de las formas, pero no lograba borrar nada de lo que había dicho antes.

—Has dicho que preferirías no tenerme aquí. Así que, dime, ¿qué cojones quieres tú? —susurró.

Taron le gruñó al oído.

—Tú mismo lo has dicho. Los gatos también son una carga y no por eso los voy a echar, ¿no?

La mezcla de dolor emocional y placer físico se estaba volviendo insoportable; agarró la barba de Taron enredando los dedos en ella y tiró con fuerza.

—¡No me llames así!

Taron gimió y deslizó su otra mano por el pecho de Colin.

—Vale, vale. Eres un activo —le dijo antes de besarle la oreja con dulzura, haciendo que el ritmo rabioso de la masturbación fuera aún más confuso.

Aun así, Colin se derritió contra él y, a toda prisa, metió su propia mano en los pantalones deportivos de Taron. La suave tela del chándal contra los nudillos era un tremendo contraste con la dura y rígida polla que se deslizaba ávida por su palma, exigiendo satisfacción.

Se acercó más y le rodeó el muslo con una pierna, pegando sus caderas.

—Te odio —gimió contra los labios de Taron antes de reclamarlos con un mordisco.

Las manos de ambos trabajaron rápido y con fiereza, juntándose en un momento determinado. Colin logró que Taron se corriera antes, lo que vio como un pequeño logro, aunque él lo siguió segundos después entre jadeos y besos hambrientos. Colin no estaba seguro de cuándo sus toques

ariscos y frenéticos se habían convertido en el abrazo que ahora compartían, pero se aferró a él como si fuera un salvavidas, como si dejarlo ir significara ahogarse.

Tenía la nariz enterrada en la barba de Taron y le acariciaba la firme espalda con las manos, arriba y abajo, mientras se deslizaban por la fría pared y se sentaban juntos en el suelo. No tenía que irse a duchar a toda prisa; no tenía que irse corriendo a clase; no tenía ningún sitio al que ir de forma urgente; no tenía que apresurarse. No recordaba haber estado nunca tan en paz en los brazos de otro hombre.

Cogió el brazo inerte de Taron y se rodeó el cuerpo con él. Estaba a gusto. Quizá este era el descanso que tanto había necesitado, porque estar ahí, lejos de la sociedad, no le parecía una pérdida de tiempo en absoluto. La vida no se le escapaba entre los dedos, porque vivir era precisamente lo que estaba haciendo; la vida estaba en el trabajo diario que hacían y en la compañía de un hombre de ideas afines.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, si sus padres no lo hubieran presionado para que siguiera sus pasos, tal vez se habría encontrado con Taron en algún momento. Quizá se habrían enrollado. ¿Quizá la intensidad del encuentro habría hecho que Colin intentara tener una cita con él? Quizá Taron le habría hablado sobre el preparacionismo y sobre Yellowstone durante la comida. Tal vez habrían follado una segunda vez y habrían quedado para que Taron le enseñara alguna habilidad útil para la supervivencia, que en realidad solo habría sido una excusa para volver a encontrarse.

Quizá.

Si resultaba que al final el supervolcán entraba en erupción, este búnker sería el arca perfecta para sobrevivir. Pero una cosa era vivir arriba, en una cabaña en medio del bosque, y otra ser enterrado bajo tierra con la compañía de una sola persona. ¿Vivir con él allí para siempre? Taron no era molesto ni ruidoso; siempre tenía algo que hacer y su comportamiento tranquilo y callado complementaba a la perfección la charla de Colin.

¿Cómo sería vivir allí para siempre? Solo ellos dos.

Si el tornado hubiera sido más mortífero, más extremo, ¿qué necesitaría Colin para vivir una vida plena allí abajo? Taron tenía razón en cuanto a que las personas eran una amenaza en tiempos de incertidumbre. El búnker, sin embargo, estaba bien escondido y solo un grupo muy exclusivo sabía de su existencia. Si el apocalipsis llegaba, Colin preferiría estar bien lejos de los típicos extremistas religiosos armados hasta los dientes que en algún momento decidirían que ellos eran los encargados de hacer las nuevas reglas.

Taron le acarició la espalda de forma distraída, sin ser consciente de que la ternura en su toque lo sujetaba con una cadena invisible mucho más eficaz que la amenaza que suponía el collar eléctrico. A pesar de todo, Colin se sentía seguro en sus brazos.

¿Haría frío bajo tierra? Quizá podría empezar a tejer, sería una forma muy entretenida de pasar el tiempo en invierno; y una habilidad útil en el futuro, una forma de demostrarle a Taron que tener un compañero tenía muchos beneficios.

Colin no había esperado que el hecho de que Taron dijera que no lo necesitaba le afectaría tanto, pero había sido un duro golpe; tal vez lo que tenía que hacer era recapacitar sobre el tamaño de su ego.

El pecho de Taron se expandió a su lado y, acto seguido, estornudó.

—Jesús —dijo Colin, y se sorprendió cuando Taron lo envolvió en un fuerte abrazo que duró varios segundos.

Lo agarró con tanta fuerza que hasta le dolieron las costillas; luego lo soltó y le dio un beso en la mejilla como si nada hubiera pasado.

Qué hombre más complicado; era como un gato.

<¿Quieres que te enseñe otra cosa?>.

Colin sonrió y giró la cabeza, que tenía apoyada en el hombro de Taron, para poder verle la cara.

—Guau, ¿hay más?

Taron le pasó un brazo por los hombros y lo guio hasta el siguiente contenedor. ¿Qué más podría tener allí? ¿Un tanque de tiburones? ¿Diez congeladores industriales?

Cuando abrió la puerta y encendió la luz, Colin se quedó sin habla. Las paredes cubiertas de pequeños estantes y repisas le habrían resultado desconcertantes si no fuera por la moqueta verde del suelo y los árboles para gatos hechos a mano que llenaban el resto del espacio junto con distintos juguetes, almohadas y pequeñas camas.

No tenía ninguna duda de que esta sala había sido una de las aportaciones de Taron al complejo subterráneo. Colin le cogió la mano, entrelazó sus dedos y le sonrió.

—Impresionante. ¿A mí también me vas a hacer una habitación dedicada a satisfacer mis necesidades?

En lugar de gesticular, Taron se inclinó para susurrarle al oído:

—Si te quedas.

Como si tuviera elección.

Colin le sonrió, preguntándose una vez más si tal vez podría haber algún tipo de término medio. Podría enviarles una carta a sus padres informándoles de que se iba, o ir a una comisaría y explicarles que se había perdido en el bosque. O quizá podría volver a su antigua vida y seguir en contacto con Taron. Empezar de nuevo, partir de cero con él. Podría alternar: quedarse algunos fines de semana en casa de sus padres y vivir con Taron los días de diario mientras iba a clase.

—Me lo pensaré, depende de la oferta que me hagas.

Taron se alejó y Colin echo de menos su mano al instante.

<Vamos a ver si el tornado ha afectado a la cabaña o si, por suerte, solo tenemos que limpiar y organizar un poco después de la tormenta>.

Colin dejó que Taron lo guiara, pero su mente no paraba de darle vueltas a todas las posibilidades que ofrecía ese lugar; se imaginó a los gatos dándole uso a su habitación y a ellos dándole uso a esa cama estupenda en la que habían dormido la noche anterior. Juntos por primera vez.

—O podríamos no hacerlo.

Taron arqueó las cejas y estornudó de nuevo mientras caminaban entre los interminables contenedores que creaban un laberinto de habitaciones y compartimentos. Se estaba poniendo enfermo y no debería estar expuesto al viento ni corriendo de un lado a otro para arreglar cosas. Colin sabía que Taron tendía a trabajar más de la cuenta y lo que necesitaba en esos momentos era reposo en cama y sopa de pollo.

—Dado que ya estamos aquí abajo, ¿por qué no probamos cómo se vive en este escondite subterráneo? Ya sabes, para ver cómo nos las arreglaríamos.

Taron ladeó la cabeza, pero picó el anzuelo.

<¿Sí? ¿Te gustaría?>.

Colin tragó saliva, fascinado por la esperanza que iluminó el rostro pálido de Taron.

—Me voy a quedar aquí, ¿no? Entonces necesito saber todo lo que pueda sobre este lugar. Por si acaso.

Taron asintió con premura y sonrió.

<Te lo enseñaré todo>.

Colin le devolvió la sonrisa.

—Pero primero a la cama. Órdenes del médico.

Capítulo 15

COLIN

PASARON CASI DOS SEMANAS en el búnker; Taron solo salió para atender las necesidades básicas de los animales y regar el huerto. Y menos mal, porque el catarro fue a peor y necesitó mucho descanso y que Colin lo cuidara, por mucho que asegurara que estaba bien.

Mientras estaban allí, aprendió todo lo que había que saber sobre las diferentes fuentes de agua, los filtros de aire y muchas otras cosas que le resultaron muy interesantes. Todo muy práctico.

Cuando salieron del búnker, consideró la opción de volverse a escapar, pero la idea solo le duró hasta que el sol de junio le acarició la piel. No estaría mal quedarse una temporadita. Así que eso fue lo que hizo; y las siguientes dos semanas las pasaron reparando los daños causados por la tormenta y cuidando a Missi y a sus gatitos. Taron también fue a la biblioteca y le trajo más libros; todos ellos muy del rollo de Colin.

Y es que Taron era muy detallista. A principios de ese mes, le había traído su chocolatina favorita, a pesar de que los dulces no solían formar parte de su dieta y a Taron no le gustaba gastar dinero en cosas que no necesitaba. En otra ocasión, lo dejó dormir hasta mediodía y lo sorprendió llevándole el desayuno a la cama. Taron era un tío hosco, pero también podía ser muy generoso; independientemente de su forma loca de ver el mundo.

Esa mañana, Colin volvía con agua fría del pozo y, cuando llegó a casa, el desayuno ya estaba sobre la mesa. La cabaña olía a mantequilla, a huevos y a *bacon* de conejo; frito y crujiente, como le gustaba.

Le dio las gracias a Taron y se sentó frente a él, sirviéndose unas tostadas y poniendo huevos revueltos sobre ellas.

—¿Vas a salir? —preguntó al fijarse en que las botas que llevaba Taron no eran las que solía usar para trabajar en la granja.

Taron asintió con la boca llena. Llevaba una camiseta de manga corta que dejaba ver esos brazos fuertes que a Colin tanto le gustaban. Quizá luego podría quitársela.

—¿A dónde? —le preguntó Colin apoyando la barbilla en la palma de la mano. Había que arrancarle cada pedacito de información.

Taron hizo el gesto de lanzar un señuelo. Vale, se iba a pescar. El abuelo de Colin había tratado de convencerlo de que ver un trozo de plástico flotando en la superficie del agua hasta que un pez picara era un pasatiempo maravillosísimo, pero él lo odiaba con pasión, así que nunca había querido acompañar a Taron.

<Al sur del lugar donde encontramos a Missi. Cerca de donde vimos a aquel tejón>.

—Podríamos asarlo en el jardín. Estaría bien —dijo Colin mientras masticaba. Taron no era de los que te reñían por hablar con la boca llena.

A Taron se le iluminaron los ojos.

<En la fogata. Y, si no pesco ninguno, hacemos pollo>.

Colin le sonrió, pero entonces se vio invadido por los recuerdos y su sonrisa flaqueó. Taron se dio cuenta de inmediato y le acarició el pie con el suyo, preguntándole con la mirada.

Colin tragó saliva, se reclinó en la silla y cogió la taza de té de hierbas que bebían en lugar de café.

—Estaba pensando en mis abuelos; a mi abuelo le gustaba mucho pescar y, no sé, me ha venido muy de golpe. Viví con ellos varios años mientras mis padres estaban fuera. Murieron, y la verdad es que los echo mucho de menos.

Taron dejó caer los hombros.

<¿Quieres venir?>.

Colin negó con la cabeza.

—No. Tengo que trabajar un poco en el huerto. Es solo que... tal vez podríamos hacer algo para mi cumpleaños. Creo que, desde que mi abuela falleció, nadie me ha hecho una fiesta para celebrarlo. Bueno, supongo que ese trío que hice hace dos años podría contarse como una fiesta... —dijo, tratando de recomponerse. Su estado de ánimo había cambiado muy de golpe, la melancolía había llegado de la nada.

Taron frunció el ceño.

<¿Un trío de cumpleaños? ¿En serio? No vamos a hacer eso>.

La cara de Taron, seria y solemne, fue lo que logró cambiarle el humor. Colin se rio entre dientes y le acarició la pantorrilla con los dedos de los pies.

—No, pero quizá podríamos hacer otra cosa. Llevo tiempo queriendo ver la nueva película de *Los Vengadores*.

<¿Qué es eso?>.

La pregunta confundió a Colin por un momento, pero luego recordó que Taron había vivido en el bosque durante los últimos quince años y no estaba al día con la cultura pop moderna.

—Superhéroes.

Taron sonrió.

<¿Como Batman?>.

—No, como Batman, no. Los Vengadores son... los otros —dijo Colin que, al darse cuenta de que no lo iba a entender, terminó negando con la cabeza y diciendo—: Da igual. Pero llevo años siguiendo las películas dentro del universo y esta será como el capítulo final.

Taron le acarició la mano.

<Tal vez podamos cogerla en DVD en unos meses. ¿Cuándo es tu cumpleaños?>.

Colin miró la mano grande y cálida que cubría la suya. Había tal consuelo en su tacto que por un breve momento se quedó muy quieto.

—En dos meses, el 13 de agosto.

<Siento lo de la película. Pero haremos algo especial, ¿vale?>.

Colin le apretó la mano, desesperado de repente por salir de allí, por comer palomitas en una butaca incómoda. Solo porque sí, porque le apetecía. Solía preferir ver las películas en casa, en paz, pero el hecho de que le prohibieran salir hacía del cine una perspectiva de lo más tentadora.

—Podría dejarme barba; en dos meses ya me habrá crecido. Nadie me reconocería.

Taron lo miró, pensativo, y Colin se dio cuenta de que lo estaba evaluando, valorando si acudiría a la comisaría de policía más cercana o si haría una escena en público.

<Me gustas afeitado>.

Colin alejó la mano.

—¿No me lo puedo creer! ¿De verdad crees que intentaría escaparme? ¿En serio?

Taron apartó la mirada y se limpió la boca con un paño. Como él había hecho el desayuno, los platos eran responsabilidad de Colin.

<Tengo que irme. Los peces no esperan a nadie>.

De hecho, sí que lo hacían. Había muchos peces y solo un Colin, uno muy cabreado.

—Venga, por favor. Es solo una película. Estaríamos en un cine oscuro y podríamos venir directos a casa en cuanto acabara —dijo cada vez más molesto. Ya podría haber huido unas cien

veces. No es que pudiera decirle eso a la cara, a estas alturas tenían ya una relación bastante íntima y no quería decepcionarlo—. ¿Cuándo confiarás en mí?

<Lo pensaré>.

¿Qué pensaría? ¿Lo de la película o lo de la confianza? No tuvo oportunidad de preguntárselo, porque Taron salió disparado por la puerta.

Estupendo. ¿Llevaban semanas follando como recién casados, pero resultaba que Taron todavía esperaba que le clavara un cuchillo por la espalda?

Colin lo siguió fuera con la mirada fija en sus anchos hombros. No tenía sentido discutir en esos momentos a pesar de que el collar —del que se había vuelto a olvidar— le pesaba más que nunca.

—Ten cuidado —le dijo una vez que Taron sacó los utensilios de pesca del cobertizo.

Taron le sonrió y se despidió con la mano como si no acabaran de tener una conversación incómoda hacía escasos minutos. Aunque no era de extrañar, Taron era un maestro evadiendo temas de conversación.

Colin se quedaría allí y trabajaría en el huerto. No tenía otra cosa que hacer mientras esperaba el regreso de Taron.

Bueno..., quizá si había otra cosa que podía hacer.

Taron estaría fuera un par de horas, tiempo más que suficiente para que Colin llegara a la carretera, incluso a pie. Hacía un día espléndido; se podría llevar agua y algún tentempié.

Y no tenía por qué ir a la policía. Podría alegar amnesia, mentir y contar alguna historia sobre cómo había sobrevivido en el bosque; o decir que se había largado porque necesitaba un respiro, un parón en su estresante día a día.

Pero le entró ansiedad de solo pensar en ello; de imaginarse a Taron regresando a casa con el pescado para la cena, orgulloso y deseoso de mostrárselo, y encontrar la cabaña vacía. Le entraron hasta náuseas.

No podía hacerle eso después de exigirle confianza.

Así que, sin parar de mordisquearse los labios, se quedó mirando cómo Taron desaparecía en el bosque. Luego, él y su ansiedad se fueron a fregar los platos, y no fue hasta que salió de nuevo al exterior que consiguió relajarse un poco y convencerse de que había tomado la decisión correcta. Taron solía salir al menos dos veces por semana, así que no era como si acabara de desperdiciar su única oportunidad de escapar.

Poco a poco se fue sintiendo más en paz y empezó con sus quehaceres de cada mañana. Primero dio de comer a los animales y luego se fue al jardín, donde las hojas aún estaban

húmedas por el rocío y olía a plantas exóticas y a tierra húmeda. Se puso el sombrero de paja de Taron para protegerse del sol y continuó con la tarea que había empezado el día anterior: quitar las malas hierbas. Pocas cosas le resultaban tan satisfactorias como cuidar y arreglar el terreno. Era un trabajo práctico y podía ver los efectos de inmediato.

Lo malo era que le dejaba la mente despejada y mucho espacio para pensar.

¿Nunca más volvería a ir al cine? ¿Tardaría mucho más en convencer a Taron de que lo dejara salir? Podía largarse sin más, también era cierto, irse y celebrar su cumpleaños como quisiera, sin tener que rogar. Pero el tiempo pasaba muy rápido y él estaba tan en paz con Taron y sus animales... Quizá podría esperar hasta después de su cumpleaños; total, ese año ya no se iba a poder graduar. Tal vez el mejor momento para irse era a finales de agosto; o a principios de septiembre. Para entonces, habría pasado un verano relajado, follándose a un chico cuya compañía disfrutaba y atiborrándose a comida orgánica. Planazo, ¿no?

No había prisa por volver al engorro que era su vida normal. Y nunca se sabía, pero tal vez en otro mes o así, podría convencer a Taron de que lo suyo no tenía por qué ser una situación de todo o nada; que el hecho de que Colin volviera a su antigua vida no significaba que no pudieran volverse a ver. De hecho, si hubiera podido pasar los fines semana en la granja en vez de en casa de sus padres, su vida hubiera sido mucho mejor. No hubiera tenido necesidad de mentir e inventarse algún proyecto grupal que necesitaba hacer con sus compañeros para evitar tener que ir los viernes a su casa.

Los gatos también le sirvieron de distracción; las ganas de jugar de Rio fueron más que bienvenidas y durante un rato lo tuvo entretenido persiguiendo una ramita cuya punta nunca lograba coger. Pero después tuvo que volver al trabajo; cortó algunas verduras para la comida y luego se acercó a la parte de atrás del cobertizo donde Taron había plantado algunas frutas. Colin estaba emocionado por ver cómo iban las fresas; había estado viéndolas crecer y madurar y, cuando se agachó sobre las pequeñas plantas y las vio tan rojas y brillantes, no pudo evitar sonreír.

Tenían el tamaño perfecto y, al llevarse una a la boca para probarla, una dulce explosión de sabor le estalló en la lengua. Estaba tan orgulloso de este logro mutuo que no podía esperar a ver la reacción de Taron cuando probara una él también. Y, como parecía que aún no iba a huir, decidió que podía ir a buscarlo al río y hacer un pícnic con él. Y luego follar al aire libre. De solo pensar en ello, volvió a sonreír.

Regresó corriendo a casa para coger una caja para la fruta. Luego preparó una cesta con sándwiches y un poco del zumo que ellos mismos habían exprimido la semana anterior y, unos

minutos después, ya estaba en marcha siguiendo el estrecho sendero que conducía al río. La luz del sol le acariciaba la piel con cálidos dedos mientras andaba y tarareaba en voz baja; pero, a medio camino, se le ocurrió que llegaría antes si tomaba un atajo.

Taron le había dicho que no pasara por ciertas áreas, pero ahora Colin sabía que el collar no lo electrocutaría, así que se desvió del sendero y cruzó a través de una extensión de hierba alta y exuberante flanqueada por espesos arbustos. No le diría nada a Taron y ya. Ojos que no veían...

Nunca había ido por ese camino y la belleza apabullante de ese bosque alejado de la mano del hombre le hizo darse cuenta de lo mucho que había echado de menos algo así. Sus ojos iban de un árbol a otro, pero fue la enorme azalea en flor con sus pétalos rosados la que lo dejó del todo sin aliento. Tenía que coger algunas de esas flores para decorar la casa, por mucho que Taron se riera de sus intentos de hacer la cabaña más hogareña.

Dejó la cesta en la hierba y se acercó, cegado por el sol que brillaba detrás de la azalea. El musgo cedía bajo sus pies a cada paso, hasta que no lo hizo.

Pisó algo duro y sonó un chasquido, un clic, cuyo eco se extendió por el tranquilo y sereno claro. Algo lo hizo caer al suelo y se le cortó la respiración. Las hojas y las plantas se agitaban sobre él bajo la luz brillante del sol y se quedó mirando sus bordes rojos hasta que, superada la conmoción inicial, sintió un dolor punzante en la pierna. Algo iba mal. Algo iba muy muy mal.

Dejó escapar un sollozo ahogado y se sentó; cuando vio el hierro que le apretaba la pierna empezó a gritar. Le dolían los pulmones como si no les llegara el aire y, cuanto más miraba los dientes que se le clavaban en la piel, las mandíbulas de metal que le apretaban sin piedad la pierna por ambos lados, más rápido el entumecimiento se convertía en un dolor pulsante e insoportable. Ya no podía concentrarse en nada, pero sus pensamientos erráticos le decían que luchara, que intentara escapar, aunque era obvio que no lograría sacar la pierna del cepo.

No pudo evitar gritar; arañaba el suelo, se aferraba a la hierba y tiraba, porque no sabía de qué otra forma lidiar con la sensación de calor abrasador que sentía.

—¡Taron! ¡Taron! —gritó, temblando de miedo cuando algo se movió dentro de su pierna.

Esto no podía estar pasando. No, no, no.

Notaba el sudor deslizándose por su espalda, humedeciéndole y enfriándole la piel; entonces se dio cuenta de que la cesta estaba muy lejos y se volvió loco de solo pensarlo. ¿Y si había hormigas? No había visto ninguna, pero ¿y si las había y se comían todas las cosas que había traído para hacer el pícnic?

Los ojos le picaban, bañados en lágrimas, mientras trataba de girar sobre sí mismo. No paraba de temblar. Estaba tan lejos del camino que podría morir desangrado; o un animal salvaje podría

pasar por allí y encontrárselo atrapado e incapaz de defenderse. Sabía que debería hacer algo, lo que fuera, pero incluso mantenerse despierto le resultaba imposible, y mirar como el metal se le clavaba en la pierna hacía que se le revolviera el estómago.

No le funcionaba la cabeza, era como si el cerebro se le hubiera apagado, pero cuando de repente sus dedos se toparon con lo que llevaba colgado al cuello, una pequeña luz de esperanza brilló en su interior y le devolvió algo de la lógica que había perdido.

El silbato. Tenía el silbato con él.

Sus labios encontraron la boca de metal y se aferraron a ella como si fuera una botella de agua en medio del desierto; sopló con todas sus fuerzas. Una y otra vez; a pesar de los sollozos que lo ahogaban, hizo sonar el silbato sin parar.

No escuchó pasos, así que cuando Taron apareció sobre él de la nada, su toque lo sorprendió.

Taron lo agarró por los hombros, dándole un apretón y se arrodilló en la hierba a su lado, su expresión tensa. Quería decir algo, pero estaba tan agitado que lo que le salió fue una mezcla de gruñidos frenéticos. Tras unos segundos, respiró hondo y habló con las manos:

<¿Qué haces aquí?>.

Con una concentración extrema, examinó la trampa que Colin tenía hundida en la pierna.

Colin lo miró y tocó el silbato como pudo, muy bajito, temblando de frío. ¿Cuándo había bajado la temperatura?

—Pícnic —contestó, y movió una mano hacia donde pensaba que estaba la cesta.

Taron cogió aire por la nariz.

<Te dije que no vinieras por aquí>, gesticuló antes de manipular algo junto a la trampa.

Colin estaba tan desesperado que ni siquiera quiso discutir.

—Quería llegar a ti más rápido.

Cuando Taron abrió la trampa, el dolor fue insoportable; le ardía y el calor se le extendió por todo el cuerpo. Gritó y se retorció sobre la hierba, dando patadas con el pie bueno sobre el suelo mientras sus manos buscaban a Taron. Se aferró a su camiseta y lo sujetó, no fuera a querer irse.

—No te vayas.

Taron negó con la cabeza y gesticuló un breve «nunca» antes de pasarle un brazo por debajo de las rodillas y el otro por la espalda. Cuando lo levantó, Colin se abrazó a su cuello de forma natural.

Algo en su interior le decía que una vez liberado de la trampa el dolor debería disminuir, pero, en su lugar, estaba empeorando, desgarrándole los músculos a cada paso que daba Taron. No

quería mirar hacia abajo, así que se concentró en el hombre que lo llevaba en brazos, respirando su olor y observando cualquier gesto o indicio que le revelara qué estaba pensando.

—He traído fresas. No podemos dejarlas ahí sin más.

Taron separó los labios como si fuera a decir algo, pero, en vez de hablar, se inclinó hacia la cesta cuando pasaron a su lado para que Colin la pudiera agarrar del asa. Cuando este la tuvo en su poder, se la llevó al pecho, pero, sin querer, su mirada se posó en su pierna hinchada, desgarrada por los dientes de la trampa, y en los riachuelos de sangre seca que cubrían la piel purpúrea de alrededor. Respiró hondo, contuvo las repentinas náuseas y apretó la cesta contra su cuerpo.

—Mierda. Joder, joder. Está rota. ¡Estoy casi seguro de que me he roto la pierna! ¿A qué distancia están las urgencias más cercanas?

Taron le miró la pierna y luego la cara. Dijo algo, pero tal y como le palpitaba la sangre en las sienes, Colin no escuchó ni una palabra; Taron se lo repitió:

—Nada de hospitales.

Durante unos segundos, Taron corrió en silencio sosteniéndolo con firmeza a pesar de lo que debía de pesarle. Pero cuando el cerebro de Colin despertó y captó el significado de sus palabras, negó con la cabeza y contestó:

—¿Qué? ¡Por supuesto que vamos a ir al hospital! Necesito que me hagan una radiografía. Tal vez incluso cirugía...

—No podemos ir. La curaremos aquí.

Ni siquiera el férreo agarre de Taron le brindó consuelo. Había entrado en una especie de dimensión alternativa en la que podría morir; se desangraría, contraería una infección y caminaría cojo y con dolor durante el resto de su vida; sufriría una sepsis o cualquier otra consecuencia de las infinitas y horribles posibilidades que existían.

—¿Qué quieres decir con que no podemos ir? No hay nada que te impida buscar ayuda de verdad y que me vean la pierna. Si alguien me reconoce, le dices que me encontraste en el bosque —dijo Colin aferrándose al cuello de Taron mientras el suyo latía desbocado bajo el collar.

—Sabes por qué no podemos ir.

Esto no le podía estar pasando a él. Su primer hueso roto. Un sinfín de información sobre cómo tratarlo se le arremolinaba en la cabeza y, aun así, en lo único en lo que podía pensar era en el estado lamentable de su pierna.

—No, no lo sé. Necesito ayuda. Necesito un médico. Esto no es ninguna chorrada. Taron, por favor —susurró Colin, mirándolo a los ojos a pesar de que el dolor le decía que se acurrucara contra su pecho y llorara. Incluso su agarre sobre la cesta se estaba volviendo demasiado débil para poder sujetarla.

—Todo irá bien. No voy a ir a la cárcel.

La determinación en la mirada de Taron le rompió el corazón en dos. Ahí lo tenía; Taron no confiaba en él y no cambiaría de opinión al respecto, incluso si eso significara que Colin sufriera las consecuencias.

—Por favor, Taron. Te lo ruego...

No pudo evitar que se le escapara otro sollozo, pero Taron no cedió.

Cada paso hacía que la pierna de Colin diera una sacudida; el dolor se hizo insoportable hasta que se desmayó. Lo último que vio fue su cesta caer al suelo.

Capítulo 16

TARON

TARON EMBORRACHÓ A COLIN con alcohol casero, pero ni siquiera la ingente cantidad que le dio pudo adormecerlo lo suficiente como para que no sintiera dolor mientras le manipulaba la pierna fracturada. Al principio, el propio Colin le intentó ayudar reposicionando él mismo el hueso roto, pero el pobre se limitó a tocar de forma vacilante la zona hinchada, incapaz de empujar. Cada mueca de dolor, cada sollozo, dejó una cicatriz en el corazón de Taron; pero tenía que mantenerse firme. A pesar de lo que Colin creyera, esto podía solucionarse en casa, sin poner en peligro todo por lo que Taron había trabajado. La gente lo había hecho durante milenios, y sin antibióticos que les aseguraran que la herida no se infectaría.

Colin no se había roto la pierna a propósito, pero si terminaba en el hospital, desaparecería de su vida para siempre, incluso si decidía no presentar cargos, lo cual era muy poco probable. Prepararse para un cataclismo conllevaba estudiar primeros auxilios y medicina básica. Taron se había estado preparando para poder lidiar él mismo con una fractura en caso de que se rompiera algo. Lo que no había esperado era tener que ayudar a otra persona.

Tenía las manos cubiertas de sangre y había tenido que echar a todos los gatos de casa porque no había forma de que se mantuvieran alejados de la improvisada mesa de operaciones, pero ya había podido comprobar que no había dislocación, por lo que suponía que la herida sanaría tarde o temprano. Y, aunque en esos momentos Colin lo odiaba —tal y como sugería lo que balbuceaba en su borrachera—, terminaría entrando en razón.

Tenía la pierna tan hinchada que dolía mirarla, pero una vez que Taron se puso a ello, en lo único en lo que pudo pensar fue en terminar cuanto antes. Que Colin volviera a perder el conocimiento fue en cierto modo una bendición.

El proceso fue un calvario y pareció durar una eternidad. Cuando acabó de asegurarle la pierna con tablones de madera y cuerda, lo trasladó a su dormitorio; Colin jadeó, tratando de coger aire, agitándose en el sueño superficial en el que estaba sumido. Taron le llevó agua fría y le limpió el sudor que perlaba su pálida cara. Ya había tomado los antibióticos que él mismo le había pedido, así que, aunque en esos momentos estuviera pasándolo fatal, en unos días debería mejorar. Al fin y al cabo, el hueso no había atravesado la piel ni nada así de aparatoso. Y dado que no tenía la pierna enyesada, Taron podría curarle las heridas punzantes que su trampa le había dejado en la piel.

Cuando todo terminó, el cansancio cayó a plomo sobre él y, aunque no solía tomar café, se preparó uno. Se sentó en la cama y secó con suavidad la sangre de las heridas utilizando un paño húmedo. No podía soportar ver a Colin sufrir así, le dolía el corazón y, si pudiera, lo sumiría en un largo sueño hasta que se curara del todo.

Colin se retorció inquieto y se despertó de nuevo; miró a su alrededor con ojos enrojecidos e intentó sentarse, pero el movimiento le debió de molestar tanto que volvió a dejarse caer sobre las almohadas, llevándose una mano al muslo y haciendo un gesto de dolor.

—No, no puede ser, creí que había sido un puto sueño...

Taron le acarició el pie sano.

<Está bien. Ya pasó>.

Colin abrió los ojos de forma abrupta y le apartó la mano de una patada con la pierna buena.

—No —dijo, su respiración acelerándose por segundos—. ¿Por qué estás aquí?

<¿Dónde iba a estar?>.

¿Estaría delirando por lo mucho que había bebido?

Colin negó con la cabeza y se apartó de él.

—Vete de aquí. Largo. Querías pescar, ¿no? Pues vete a pescar.

Taron le dio unas palmaditas en el hombro para que lo mirara.

<No me voy a ir a ninguna parte. Estaré aquí para lo que sea que necesites>.

Colin le apartó la mano como si la tuviera sucia, su cara era la viva imagen del cabreo.

—No necesito nada de ti. Qué oportuno es todo esto, ¿no? Debería haber intentado huir en cuanto te fuiste, pero no, tuve que decidir hacer un puto pícnic.

A Taron se le rompió el corazón, sus peores temores acababan de confirmarse: Colin seguía pensando en huir, por mucho que pareciera disfrutar viviendo con él, aún quería escapar.

<Odio verte sufrir. Yo cuidaré de ti>.

Colin jadeó, respiraba con dificultad, y abrió mucho los ojos.

—No. A ti te da igual. Lo único que te importa es que ahora no podré ayudar en la granja. A ti no te importa cómo me sienta siempre y cuando no te meta en problemas —dijo con voz aguda, agarrándose a las sábanas.

Cada palabra estaba destinada a hacer el máximo daño posible y así fue, lo hizo añicos por dentro. ¿De verdad Colin pensaba eso de él?

<Sabes que eso no es verdad>.

Se inclinó para abrazarlo, pero Colin le dio una bofetada tan fuerte que retrocedió de inmediato.

Colin rodó en la cama lo más lejos que pudo, aterrizando boca abajo; tenía la cara sonrojada y los ojos desenfocados.

—No puedo creer que llegara a confiar en ti. Estás enfermo. ¡Enfermo! El daño de mi pierna podría ser irreversible y no sanar bien, pero tú prefieres mantenerme aquí sin ningún tipo de ayuda.

<Yo he ayudado>, gesticuló Taron mientras se daba una fuerte palmada en el pecho.

Colin negó con la cabeza y se tapó entero con las sábanas, lo que no hizo sino hacer más patentes los obvios temblores que le recorrían el cuerpo. Taron gritaba por dentro, cada uno de sus instintos diciéndole que le ofreciera consuelo; pero sabía que no sería bienvenido.

—No has hecho una mierda. Puede ser que incluso me hayas dejado la pierna peor, y no hay forma de saberlo. Eres un egoísta. Digas lo que digas, no te importa lo que me pase.

Sí que le importaba. Por supuesto que le importaba. Pero no quería que Colin se fuera y eso lo hacía egoísta. Había asesinado a un total de tres hombres y además había secuestrado a Colin; sabía que no tenía derecho a considerarse un ser bondadoso. Intentaba no pensar en ello y la mayoría de días no lo hacía, pero hoy le habían puesto cara a cara con la verdad y era un reflejo que no le gustaba demasiado ver.

<Estarás bien. Me aseguraré de ello. Hablaré con Gus por radio. Tiene un amigo médico>.

Colin cogió la almohada y se la tiró a la cara.

—¿Sabes dónde hay médicos? ¡En el puto pueblo más cercano! ¿Qué coño te pasa?

Taron gimió.

<Si el mundo no estuviera allí para ayudarnos, hubiéramos tenido que ocuparnos de ello por nuestra cuenta. Ser autosuficiente es lo mejor>.

Colin le enseñó los dientes y se sentó como pudo; le costó lo suyo, tan borracho como estaba. Parecía un animal acorralado que no entendía por qué sangraba.

—¡Pero no lo somos! Incluso si el fin de la civilización llegara en algún momento, aún no ha sucedido. ¡Podemos pedir ayuda! ¡Y si tú no quieres hacerlo, lo haré yo mismo! —dijo, intentando mover la pierna herida.

Taron le puso las manos en los hombros y lo sujetó antes de que pudiera levantarse.

<¿Adónde vas?>.

Colin le dio un golpe en el pecho con tanta fuerza que a Taron se le cortó la respiración por un momento.

—Al pueblo. ¿A dónde voy a ir con la pierna fracturada?

Taron gimió y se pasó la mano por la cara.

<No irás a ninguna parte. Descansarás. Te curarás>.

Colin lo pellizcó y empezó a darle patadas a lo loco con su pierna sana.

—Déjame. No me toques.

<Entonces acuéstate. ¿O tengo que volver a enjaularte?>.

Taron dejó escapar otro gemido. Por una vez, deseó poder gritar su frustración como la mayoría de la gente.

Colin se quedó muy quieto; la ira desapareció por completo de su rostro y fue reemplazada por tal desesperanza que a Taron se le rompió aún más el corazón.

—¿Me harías eso otra vez? ¿De verdad me encerrarías?

<Solo si te conviertes en una amenaza para ti mismo>.

Taron se tiró del pelo, frustrado y desesperado, y se apartó de él. No se podía creer el lío en el que se había metido; qué desastre. Si había algo para lo que nunca se había preparado era para tener pareja. Se suponía que era autosuficiente y, además, la única razón por la que había aprendido a tratar posibles fracturas era porque había asumido que tal vez le fuera útil en el futuro, pero para curarse a sí mismo. Y, sin embargo, allí estaba, hecho pedazos por un chico que lo odiaba y al que, aun así, era incapaz de dejar marchar.

Colin bufó y negó con la cabeza.

—La única amenaza aquí eres tú. Tú eres el culpable de mi desgracia.

Taron se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos. No había manera de salir de esta; porque, aunque en esos momentos Colin fuera una bomba de relojería, Taron no podría hacerle ningún daño. Había caído en la trampa que con tanta desesperación había tratado de evitar: preocuparse por otra persona.

<Aprenderás a vivir con ello>, gesticuló al final.

Colin gritó y le dio un puñetazo a la almohada.

—¡Joder! Puta mierda. ¿Qué sabrás tú de estar atrapado e indefenso? Podría estar en casa en una hora y media, pero no, me tienes aquí como si fuera un ave de compañía a pesar de que necesito ayuda. ¡No entiendes una mierda!

Taron quería decirle que entendía cómo se sentía, pero, tan pronto como empezó a hablar en lengua de signos, le dio miedo no explicarse bien, que se perdiera el significado de lo que quería contar, o que Colin estuviera demasiado borracho para entender sus gestos frenéticos. Cuando abrió la boca, expresar su dolor en palabras le resultó imposible, era demasiado difícil; así que cogió una libreta y comenzó a escribir a toda prisa.

Las lágrimas le picaban en los ojos, a pesar de que lo que quería contar había pasado hacía mucho tiempo. Debería haberlo superado. Había elegido seguir un camino que le permitiría protegerse y evitar que la historia se repitiera otra vez, y al final había terminado cayendo en trampas invisibles. Con dedos temblorosos le entregó el cuaderno abierto a Colin; tenía la esperanza de que descubrir su pasado le ayudara a comprender.

Colin lo fulminó con la mirada, pero comenzó a leer; lo hizo con una mueca de desprecio, como si tener que lidiar con la discapacidad de Taron lo enfureciera.

«Creo que uno debe estar preparado para lo que venga, y lo de tu pierna ha sido un contratiempo, pero lo hemos solucionado; aunque ahora te duela, te pondrás bien. Uno tiene que estar listo para lo que pueda pasar. Mi familia no lo estaba. Yo tenía dieciocho años cuando nuestra ciudad se inundó. Nos dijeron que evacuáramos, pero mis padres creyeron que no era para tanto, que todo se solucionaría. Cuando la cosa empeoró, tomó a mi familia por sorpresa. Mi padre intentó salvar a mi madre y a mis dos hermanas pequeñas y las metió en un bote; él y yo nos tuvimos que quedar porque no había espacio para nosotros, era muy pequeño. Nos habían dicho que subiéramos al tejado si el agua seguía creciendo, pero antes de que eso sucediera, aparecieron los saqueadores. Mi padre se enfrentó a ellos: disparó a uno antes de que lo arrojaran por la ventana y cayera a los rápidos que se habían originado con la inundación. Yo maté al otro y me quedé allí durante una semana entera. Estaba esperando que mi madre viniera a buscarme. O a que mi padre, posiblemente herido, encontrara la forma de volver. Necesitaba quedarme allí por si regresaban. En casa no había apenas nada y terminé subsistiendo a base de agua filtrada y de la reserva de chuches de Halloween de mis hermanas.

Ningún miembro de mi familia sobrevivió. Y yo me niego a volverme a ver en una situación como esa. Pensé que podría hacerlo todo por mi cuenta. Empezar una nueva vida en la que solo fuera responsable de mí mismo; pero ahora estás aquí y te quiero aquí, y no quiero perderte, así que ambos vamos a tener que aprender a manejar las cosas por nosotros mismos».

Colin lo leyó; tenía el ceño cada vez más fruncido y parecía que le costaba respirar. Taron sentía que le estaban diseccionando el corazón mientras aún le latía en el pecho.

Pasaron los segundos, la tensión fue en aumento.

Hasta que, por fin, Colin se encontró con su mirada.

—¿De verdad crees que esto explica lo que me estás haciendo? —le preguntó.

Sus ojos destilaban una mordacidad que nunca antes había estado ahí, pero la dureza que contenían sus palabras fue aún peor que la bofetada que le había dado antes. Taron no le había contado a nadie aquel terrible suceso, pero ansiaba que Colin lo entendiera, lo deseaba con tanta desesperación que había desnudado su alma ante él.

<Sí. El gobierno no te ayudará, así que tienes que aprender a lidiar con las cosas por ti mismo>.

Colin tragó saliva y rompió la hoja en dos. Luego juntó las dos mitades y las rompió de nuevo, sin apartar la mirada de Taron mientras le trituraba el alma con ese simple gesto.

—No existe un «nosotros». Te he dicho lo que quiero y aun así me has doblegado a tu voluntad por la fuerza. No confías en mí. Ni siquiera me respetas. No quiero estar cerca de ti. No quiero verte. No quiero escuchar tus excusas. Te odio.

Taron observó cómo los trozos de papel fueron cayendo poco a poco, como flotando, hasta aterrizar en el suelo. Se le paró el corazón. Este era el motivo por el que había evitado relacionarse con gente.

Quizá no debería preguntar, sonaba desesperado, necesitado; pero, aun así, lo hizo:

<¿No quieres estar conmigo?>.

Colin tragó saliva, pero mantuvo el contacto visual con él a pesar de tener el ceño cada vez más pronunciado.

—¿De verdad me estás preguntando si quiero estar con un hombre que primero me secuestra y me mete en una jaula y luego no me escucha cuando le digo que necesito un médico?

Taron dejó caer la cabeza. Parecía que la luna de miel se había terminado. Nunca debería haber dejado que Colin le robara el corazón.

No dijo nada y recogió los trocitos de papel del suelo. Ya se las arreglaría; encontraría la forma.

Siempre lo hacía.

Le había ido bien viviendo por su cuenta hasta ese momento.

Capítulo 17

COLIN

EL BÚNKER SERÍA EL escondite perfecto en caso de que hubiera un apocalipsis zombi; oculto, provisto de alimentos y de medios para cultivar más. Y, ante todo, seguro. Podrían permanecer bajo tierra durante al menos tres años, y si fuera necesario dejarlo todo atrás, Taron habría sido el compañero perfecto con el que esconderse.

Valiente, fuerte e ingenioso, se habría asegurado de que no le pasara nada malo. Sabía cómo buscar comida, cómo filtrar el agua, cómo hacer fuego... Y si tuvieran la mala suerte de que a Taron lo mordiera un zombi, Colin habría estado allí para amputarle la extremidad afectada y salvarlo.

No hubiera estado nada mal enfrentar ese mundo cruel juntos.

Y en ese tipo de escenario hipotético, habría entendido —habría incluso apreciado— la capacidad de Taron para tratar una pierna rota. Pero no estaban bajo el asedio de monstruos hambrientos de cerebros y, por mucho que le gustara el búnker, por mucho que disfrutara de Taron como pareja, debería haberlo llevado al hospital.

Porque habían pasado ya dos semanas y todavía estaba preocupado por cómo sanaría su pierna, todavía en cautiverio y con el collar en su sitio. Hubiera dicho que estaba viviendo en *Misery*, de Stephen King, si no fuera por el hecho de que Taron no le exigía nada y, la mayor parte del tiempo, lo dejaba tranquilo y a su bola. Colin se negaba a hablar con él, se negaba incluso a reconocer su existencia; estaba resentido y herido tras la espantosa tarde en la que una de las trampas de Taron le había roto la pierna, y daba igual que el tío tratara de ganar puntos preparándole sus comidas favoritas; o que le trajera libros superinteresantes; o que, tras su última visita al pueblo, le hubiera traído incluso varios DVD de superhéroes.

Hubieran sido gestos adorables si su relación fuera voluntaria y estuviera basada en el respeto mutuo y no en la fuerza.

Uno de los lujos que Colin se permitía era darse largos baños calientes. Abajo en el búnker, con la pierna mala en alto, apoyada en el borde de la bañera, disfrutaba de la tranquilidad de estar solo y en paz. Pero claro, por culpa de la lesión necesitaba la ayuda de Taron para entrar y salir, y hoy su toque lo había dejado más agitado de lo normal. Tras dos semanas de celibato, incluso su olor le hacía pensar en todo el sexo que habían tenido en el pasado; y ese hombre no se merecía ser el protagonista de sus fantasías sexuales.

Y, sin embargo, ahí estaba; pensando en aquellos días y noches que pasó bajo su cuerpo fuerte y pesado, en esas manos ásperas que sabían tocarlo con delicadeza, en la intensidad de sus ojos verdes, que reflejaban un deseo y un hambre tales que Colin nunca había experimentado nada igual a pesar de haber vivido en un mundo donde el sexo era abundante y muy accesible.

Sumergió la cabeza hasta que todo lo que pudo ver fue la superficie ondulante del agua. El baño se estaba enfriando, pero todavía no quería renunciar a la sensación de paz que sentía estando allí. Estar en presencia de Taron se estaba volviendo algo insoportable y el silencio que él mismo se obligaba a mantener lo ahogaba cada vez más. Pero ¿qué iba a hacer? No quería volver a caer rendido ante un hombre que no se preocupaba por él y que le negaba la atención médica que tanto necesitaba por puro egoísmo.

Caer en sus brazos de nuevo habría sido muy muy fácil. Después de dos semanas sin sexo, incluso los antebrazos de Taron lo hacían salivar, y como esos días estaba haciendo tanto calor, al tío le había dado por ir por ahí sin camiseta, con ese pecho firme y peludo a la vista. Colin se preguntaba si el muy cabrón lo hacía a propósito, consciente como era de la debilidad de su prisionero.

Pero Colin no caería en la tentación; ya se le podía caer la piel de la polla a pedazos de tantas pajas como se estaba haciendo, que no cedería.

Justo cuando pensó en hacer eso precisamente, en masturbarse, Taron entró en la habitación. Apareció ahí sin más, no era nada fan de llamar a la puerta, el tío, por lo que Colin siempre terminaba sobresaltado al encontrarlo allí.

En un mundo perfecto, se habría quedado donde estaba y habría fingido que no era consciente de su presencia, pero dado que no tenía branquias para respirar bajo el agua, tuvo que sacar la cabeza.

Taron no lo miró; estaba desnudo de cintura para arriba, y su piel tenía ese bronceado natural que te daba el trabajar al sol durante horas. Había traído toallas, vendajes para la pierna de Colin

y ropa limpia.

<¿Listo?>, gesticuló sin levantar la vista.

Así era como se comunicaban en los últimos tiempos, y aunque Colin odiaba la incomodidad entre ellos, al menos obtenía cierta satisfacción del hecho de que Taron parecía odiar la situación tanto como él.

Estaba decidido a no volver a hablarle nunca más, así que, en lugar de contestar, se puso de pie como pudo y trató de salir de la bañera sin su ayuda. Era una causa perdida, lo sabía, su pierna lesionada era un peso muerto, pero al menos lo había intentado.

Necesitar a Taron era incluso peor que el propio dolor; era peor que la incomodidad de las tablas que le inmovilizaban la pierna; era peor que ambas cosas juntas. Pero, aun así, apreciaba que siempre apareciera cuando necesitaba su ayuda. Como en esos momentos, que lo ayudó a salir de la bañera sin ningún contratiempo, su cuerpo enorme era lo bastante fuerte como para sostenerlo sin problema. Pero cuando las pieles de ambos se tocaron, Colin tuvo que controlar todos esos pensamientos sexuales que galopaban desbocados por su mente, frenarlos y reconducirlos hacia un altísimo acantilado. Estar desnudo no ayudaba, pero eso era algo que no podía evitar en las circunstancias en las que se encontraba.

Se agarró al hombro de Taron para estabilizarse, pero no lo miró, a pesar de que el aroma a sol y madera lo atraían hacia él como la luz en un bosque oscuro. Taron lo cargó con facilidad, como si la fuerza de esos anchos brazos no conociera límites.

El silencio era una pesada presencia entre ellos e incluso los sonidos más pequeños se amplificaban: desde el goteo del agua en la bañera hasta el chirrido de los muelles del colchón. Taron le dio una toalla para que pudiera secarse y se arrodilló para cambiarle el vendaje de la pierna.

Colin tragó saliva y empezó a secarse el pelo mientras la humedad enfriaba su cálida piel. Sintió como Taron le limpiaba los cortes, lo curaba y ajustaba las tablas que mantenían estable la parte inferior de su pierna, y se esforzó por mirar a todas partes menos a la cabeza entre sus rodillas. Llevaba demasiado sin sexo.

«Exámenes. Piensa en exámenes. O mejor aún, piensa en la cara que puso papá cuando le dijiste que no estabas seguro de si debías ser cirujano».

Pero Taron estaba allí, arrodillado entre sus piernas. Tocándolo. Habría sido tan fácil follar y ya. No tenía dudas de que Taron no le diría que no, el tío follaba como la bestia que era y Colin lo odiaba y amaba por ello; ambas cosas a la vez.

Cuando echó un vistazo por debajo de la toalla que tenía alrededor de la cabeza, vio a Taron mirándole la polla y se quedó muy quieto y con la mente tan en blanco como el material que había usado para secarse.

Los segundos se alargaron y su repentino estupor terminó llamando la atención de Taron. En el momento en que sus ojos se elevaron desde donde estaban fijos en su entrepierna, sus miradas conectaron y fue algo tan eléctrico que Colin creyó notar el rastro del fuego trepándole por las piernas. Había esperado que Taron se sorprendiera, que fingiera que no lo habían pillado con las manos en la masa, pero eso no fue lo que sucedió.

Colin no podía apartar la mirada de su barba, de esos rasgos tan masculinos y, sobre todo, no podía apartar la mirada de esos ojos hipnóticos que le decían que tenía la misma hambre que se comía vivo a Colin todos los días.

Tras unos instantes eternos en los que ninguno de los dos rompió el contacto visual, Taron se acercó más a él, haciendo que tuviera que abrir más las piernas. Sus manos se deslizaron hacia arriba; primero le acarició las rodillas y luego la parte interna de los muslos, robándole la capacidad de moverse o hablar. Colin se limitó a quedarse ahí sentado, fascinado por el cambio repentino en su dinámica mientras notaba como las llamas se le extendían por todo el cuerpo como si se tratara de una enfermedad para la que no existía cura.

Abrió la boca para inhalar una larga bocanada de aire y volver a respirar; la polla le palpitaba tan cerca de la mano de Taron que podía sentir su calor en la piel.

La cabeza de Colin empezó a funcionar como un reloj, contando cada milésima de segundo que quedaba hasta el momento exacto en el que sentiría los dedos de Taron en la polla; pero entonces este hizo algo que nunca antes había hecho: inclinó la cabeza y le lamió el glande. En ese momento, las defensas de Colin se derrumbaron del todo y soltó un gemido de impotencia; apretó los puños y encogió los dedos de los pies.

La barba de Taron era seda contra sus sensibles huevos; así que abrió los muslos sin pensar, tratando de saborear tan inesperada sensación. Las piernas le temblaban mientras se echaba un poco hacia atrás, apoyaba los codos en la cama y fijaba la mirada en Taron.

Podía hacerlo. No tenía que gustarle un chico para follárselo y disfrutarlo. Durante sus tiempos de sexo casual con chicos que conocía *online*, a menudo deseaba que mantuvieran la boca cerrada para no tener que lidiar con cualquier mierda que tuvieran que decir. Esto sería lo mismo. Solo un polvo más. Colin no era un monje que tuviera intención de ser célibe el resto de su vida solo porque Taron hubiera decidido retenerlo allí.

Taron le chupó el glande e hizo que le temblaran los muslos de placer. Colin contrajo los músculos del culo, que levantó de forma sutil de la cama, conteniendo a duras penas las ganas de embestir e ir más profundo. Había pasado mucho tiempo. Taron lo había masturbado tantas veces que ni podría contarlas, pero nunca había estado ni remotamente interesado en hacerle una mamada; y ahí no podía alegar miedo a que Colin le arrancara el pene de un mordisco. ¿Y ahora qué? Su determinación de que no necesitaba a Taron para nada se desvaneció en el aire y solo quedó lujuria; cruda lujuria que canalizó en la mano con la que le tiró del pelo.

No estaba sucumbiendo a él. No. Estaba tomando aquello que necesitaba y lo consideraría una pequeña victoria. Porque mientras Taron le acariciaba los muslos con esas manos fuertes y le chupaba la polla como si fuera la última mamada que fuera a hacer en la vida, Colin sintió que, por una vez, era él quien tenía el control. A pesar del daño que le había hecho Taron, de lo profundo de esa herida que dudaba si un día se cerraría o no, en esos momentos, era él quien tenía las riendas.

¿O se estaba engañando solo por las ganas locas de sexo que tenía?

La cabeza de su polla se deslizó fuera de la boca de Taron con un obsceno sonido húmedo y el aire frío le acarició la piel sensibilizada haciendo que a Colin le petara el cerebro. Y cuando Taron volvió a succionarlo y a la vez empezó a acariciarle los huevos con una de sus grandes y hábiles manos, supo que eso no sería suficiente. Su lengua estaba caliente, suave, pero la dulzura con la que lo chupaba no hizo más que aumentar la ira de Colin.

Lo odiaba; y odiaba a Taron por mostrar su verdadera cara hacía dos semanas.

Con un gruñido, Colin lo agarró por los hombros y lo levantó, abriendo tanto las piernas como la cama le permitió. Siseó del dolor que le atravesó la pierna, pero el improvisado aparato ortopédico se la sujetaba bien, no tenía de qué preocuparse; lo único que quería y necesitaba era sacarse este polvo del sistema. Que Taron se lo follara hasta dejarlo sin sentido. Nada de besos ni caricias, solo una polla haciendo lo que mejor sabía hacer.

Ser buena persona no era uno de los requisitos de un buen compañero de cama.

Pero los ojos hambrientos de Taron lo dejaron sin respiración mientras ambos aterrizaban cara a cara sobre las sábanas. El corazón le dejó de latir.

¡No! No quería mirar a Taron. Solo quería follar. Un polvo rápido y violento. Tan bestia como lo era Taron.

El muy cabrón tenía su corazón en su puño gigantesco y lo apretaba con tanta fuerza que Colin no lo pudo soportar más y se dio media vuelta. Pero giró con tanta prisa que terminó dándole a Taron un golpe en el muslo con la pierna mala. Daba igual, la repentina molestia no sería

suficiente para detenerlo, porque el dolor de corazón era mucho peor que cualquier lesión física que pudiera tener.

—Lubricante —ladró antes de enterrar la cara en las sábanas que ya habían absorbido parte de la humedad de su cuerpo.

Taron aún no estaba sobre él, pero podía sentir el calor que irradiaba como si ya lo estuviera tocando. Y por una vez se alegró de que apenas pudiera hablar, así el cabronazo de mierda no haría preguntas innecesarias.

Esperó unos segundos hasta que esos gruesos dedos que tan bien conocía se deslizaron entre sus nalgas, y le molestó lo mucho que le gustó sentirlos. Había dos elementos luchando en su interior: por un lado, estaba el fuego —que hacía que el agua se evaporara— y, por otro, el agua —que extinguía ese fuego—. Quería y odiaba al mismo tiempo; y todo era culpa de Taron. A él le había ido bien teniendo sexo mediocre y cero sentimientos por sus amantes aparte de lujuria por sus cuerpos.

Con el tiempo, eso también sería todo lo que sintiera por Taron; pero primero necesitaba olvidar todos los buenos momentos y concentrarse solo en la mierda de persona que era. Taron era un asesino, un secuestrador que mantenía a Colin cautivo, con un collar, y lo usaba para tener relaciones sexuales. Ninguno de sus momentos juntos había sido consensuado en el sentido más estricto de la palabra, así que, él tampoco tendría reparos en utilizar a Taron para su propia satisfacción.

Quería ser follado con la fuerza suficiente para poder olvidar todos esos recuerdos que lo confundían sobre el tipo de relación que tenían.

Colin jadeó cuando el dedo de Taron jugueteó con su entrada, pero, en la posición en la que estaba, notaba demasiado la madera de la pierna y eso lo distraía de las sensaciones que anhelaba sentir, así que, mordiendo el labio con rabia, reptó hacía abajo y, en cuanto tuvo ambos pies en el suelo, se empaló en el dedo de Taron.

En esa nueva postura no sentía el peso de Taron sobre él, cosa que le agradó. Lo tenía justo detrás y su respiración entrecortada era lo único que quería oír por su parte. Los dedos entraban y salían de él a un ritmo implacable provocando que Colin se estremeciera de pies a cabeza; y cuando el lujurioso hijo de perra se los sacó, supo que muy pronto serían sustituidos por su polla.

Cuando le acarició la columna vertebral, Colin se apartó de su toque. No era uno de sus gatos, no quería mimos; era una persona que tomaba sus propias decisiones y ahora había decidido que quería una polla; y él estaba ahí para brindarle esa satisfacción. ¿Qué era lo que Taron no entendía de eso? ¿Es que acaso semejante trato no le parecía una ganga?

Por si acaso, decidió ser más explícito acerca de lo que necesitaba y empujó las caderas hacia atrás, moviéndolas de un lado a otro de forma obscena mientras se aferraba a las sábanas con las manos. Quería la polla de Taron. Solo eso: su miembro. Y en esa posición tendrían el menor contacto posible.

Colin contuvo la respiración cuando por fin notó la presión del glande en su entrada. Entró con tal facilidad que del gusto creyó ver las estrellas y contrajo el esfínter alrededor del pollón que lo llenaba.

Taron lo agarró por las caderas y empezó a metérsela más profundo. Este era el Taron que había estado esperando. El Taron al que había llegado a querer y odiar al mismo tiempo. El Taron que tenía que saber lo mal que estaba lo que estaba haciendo, pero que, como el oportunista que era, se aprovechaba de la situación y se ponía a ello en cuanto le daban luz verde; así nadie podría acusarlo de violación.

Y a Colin le parecía bien. Podían usarse el uno al otro. Quizá si liberaban tensión de esta forma, las próximas semanas serían un poco más llevaderas. Pero cualquier pensamiento que hubiera habitado su cabeza se perdió del todo cuando Taron le agarró las caderas con fuerza y empezó a embestir con brusquedad. El cuerpo de Colin estalló en llamas y lo hizo antes incluso de sentir sus pesados huevos golpeándole el culo.

El gemido que salió de sus labios cuando Taron le dio justo donde debía no sonó a él en absoluto. Fue el grito de un animal que acababa de ser cazado por un lobo y ya se estaba desangrando y a punto de morir. El ritmo de la penetración hizo que todo su cuerpo se tensara y sintiera cierta incomodidad, pero el dolor desapareció en cuanto respiró hondo un par de veces. Cuando estuvo listo, arqueó las caderas y se preparó para lo que estuviera por venir.

Abrió las piernas, dándole la bienvenida a esa deliciosa agonía; y lo hizo sin tener que sufrir ni abrazos, ni lamidas, ni besos, porque el único lugar donde sus cuerpos se encontraban era donde Taron golpeaba sus caderas contra el culo de Colin una y otra vez.

Taron no siempre colocaba la polla en el punto exacto destinado a estimularle la próstata, pero como no podía ser menos, esta tenía que ser una de esas veces en las que daba en el clavo sin parar. Todo el rato; haciendo que Colin se retorciera, gimiera y jadeara en busca de aire.

El polvo estaba siendo tan espectacular que Colin dejó de pensar; se olvidó del desastre de su situación. Lo único que contaba era la tensión en sus huevos, el líquido preseminal que goteaba de su polla sin parar y cómo su próstata hacía que todo su cuerpo se sacudiera de placer. Esto era para él; egoísmo puro y duro. No le importaba si Taron también lo disfrutaba, le daba igual.

Cuando las embestidas se hicieron más rápidas, Colin se dejó caer sobre la cama y se apoyó en los codos, lo que provocó que la pierna rota quedara en un ángulo extraño; pero ya ni eso le importaba. Todo lo que quería era que la increíble polla en su interior le taladrara hasta el cerebro, hasta que ya no pudiera pensar ni sentir. Y cuando el cosquilleo que antes había sentido por todas partes se concentró en su polla, por fin consiguió lo que quería. Empezó a masturbarse sacándose de dentro la deliciosa sensación que lo embargaba. Cada una de las estocadas perfectas y precisas de Taron era como una explosión de fuegos artificiales atravesándole el cuerpo.

Cerró los ojos cuando empezó a correrse, desesperado por olvidar el mundo que lo rodeaba. Por olvidar que tenía la pierna rota, que tenía un collar que podía darle descargas eléctricas y, sobre todo, que sí que quería un abrazo.

Contrajo el culo alrededor de la gruesa polla en su interior y eso le provocó aún más placer; olas y olas de placer que lo recorrían entero en un ciclo interminable. Había considerado apartarse, decirle a Taron que no se corriera dentro; hubiera sido un gran insulto y una forma de asegurarse que le quedaba claro que no era bienvenido. Pero a la mierda con todo, porque le encantaba hacerlo a pelo y dejaría que se corriera en su interior solo por eso, por él mismo, por su satisfacción personal, porque adoraba sentir el semen pegajoso goteándole por los huevos.

Colin jadeaba, tratando de respirar, deslizándose sobre la cama; los gruñidos a su espalda eran indicios claros de que Taron se estaba corriendo. Le ardían las mejillas, el culo, el estómago. El mundo había empezado a girar a su alrededor del puro placer animal del acto en sí. Podía ser que Taron fuera el depredador aquí, pero sin duda Colin había obtenido lo que buscaba.

Gritó, porque siempre que sentía a Taron correrse él tenía otro miniorgasmo, una sensación fugaz y efímera de puro placer. Pero ya estaba. Ya habían terminado. Y se hubiera alejado si no fuera porque Taron lo tenía agarrado y se había inclinado sobre él presionando ese pecho peludo contra su espalda mientras seguía moviéndose en su interior.

Era una sensación increíble, pero Colin no quería disfrutarla, así que giró las caderas hasta que Taron se deslizó fuera de él. Tenía las piernas como si fueran gelatina y todavía no había abierto los ojos, pero Taron lo recolocó sobre la cama y se tumbó encima de él. Sus fuertes brazos lo rodearon como pitones listas para ahogarlo, pero fueron sus palabras las que soltaron el veneno.

Muy bajitas, apenas audibles, pero más pesadas que la puerta del puto búnker.

—Te quiero —le susurró tan cerca del oído que le rozó la piel con los labios.

Colin sintió su corazón implosionar de forma tan salvaje que el dolor físico fue real y le hizo querer ponerse de pie para poder respirar y asegurarse de que no se estaba muriendo de verdad.

Sin pensárselo, empujó a Taron, la ira cubriéndolo entero, haciendo que le crecieran puntiagudas espinas en la piel.

—Cállate la boca.

Taron se deslizó sobre su cuerpo y se puso a su lado, mirándolo con los ojos de un perrillo al que le hubieran quitado la comida antes de que pudiera terminársela. Y no, Taron no tenía derecho a la tristeza, ¡no lo tenía! ¿No había conseguido lo que quería? Ya habían echado un polvo, ¿es que además tenía que arruinar uno de los pocos placeres que le quedaban a Colin en la vida?

Se alejó de la cama tambaleándose, arrastrando con torpeza la pierna herida hasta que su espalda chocó contra la pared. No debería estar huyendo. No estaba asustado, ni triste, ni feliz. Estaba enfadado. ¡No, estaba cabreadísimo!

—¡No me mires así! ¿Crees que soy imbécil? ¡No vas a lograr manipularme!

La expresión de Taron se endureció, se sentó en la cama y observó cada movimiento de Colin.

<Te he dicho que te quiero>.

Cada gesto fue difícil de observar. Colin no quería verlos. Quería arrancarse los ojos y no volver a verlos nunca más.

—¡Y yo te he dicho que te calles la puta boca! Quería polla, no mentiras.

Taron se puso de pie de un salto y fue hacia él; la bofetada llegó de la nada y Colin se llevó una mano a la mejilla. Dolía; pero su orgullo dolía todavía más. ¿Cómo se atrevía Taron a actuar como si el que tuviera razones para estar herido fuera él?

Colin rechinó los dientes, se apoyó contra la pared y observó como Taron levantaba los brazos y empezaba a gruñir algo parecido a palabras.

—No me digas que me quieres, no es cierto. Si de verdad me quisieras, me habrías escuchado cuando te dije que necesitaba un médico. Pero no, siempre haces lo que quieres. Me mantienes cautivo y con un collar —dijo, y tiró del metal alrededor de su cuello hasta casi ahogarse—. No sé, quizá creas que sí, que te has enamorado de mí, que me quieres y todo eso, pero en realidad lo que soy es poco más que conveniente, un culo disponible que te ha caído de la nada.

Cuando terminó de hablar le dolía la garganta, señal de que todo lo que había dicho lo había gritado a pleno pulmón. Le zumbaban los oídos, pero no reculó. Se negaba a ser su juguete sexual.

El pecho de Taron subía y bajaba de forma visible, jadeando, como si la víctima fuera él; y a Colin le dio por pensar qué ocurriría si su captor se volviera más violento en ese búnker aislado donde si gritara nadie lo escucharía. Y se preparó para el impacto, observando cada movimiento

de Taron. ¿Había cometido un error hablando tan claro? Toda su vida se había abstenido de decirle a la gente lo que pensaba de ellos, pero incluso sus buenos modales tenían un límite.

Taron se metió la polla en los pantalones y se acercó a Colin con el ceño fruncido; este se quedó muy quieto, esperando a que el golpe llegara, pero Taron fue hacia la puerta y la abrió. Señaló el pasillo con un gesto decidido y agarró a Colin por el brazo.

No, no, por Dios, no. ¿Lo llevaba de nuevo a la jaula?

Colin vaciló, pero cuando Taron le apretó el brazo con más fuerza, salió de la habitación cojeando sin decir una palabra más. No quería darle más munición al hijoputa. Lo que fuera que tuvieran en el pasado ya no existía; la posibilidad de tener una relación de verdad se había evaporado. Normal, si esa posibilidad se había forjado a base de violencia y mentiras...

Le picaba la garganta, no podía respirar, y le dolía toda la pierna por el esfuerzo de caminar rápido; pero lo peor de todo era el semen entre sus nalgas; lo que antes había sido una señal de placer ahora lo era de humillación.

El camino en sí mismo fue una tortura; en silencio y con el agarre férreo de Taron marcándole el brazo hasta hacerle moratones. Sin embargo, cuando pasaron la jaula de largo, se sintió aliviado. Tener que ser ayudado a subir las empinadas escaleras fue tan indigno como incómodo, pero una vez en el piso de arriba, respiró más tranquilo. Hasta que Taron lo llevó hasta el porche. Ahí se imaginó nuevos horrores y cosas espantosas que le podrían pasar. ¿Lo encerraría en uno de los cobertizos? Durante el día eran calurosos y húmedos en extremo; sin mencionar los aterradoreos que serían por la noche.

Pero lo que hizo Taron fue sentarlo sobre el sillón de mimbre acolchado donde Colin había pasado gran parte de su tiempo en los últimos días.

<Quédate ahí>, gesticuló como si le hablara a un perro, y volvió a entrar en casa.

Colin se estremeció cuando la puerta se cerró, pero una vez que estuvo solo, la atmósfera se tornó pacífica; su desnudez y el corazón que le latía desbocado como únicos indicadores de lo que acababa de ocurrir.

Se permitió respirar hondo por primera vez desde que se levantó de esa cama, empaparse de los olores del bosque y, con el sol acariciándole los muslos, se recostó contra el respaldo de la butaca. Se sintió más tranquilo a pesar de que la sombra del hacha de Taron seguía cerniéndose sobre él. Rio abrió un ojo y lo miró desde la esquina del porche donde estaba tumbado tomando el sol sobre sus muletas.

Sin Taron presente, fuera del oscuro búnker, el mundo parecía en paz. El ruido dentro de la casa era la única señal de que algo malo todavía estaba al acecho, y estaba seguro de que, lo que

estuviera por venir, no le gustaría.

Taron salió con una mochila en una mano y con ropa en la otra. Le lanzó las prendas al regazo y le señaló la bolsa antes de gesticular:

<Comida y agua>.

Se inclinó hacia él y le tiró del collar de forma tan abrupta que Colin creyó que sentiría una descarga, pero en lugar de eso escuchó un clic y la banda de metal abriéndose. Taron tiró el collar al césped sin ni siquiera mirar dónde caía. Tenía los ojos enrojecidos.

Volvió a gesticular:

<Quiero que te vayas. No me importa si se lo cuentas a la policía o no. Yo llevaba una buena vida aquí solo, y llegaste tú y me rompiste. Lo has destrozado todo. Vete. Eres libre. Ve a un puto médico. No me importa>.

Colin lo miró fijamente sin estar seguro de haber entendido bien, pero no se atrevió a preguntar. Notaba el cuello demasiado ligero sin el peso del collar y, a la sombra de la mirada acusatoria de Taron, se sentía tan pequeño e insignificante como una mota de polvo. No dijo nada y se quedó mirando con incredulidad cómo Taron cerraba la puerta detrás de él y lo dejaba solo.

Sin collar.

Libre.

Capítulo 18

COLIN

COLIN SE ALEGRABA DE que le doliera la pierna, porque el sufrimiento constante causado por el roce de la prótesis de madera contra la piel le proporcionaba algo en lo que concentrarse que no fuera el interminable pasillo natural en tonos verdes y marrones. Las ramas de los árboles invadían el camino por encima de su cabeza, como si trataran de agarrarlo, pero él solo tenía ojos para los profundos surcos que los neumáticos del coche de Taron habían dejado en el barro. El terreno era irregular, las muletas le patinaban y se resbalaba a cada paso; si no quería caerse y hacerse más daño en la pierna, tenía que ejecutar cada movimiento a la perfección.

Estaba sudando y le apetecía beber agua, pero no quería detenerse, estaba decidido a seguir adelante, porque había abandonado la granja bien entrada la tarde y no tenía ni idea de cuánto tiempo más le llevaría llegar a la carretera. ¿Qué haría si se le hacía de noche antes? ¿Seguir caminando o tumbarse sobre la hierba a un lado del camino? No llevaba linterna ni teléfono; no tenía nada más que las escasas provisiones que le había dado Taron y una ropa que le quedaba demasiado grande.

Además, le daba la impresión de que la sujeción de la pierna le estaba haciendo una rozadura; pero no tenía sentido quitarse los pantalones deportivos para comprobarlo porque tampoco tenía nada con lo que vendar la nueva herida, así que decidió no mirar.

Trató de centrar toda su atención en el suelo resbaladizo, usando las marcas de neumáticos como migas de pan marcándole el camino.

Una de las muletas le patinó sobre una pequeña roca y tuvo que tensar todo el cuerpo para evitar caerse. Se quedó quieto durante unos instantes y un sollozo se le escapó de la garganta al recordar el calor del porche y a Rio jugando con las correas de la mochila una vez Taron había vuelto a desaparecer en el interior de la cabaña. Colin se había quedado sentado en la butaca

durante unos minutos más, desnudo y aún conmocionado porque el cerebro seguía diciéndole que no era posible que lo hubiera dejado ir, que seguro que era algún tipo de broma cruel para reírse de él.

Pero Taron no había vuelto a salir, así que Colin hizo lo que cualquiera hubiera hecho: se vistió y emprendió el camino a casa. Era lo lógico, aprovechar la oportunidad de libertad que se le brindaba; sin embargo, después de tres meses de aislamiento del mundo exterior, estaba entrando en pánico.

Incluso el puto collar le había dado una sensación de estabilidad, de pertenencia. Una vez liberado de ese peso, estaba como flotando en un mar infinito de opciones. ¿Qué le contaría a la policía? ¿Y a sus padres? Le había dicho a Taron que lo odiaba, pero no estaba seguro de querer denunciarlo. Tenía la cabeza hecha un lío.

Las muletas se le resbalaron de nuevo y gritó de frustración; en cuanto recuperó el equilibrio empezó a dar golpes con una de ellas al arbusto más cercano.

—¡Mierda! ¡Que te jodan! —dijo a voz en grito mientras miraba a su alrededor, al bosque bañado por la cálida luz del sol.

Nadie le devolvió el golpe y la sensación de vacío que eso le causó hizo que se le estrujara el corazón como si una mano invisible lo estuviera apretando y tratando de desangrarlo.

Puto Taron. ¿Cómo se atrevía a jugar así con su mente? Colin no había contado con esa reacción por su parte. Se suponía que no tenía que ser amable con él, que era un monstruo que maltrataba a su víctima hasta que dicha víctima lograba huir. Sin embargo, el mamón de él se las había arreglado para tenerlo comiendo de su mano, y hasta le había hecho creer que la situación tenía sus ventajas. Pero todo habían sido mentiras; si una mascota necesitaba atención médica, se la llevaba al puto veterinario, ¿no? ¿Y Colin no tenía derecho a ese mismo trato? Igual que a un perro herido que ladraba porque se sentía indefenso y asustado no se le echaba de casa de una patada solo porque había dejado de querer jugar.

Vaya mierda. Vaya puta mierda todo.

Le picaban los ojos; los cerró con fuerza y se abrazó a las muletas mientras todo el cuerpo le zumbaba del ansia de liberar la tensión que se había estado acumulando en su interior durante las últimas dos semanas.

Porque esa era otra: Taron debería haber estado agradecido por haber echado un polvo después de tantos días. Igual de agradecido que debería estar Colin por su inminente libertad; pero lo único que quería hacer era llorar. Nunca había tenido semejante caos emocional, ni siquiera en los primeros días de cautiverio cuando había llorado durante horas; pero por lo menos en aquel

entonces su situación había estado bastante clara. En esos momentos no lo estaba en absoluto; estaba enfadado con Taron por... ¿Por qué? ¿Por dejarlo ir? ¿No era eso lo que Colin había querido desde el principio?

El problema era que la libertad que le esperaba venía acompañada de dolor, ruido y preguntas; de exámenes, de un futuro en el que pensar y de chicos a los que solo les importaba si su polla medía más de quince centímetros. Y pasara lo que pasara, Taron no formaría parte de ese futuro, y tampoco lo haría el búnker, ni los agradables y cómodos silencios, ni el trabajo físico que le daba sentido a su vida y le traía tanta paz.

Le dio un tirón en la pierna; lloró. Pero continuó andando, concentrándose únicamente en el camino que tenía delante. Acababa de despertar de un largo sueño y había llegado la hora de afrontar la realidad. Lo que ocurría era que... le hubiera gustado tanto tener a Taron en esa realidad, sus fuertes brazos rodeándolo... Era patético, lo sabía, pero ya no se inventaba excusas, sus emociones eran las que eran.

Odiaba a Taron. Pero odiaba todavía más la mirada herida que pudo ver en sus ojos verdes cuando intentó confesarle su amor por segunda vez. Colin sabía que debería estar feliz por haber logrado herir al monstruo, pero no sentía ninguna satisfacción por el dolor de Taron. Volvió a llorar.

Por ilógico que fuera, sentía que estaba dejando atrás una parte de sí mismo que nunca podría recuperar. Estaba diciendo adiós al Colin que hacía bromas sin necesidad de ser sarcástico, al que le gustaba levantarse por las mañanas sin posponer la alarma diez veces seguidas; al que se sentía a gusto y cómodo consigo mismo a pesar de llevar un collar, de no tener conexión a internet y de la ausencia de familia. La persona que no consideraba que abrazar fuera una pérdida de tiempo y a quien le gustaba ver las estrellas por la noche con un gato sentado en su regazo y un fuerte brazo sobre los hombros. La persona que sentía que era suficiente tal y como era.

Se le nublaron los ojos y dejó de avanzar. Las muletas estaban frías, duras y eran demasiado finas, pero eran sus únicas compañeras, así que se las apretó contra el pecho y se preguntó si todas las lágrimas que le caían por la cara terminarían deshidratándolo.

Cuando escuchó el zumbido de un motor a sus espaldas, se quedó helado. Solo había una persona que pudiera venir desde esa dirección. ¿Habría cambiado Taron de opinión? Su sentido común le decía que se escondiera, pero el resto de su ser anhelaba que lo encontrara y lo llevara de vuelta con él, porque sabía que, para Taron, él era el centro del universo. No podía dejar de pensar en que ese hombre le había dicho que era perfecto tal y como era; el mismo hombre que

no había tratado de suavizar su opinión sobre la falta de habilidades de supervivencia de Colin solo para quedar bien y ganarse su cariño.

Una sensación de vergüenza se le instaló en la boca del estómago y, a pesar de lo mucho que el ruido del coche tiraba de él, se dio la vuelta, apoyó todo su peso en las muletas y, con los hombros doloridos y en tensión, siguió andando.

Pero el coche avanzaba más rápido que él, y pronto pudo sentir el peso de la mirada de Taron en la nuca, como una cuerda apretándole el cuello y arrastrándolo hacia atrás. El sonido del motor era como el ronroneo de un gato, pero Colin se negó a reconocer su existencia.

Taron pasó junto a él, pero detuvo la camioneta al otro lado del camino y salió. Si esperaba que Colin se resistiera, se iba a llevar una grata sorpresa; estaba demasiado agotado para presentar batalla.

Bajo la cada vez más tenue luz del sol, Taron se acercó a él. Se había aseado y arreglado; llevaba una camisa de cuadros que le sentaba de maravilla y una barba muy cuidada. Su aspecto físico parecía decir «me importa lo que la gente opine de mí». Lo que no parecía decir en absoluto era: «Ey, hace tres meses asesiné a un tío en este mismo lugar».

Se detuvo frente a él con una expresión neutra que Colin jamás había visto en su rostro.

<No deberías andar. Sube al coche. Te llevaré a casa>.

Colin tragó saliva y agarró con fuerza las empuñaduras de las muletas, desesperado por ocultar su cara. Sabía que estaba hecho un desastre; las mejillas humedecidas e hinchadas y los ojos rojos, y no quería que Taron lo viera en ese estado.

Era tan patético..., pero saber que había salido a por él le llenaba el pecho de calidez y le aceleraba el pulso. Era una reacción que no podía evitar. Tal vez tuviera síndrome de Estocolmo. Quizá era débil o directamente imbécil. Pero semejante ofrecimiento, hecho así, con tanta delicadeza, lo convenció al instante.

¿Y si Taron se lo llevaba a la cama de nuevo? ¿Haría eso que el resto de sus barreras cayera tan rápido como acababa de ceder su voluntad? ¿Volvería a ser esa mascota obediente que nunca pedía nada que no pudiera tener solo para que Taron no tuviera que rechazarlo y decirle que no?

Dado que no confiaba lo suficiente en sí mismo como para contestar con palabras, Colin se limitó a encogerse de hombros.

Taron lo rodeó con el brazo para poder ayudarlo y ese simple gesto hizo que Colin soltara otro sollozo. Era tan cálido, tan grande y firme, que su mera presencia era capaz de evitar que el mundo interior de Colin se desmoronara. Y no se burló de sus lágrimas; no hizo ni un mal gesto. Ya no parecía enfadado.

Lo llevó hasta la camioneta y lo ayudó a sentarse en el asiento del copiloto. Una vez dentro, Colin respiró aliviado. Desde que se había roto la pierna, el apoyo de Taron había sido constante, algo a lo que se había acostumbrado; era tan natural como tener dos manos. Lo elegiría a él siempre; a él entre todos los hombres del mundo.

Colin se mordió los labios para contener otro sollozo cuando Taron cerró la puerta y rodeó el coche; se puso la mochila contra el pecho, aferrándose a ella como si fuera un chaleco salvavidas sin el cual corría el riesgo de ahogarse.

Taron se puso al volante y empezó a conducir por el estrecho sendero sin ni siquiera mirar a Colin. Al principio, Colin creyó que avanzarían hasta que el camino se ensanchara lo suficiente como para poder girar y volver a la granja, pero después de pasar por dos ensanchamientos en el terreno y no dar la vuelta, empezó a inquietarse.

Se secó el sudor y las lágrimas con el antebrazo y miró a Taron, presa de la indecisión. Entonces vio su carné de conducir en el portavasos entre los asientos y, confuso, lo cogió. Se quedó mirando la foto unos instantes y casi no reconoció su cara, a pesar de que se la había hecho hacía apenas dos años.

Se le aceleró el pulso de tal manera que lo sintió hasta debajo de la mandíbula.

—¿A dónde vamos?

<Casa>, gesticuló Taron.

Colin miró al frente y se quedó helado al darse cuenta de que se estaban acercando a la carretera asfaltada a la que había estado intentando llegar todo ese tiempo. Se giró un poco, echó un vistazo hacia atrás e, impotente, levantó la mano y señaló hacia la granja.

—Pero...

Taron detuvo el coche para poder comunicarse.

<A tu casa. No te debería haber dejado ir solo. Te llevaré y, una vez allí, haz lo que creas correcto>.

Colin sabía que debería estar feliz. Pero no sentía ninguna felicidad ante la perspectiva de ver a su familia, de dormir en su habitación o incluso de ver la nueva película de *Los Vengadores*. Las palabras de Taron fueron como un puñetazo en el pecho, de esos tan fuertes que pueden llegar a detener un corazón; en ese momento, Colin creyó que se le había parado el suyo. Se quedó en blanco, su mente era una especie de vacío con bordes oscuros, y se recostó contra el respaldo del asiento, sin saber qué responder. Se había quedado como ido y el entumecimiento se le extendió por todas partes; los confines de su propio cuerpo eran una cárcel mucho peor de lo que jamás lo fue la jaula.

Taron esperó medio minuto, o quizá una eternidad, pero luego arrancó de nuevo y se dirigió hacia el asfalto. El crujido bajo las ruedas era demasiado fuerte y el aire en el interior del coche demasiado sofocante. Nada estaba bien. Y encima le dolía más la pierna. Y se arrepentía de haber gritado a Taron en el búnker, aunque en aquellos momentos había querido decir cada palabra que había salido de su boca.

Permanecieron en silencio mientras se incorporaban al tráfico de la tarde y pasaban por los primeros signos de civilización: casas, buzones... Colin se preguntó si Taron tendría uno. ¿Tendría siquiera una cuenta bancaria? Probablemente, dado que tenía un coche y una casa en propiedad. Pero Colin no se atrevió a decir nada y se hundió más en el asiento mientras conducían hacia el mismo pueblo por el que pretendía pasar cuando decidió tomar una ruta alternativa para ir a casa de sus padres. Parecía haber pasado tanto tiempo desde entonces, que no se podía creer que su vida pasada hubiera sido real; cuando, en realidad, lo que había sido un espejismo era su relación con Taron.

Las luces de la carretera y los cables eléctricos eran abominables, cruzaban el cielo como una fea telaraña cuyo fin era atrapar a la gente y succionarle la energía poco a poco. Los coches parecían ir más deprisa de lo normal y, por primera vez, se preguntó qué habría pasado si Taron hubiera tenido un accidente de tráfico grave en una de sus visitas al pueblo. ¿Qué hubiera sido de los gatos? ¿Y qué hubiera pasado con Colin, atrapado en ese bosque que se había convertido en su cárcel sin muros?

Y si Taron fuera a la cárcel por secuestro y asesinato, ¿se le permitiría a Colin cuidar de sus animales o se los quedaría el estado?

Se detuvieron en una gasolinera junto a la carretera y Colin miró a Taron. Una luz de neón azul le iluminaba la barba y una franja de su pelo largo, creando patrones extraños. El cartel de plástico con los precios de la gasolina era extraño en sí mismo; demasiado nítido, demasiado real. El mundo en el que había vivido durante tanto tiempo ahora le resultaba extraterrestre y solo le quedaba esperar que ese sentimiento desapareciera en algún momento.

Colin miró hacia la tienda y vio caramelos de colores chillones que sabía que le resultarían demasiado dulces tras una dieta saludable a base de verduras orgánicas y carne procedente de su propia granja. Llevó una mano al antebrazo de Taron, lo apretó y le dijo:

—No se lo diré a nadie.

Taron le dirigió una larga e indescifrable mirada antes de abandonar la camioneta. Si de verdad era un monstruo, ¿por qué a Colin le importaba lo que pensara? El tío era malvado, ¿no? Había asesinado. Lo había encerrado en una jaula. No había tenido en cuenta sus ruegos.

Colin se mordió los labios con tanta fuerza que notó que se le dormían, pero no perdió de vista a Taron mientras llenaba el depósito ni cuando se dirigió a la tienda a pagar. Solo desvió la mirada un instante y fue entonces cuando se oyeron los gritos. Como si Colin hubiera sido su ángel de la guarda y al dejar de mirarlo se hubiera desatado el infierno. Las voces le llegaban desde dentro, no las entendía, pero entonces Taron salió del pequeño edificio con Tom McGraw pisándole los talones.

Colin se hundió más en el asiento para que McGraw —cuyo rencor parecía ser del tamaño del Gran Cañón— no lo viera, no fuera a reconocerlo y entregara a Taron a la policía. Los dos hombres se movían entre los vehículos estacionados, Taron iba primero, su rostro inexpresivo, y McGraw detrás siseando como un animal rabioso. Una mujer que estaba poniendo gasolina a su coche los siguió con la mirada y negó con la cabeza, pero aparte de ella, no había nadie más alrededor presenciando el encuentro.

Colin trató de calmar su respiración y llevó la mano al tirador por si necesitaba intervenir y salir a ayudar a Taron, pero este entró en el coche apenas unos segundos después, se sentó al volante y arrancó haciendo chirriar las ruedas contra el asfalto. McGraw les lanzó una lata medio vacía que aterrizó en la parte de atrás de la camioneta, pero, aparte de que lo que le quedaba del refresco manchó el parabrisas trasero, la cosa no fue más allá.

Y, así, se dirigieron a la carretera por la que Colin había evitado ir hacía ya tres meses.



La calle donde vivían sus padres parecía de otro planeta. Las plantas no habían crecido allí de forma natural, sino que habían sido cuidadosamente escogidas; las fachadas de las casas, perfectas y cada una con su garaje doble y su buzón rojo en la parte delantera, resultaban extrañas y nada halagüeñas. Taron no quería estacionar justo en frente de la casa de sus padres, así que se detuvo un poco más atrás, junto a un gran arbusto que escondía un poco el lado del coche en el que se sentaba Colin. Ya había oscurecido y en la ventana de la casa más cercana, la señora Mitarashi servía la cena a su familia. No era algo que se soliera hacer en casa de Colin, porque tanto su padre como su madre trabajaban en el hospital y sincronizar las comidas era casi imposible.

Tampoco le importaba, la verdad. La mayoría de las veces prefería comer solo en su habitación, donde nadie lo molestaría ni criticaría el hecho de que viera algo en la televisión mientras engullía la cena.

Ni un solo día había echado de menos la televisión cuando comía con Taron. Ni uno.

Taron se volvió hacia él y dejó salir una larga exhalación antes de gesticular:

<Si decides acudir a la policía, tienes que prometerme que te asegurarás de que los gatos estén bien>.

A Colin se le cerró la garganta y le devolvió la mirada; con la escasa luz que entraba en el coche, los ojos de Taron parecían dos pozos oscuros capaces de llevarte al centro del mundo.

—Pero ¿qué dices? ¡No iré a la policía!

<Es posible que cambies de opinión en una o dos semanas>.

Colin quiso protestar, pero la familiar figura de una mujer pasando junto al coche por la calle vacía le hizo detenerse. Su madre llevaba puestos sus vaqueros favoritos y una camiseta blanca; tenía el pelo ondulado —muy parecido al suyo— recogido en una coleta alta. A Colin le dio un vuelco el corazón cuando vio al perro que la seguía y que ella llevaba sujeto con una correa.

Ver a esa bola de pelo con su madre hizo que se recostara en su asiento y se quedara unos instantes en blanco mientras los engranajes de su cabeza empezaban a girar con las nuevas piezas que acababan de añadirse al mecanismo que era su cerebro. Era como si hubieran pasado años, no meses, desde que se había ido, y se sentía peor por la existencia del puto perro que por el hecho de que su madre aún no se hubiera fijado en él. Pero claro, era Colin quien seguía sentado en la camioneta en lugar de correr hacia ella. ¿Qué le pasaba?

—No sabía que ahora tenían perro —susurró—. ¿Qué es eso? ¿Un pomeranian?

Taron giró la cabeza hacia ella, pero su madre ya estaba llegando a casa. Se encogió de hombros, y Colin se quedó ahí, callado, retorciéndose los dedos con incertidumbre.

Era un vecindario tranquilo, y a esa hora de la noche el silencio era total; pero, por algún motivo, no parecía tan pacífico ni tan cómodo como el que reinaba en el coche.

—¿Crees que se hizo con el perro para animarse un poco cuando desaparecí? —lo intentó Colin de nuevo.

Taron suspiró.

<Tal vez. Vales mucho más que un perro, Colin>.

Colin tragó saliva y se aferró a la tela de los enormes pantalones que llevaba puestos.

—No sé. A veces pienso que nunca quisieron tenerme y que por eso dejaron que mis abuelos me criaran hasta que tuve la edad suficiente para cumplir con sus expectativas.

Rara vez decía estas cosas en voz alta, pero en el silencio de esa camioneta, en compañía del único hombre que parecía pensar que no tenía que convertirse en nada más que lo que ya era para cumplir su propósito en la vida, dejó salir sus pensamientos más oscuros.

Taron no dijo nada, pero escuchó. No apartó la mirada ni intervino. Siempre se tomaba su tiempo asimilando lo que Colin le decía. Así que eso fue lo que hizo; aprovechó y se lo sacó todo de dentro, porque esa era su última oportunidad de hacerlo.

—Yo ni siquiera quería ser médico, pero mi padre no hubiera aceptado que escogiera una carrera diferente. Como se me daba muy bien estudiar y tampoco sabía qué otra cosa hacer, desde el principio elegí las optativas que más me convenían para entrar en la Facultad de Medicina. Siempre yendo a lo seguro. Sin arriesgar nunca nada. Incluso ahora, es pensar en entrar allí y me da pavor que mi padre me vaya a decir que me largué de forma voluntaria para evadir mis responsabilidades durante unos meses. Nunca me he sentido querido, no creo que me quieran. Cuando era pequeño, me convencí de que sí, que tenían que hacerlo, que eran mis padres, pero nunca lo sentí así —dijo ahogándose en las últimas palabras.

Pero fuera lo que fuera lo que pensara sobre sus padres, era obvio que Taron quería que se fuera, así que se quitó el cinturón lo más rápido que pudo mientras intentaba contener el sollozo que le había empezado a trepar por la garganta. ¿Cuándo se había vuelto tan blando? Era un ridículo y no tenía ningún tipo de control sobre sus emociones, algo que sin duda le afectaría en su vida futura. Y encima estaba ahí desahogándose con un hombre al que su drama familiar le parecería nimio dado que él hacía mucho que ni tenía familia.

—Yo creo que tuvieron un hijo porque eso es lo que hay que hacer. Y me ayudan económicamente porque también es lo que se supone que deben hacer. Igual que yo estoy estudiando, porque eso es lo que hay que hacer si hay dinero para pagarlo.

Su vida era un pantano; acababa de volver a poner un pie en ella y ya lo estaba arrastrando hacia lo más profundo.

Pero ya era hora de cortar el cordón y dejar ir a su secuestrador, porque... esa era otra de las típicas cosas que se suponía que había que hacer. Nadie en su sano juicio habría tardado tanto como estaba tardando él.

Taron se acercó y le agarró la mano. Colin se quedó inmóvil, dividido entre salir corriendo o dejarse capturar de nuevo, pero entonces se dio cuenta de que le había puesto algo en la palma. Abrió la mano y vio una pata de conejo atada a un cordón de cuero.

Cuando levantó la vista hacia él, Taron gesticuló:

<Para que te dé suerte. Se suponía que era para tu cumpleaños>.

A Colin le temblaron los labios y se quedó mirando el regalo, sin saber qué decir.

—Pero... no nos hablábamos —dijo, porque no pudo evitarlo, agarrando el objeto en su mano. Era imperfecto, con costuras toscas. Taron debía de haberlo hecho a mano él mismo.

<Esperaba que sí lo hiciéramos cuando llegara tu cumpleaños>.

Taron respiró hondo y se pasó los dedos por el pelo; la luz de una farola cercana iluminó sus manos bronceadas.

Colin frotó la pata de conejo con el pulgar. ¿No era eso lo que había que hacer para que te diera suerte?

Había llegado el momento de irse; de liberar el coche de su presencia tóxica y salir ahí a recuperar la vida que merecía, pero tenía todo el cuerpo entumecido y el corazón le latía apesadumbrado.

—Siento mucho lo de tu familia. Sé lo que intentabas decirme. No quise ser tan duro. Fue la situación —dijo prolongando lo inevitable unos segundos más.

Había sido cruel con Taron, le había dicho de todo y, aun así, él lo había llevado a casa; a una casa que Colin ya no consideraba su hogar.

Volvió a poner la mano en el tirador de la puerta; Taron volvió a tirarle del brazo.

<Sé que me odias, pero... si algo horrible sucediera en el mundo, si necesitaras refugio, puedes venir a mi búnker, ¿de acuerdo? Sin condiciones>.

Bien podría haberle metido el corazón en una picadora de carne y habérselo triturado, el efecto en Colin hubiera sido el mismo. Porque, por primera vez, lo único que quería era que el mundo a su alrededor desapareciera y los dejara sin vínculos con el exterior. Si Yellowstone explotara, tendría la excusa perfecta para irse con Taron al búnker y estar siempre a su lado.

Colin se acercó a Taron sin apartar los ojos de los suyos y la necesidad de estar cerca de él se volvió tan abrumadora que la calle en la que estaban y la realidad que los rodeaba se desvanecieron, dejándolos solos en la oscuridad.

Aspiró su aroma a jabón y a madera, le puso una mano sobre la rodilla y la fue subiendo por su muslo, poseído por la necesidad de saborearlo, aunque solo fuera una vez. ¿Le dejaría Taron hacerlo tan lejos de la granja, de la jaula y sin el collar? ¿Confiaría en él?

A Taron se le entrecortó la respiración, pero no se alejó. En lugar de eso, colocó su mano sobre la de Colin. Por un momento, ambos se quedaron quietos, esperando a que el otro se moviera, pero cuando quedó claro que Taron no tomaría la iniciativa, Colin le puso la mano en la entrepierna y empezó a acariciarle la polla por encima de los pantalones.

Le encantaba lo gorda que la tenía y lo que podía hacer con ella; pero ya ni siquiera se trataba de eso, sino de que era de Taron y se moría de ganas de tenerla en la boca.

Le bajó la cremallera sin apartar la mirada. Taron tragó saliva y le acarició el hombro. Era un pedazo de tío, eso era innegable, pero su necesidad de él iba mucho más allá de la lujuria.

Ansiaba quedarse a su lado, no abandonar jamás esa camioneta y no tener que tomar nunca ninguna decisión. Vivir en un limbo permanente en el que pudiera comerle la polla a Taron sin parar y para siempre empezaba a sonarle como un gran plan.

La atmósfera en el interior del coche cambió de forma repentina cuando le bajó los pantalones y le sacó la polla. Aún la tenía blanda, pero tan caliente, tan suave, y tan bonita que ojalá pudiera despertarse ante semejante visión todas las mañanas.

Este acto final entre ellos sucedería en silencio, sin palabras; porque Colin no se creía capaz de emitir ni un solo sonido coherente; le acarició los huevos con una mano mientras se inclinaba hacia adelante sin apartar la mirada ni un segundo.

Ninguno de los dos habló y, sin embargo, Colin comprendió la profundidad de las emociones de Taron sin necesidad de palabras. Y vio que no le preocupaba si aún existía alguna posibilidad de que lo que Colin estuviera buscando fuera venganza; le daba igual, y eso hacía que el recuerdo del polvo que habían echado antes en el búnker fuera todavía más amargo. Porque cuando Colin había estado intentando distanciarse de él, tratando de no sentir nada, Taron se había entregado en cuerpo y alma, y con el corazón —sangrante y en carne viva— en la mano.

Quería pedirle perdón, pero ya era demasiado tarde, así que le hizo saber lo que sentía de la única manera que había aprendido. Todavía temía que lo rechazara, pero cuando empezó a masturbarlo y enterró la nariz en su saco, inhalando el olor a jabón, Taron tensó los muslos y elevó las caderas para encontrarse con su boca; Colin lo probó, lamiendo la suavidad de su piel.

Su propia polla reaccionó al contacto y un escalofrío lo recorrió entero. Cerró los ojos. Hacer mamadas había sido una rutina más en sus experiencias sexuales previas, una solución rápida y sencilla. Nunca antes había significado algo.

Con Taron era mucho más que simplemente comerse una polla.

Lamerle la base, chuparle el glande, cada lamida ponía a Colin más cachondo, si es que eso era posible; pero la emoción que lo llenaba por dentro era mucho más potente. No se trataba de su propio placer. Necesitaba —casi con desesperación— poder transmitir lo mucho que Taron le importaba, lo bueno que quería ser con él; quería darle incluso cosas que no le había pedido. Deseaba tener más manos —más lenguas— para poder abarcarlo todo a la vez, pero como no era posible hizo lo que pudo para acariciar, apretar, tirar, lamer y chupar todos los puntos sensibles que pudo alcanzar. Le succionó los huevos —sin ejercer demasiada presión, quería que durara— mientras le acariciaba la polla con una mano y le dibujaba círculos en la parte interna del muslo con la otra.

Cuando sus labios se posaron en la punta de su polla, se la besó y se bebió el sabor salado de su líquido preseminal, deseó con todo su ser que el momento fuera eterno. Le rodeó el glande con la lengua y succionó toda su longitud metiéndosela hasta el fondo. Abrió la boca y relajó la garganta todo lo que pudo a pesar de la incomodidad que conllevaba su enorme circunferencia. Esa era su última oportunidad para hacerle saber a Taron que su extraña relación significaba algo para él y que nunca lo olvidaría.

Taron le enredó los dedos en el pelo, pero no presionó ni tiró, solo le acarició el cuero cabelludo. Sus gemidos eran bajos, aunque cuando Colin aceleró el ritmo, sintiéndose tremendamente seguro entre sus piernas, el palpar de la polla en su boca le dijo que Taron estaba a punto de correrse, y no importaba cuánto anhelara Colin prolongar ese momento, su orgasmo era inminente. Cuando notó que los firmes muslos se tensaban bajo su toque, llevó una mano a la base del duro eje que estaba succionando y le envolvió el glande con la boca. Necesitaba bebérselo entero, tragarse todo ese semen caliente. Solo por esa vez; lo mantendría en la lengua y luego lo dejaría caer despacio por la garganta, reteniéndolo en su interior todo lo que pudiera.

Taron se corrió con un gruñido ahogado. Colin tragó con avidez, chupándole la cabeza de la polla hasta que no quedó ni una gota. Y, aunque Taron todavía estaba jadeando, tratando de regular su respiración, estaba claro que su tiempo juntos había llegado a su fin.

Colin necesitaba salir del coche.

Y de la vida de Taron.

Nunca había sido tan infeliz como en esos momentos.

Con su cálido sabor aún en los labios, Colin se incorporó y se sentó bien, luchando por respirar, por cargar de aire unos pulmones que se negaban a aceptar más. Se frotó los hombros y miró por la ventana, hacia la falsa normalidad de la vida que le esperaba ahí fuera.

Taron le cogió la mano y se la apretó. Durante unos segundos, solo lo miró, pero luego se inclinó para besarlo, agarrándole la cara con ambas manos. Aprendía rápido, porque desde su primer beso —el primer beso que Taron había dado— sus labios se habían convertido en la adicción de Colin. No había pasado ni un día sin que se besaran; en cualquier momento, en cualquier lugar. Pero, en esos instantes, toda la pasión que Taron estaba poniendo en la presión de esos expertos labios contra los suyos no hacía sino prolongar la agonía de tener que abandonar la camioneta.

Colin se alejó jadeante y volvió a su asiento. Estaba oscuro, pero había suficiente luz como para que se vieran el uno al otro, como para que Taron *viera* su rostro desfigurado por la pena

una vez más, tan al borde de las lágrimas que no le salían las palabras.

Así que, en vez de hablar, gesticuló:

<Te quiero>.

<Pensé que me odiabas>, respondió Taron con gesto neutro, ni un amago de sonrisa en sus labios. Tampoco parpadeaba, como si no se quisiera perder ni un segundo de él.

Perdido y sin saber cómo explicárselo, Colin exhaló y decidió seguir con la lengua de signos:

<Soy estúpido. Estaba enfadado. Siento haberte hecho daño>.

<Entiendo que tu vida está aquí, pero si quisieras visitarme en algún momento...>.

Colin se inclinó hacia él y le cogió las manos, desesperado por hacerse entender.

—No. Solo me siento yo mismo cuando estoy contigo. Y si todavía quieres... Por favor, llévame a casa —terminó en un susurro.

Taron sonrió y se llevó las manos de Colin a los labios, las besó y, aunque tuvo que soltárselas para gesticular, pasó mucho tiempo hasta que respondió:

<No eres una carga. Te quiero, estoy enamorado de ti. Contigo, vivir ya no es solo pensar en un colapso futuro. A tu lado merece la pena vivir>.

Colin asintió y le rodeó el cuello con los brazos, clavándose el freno de mano en un costado al inclinarse hacia él. Una sensación de paz se apoderó de todo su ser en el momento en que Taron lo abrazó. Y Colin frotó las mejillas contra las suyas, queriendo marcarlo, dejarle su olor en la piel, a pesar de que allí no había nadie más tratando de llevarse a su hombre y separarlo de él.

Quizás el puto audiolibro había tenido razón. Quizás el cambio sí que era algo bueno, aunque fuera difícil.

Capítulo 19

TARON

LA MANO DE COLIN descansaba cálida sobre la suya. Ya no era suave y lisa como cuando se conocieron. Tras semanas de trabajo físico, la tenía más áspera e incluso tenía un corte reciente en la palma.

Por una vez, el aire entre ellos estaba libre de secretos y mentiras; y como no necesitaban más palabras para expresar lo que sentían el uno por el otro, se sumieron en un cómodo silencio. Taron no se podía creer que Colin tuviera la opción de volver a casa y hubiera decidido quedarse con él. A pesar de todo el dolor que le había causado, del miedo que Taron le había hecho pasar, a pesar de la pelea que habían tenido ese mismo día, Colin todavía quería quedarse.

Durante el trayecto a casa, Colin se había ido acercando más y más a él, hasta que terminó con la cabeza apoyada en su hombro y con un brazo a su alrededor.

Su vida sería diferente sin el collar. Tenían que planificar un futuro juntos, construir uno nuevo, para ambos. Y en algún momento tendrían que revelar el paradero de Colin a la policía, aunque solo fuera para poder vivir tranquilos, pero no era algo de lo que tuvieran que preocuparse en esos momentos.

Taron aún estaba sensible y algo afectado tras las cosas horribles que le había soltado Colin, pero nada de eso importaba ya, porque en esos momentos brillaba, radiante de felicidad. Tenía el corazón en paz, y saber que el hombre del que estaba enamorado sentía lo mismo por él sanaría cualquier herida que hubiera podido causar. Además, él tampoco es que estuviera libre de culpa.

En cuanto dejaron atrás la carretera asfaltada y se metieron en el sendero que se adentraba en el bosque, Taron le pasó el brazo por los hombros y sonrió al recordar cómo su chico le había pedido que lo llevara a casa con él. «A casa». Pronto llegarían y tenía pensado pasarse toda la noche dándole la bienvenida.

Ahora que eran dos, habría que hacer cambios en la granja, pero, por primera vez, Taron estaba más emocionado que preocupado por ello.

—Me pregunto si me hicieron una vigilia en la universidad o algo así —dijo Colin rompiendo el silencio—. Había una profesora a la que le caía bastante bien, así que puede que me organizara algo. Supongo que se concentraría un grupo muy variopinto; una mezcla entre mis rollos de una noche y esa gente buena que asiste a estas cosas porque les da pena, aunque no te conozcan.

Taron gimió. Lo último que necesitaba era oír hablar de los encuentros sexuales de Colin.

Le acarició la mandíbula con el pulgar, preguntándose qué otras cosas tendría en esa cabecita suya. ¿Seguiría queriendo ir al cine por su cumpleaños? Y si lo hiciera, ¿se disfrazaría o le daría igual que alguien lo reconociera?

Colin se movió, exponiendo su cuello, arqueándose ante el toque como un gato y deslizando una mano por el pecho de Taron. Era tan agradable que lo tocara así..., como si nunca se hubieran separado o como si su relación no hubiera empezado en los términos que lo había hecho.

Como si le leyera la mente, Colin volvió a hablar.

—Aunque tendremos que pensar en la logística. Supongo que hay gente a la que sí le importa qué ha sido de mí. Quizá, en algún momento de la vida, tenga que ir a la policía y decirles simplemente que hui, que quería escapar de mi vida. Soy mayor de edad, así que, en teoría, no estoy obligado a revelar mi paradero a nadie, aunque eso me convirtiera en un cabronazo.

Taron se rio entre dientes. Colin era un poco cabronazo, eso era cierto. Pero asintió, deseoso como estaba de tenerlo para él solo y que ninguno de sus familiares o amigos supieran dónde estaba. A juzgar por lo que le había confesado en la puerta de la casa de sus padres, no le resultaría demasiado complicado convencerlo.

Colin se movió en sus brazos y le acarició la mejilla con la nariz, justo por encima de la línea de la barba. El toque era calmante, pero también excitante, y Taron tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en el estrecho camino.

—Pero me siento mejor y más yo cuando estoy solo contigo —continuó—. Sin todo ese ruido externo. Y, bueno, no me importaría ver a otras personas de vez en cuando, pero viviendo aquí he abierto los ojos y he descubierto que este tipo de vida tranquila es una posibilidad.

Taron frunció el ceño.

<¿Ver a otras personas?>.

Colin parpadeó durante unos segundos, pero luego su boca se torció en una de esas sonrisas malvadas que Taron encontraba tan entrañables.

—¡Estás celoso! Ay, eres adorable.

Taron le dio un codazo, muriéndose por llegar ya a casa y poder quitarle la sonrisita a pollazos.
<No>.

Colin se rio entre dientes y le empezó a pasar los dedos por la larga barba.

—Quieres mantenerme oculto para que nadie pueda siquiera pensar en ponerme las manos encima, ¿eh?

Taron asintió a regañadientes. Porque, sí, esa sería la situación ideal. Solo él, Colin y sus gatos.

Colin lo estrechó entre sus brazos con más fuerza y le dio un sonoro beso en la mejilla. Todavía había palabras flotando en el aire, pero el abrazo se prolongó en silencio durante unos segundos antes de que las expresara en voz alta:

—No puedo creer que haya encontrado a alguien que me quiera tanto. Suena bien. Suena a que tenemos un plan.

Taron también le dio un beso, tranquilo y aliviado por el hecho de que por fin podían comunicarse sin la amenaza de mentiras en el aire, sin tener que preguntarse si Colin estaba jugando con él y sin que Colin temiera por su vida en caso de que enfureciera a Taron. Las cosas entre ellos habían cambiado y se disponían a recorrer un nuevo camino juntos, un nuevo comienzo.

Y era una gran sensación; a pesar de lo mucho que Taron había intentado evitar este tipo de apego en el pasado, estaba feliz. Haría que su relación funcionara y protegería a Colin a toda costa.

Ya casi habían llegado al claro donde vivían; Taron estaba concentrado en el estrechamiento al final del camino de tierra cuando Colin se puso rígido a su lado y se separó de él.

—Hay alguien, una camioneta.

Mierda. Joder. ¡Joder! Tom McGraw.

Taron aceleró y aparcó su coche de forma que le bloqueara la salida al intruso. Como le faltara un solo pelo a alguno de sus gatos, McGraw acabaría como su hermano.

<Quédate>, gesticuló, y saltó de la camioneta en cuanto la única salida estuvo bloqueada. Dejó las luces encendidas para que iluminaran el jardín delantero, pero su pálido brillo no era suficiente y, cuando Taron se acercó al porche, lamentó haber salido tan deprisa detrás de Colin y haberse olvidado de coger un arma. Ir siempre armado y preparado era la primera lección que aprendías cuando decidías vivir aislado del mundo exterior; y no había superado la prueba.

Los faros iluminaban los árboles más cercanos y la puerta abierta de la cabaña, pero todo lo demás estaba sumido en sombras, una gran masa negra en la que no se podía ver ni discernir

forma alguna. Estaba a punto de coger uno de los tablones de madera apilados junto a los escalones cuando la puerta del coche se abrió a sus espaldas.

Mierda. ¿Es que Colin era incapaz de seguir órdenes?

Se giró para hacerle un gesto y que volviera al coche, pero se le heló la sangre cuando vio algo moverse detrás de la camioneta de McGraw. El hijoputa debía de haber salido de la cabaña cuando los había oído acercarse. Taron agarró la tabla —ya sin preocuparse por si hacía ruido o no— y corrió hacia él esperando que sus movimientos apresurados fueran su única advertencia.

Colin se tambaleó, inestable en sus muletas. Abrió los ojos como platos y el gesto se le contrajo, pero no llegó a darse la vuelta, ni fue consciente del verdadero peligro hasta que McGraw lo agarró del cuello. Su manaza le cubría la garganta y le apretaba con una agresividad tal que Colin gritó y dejó caer una de las muletas para tratar de liberarse.

Taron dejó de moverse al instante y se aferró al tablón en sus manos con tanta fuerza que la madera áspera le arañó la piel. En esa luz fantasmal, el arma presionada contra el suave y vulnerable pómulo de Colin brillaba de forma irreal, como si fuera de utilería, simple atrezo. Pero Taron sabía muy bien qué tipo de arma era y lo que quedaría del rostro de Colin si McGraw apretaba el gatillo.

Dejó caer la tabla y levantó las manos, todavía dando pasos vacilantes hacia ellos. Su corazón era un agujero negro lleno de miedo y horror, y en esos momentos deseó con toda su alma que Colin lo hubiera abandonado; así no estaría allí.

El gruñido que le salió del fondo del pecho fue de pura impotencia. Si al menos pudiera gritarle a McGraw, decirle que soltara a Colin, prometerle algún tipo de acuerdo con respecto a las tierras...

—¡Escúchame bien, Hauff! —gritó McGraw con su arma demasiado cerca de la preciosa piel de Colin—. Quédate donde estás o me cargo a este cabrón. Y luego tú...

Algo salvaje brilló en los ojos de Colin, que levantó del suelo la muleta que le quedaba y le dio a McGraw con ella en la espinilla. Taron lo presenció todo como a cámara lenta y se quedó en blanco cuando oyó que el arma se disparaba. Durante unos instantes, un sonido sordo invadió sus oídos y observó como Colin caía sobre la hierba en un complicado giro. Tenía sangre en la camiseta, una salpicadura roja que parecía demasiado brillante bajo el resplandor blanco de los faros.

McGraw se quedó muy quieto, con los ojos muy abiertos, como si no hubiera tenido intención de disparar. Pero Taron no iba a esperar ni un segundo más. Con un gruñido que no sabía que fuera capaz de emitir, salió corriendo hacia McGraw. La tierra crujió bajo sus botas mientras

arremetía contra él con todo su peso. El arma salió disparada, pero Taron solo podía concentrarse en una cosa: en los gritos de Colin.

Cuando ambos cayeron al suelo, apretó los dedos alrededor del cuello de McGraw, sediento de sangre. El mundo pareció estremecerse a su alrededor y el contraste entre luces y sombras se acrecentó. La rodilla de McGraw se acercó demasiado a su entrepierna, pero logró bloquear el golpe a pesar de los puñetazos continuos que el muy cabrón le estaba dando en el costado izquierdo. Estaba disperso, confuso por la avalancha de preguntas inundándole la mente; no podía concentrarse en la pelea, no sin mirar constantemente en dirección a Colin.

Su hombre yacía inmóvil en el suelo, con una mano manchada de sangre aferrada al brazo; pero tenía los dientes apretados y sus gemidos ahogados eran una señal inequívoca de que seguía vi...

El dolor que se le extendió por el lado izquierdo de la cara y por el cuello al intentar alejarse de McGraw fue insoportable. El hijo de perra se le había enganchado a la mandíbula, clavándole los dientes con tanta fuerza que, si no llega a ser por la barba, estaría bebiéndose su sangre.

Por el rabillo del ojo, vio que Colin se alejaba arrastrándose.

Bien. No podía formar parte de esa pelea. No herido como estaba. Taron no lo permitiría; jamás. No lo quería cerca del puto McGraw que, en esos momentos, trataba de huir reptando por el suelo como el cobarde que era.

En lugar de atacar de nuevo, se arrastró lejos de Taron, jadeando. Taron lo agarró por la camisa y tiró de él, arrastrándolo hacia atrás, desesperado por terminar con él de una vez y poder llevar a Colin al hospital. ¿Estaría sangrando mucho? ¿La bala le habría dado en el hueso? Sabía que no le había reventado ninguna arteria importante porque seguía con vida; lo oía moverse, a pesar de los ruidosos jadeos de McGraw y del crujido de las hojas.

McGraw le dio un puñetazo en las costillas y el dolor le hizo ver todo rojo. Le faltaba el aire, no podía respirar. Se colocó sobre su oponente y lo miró a los ojos durante apenas una fracción de segundo antes de que algo le diera de lleno en la cabeza.

El mundo empezó a girar a su alrededor y una inesperada punzada de dolor se le extendió por todo el cráneo, presionando como si le fuera a reventar el hueso desde el interior. El fuerte grito que rompió la noche pudo haber sido suyo, pero no le dio tiempo a analizarlo mientras caía al suelo, paralizado por la sensación de pavor que le produjo el fuerte retumbar en los oídos. Una sombra se levantó del suelo justo frente a él y se alzó amenazadora, silenciosa. Pero antes de que McGraw pudiera atacar de nuevo, se oyó un gorgoteo y el crujido de la madera al romperse. Eso fue lo que lo sacó de su estupor.

Taron logró rodar hacia un lado, todavía confuso tras el golpe en la cabeza y vio que McGraw caía junto a él como un tronco. La sangre se le arremolinaba en la boca, dejándole un rastro de espuma en los labios, pero cuando intentó hablar, con los ojos muy abiertos y fijos en Taron, todo lo que salió fue un gorjeo.

Taron seguía sumido en una especie de neblina, todo estaba todavía muy borroso, pero agarró como pudo el cuello de McGraw, desesperado por seguir luchando, por proteger a Colin. Pero se quedó helado cuando tocó de dónde procedía la sangre. Una horqueta le atravesaba el cuello en dos puntos distintos, pegándolo al suelo. Por encima de ellos, Colin apoyaba su peso en el mango de madera de la herramienta.

Cuando Taron miró hacia arriba y vio la expresión asustada en el rostro de Colin, se arrodilló sobre el cuerpo de McGraw, que intentaba levantarse, y le retorció el cuello, rompiéndoselo. No quería que Colin pensara que el asesinato había sido obra suya.

McGraw se quedó inerte y la granja volvió a estar en paz; los únicos sonidos eran los procedentes del bosque y el suave zumbido del motor de su camioneta.

Colin respiró hondo y dio un paso atrás, apartando las manos del arma homicida como si le quemara. Sus piernas no pudieron soportar su peso y cedieron; se cayó de culo al suelo sin apartar la vista del cadáver entre sus piernas abiertas.

—Mierda —se limitó a decir, y su rostro palideció tan rápido que Taron pensó que podría desmayarse.

Él mismo seguía algo mareado, lo notó al levantarse; pero tenía que proteger a Colin de la espantosa vista ante él.

<Entremos>.

Colin respiró hondo y alzó la vista con expresión desolada. Le había contado que había visto gente muerta con anterioridad, pero era diferente ver un cadáver que presenciar una muerte violenta. O ser la causa de ella. Levantó la mano hacia él y le pidió ayuda sin pronunciar palabra.

Taron se arrodilló a su lado, y cuando Colin intentó moverse, lo cogió en brazos, asustado por la sangre que le goteaba por el brazo. Cuando le vio la herida, deseó poder matar a McGraw de nuevo.

Colin se acurrucó contra él, como si con tocarlo bastara, como si ese contacto fuera lo único que necesitaba.

—Lo he matado —susurró, mirando hacia el cuerpo sin vida que Taron quería lo más lejos posible de él.

Caminó hasta la puerta abierta de la casa con Colin en brazos. Quería calmarlo, pero las palabras no le salían, ni siquiera cuando intentaba susurrar; así que se conformó con un beso.

Pero, de repente, el fuerte olor a gasolina procedente del interior lo inundó todo, y eso que aún no habían entrado en casa. Taron se detuvo en el porche con el ceño fruncido. Colin se tensó en sus brazos y señaló las dos latas que había en el suelo al lado de la butaca de mimbre.

—¿Dónde están los gatos? —preguntó, retorciéndose en sus brazos e intentando ponerse de pie.

Taron gruñó. Daba igual lo mucho que quisiera a sus mascotas, la herida de Colin era su prioridad; pero el muy testarudo no lo escuchó y entró cojeando en la cabaña.

Lo siguió; todo apestaba a gasolina. Y, cuando encendieron la lámpara, la luz reveló las manchas oscuras en el suelo, una clara evidencia de dónde se había derramado el combustible. No había ningún gato a la vista, con toda probabilidad se habrían escondido al oír llegar a McGraw. Pero entonces Colin se acercó a la cesta que habían convertido en una casita para Missi y sus gatitos, y descubrió que estaban todos encerrados dentro, bajo una manta gris empapada de gasolina.

Colin se pasó ambas manos por la cara y se mordió sus preciosos labios.

—Lo retiro todo. No pienso sufrir ni un segundo más por la muerte de ese hijo de puta —dijo, y quizá el ver a los gatos a su lado fue lo que le hizo contenerse y no golpear la pared, dado que interrumpió el movimiento con el puño ya en alto.

Los gatos temblaban junto a su madre, lanzando pequeños maullidos de angustia. Taron no podía creer lo que McGraw había pretendido hacer. Pero la reacción de Colin lo sorprendió. Mucho. Porque, aunque era cierto que el chico no era ningún monaguillo, escucharle decir eso, ver que entendía que algunas personas no merecían vivir, llenó a Taron de orgullo.

<Espero que se pudra en el infierno>, gesticuló cuando Colin lo miró.

Por un momento, Colin se quedó ahí de pie sin decir nada, tragando saliva con dificultad.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? —preguntó al final—. Tenemos que evitar que alguien pueda seguir su rastro hasta aquí.

<Primero tu brazo>, gesticuló Taron. <Hospital>.

No era lo idóneo, ni muchísimo menos, pero Colin necesitaba ayuda y Taron no quería que creyera que no le importaba, que no se preocupaba por él; nunca más. Y tampoco temía que acudiera a la policía y lo acusara de asesinato y secuestro. Ese era un miedo que ya había enterrado.

<Les diré que fue en defensa propia>, añadió.

Colin buscó su mirada; su respiración se había normalizado, aunque seguía parpadeando mucho, como si tuviera arena en los ojos.

—No. Es demasiado arriesgado. No puedes permitirte un buen abogado.

Taron tragó saliva y apartó la mirada.

<Ya se me ocurrirá algo. Vamos>.

Colin respiró hondo —su pecho subía y bajaba de forma visible— y detuvo a Taron, agarrándole el antebrazo con la mano sana.

—No. Podrían empezar a investigar y descubrir algo sobre su hermano. —Tragó saliva y se miró la manga empapada de sangre—. Es una herida superficial.

Taron se detuvo.

<¿No quieres ir al hospital?>.

Colin volvió a respirar hondo y, con cuidado, se subió la manga, dejando al descubierto su brazo ensangrentado y la herida irregular que había dejado la bala.

—¿Puedes ver dos agujeros o la bala todavía está dentro? —preguntó, respirando con intensidad y tendiéndole el brazo para que Taron le echara un vistazo.

Fue un alivio ver tanto la herida de entrada como la de salida y, mientras Colin movía y flexionaba los dedos comprobando que todo estaba bien, su cuerpo empezó a relajarse poco a poco.

—Pues ya está. Nos ocuparemos de esto por nuestra cuenta.

Taron sacó una silla manchada de gasolina para que Colin se sentara. Le sonrió y le acarició el pelo. Había encontrado una gema preciosa en lo más profundo del barro y nunca la soltaría. Se inclinó para darle un beso.

<Juntos>.

Epílogo

COLIN

EN LOS TRES AÑOS transcurridos desde la muerte de Peter McGraw, Colin había salido de la granja un total de siete veces: tres veces para hacer algo especial en su cumpleaños; una vez para informar a la policía de que estaba supervivo y para nada perdido; otra vez para visitar una feria de ganado; otra para asistir a una conferencia de preparacionismo; y, la última, para ir al dentista. Porque, sí, estaba a favor de vivir aislado y desconectado de sociedad, gobierno y red eléctrica, pero se negaba a perder un diente por el bien de sus principios cuando el apocalipsis todavía era un concepto lejano.

Apagó el gas y acercó a los fogones la bandeja con tarros de cristal donde ya había metido las manzanas en láminas y las especias. Usó un cucharón para verter en los frascos el agua que acababa de hervir con vinagre y azúcar, y enroscó las tapas antes de dar la vuelta a cada recipiente. Cuando terminó, miró a Zeus, su perro; un cruce de pastor alemán que, al descubrir la manzana que tenía en la mano, empezó a lloriquear emocionado.

Colin entendía esa emoción, a él también se le hizo la boca agua cuando miró por la ventana y vio allí a su hombre. Taron tenía puesto el gorro de lana que le había hecho el invierno pasado, pero, con el esfuerzo de cortar leña, debía de haber entrado en calor y se había quitado la chaqueta, quedándose solo en camiseta. Verlo ser eficiente en cualquier cosa que hiciera era un placer del que Colin nunca se hartaba, pero verlo cortar leña era, sin duda, lo que más le gustaba. El pecho se le expandía cuando levantaba el hacha y los brazos se le tensaban al bajarla.

Mientras lo miraba, le dio a Zeus el trozo de manzana; luego comprobó que la tarta que Taron había hecho antes ya se había enfriado y, como no era un capullo avaricioso, en vez de probar un poco allí mismo, cortó dos trozos, se puso un jersey y salió de la casa con una enorme sonrisa.

No solían incluir dulces en su dieta, así que este era un placer que merecía la pena apreciar y disfrutar.

Zeus lo siguió fuera en cuanto terminó de masticar la manzana y se unió a sus dos hermanas, que jugaban en la hierba cerca de su amo. Los tres perros —entonces todavía cachorros— habían sido una sorpresa de Taron en su primer cumpleaños allí, apenas unas semanas después de decidir quedarse con él para siempre; y habían demostrado ser excelentes compañeros. Además, como ahora eran dos trabajando en la granja, Taron había decidido comprar un par de cabras y, desde entonces, también producían leche y hacían sus propios lácteos. Eran cada vez más autosuficientes y, tres años después, Colin podía decir que la granja era su vida; y lo decía orgulloso, sobre todo, desde que una nueva enfermedad viral había acabado con miles de cabezas de ganado criadas para consumo comercial mientras ellos vivían y se alimentaban en la paz de su pequeño mundo.

—Creo que te mereces un descanso —dijo, acercándose a Taron con la tarta.

Él le sonrió y dejó el hacha, deseoso de probar la delicia recién hecha. Taron seguía siendo el cocinero de la pareja y quien organizaba el trabajo de la granja. A pesar de que Colin afirmó al principio que aprendía rápido y que podía dominar el preparacionismo en cuestión de meses si se le daban los libros adecuados, Taron siempre se sacaba algún conocimiento de la manga con el que lograba sorprenderlo. Por otro lado, Colin había hecho de la salud de ambos su trabajo y había logrado aprender más que Taron en términos de hierbas, remedios naturales y cirugía menor; también se había asegurado de tener todo el equipo necesario.

<Gracias. Va a ser un invierno largo, quería empezar con la madera cuanto antes>.

Se sentaron en un banco tallado en el macizo tronco de un árbol, y Taron observó a Colin dar el primer mordisco, tan deseoso de recibir un cumplido como Zeus lo había estado antes de recibir su trocito de manzana. La tarta estaba fabulosa, con la cantidad justa de azúcar y un sorprendente toque de romero.

Colin le sonrió y le dio un pequeño beso en los labios antes de acercarse más a él.

Le gustaba que solo se tuvieran el uno al otro. Cualquier pelea que pudiera surgir, tenían que resolverla juntos, de una forma u otra; y como no había otras personas alrededor, ambos estaban tremendamente motivados para hacer que las cosas funcionaran. O tal vez fuera que encajaban a la perfección, sin más. Fuera como fuere, Colin nunca había sentido la más mínima necesidad de estar con nadie más; ni de coquetear o buscar otra compañía durante los pocos momentos que había pasado fuera de allí.

Con el paso del tiempo, la gente le había empezado a parecer más y más molesta, siempre quejándose por chorradas, incapaces de concentrarse en nada debido a la avalancha de información con la que el mundo exterior los sobrecargaba. En el bosque, Taron y él podían vivir en paz, centrarse en las cosas que de verdad importaban y no preocuparse por problemas irreales sobre los que no podían hacer nada.

Comieron en silencio, disfrutando de la vista, de las hojas amarillas que caían de los árboles y flotaban en el aire. Antes de hacer de este lugar su hogar, Colin jamás se hubiera imaginado que semejante paz existiera. Aunque al principio había considerado que el preparacionismo de Taron era una locura, allí, en medio del bosque, se sentía seguro sabiendo que había un enorme búnker bajo sus pies donde podían esconderse si el mundo a su alrededor se desmoronaba. Prepararse para esa posibilidad era ahora su forma de vida, por lo que Colin había aprendido tanto a aprovisionar alimentos como a usar una escopeta.

Cuando acabaron la tarta, siguieron un rato más sentados juntos, pero faltaban pocas horas para el anochecer y Colin tenía cosas que hacer, así que le dio un beso a Taron, se levantó y volvió a la cocina. Quizá las gallinas no pusieran huevos en invierno y, aunque siempre podían comprarlos, prefería no dejar nada al azar. Porque podía ser que el apocalipsis no fuera inminente, pero con todas las vacas que habían muerto, ¿quién les aseguraba que las gallinas no fueran las siguientes? Y eso sin mencionar lo que podría subir el precio de los huevos, porque la gente necesitaría comer proteínas, y si no podían comer carne...

Colin había engrasado algunos huevos con la mantequilla de cabra que ellos mismos elaboraban y había metido otros cuantos en sal para poder utilizarlos durante el invierno. Era el primer año que hacía algo así y, aunque Taron no había hecho ningún comentario al respecto, Colin sabía que estaba orgulloso de él.

El mayor contacto que tenían con el exterior era por medio de la radio. No de esas que te ponían los últimos éxitos musicales o se cebaban con lo que había hecho tal o cual celebridad, sino una que los mantenía al tanto de las noticias del tiempo y en contacto con el grupo de preparacionistas con los que Taron había entablado amistad. El hecho de que nunca le hubiera confesado con cuál de ellos había tenido sexo por radio en el pasado era una espinita que Colin seguía teniendo clavada, pero tarde o temprano lo descubriría.

Siempre la tenían encendida, la frecuencia en silencio, con las típicas actualizaciones periódicas en caso de tormentas y cosas por el estilo, por lo que fue una sorpresa que el aparato crepitara cuando Colin estaba fregando los platos.

—¿Taron? ¿Colin? ¿Me recibís?

Era la voz de Gus, un tío al que le gustaba tener a todos informados; solía ser información muy útil, aunque a veces se pasaba con sus teorías conspiranoicas. Colin se mareaba un poco cada vez que recordaba cómo Taron le había presentado al resto... «Mi pareja», les había dicho, lleno de orgullo.

Se secó las manos en el delantal y cogió el micrófono.

—Aquí Colin. ¿Qué pasa?

—Colin, no quiero ser alarmista, pero estoy bastante seguro de que ha llegado el momento. Esto se va a la mierda.

Colin puso los ojos en blanco.

—¿Como cuando nos dijiste que se iba a producir un PEM porque los saltamontes estaban actuando de manera extraña?

Gus exhaló, haciendo que la conexión crepitara.

—Ser precavido nunca está de más. Pero eso no viene al caso ahora. Lo digo en serio, lo estaban diciendo ahora mismo en las noticias. El centro de cuarentena de Dallas está lleno.

Colin frunció el ceño, pero el corazón le empezó a ir más rápido.

—¿El centro de cuarentena? ¿De qué estás hablando?

—Lleváis más de una semana sin salir del bosque, ¿verdad?

Una sensación horrible se le pegó a la tripa y se sentó en una silla cercana.

—Sí.

—Bien, pues seguid así. Y tened la radio encendida 24/7. Parece que la enfermedad del ganado ha pasado a los humanos. El gobierno acaba de admitir haberlo encubierto durante las últimas dos semanas. Aconsejan permanecer en casa hasta que declaren que es seguro. Ya han muerto más de mil personas, esto es una locura.

Colin tragó saliva y pasó la mano por encima de la radio.

—Gracias, Gus. Te informaremos a la hora habitual. Se lo haré saber a Taron.

Se despidieron y se dirigió a la puerta con piernas pesadas. Se habían estado preparando, pero en el fondo nunca creyó que sus esfuerzos pudieran servir para salvar la vida de verdad.

Según parecía, la infección en Dallas aún podía contenerse, pero que hubiera podido transmitirse a huéspedes humanos no auguraba nada bueno.

Caminó por el porche hacia Taron que, al mirarlo por encima del hombro y ver su expresión se puso tenso de inmediato.

<¿Qué pasa?>.

Colin abrió los brazos; luego se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el pelo, no estaba seguro de cómo contarle lo que acababa de descubrir.

—No es Yellowstone.

Taron frunció el ceño y le pidió más información con la mirada. Colin dejó caer las manos.

—La gente se está muriendo a causa de esa enfermedad de las vacas. Algo está pasando. Tal vez deberíamos... bajar.

Taron asintió y se inclinó para darle un beso. No había ningún «te lo dije» en su mirada; no estaba emocionado en absoluto, lo que estaba era lleno de fría determinación.

<Meteré a los animales>.

Colin le apretó las manos y lo miró a los ojos.

—Yo me encargaré de bajar la comida.

Se tomaron un momento para mirarse el uno al otro, y el mero intercambio lo llenó de paz. No había nada que temer. Taron había tenido razón desde el principio: Colin estaba más seguro aquí que en cualquier otro lugar del mundo.

Ambos lo estaban.

Fin

Gracias por leer *Camino equivocado*. Si te ha gustado la historia, te agradeceríamos muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña en la plataforma que prefieras. Es especialmente importante para quienes autopublicamos y no tenemos el apoyo de una editorial tradicional.

Bueno, y que nos encanta saber vuestra opinión sobre nuestros libros :)

Kat&Agnes, también conocidas como K.A. Merikan.

kamerikan@gmail.com

<http://kamerikan.com>

<http://kamerikan.com/newsletter>

Sobre las autoras

K.A. Merikan es un dúo de escritoras que intentan llevar la adultez lo mejor que pueden y más o menos lo consiguen. Siempre deseosas de explorar las aguas turbias de lo extraño y maravilloso, K.A. Merikan no sigue fórmulas fijas y quiere que cada uno de sus libros sea una sorpresa para aquellos que decidan unirse al viaje.

K.A. Merikan tiene algún romance M/M dulce, pero son especialistas en el lado oscuro, sucio y peligroso del género: moteros, chicos malos, mafiosos y romances subidos de tono.

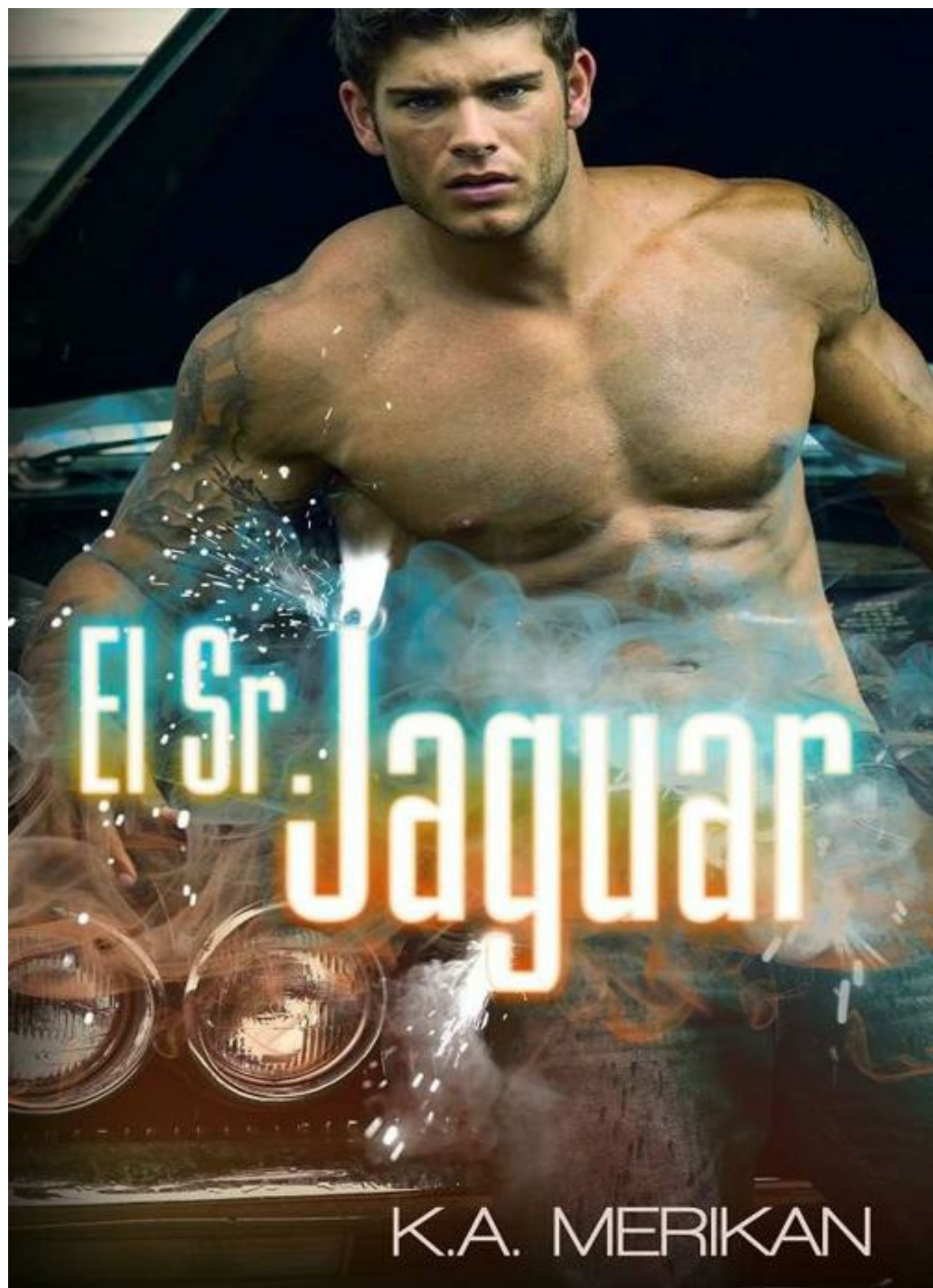
Curiosidades:

- Somos polacas.
- No somos ni hermanas ni pareja.
- Los dedos de Kat son dos veces más largos que los de Agnes.

Correo electrónico: **kamerikan@gmail.com**

Más información sobre proyectos en curso y lanzamientos en:

<http://kamerikan.com>



El Sr. Jaguar

K.A. MERIKAN

--- Algún día sujetarás mi manguera...---

La vida de Mike Miller se ha ido a la mierda. El que un día fuera el quarterback más popular del instituto, ahora trabaja en una gasolinera en medio de la nada. Lo último que necesita es encontrarse con el chico al que solía atormentar en sus días de colegio y, lo que es peor, ver lo bien que a este le ha ido en la vida: ahora James es millonario y conduce un impresionante Jaguar plateado. ¿Podría su día ir peor? Sin duda, pero James «Lovelace» Austin también podría acabar siendo su vía de escape del trabajo que tanto odia.

Cuando James Austin para en una vieja y destartalada gasolinera y se encuentra con Mike Miller —abusón de instituto y amor platónico, todo en uno— cree que por fin las estrellas se han alineado a su favor y que podrá tener su esperada venganza de una vez por todas. Pero la situación se vuelve aún más surrealista cuando James descubre que Mike es gay y decide que, en vez de humillarle en su lugar de trabajo, le contratará durante el fin de semana para que le acompañe a una conferencia. Un tío bueno de su brazo es el accesorio perfecto para lucir ante sus amienemigos.

El único problema es que un Mike Miller gay podría reavivar muchos recuerdos del pasado y si James pretende mantener su corazón de empollón a salvo del deportista cachas, va a tener que poner cierta distancia entre ellos. Todo sería mucho más sencillo si Mike no le estuviera tirando los trastos descaradamente. Pero ¿y si en lo único que está interesado este es en el dinero de James?



Temas: Ceniciento, de enemigos a amantes, chico de compañía, acoso escolar, deportista/empollón, mecánico, millonario, antigua pasión, amor de instituto.

Género: romance contemporáneo M/M

Longitud: ~ 33.000 palabras.

AMAZON